

C. S. FORESTER

EL COMODORO HORNBLOWER

UN OFICIAL Y AVENTURERO EN TIEMPOS DE NELSON



Lectulandia

Hornblower, flamante comodoro tras su inesperado éxito en Francia, regresa al escenario de sus primeras aventuras, el mar Báltico. El arrojo y las dotes demostradas a lo largo de los años le convierten en el hombre ideal para comandar una misión tan delicada como peligrosa. Pero en esta ocasión no se trata de entrar en combate, apresar naves enemigas o llevar a cabo incursiones en suelo francés, sino de proteger a la flota mercante británica e intentar que la tensa situación que se vive en el norte de Europa no desembogue en una guerra de impredecibles consecuencias. Sin embargo, las circunstancias le llevarán a intervenir contra las defensas francesas, y los acontecimientos se desarrollarán a partir de entonces de una forma desbocada. El futuro de Europa queda en manos de Rusia. Cuando Hornblower se pone al mando, la emoción está asegurada.

Lectulandia

C. S. Forester

El comodoro Hornblower

Hornblower - 9

ePub r1.1

Titivillus 23.05.15

Título original: *The Comodoro*

C. S. Forester, 1945

Traducción: Ana Herrera Ferrer

Ilustración de cubierta: *The Surrender of the Renommee to the Alfred* de Derek G. M. Gardner

Editor digital: Titivillus

Digitalización: lugafe

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO I



El capitán *sir* Horatio Hornblower estaba sentado en la bañera, mirándose con disgusto las piernas, que colgaban por encima del borde. Eran delgadas y vellosas, y le recordaban las patas de las arañas que había visto en Centroamérica. Le costaba trabajo pensar en otra cosa que no fueran sus piernas, que llamaban su atención por tenerlas debajo de la nariz mientras permanecía sentado en aquella ridícula bañera, colgando por un extremo mientras el cuerpo le sobresalía del agua por el otro. Sólo tenía sumergido el centro, desde el pecho hasta cerca de las rodillas, y estaba casi doblado en dos. Hornblower encontraba irritante tener que bañarse de aquel modo, aunque trataba de no perder la calma y se esforzaba por ahuyentar de su pensamiento recuerdos de millares de baños más cómodos disfrutados en la cubierta de un navío, bajo una bomba de baldear que proyectaba sobre él cantidades sin límite de estimulante agua salada. Cogió el jabón y el paño, y comenzó a lavar con fuerza todo lo que sobresalía de la superficie, salpicando el suelo de roble pulimentado de su vestidor. Aquello suponía molestias para una criada, y, en su presente estado de ánimo, Hornblower se alegraba de molestar a alguien.

Se puso de pie torpemente en la bañera, desparramando agua en todas direcciones, se enjabonó y aclaró el cuerpo, y llamó a Brown. Éste se presentó en el acto, pues estaba en el dormitorio, aunque un buen sirviente debería haber tenido en cuenta el mal humor de su patrón y tardado unos segundos, para darle ocasión de desahogarse. Colocó una toalla templada encima de los hombros de Hornblower, evitando con destreza que las puntas entrasen en el agua cuando su señor salió del revoltillo jabonoso y atravesó la habitación dejando tras de sí un rastro de gotas y huellas húmedas. Hornblower se secó y se quedó mirando con aire abatido hacia la alcoba, a las prendas que Brown había dispuesto allí para él.

—Hace una hermosa mañana, señor —dijo Brown.

—Maldito lo que me importa —gruñó Hornblower.

Tenía que ponerse aquel maldito traje amarillo y azul, las botas de charol y la leontina de oro. Nunca lo había llevado antes, y le dio horror ya cuando se lo probaba el sastre, y luego cuando su mujer lo admiró, y seguiría aborreciéndolo lo que le quedaba de vida, aunque tuviera que llevarlo. Su odio era doble: primero, una sensación primaria, ciega e irreflexiva de inquina, y segundo, manía contra una ropa que tenía la seguridad de que no le sentaba bien y le hacía parecer absurdo en vez de simplemente feo. Metió la cabeza por la camisa de hilo de dos guineas, y luego, con infinitas fatigas, se ciñó a las piernas los estrechos pantalones de ante. Le quedaban muy ajustados, y sólo cuando los tuvo subidos del todo y Brown, por detrás, le ajustó el cinturón, cayó en la cuenta de que no se había puesto las medias. Quitarse los pantalones hubiera sido reconocer su error, y se negó a hacerlo. Brown se ganó un

exabrupto por sugerirlo. Con ademán filosófico, se arrodilló éste y trató de remangar por abajo los estrechos pantalones, pero tan justos le iban que apenas pudo llegar a la rodilla y era imposible que le cupieran las largas medias.

—¡Corte por arriba esas malditas cosas! —farfulló Hornblower.

Brown, arrodillado en el suelo, aventuró una mirada de protesta hacia él, pero lo que vio en la cara de Hornblower no le animó a decir lo que pensaba. Con disciplinado silencio obedeció las órdenes y cogió las tijeras del tocador. ¡Ras, ras, ras! La parte superior de las medias cayó al suelo, y Hornblower metió los pies en lo que quedaba de ellas, sintiéndose satisfecho por primera vez aquel día cuando Brown desdobló los pantalones sobre los mutilados bordes. Los hados podían serle adversos, pero ya les enseñaría que aún era dueño de su voluntad. Embutió los pies en las pulidas botas, y se abstuvo de renegar de su estrechez, pues recordó con cierto remordimiento que se mostró débil con el zapatero de moda y no quiso insistir en la cuestión de comodidad, y menos delante de su mujer, decidida a que se acatasen los dictados de la moda.

Se dirigió a la mesa de tocador cojeando y se ató el corbatín, y luego se abrochó el alzacuellos. El ridículo aparejo le rozaba las orejas al volver la cabeza, y le parecía que el cuello le había crecido al doble de su longitud. Jamás se había sentido más a disgusto; no podía respirar holgadamente mientras llevara aquel maldito trasto que Brummell y el príncipe regente habían puesto de moda. Se puso el chaleco de fantasía, azul y bordado en rosa, y luego la casaca de paño fino, color ante, con grandes botones azules; el interior de las carteras y el reverso de las solapas y del cuello eran del mismo azul. Durante treinta años, Hornblower sólo había llevado uniforme, y la imagen que el espejo devolvía a sus displicentes ojos era afectada, grotesca, ridícula. El uniforme era cómodo, nadie podía echarle en cara que no le sentara bien, pues se veía obligado a llevarlo; pero las prendas civiles se suponía que mostraban su gusto y elección (aunque fuese un hombre casado), y la gente podría reírse de él por ir vestido así. Brown sujetó el reloj de oro a la leontina, y lo introdujo en el bolsillo. Hacía un bulto enorme en el abdomen, pero Hornblower desechó furiosamente la idea de pasar sin reloj con tal de que la ropa le sentara mejor. Se metió en la manga el pañuelo de hilo que Brown le alargó después de rociarlo de perfume, y ya estaba preparado.

—Es un traje muy bonito, señor —dijo Brown.

—¡Un bonito mamarracho! —repuso Hornblower.

Atravesó de nuevo cojeando el vestidor y golpeó con los nudillos la puerta del otro lado.

—Entra —dijo la voz de su mujer.

Bárbara estaba todavía sentada en la bañera con las piernas colgando por encima del borde, lo mismo que él poco antes.

—Qué guapo estás, querido —exclamó Bárbara—. Es una novedad agradable verte sin uniforme.

Ni siquiera Bárbara, la mujer más extraordinaria del mundo, estaba exenta del pecado más extendido entre las mujeres, el de aplaudir la novedad sólo por serlo. Pero Hornblower no le contestó como había contestado a Brown.

—Gracias —dijo, esforzándose por dar a sus palabras una entonación afectuosa.

—Mi toalla, Hebe —pidió Bárbara. La doncellita negra se acercó presurosa y la envolvió al salir de la bañera.

—Venus surgiendo de las olas —observó Hornblower, galante. Estaba haciendo lo posible por dominar la sensación de torpeza que se apoderaba de él cuando veía a su esposa desnuda en presencia de otra mujer, aunque ésta fuera Hebe, una simple criada, y negra además.

—Me figuro —dijo Bárbara, de pie mientras Hebe le secaba la piel dándole golpecitos con la toalla—, que en el pueblo se habrán enterado ya de esta rara costumbre nuestra de bañarnos a diario. Y no acierto a imaginar lo que puedan pensar.

Hornblower sí se lo imaginaba; él mismo había sido en tiempos un chiquillo aldeano. Bárbara se despojó de la toalla y permaneció desnuda un instante, mientras Hebe le metía la camisa de seda por la cabeza. Las mujeres, una vez vencidas las convenciones, no tienen realmente sentido de la decencia, y Bárbara, con aquella camisa transparente, escandalizaba mucho más que desnuda. Se había sentado ante el tocador y se aplicaba crema en el rostro mientras Hebe la peinaba; en la mesilla había una multitud de potes y tarros, y Bárbara iba tomando ingredientes de uno tras otro, como si estuviera componiendo una fórmula mágica.

—Veo con satisfacción —dijo Bárbara, contemplando de cerca su imagen— que hace sol. Es magnífico que haga buen día para la ceremonia de esta mañana.

La idea de la ceremonia no se había apartado de la mente de Hornblower desde que se despertó. No podía decirse que le fastidiara la perspectiva, pero tampoco le agradaba mucho. Iba a ser el primer hito de un nuevo estilo de vida, y Hornblower sentía una desconfianza nada extraña respecto a sus propias reacciones ante el cambio. Bárbara estudiaba la imagen de su semblante en el espejo.

—La bienvenida al nuevo señor de Smallbridge —dijo, y se sonrió al volverse a mirarle.

Aquella sonrisa no sólo transformó la expresión de Bárbara, sino todo el panorama mental de Hornblower también. Bárbara dejó de ser la gran señora, la hija del conde con la sangre más azul de la aristocracia en sus venas, y cuyo perfecto equilibrio y aplomo despertaba siempre en Hornblower la timidez que tanto detestaba, y se convirtió en la mujer que estuvo impávida a su lado en la cubierta de la *lidia*, batida por la metralla, en pleno Pacífico; la mujer que temblara de amor en sus brazos, la amada compañera y la afectuosa amante. El corazón se le escapó hacia ella al momento. La hubiera cogido en sus brazos, para cubrirla de besos, de no haber estado Hebe en la habitación. Pero los ojos de ella se encontraron con los suyos, y leyeron lo que pasaba por su pensamiento. Le dedicó otra sonrisa. Se conocían a la

perfección, compartían sus secretos, y el mundo era un lugar luminoso para ambos.

Bárbara se puso unas medias blancas de seda, y anudó por encima de sus rodillas las ligas de seda encarnada. Hebe la esperaba con el vestido a punto, y Bárbara se introdujo en él. Al fin emergió, agitando los brazos dentro de las mangas y con el cabello revuelto. Nadie podría ser gran señora en tales condiciones, y Hornblower la adoró más que nunca. Hebe dio unos toques al vestido de su señora, y colocó en torno a sus hombros una manteleta de encaje, para arreglarle el peinado. Después de clavar la última horquilla y de sujetar el último rizo, y ceñidos los zapatos a los pies con ayuda de un calzador, diestramente manejado por Hebe, Bárbara dedicó su atención a colocar sobre su cabeza el amplio sombrero con rosas y cintas.

—¿Qué hora es, querido? —preguntó.

—Las nueve —dijo Hornblower, sacando trabajosamente el reloj del bolsillo delantero de sus pantalones, tenso a más no poder.

—Magnífico —dijo Bárbara, mientras se ponía los largos guantes blancos de seda que, por rutas extraviadas de contrabandistas, habían llegado a sus manos desde París—. Hebe, el señorito Richard debe de estar arreglado ya. Dile a la niñera que me lo traiga. Creo, querido, que la cinta y la cruz serían muy adecuadas para la ceremonia de esta mañana.

—¿Aquí, delante de mi propia casa?

—Me temo que sí —dijo Bárbara. Movi6 la cabeza, con su pirámide de rosas, y esta vez no fue tanto una sonrisa como una mueca burlona lo que le dirigió, y todas las objeciones de Hornblower a ponerse la cruz se evaporaron en el acto. Así ella admitía tácitamente que, en lo que a ambos afectaba, no atribuía más importancia que él mismo a la ceremonia de bienvenida como nuevo señor de Smallbridge. Como un guiño de complicidad.

En su alcoba, Hornblower tomó la cinta roja de la orden de Bath y la cruz del cajón de su armario, y Brown se cuidó de buscarle los guantes de fina piel que se iba poniendo mientras bajaba la escalera. Una criada asustada le hizo una reverencia; en el vestíbulo esperaba Wiggins, el mayordomo, con el sombrero de copa y, a su lado, John, el lacayo, lucía la nueva librea elegida por Bárbara. Ésta salía ya con el niño en brazos de su niñera. Le había dado pomada en los rizos, que se mantenían bien peinados, como Dios manda. La niñera le puso en el suelo, le estiró las faldillas, le enderezó el cuello de encaje y Hornblower se apresuró a cogerle de una mano mientras Bárbara le sostenía por la otra. Richard no estaba aún muy acostumbrado a tenerse de pie, y más bien se sentía inclinado a andar a gatas, cosa poco acorde con la dignidad de la ceremonia inminente. Wiggins y John abrieron las hojas de la puerta, y los tres, Bárbara, Hornblower y Richard entre ambos, salieron hasta el rellano de la escalinata que daba al camino, no sin acordarse Hornblower, en el preciso momento de traspasar el umbral, de plantarse el sombrero en la cabeza.

Parecía como si todos los habitantes de Smallbridge estuvieran formados unos pasos más abajo. A un lado se hallaba el párroco con un tropel de chiquillos; enfrente,

los cuatro aparceros con sus mejores ropas y sus jornaleros de blusa, y al otro lado un grupo de mujeres, con sus delantales y sus gorros. Detrás de los niños, el hostelero del lugar se encajó un violín bajo la barbilla y dejó oír unas notas; el cura agitó una mano y los niños comenzaron a cantar con sus agudas vocecillas:

Vuelve a su lar el heeroe victoriooso
y resuenan trompeeetas y tamboores...

Sin duda aquello se refería a Hornblower, que se quitó el sombrero y se quedó allí sin saber cómo ponerse; la música nada significaba para su torpe oído, pero pudo percibir algo de la letra. El coro terminó con algunos tropiezos, y el párroco se adelantó un paso.

—Señoría —comenzó—, *sir* Horatio: Sed bienvenido en nombre del pueblo. Bienvenido, *sir* Horatio, con toda la gloria que habéis alcanzado en la guerra contra el tirano corso. Bienvenida, señora, esposa del héroe que tenemos ante nosotros, hermana del héroe que manda nuestro valiente ejército que ahora lucha en España, hija de la más alta nobleza del país. Sed bienvenidos...

—¡Ta! —chilló inesperadamente Richard—. ¡Da-dá!

El párroco aguantó la interrupción sin alterarse; ya disparado, continuó soltando sus manidas frases, pintando la alegría que experimentaba el pueblo de Smallbridge al encontrarse convertido en el señorío de tan famoso marino. Hornblower perdía el hilo del discurso por la necesidad de sujetar bien a Richard de la mano, pues, si lo soltaba, seguramente bajaría a gatas los escalones para trabar más estrecho conocimiento con los niños del lugar. Hornblower miró por encima del lozano verde del parque; más allá se alzaban las compactas curvas de los Downs, y a su lado asomaba sobre las copas de los árboles la torre de la iglesia de Smallbridge. En aquella dirección se veía también un huerto en plena floración, recreando la vista. El parque, el huerto y la iglesia eran suyos; él era el señor, un caballero hacendado, dueño de muchas hectáreas, bienvenido en calidad de tal. Tras él estaba la casa, con numerosos criados; ornaba su pecho la cinta y la cruz de una Orden de Caballería, y en Coutts & Company, banqueros de Londres, tenían en segura custodia un buen puñado de guineas doradas, también de su pertenencia. Aquello era el colmo de la ambición humana. Fama, riqueza, seguridad, amor, un hijo: tenía todo cuanto pudiera desear su corazón. En lo alto de la escalinata, mientras el cura seguía parloteando, se sintió sorprendido al confesarse que todavía no era dichoso, y se irritó consigo mismo. Debería estar rebosante de orgullo, dicha y contento, y, sin embargo, contemplaba el porvenir con cierto desaliento; desaliento al pensar en vivir allí, y franco fastidio ante la idea de pasar la estación de moda en Londres, aunque Bárbara no se apartase de su lado.

Los desordenados pensamientos de Hornblower se interrumpieron de pronto. Algo llegó a sus oídos que no debía haberse dicho, y como el párroco era el único que

hablaba, tenía que haber sido él, aunque continuaba hablando sin darse cuenta de su tropiezo. Hornblower miró de soslayo a Bárbara; vio que se clavaba los blancos dientes por un momento en el labio inferior, prueba evidente de contrariedad para quien la conociese a fondo. Por lo demás, hacía gala de la estoica serenidad de las clases distinguidas británicas. ¿Qué habían dicho que pudiera alterarla? Hornblower hizo un llamamiento a su memoria subconsciente para recordar las palabras del párroco, que en realidad había oído sin escucharlas. Sí, eso era. El muy estúpido había hablado de Richard como si fuese hijo de ambos. Era sumamente molesto para Bárbara que creyeran hijo suyo a su hijastro, y cuanto más le quería más le irritaba tal confusión, por extraño que parezca. Pero realmente no cabía reprochar al cura su error. Cuando se presenta un matrimonio con una criatura de dieciséis meses, es natural suponer que sea hijo de los dos cónyuges.

El clérigo había terminado, y la pausa iba resultando cada vez más tensa. Alguien tenía que responderle, y era Hornblower quien debía hacerlo.

—¡Ejem! —Carraspeó Hornblower (todavía no llevaba casado con Bárbara el tiempo suficiente para haber proscrito aquella vieja costumbre), mientras buscaba desesperadamente algo que decir. Debería haberse preparado para esto, claro; lo prudente hubiera sido ensayar unas palabras, en vez de pasarse el día soñando—. ¡Ejem! Con orgullo contemplo esta campiña inglesa...

Se las arregló para decir lo necesario. El tirano corso. Los agricultores de Inglaterra. El rey y el príncipe regente. *Lady* Bárbara. Richard. Cuando terminó, se reprodujo la pausa embarazosa de antes, mientras los circunstantes se miraban unos a otros, hasta que uno de los granjeros se adelantó.

—¡Tres hurras por la señora!

Todo el mundo vitoreó, con gran asombro de Richard, que dejó escapar un fuerte alarido.

—¡Tres hurras por *sir* Horatio! Hip, hip... ¡hurra!

Ya no quedaba nada que hacer salvo retirarse discretamente a la casa y dejar que la gente se dispersara. Gracias a Dios, ya había pasado todo. John, el lacayo, se encontraba en el vestíbulo en posición de firmes, o al menos así lo creía él. Hornblower se prometió distraído enseñarle a juntar bien los codos al cuerpo. Ya que debía tener lacayo, lo convertiría en uno excelente. Allí venía la niñera, agachándose para ver si Richard había hecho alguna de las suyas. Y el mayordomo, renqueando con una carta en la bandeja. Hornblower sintió que la sangre le subía al rostro al ver el sello; aquel sello y el papel tela grueso eran exclusivos del Almirantazgo, por lo que él sabía. Hacía ya meses, que le parecían años, que no le llegaban cartas del Almirantazgo. Atrapó la carta de la bandeja, y sólo por especial merced de la Providencia se acordó de dirigir a Bárbara una mirada de disculpa, antes de romper el sello.

Whitehall 10 de abril de 1812

Señor,

Por orden de los Lores Comisarios debo informarle de que sus señorías desean emplearle inmediatamente en calidad de comodoro, secundado por un capitán, para desempeñar un servicio que sus señorías consideran digno de un oficial de su antigüedad y posición. En consecuencia, se le ruega y requiere que informe por mi mediación a sus señorías, lo antes posible, si está dispuesto a aceptar esta misión, y en caso afirmativo, que se presente sin demora en esta oficina para recibir verbalmente las instrucciones de sus señorías y también las de cualquier otro ministro de Estado a quien se considere necesario dirigirle.

Su servidor,

E. Nepean,
Secretario de los Lores Comisarios del Almirantazgo

Hornblower tuvo que leer dos veces la carta, pues la primera vez no logró entenderla. Pero al hacerlo por segunda vez sintió estallar en su interior la magna significación de la misiva. Primero se dio cuenta de que no tenía por qué seguir aquella vida suya en Smallbridge o en Bond Street. Estaba libre de ella, podría tomar un baño bajo la bomba de baldear, en vez de embutirse en una maldita bañera que sólo admitía el contenido de una olla; de nuevo tendría ocasión de pasearse por su propia cubierta, respirar el aire del mar, quitarse aquellos malditos calzones tan estrechos y no volver a ponérselos; no recibir más representaciones ni hablar a ningún maldito arrendatario, ni oler pocilgas ajenas o arrear caballos de nadie. Y aquello no era más que el principio. Además le ofrecían un puesto de comodoro, comodoro de primera, con un capitán a sus órdenes, de manera que casi vendría a ser un almirante. Llevaría un gallardete en lo alto del palo mayor, gozaría de distinciones y honores... No es que le importasen, pero serían signos exteriores de la confianza en él depositada, del ascenso que aquello suponía. Louis, el del Almirantazgo, debía de tener buena opinión de él, sin duda, para nombrarle comodoro estando poco más allá de la mitad del escalafón de capitanes. Naturalmente, la frase «digno de un capitán de su antigüedad y posición» era una simple fórmula que daba derecho al Almirantazgo a dejarle a media paga si rehusaba; pero las últimas palabras, relativas a una posible consulta con ministros de Estado, tenían una importancia enorme. Significaban que la misión que le estaba reservada era de gran responsabilidad, de importancia internacional. Olas de excitación se agitaban en su interior.

Sacó el reloj. Las diez y cuarto; era todavía temprano, según las normas civiles.

—¿Dónde está Brown? —preguntó a Wiggins.

Brown apareció misteriosamente al fondo; aunque tal vez no hubiese mucho misterio en su aparición. Toda la casa debía de saber, como es natural, que el patrón había recibido una carta del Almirantazgo.

—Tráigame mi mejor uniforme y mi espada. Haga enganchar los caballos. Será mejor que venga conmigo, Brown, y que lleve las riendas. Tenga lisias mis cosas para la noche, y también las suyas.

Los criados se dispersaron en todas direcciones, pues no sólo había que obedecer las órdenes del patrón, sino que se trataba de un asunto de Estado, doblemente

importante, en consecuencia. De modo que, al salir Hornblower de su preocupación, Bárbara se había quedado sola.

¡Santo Dios! En su entusiasmo se había olvidado por completo de ella, y Bárbara lo había advertido. Estaba algo decaída, y en su rostro se pintaba la tristeza. Pero sus ojos se encontraron, y se le animó el semblante un momento, aunque enseguida adoptó otra vez su anterior gesto de pesar.

—Es el Almirantazgo —explicó Hornblower torpemente—. Me nombran comodoro, con un capitán a mis órdenes.

Por desgracia, Hornblower se dio cuenta de que ella hacía un gran esfuerzo por parecer complacida.

—Qué gran honor —dijo—, pero no más de lo que te mereces, querido. Tienes que estar muy contento, como yo lo estoy.

—Esto me apartará de tu lado —anunció Hornblower.

—Amor mío, ya he estado seis meses contigo. Seis meses de felicidad como la que me has dado es más de lo que merece ninguna mujer. Y volverás junto a mí.

—Claro que volveré —respondió Hornblower.

CAPÍTULO II



Hacía un tiempo típico de abril. Milagrosamente, el sol brillaba radiante durante la ceremonia desarrollada al pie de la escalinata de la casa señorial de Smallbridge, pero ya había llovido a cántaros durante el viaje de veinte millas a Londres. Luego asomó de nuevo el sol, calentándolos y secándolos, pero al cruzar Wimbledon el cielo ya estaba otra vez cubierto, y las primeras gotas comenzaron a mojarles la cara. Hornblower se ciñó el capote y volvió a abotonarse el cuello. El tricornio adornado con entorchados y botones de oro se encontraba colocado sobre sus rodillas protegido por el capote, porque si lo exponía a la lluvia acumularía agua en la copa y en el ala y se deformaría mucho.

Desde el oeste venían aullando el viento y la lluvia, en increíble contraste con el delicioso tiempo de media hora antes. El caballo que iba más al oeste era el que peor librado salía, y, en consecuencia, remoloneaba un tanto. Brown descargó el látigo sobre su lustrosa grupa, y el animal tiró fuerte de su collera, desplegando renovadas energías. Brown sabía manejar el látigo. En realidad, sabía de todo. Era el mejor contraamaestre que había conocido Hornblower; fue un leal subordinado durante su fuga de Francia, y supo convertirse en el mejor criado que cabía desear. Ahora iba allí sentado, aguantando el aguacero, con las escurridizas riendas sujetas en su enorme y morena mano; ésta, como la muñeca y el antebrazo, funcionaban como un resorte para mantener una tensión adecuada en las bocas de los caballos: no demasiada, para que no estorbase sus movimientos, pero suficiente para que se sintieran seguros en el terreno resbaladizo, manteniéndolos dominados por si acaso. Iban tirando del coche por la fangosa carretera de macadán que subía hacia Wimbledon, con un ímpetu que jamás había conseguido infundirles Hornblower.

—¿Le gustaría navegar otra vez, Brown? —preguntó Hornblower. El simple hecho de permitirse pronunciar aquella frase innecesaria era una prueba de la emoción que sentía.

—Ya lo creo, señor —contestó Brown.

A Hornblower tocaba ahora adivinar lo que Brown quiso decir en realidad. La brevedad de la respuesta podría ser quizás el medio de disimular su entusiasmo, a la manera inglesa, o tal vez significaba sólo una cortés aquiescencia con el talante de su patrón.

La lluvia le chorreaba a Hornblower desde el pelo hasta la nuca, y se filtraba por debajo del cuello. Tenía que haber cogido una chaqueta impermeable. Se acurrucó en el asiento almohadillado de cuero, con las dos manos descansando en la empuñadura de la espada, sujeta por el cinturón. Era la espada de cien guineas que le regaló la Fundación Patriótica. Manteniéndola en posición vertical, con las manos sostenía el pesado capote empapado, como un toldo, para resguardar el tricornio que llevaba en

las rodillas. Otro chorrillo de agua se le introdujo por debajo de la ropa y le hizo tiritar. Cuando cesó el chubasco, estaba completamente empapado e incómodo. Por fortuna, una vez más reapareció un sol espléndido. Las gotas de lluvia de los tojos y las zarzas resplandecían como diamantes; los caballos desprendían vapor; las alondras reanudaron su canto en lo alto, y Hornblower desplegó el capote y se enjugó el cabello y la nuca con su pañuelo. Brown puso los caballos al paso cuando llegó a la cima de la colina, para darles un respiro antes del veloz descenso.

—Londres, señor —dijo.

Allí estaba la urbe. La lluvia había barrido el humo y el polvo de la atmósfera, de suerte que podían ver a lo lejos la cruz dorada y la campana de Saint Paul, brillantes a la luz del sol. Las agujas de la catedral, empequeñecidas por la cúpula, destacaban con singular claridad. También los tejados. Brown chasqueó la lengua, los caballos emprendieron de nuevo el trote, arrastrando el carruaje con estrépito cuesta abajo, hacia Wandsworth, y Hornblower sacó el reloj. No eran más que las dos; había tiempo de sobra para arreglarlo todo. Aunque notaba la camisa mojada debajo de la casaca, aquel día resultaba mejor de lo que había imaginado por la mañana, mientras se encontraba sentado en la bañera.

Brown detuvo los caballos ante el edificio del Almirantazgo, y un chiquillo harapiento se acercó a cubrir la rueda para que el barro no salpicara el capote y el uniforme de Hornblower al descender éste del vehículo.

—Espéreme en la Cruz de Oro, Brown —dijo Hornblower, rebuscando en el bolsillo una moneda de cobre para el golfillo.

—Sí, señor —respondió Brown, dando la vuelta a los caballos.

Hornblower se puso el tricornio con esmero, se alisó la casaca y se ajustó la hebilla del cinturón. En Smallbridge House era *sir* Horatio, el señor de la casa, el hacendado, autócrata indiscutible, pero allí no era más que el capitán Hornblower, que iba a ver a los Lores del Almirantazgo. De todos modos, el almirante Louis era sumamente cordial. No hizo esperar a Hornblower más de tres minutos en la antecámara (sólo lo indispensable para despachar a su interlocutor del momento), y le estrechó la mano con evidente satisfacción en cuanto le vio. Llamó con la campanilla a un empleado para que se llevara el empapado capote de Hornblower, y con sus propias manos acercó una silla para que tomase asiento junto al estupendo fuego que Louis mantenía encendido en toda estación desde que regresó de su puesto de mando en las Indias Orientales.

—¿Qué tal se encuentra *lady* Bárbara? —preguntó.

—Muy bien, muchas gracias, señor —respondió Hornblower.

—¿Y el señorito Hornblower?

—También, señor.

Hornblower iba venciendo rápidamente su timidez. Se acomodó un poco más en la silla y mostró su complacencia por la calidez del fuego. En la pared pendía un nuevo retrato de Collingwood; seguramente, había reemplazado al antiguo de lord

Barham. Era agradable observar la cinta roja y la cruz, y mirarse luego el pecho para verlo adornado de igual manera.

—¿De modo que abandonó la felicidad doméstica apenas recibió usted nuestra carta?

—En efecto, señor.

Hornblower se daba cuenta de que tal vez fuese más provechoso no ser natural; sería mejor adoptar una actitud afectada, mostrarse reacio a volver a sus quehaceres, o dispuesto a hacer un gran sacrificio personal en bien de la patria; pero era incapaz de hacerlo. Estaba demasiado satisfecho de su ascenso, demasiado lleno de curiosidad por la misión que el Almirantazgo le tenía reservada. Los sagaces ojos de Louis le escrutaban detenidamente, y afrontó su mirada con franqueza.

—¿Qué planes tiene para mí, señor? —preguntó. No esperó siquiera a que Louis iniciase la jugada.

—Se trata del Báltico —anunció el almirante.

De modo que era eso. Aquellas palabras daban fin a una mañana de locas conjeturas, desentrañaba toda una maraña de posibilidades. Podía haber sido cualquier otra cosa: Java o Jamaica, el cabo de Hornos o el de Buena Esperanza, el océano índico o el Mediterráneo, cualquier lugar dentro del circuito de veinticinco mil millas en todo el mundo en que ondeaba la bandera británica. Pero iba a ser el Báltico. Trató de rebuscar en su mente lo que conocía de ese mar. No había navegado por aguas nórdicas desde sus tiempos de teniente.

—Es jurisdicción del almirante Keats, ¿verdad?

—Por ahora sí. Pero le sustituirá Saumarez. Tendrá instrucciones de darle el máximo grado de iniciativa.

Aquello resultaba muy curioso. Parecía aludir a una división del mando, y eso le resultaba intrínsecamente perverso. Era preferible un jefe supremo malo a un mando dividido. Decir a un subordinado que su inmediato superior tenía órdenes de dejarle obrar con amplia discreción era arriesgado, a menos que el subordinado fuese un hombre de superlativa lealtad y buen sentido. Y en aquel momento Hornblower tragó saliva; había olvidado ingenuamente que era él y no otro el tal subordinado; acaso el Almirantazgo le atribuía «superlativa lealtad y buen sentido».

Louis le contemplaba con curiosidad.

—¿No le gustaría saber qué fuerzas tendrá a sus órdenes? —preguntó.

—Sí, desde luego —contestó Hornblower, sin gran interés. El hecho de que iba a mandar algo era mucho más interesante que su volumen.

—Llevará la *Nonsuch*, de setenta y cuatro cañones —dijo Louis—. Con esto tendrá un navío de empuje, por si hace falta. Y el resto serán embarcaciones menores, las que hemos podido reunir para usted: las corbetas *Lotus* y *Raven*; dos bombardas, la *Mothy* la *Harvey*, y el cúter *Clam*. Eso es todo por el momento; pero cuando se haga a la vela tendremos quizás algo más. Deseamos que prepare cuanto pueda necesitar para embarcar; supongo que no ha de ser poco.

—Así lo espero.

—No sé si habrá de luchar por los rusos o contra ellos —murmuró Louis—. Y otro tanto ocurre con los suecos. Dios sabe lo que se está cociendo allá arriba. Pero His Nubs os aclarará todo esto.

Hornblower le interrogó con la mirada.

—Su respetable cuñado, el muy noble marqués de Wellesley, caballero de San Patricio, secretario de Estado de Asuntos Exteriores de Su Majestad Británica. Le llamamos «excelencia» para abreviar. Nos acercaremos a verle dentro de un instante. Pero hay algo más que debemos dejar arreglado. ¿Quién desea que mande la *Nonsuch*?

Hornblower tuvo que tomar aliento. Aquello era patrocinio a gran escala. A veces había hecho algún nombramiento de guardiamarina o de ayudante de cirujano; un cura de quien apenas se acordaba solicitó de él en cierta ocasión ser nombrado capellán de su barco; pero tener voto en la designación de un capitán de un buque de línea era algo infinitamente más importante. Había ciento veinte capitanes más recientes que Hornblower, hombres con un historial sobresaliente, cuyas proezas se comentaban reteniendo el aliento en todos los puntos cardinales, y que habían conquistado aquella jerarquía a costa de verter su sangre y llevar a cabo hazañas de habilidad y arrojo incomparables. Ciertamente, la mitad de ellos, y acaso más, saltarían de gozo ante la idea de mandar un navío de setenta y cuatro cañones. Hornblower recordó su propio júbilo cuando le dieron el mando de la *Sutherland*, hacía dos años.

Capitanes a media paga, capitanes con cargo en tierra, consumidos de impaciencia por obtener un mando a bordo... ¡y pensar que estaba en su mano cambiar totalmente la vida y la carrera de uno de ellos! Pero no dudó un momento el partido que debía tomar. Podía haber disponibles capitanes de más brillo, capitanes de más talento, pero sólo quería a uno.

—Quiero a Bush —solicitó—, si está disponible.

—Puede contar con él —dijo Louis, con un gesto de asentimiento—. Esperaba que usted le reclamase. Su pierna de madera, ¿no será un obstáculo demasiado grave?

—En modo alguno —sentenció Hornblower. Habría sido muy molesto tener que salir a la mar con otro capitán que no fuese Bush.

—Muy bien, pues —dijo Louis, mirando el reloj de pared—. Vamos a ver a «su excelencia» si no tiene inconveniente.

CAPÍTULO III



Hornblower estaba sentado en su sala particular de la posada de la Cruz de Oro. Ardía el fuego, y en la mesa ante la cual se hallaba lucían no menos de cuatro bujías de cera. Todo ese lujo (la sala particular, el fuego, las bujías) le proporcionaba una sensación deliciosa e inquietante a la vez. Había sido pobre tanto tiempo, tuvo que reprimirse y economizar con tanto afán durante tantos años, que la despreocupación del dinero le producía un cierto placer ambiguo, como un culpable deleite. Su factura contendría al día siguiente un concepto de media corona por lo menos de luz, y si se hubiese contentado con velas de sebo no le habrían cargado más de dos peniques. También le cobrarían un chelín por el fuego. Y el posadero, desde luego, aplicaría las tarifas máximas a un huésped que, obviamente, podía pagarlas, caballero de Bath, con criado y coche de dos caballos. La factura del día siguiente se acercaría más a dos guineas que a una sola. Hornblower se tocó el bolsillo del pecho para cerciorarse de que su grueso fajo de billetes de una libra seguía allí. Podía permitirse gastar dos guineas diarias.

Ya más tranquilo, se inclinó de nuevo sobre los apuntes que había tomado durante su conferencia con el secretario de Exteriores. Estaban desordenados, escritos de cualquier modo, a medida que se le fueron ocurriendo a Wellesley. Era evidente que ni el mismo Gabinete sabía con certeza si los rusos lucharían contra Bonaparte o no. O, mejor dicho: nadie sabía si Bonaparte haría o no la guerra a los rusos. Por mucho que el zar aborreciera a los franceses (y los odiaba de veras), no lucharía a menos que se viera obligado a ello, a menos que Bonaparte le atacase deliberadamente. Seguro que el zar hacía todas las concesiones posibles con tal de no combatir, al menos ahora, que intentaba reforzar y reorganizar su ejército.

—Es difícil imaginar que Boney^[1] cometa el desatino de armar camorra —había dicho Wellesley—, cuando puede conseguir todo lo que quiera sin necesidad de luchar.

Pero si había guerra, convenía que los ingleses dispusieran de fuerzas en el Báltico.

—Si Boney echa de Rusia a Alejandro, deseo que estéis a la expectativa para darle acogida —dijo Wellesley—. Siempre nos puede servir de algo.

Los reyes en el exilio eran, por lo menos, figuras útiles para toda resistencia que pudieran seguir manteniendo los países invadidos por Bonaparte. Inglaterra cobijaba bajo sus alas protectoras a los soberanos de Sicilia y Cerdeña, de los Países Bajos, Portugal y Hesse, y todos ellos servían para mantener encendida la esperanza en el corazón de sus antiguos súbditos, ahora bajo la bota del tirano.

—Depende no poco de Suecia —había observado también Wellesley—. Nadie

puede adivinar lo que hará Bernadotte. Además, la conquista de Finlandia por los rusos ha irritado a los suecos. Intentamos convencerles de que para ellos la amenaza peor es la del corso. Le tienen a la entrada del Báltico, mientras que Rusia está al fondo. Pero no puede ser cómodo para Suecia tener que elegir entre Rusia y Bonaparte.

Era un asunto algo enredado, en un sentido u otro: Suecia estaba regida por un príncipe que tres años antes todavía era un general francés y, además, emparentado con Bonaparte por razón de matrimonio; Dinamarca y Noruega en manos del déspota; Finlandia recién conquistada por Rusia, y la orilla meridional del Báltico infestada de tropas de Bonaparte.

—Tiene campamentos en Danzig y Stettin —había dicho Wellesley— y fuerzas del sur de Alemania escalonadas por toda la ruta hasta Berlín, por no citar a los prusianos, los austríacos y sus demás aliados.

Con Europa a sus pies, Bonaparte estaba en condiciones de arrastrar con él a los ejércitos de sus antiguos enemigos; si tenía que combatir contra Rusia, una gran parte de sus tropas serían extranjeras: italianos y alemanes del sur, prusianos y austríacos, holandeses y daneses.

—Hay también españoles y portugueses, según me informan —dijo Wellesley—. Supongo que habrán disfrutado del pasado invierno en Polonia. Habla usted español, ¿no es cierto?

Hornblower había contestado afirmativamente.

—¿Y francés también?

—Sí.

—¿Ruso?

—No.

—¿Alemán?

—Tampoco.

—¿Sueco? ¿Polaco? ¿Lituanos?

—No.

—Lástima. Pero la mayoría de los rusos educados hablan el francés mejor que el ruso; según me dicen, deben dominar muy poco su propio idioma. Y tenemos un intérprete sueco para usted; ya arreglará con el Almirantazgo el modo de denominarle en los libros de a bordo. Creo que ésa es la expresión náutica correcta.

Era característico de Wellesley teñir sus palabras de una cierta ironía. Había sido gobernador general de la India, y era a la sazón secretario de Estado de Asuntos Exteriores, aristócrata y hombre de moda. Con aquellas últimas palabras había expresado su sublime ignorancia y no menor desprecio por los asuntos náuticos, y una especie de sentimiento de arrogante superioridad del hombre elegante sobre el rudo lobo de mar, aunque éste fuera su propio cuñado. Hornblower se sintió algo irritado, y no le faltaba serenidad para intentar devolver la pulla a Wellesley.

—Es usted experto en todos los oficios, Richard —le dijo, llanamente.

Aquello sirvió para recordar al hombre de sociedad que el lobo de mar estaba lo bastante emparentado con él como para poderle llamar por su nombre de pila, y además, incomodar al marqués sugiriendo que tenía algún tipo de relación con un oficio.

—No en el suyo, Hornblower, me temo. Nunca pude aprender todo eso de babor, estribor, barlovento y cosas por el estilo. Hay que empezar desde la escuela, como con el *hic, haec, hoc*.

Era difícil afectar la sublime complacencia del marqués. Hornblower apartó estos pensamientos para volver a la gravedad de sus preparativos. Los rusos tenían una armada apreciable, unos catorce buques de línea tal vez, en Revel y Kronstadt; y Suecia otros tantos. Los puertos alemanes y pomeranos estaban llenos de corsarios franceses, y una parte importante de la misión de Hornblower consistía en proteger los navíos británicos contra aquellos salteadores del mar, pues el comercio sueco era vital para Inglaterra. Del Báltico venían los pertrechos navales que permitían a Inglaterra dominar los mares: el alquitrán y la trementina, los pinos para mástiles, leña y cuadernas, resina y aceite. Si Suecia llegaba a aliarse con Bonaparte contra Rusia, la aportación de Suecia al comercio (mucho más de la mitad) se perdería, y los ingleses tendrían que arreglárselas con lo poco que pudieran recoger de Finlandia y Estonia, escoltándolo a lo largo del Báltico ante las mismísimas fauces de la marina sueca, y saliendo como pudieran por Sund, aunque Bonaparte fuese dueño de Dinamarca. Rusia necesitaría todo aquel material para sus propios barcos, y habría que persuadirla como fuese de que era necesario prescindir de una parte para mantener la marina inglesa a flote.

Había sido un acierto que Inglaterra no acudiese en socorro de Finlandia cuando Rusia la atacó; si lo hubiera hecho, sería mucho menos probable que Rusia luchase ahora contra Bonaparte. La diplomacia respaldada por la fuerza podría preservar tal vez a Suecia de una alianza con Bonaparte, y asegurar la navegación por el Báltico, dejando expuesta la costa septentrional de Alemania a irrupciones contra las líneas de comunicación del curso, con tal intensidad que si, por un milagro, éste experimentaba un revés, se podría persuadir incluso a Prusia de cambiar de bando. Aquella constituía otra de las misiones de Hornblower: contribuir a disipar en Suecia su ancestral recelo de Rusia, y a apartar a Prusia de su obligado consorcio con Francia, sin arriesgar para nada la navegación en el Báltico. Un paso en falso podría significar el desastre.

Hornblower dejó sus notas encima de la mesa y fijó la mirada ausente en la pared de enfrente. Niebla, hielos y bajíos en el Báltico; navíos rusos y suecos, corsarios franceses; el tráfico marítimo, la alianza rusa y la actitud de Prusia; alta política y comercio imprescindible. Durante los meses próximos, la suerte de Europa, la historia del mundo oscilaría en el filo de la navaja, y la responsabilidad sería suya. Hornblower sintió que se aceleraban sus latidos, que sus músculos se ponían en tensión, como solía pasarle al barruntar peligro. Había pasado cerca de un año desde que advirtió estos síntomas por última vez, al entrar en la gran cámara del *Victory*

para oír el veredicto del consejo de guerra que hubiera podido condenarle a muerte. Notaba que no era de su agrado aquel presagio de peligro, aquella perspectiva de enorme responsabilidad. No había imaginado nada de todo aquello cuando acudió tan alegre por la mañana a recibir órdenes. Por esto abandonaba el cariño y el afecto de Bárbara, la vida de señor rural, la tranquilidad y el sosiego de un hogar recién adquirido.

Pero aun en los momentos en que, desesperado, casi desolado, pensaba en lo que perdía, la atracción de los problemas del futuro comenzaba a hacerse notar. El Almirantazgo le había dado carta blanca; no podía quejarse, en ese aspecto. Revel quedaba bloqueado por los hielos en diciembre; Kronstadt a menudo en noviembre. Mientras durasen las heladas tendría que fijar su base más abajo. ¿Cerrarían los hielos Lubeck? En todo caso sería mejor... Hornblower apartó bruscamente la silla de la mesa, casi inconsciente de lo que hacía. Le resultaba prácticamente imposible reflexionar o imaginar estando sentado. Era como contener la respiración. Esta comparación era exacta, porque si se veía forzado a permanecer quieto en la silla mientras trabajaba su mente, le asaltaban algunos de los síntomas característicos de una estrangulación lenta: aumentaba su presión arterial y se agitaba violentamente.

Aquella noche no tenía por qué seguir sentado e inmóvil; habiendo retirado la silla, podía ir y venir de la mesa a la ventana, un recorrido igual de largo y tal vez más libre de obstáculos que los que había conocido en más de un alcázar. Apenas había comenzado sus paseos cuando la puerta de la sala se abrió lentamente y Brown se asomó por la rendija, atraído por el ruido de la silla al rozar el suelo. Con una mirada tuvo bastante. El capitán se había puesto a pasear, y aquello significaba que tardaría largo rato en acostarse.

Brown era un hombre inteligente, y utilizaba su talento en la tarea de velar por el capitán. Volvió a cerrar la puerta con igual sigilo, y esperó diez minutos largos antes de entrar en la habitación. Para entonces, Hornblower se había enfrascado en la sucesión de sus idas y venidas, y sus ideas seguían un curso torrencial del cual era muy difícil abstraerle. Brown pudo deslizarse en la estancia sin que Hornblower lo advirtiera; al menos, sería muy difícil asegurar si se enteró o no. Brown, acompasando sus movimientos a los pasos del capitán a través del cuarto, pudo llegar a las velas y despabilarlas, pues habían comenzado a fundirse y olían muy mal. Luego se acercó a la chimenea y echó más carbón al fuego, del que sólo quedaban unas ascuas rojizas. Luego salió de la habitación y se preparó para una larga espera. Por lo general, el capitán era un patrón considerado, que no consentía nunca en tener levantado a su sirviente hasta muy tarde, sólo para que al final le ayudara a acostarse. Sabiendo Brown que era así, no le molestó que esta vez Hornblower se hubiera olvidado de decirle que podía irse a dormir.

Iba y venía Hornblower a pasos regulares y medidos, girando sobre sus talones a unos centímetros del friso bajo la ventana, por un lado, y por el otro rozando el borde de la mesa con la cadera al dar la vuelta. Rusos y suecos, convoyes y corsarios,

Estocolmo y Danzig, todo aquello le daba mucho que pensar. Haría frío en el Báltico, además, y había que hacer planes para cuidar de la salud de su tripulación en el mal tiempo. Y lo primero que tendría que hacer al reunir su flotilla, sería procurar que en cada barco hubiese un oficial de confianza que supiera transmitir y leer señales correctamente. Sin buenas comunicaciones no podía haber disciplina y organización, y de nada servirían todos los planes que forjara. Las bombardas tenían el inconveniente de que...

Al llegar aquí le distrajeron unos golpecitos en la puerta.

—Adelante —gritó.

La puerta se abrió despacio, y a su vista aparecieron Brown y el mesonero, éste último con un mandil de bayeta verde y cara de susto.

—¿Qué ocurre? —exclamó Hornblower. Ahora que había interrumpido su paseo por el alcázar se daba cuenta de que estaba rendido; muchas cosas habían pasado desde que dieran aquella mañana la bienvenida a su señor los aparceros de Smallbridge, y la fatiga de sus piernas le decía que llevaba paseando bastante tiempo.

Brown y el posadero cambiaron unas miradas, y al fin el último se decidió a hablar.

—Mire, señor —comenzó nervioso—. Su señoría está en el número cuatro, justamente debajo de esta sala, señor. Su señoría es un hombre de mal genio, señor, le ruego que me disculpe. Dice, discúlpeme otra vez, dice que las dos de la mañana no son horas de estar yendo y viniendo por encima de su cabeza. Dice...

—¿Las dos de la mañana? —preguntó Hornblower.

—Son cerca de las tres, señor —intervino Brown, con tacto.

—Sí, señor; dieron las dos y media poco antes de que su señoría me llamase por segunda vez. Dice que si tirase usted algo, o cantase al andar, no le molestaría tanto. Pero oírle pasear de arriba abajo, señor... Su señoría dice que eso le hace pensar en la muerte y en el día del Juicio. Es muy natural. Yo le dije quién es usted, señor, cuando me llamó la primera vez. Y ahora...

Hornblower había salido ya a la superficie, emergiendo por completo de la ola de pensamientos en la que se hallaba sumido. Vio los nerviosos gestos del posadero, atrapado entre aquel diablo de desconocida señoría del piso bajo y las aguas profundas del capitán *sir* Horatio Hornblower de más arriba, y no pudo menos que sonreír; más aún, le costó verdadero trabajo sofocar la risa. Se daba cuenta de lo ridículo de la situación: el irascible y desconocido señor de abajo; el posadero, aterrado de pensar en ofender a uno u otro de sus poderosos e influyentes huéspedes, y como remate, Brown negándose a permitir hasta el último momento posible toda ingerencia en las reflexiones de su patrón. Hornblower advirtió el evidente alivio en los semblantes de los dos hombres cuando le vieron sonreír, y aquello le indujo a no contener más la risa. Se había mostrado muy malhumorado últimamente, y Brown temía un estallido, mientras que el infeliz posadero nunca esperó otra cosa, pues los huéspedes sólo acostumbran a dar sofocos a la gente que el destino condena a

atenderlos. Hornblower recordaba haber mandado al diablo a Brown aquella misma mañana: y es que Brown no había sido todo lo perspicaz que debiera, pues por la mañana su patrón no era más que un oficial de marina sin empleo, condenado a vivir en el campo, mientras que ahora se había convertido en comodoro de una flotilla que le aguardaba, y nada en el mundo podía alterarle el humor... Brown no había pensado en eso.

—Mis respetos a su señoría —dijo—. Hágale saber que los ominosos paseos se han terminado. Brown, quiero acostarme.

El posadero bajó las escaleras con ánimo ligero, en tanto que Brown tomaba una palmatoria (con la vela consumida hasta el mismo cabo) y alumbró a su señor hasta la alcoba. Hornblower se quitó la casaca, con las charreteras entorchadas, y Brown llegó justo a tiempo de impedir que cayera al suelo. Siguieron luego la camisa y los pantalones, y Hornblower se puso el magnífico camisón que encontró extendido sobre la cama, un camisón de seda de China bordado, con vainicas en los puños y en el cuello, encargado especialmente por Bárbara a sus amigos empleados en la Compañía de las Indias Orientales. El ladrillo envuelto en una manta y metido entre las sábanas se había enfriado bastante, pero de su benéfico calor quedaban todavía restos. Hornblower se hizo un ovillo al sentirse tan bien acogido.

—Buenas noches, señor —dijo Brown, y la oscuridad se precipitó en el dormitorio desde los rincones, cuando aquél apagó la vela.

Y con la oscuridad se abatieron sobre el capitán sueños tumultuosos. Dormido o despierto (a la mañana siguiente no habría sabido decirlo), su mente no hizo más que girar, durante el resto de la noche, en torno a las infinitas complicaciones de aquella inminente campaña del Báltico, donde una vez más entraba en juego su vida, su reputación y su propia estima.

CAPÍTULO IV



Hornblower se inclinó hacia delante en el asiento del coche y miró por la ventanilla.

—El viento está cambiando algo al norte —dijo—. Oeste cuarta al noreste, me parece.

—Sí, querido —repuso Bárbara resignada.

—Perdóname, querida —se disculpó Hornblower—; te he interrumpido. Me decías algo sobre mis camisas.

—No, ya había terminado de hablarte de ellas, cariño. Lo que estaba diciendo es que no debes dejar que nadie abra el cofre plano hasta que llegue el tiempo frío. Ahí llevas el abrigo corto de piel de oveja y el abrigo de pieles grande, con mucho alcanfor, y mientras no lo abran estarán libres de polillas. Haz que lo bajen tan pronto llegues a bordo.

—Sí, querida.

El coche iba traqueteando por los guijarros de Upper Deal. Bárbara se agitó un poco y volvió a coger entre las suyas una mano de Hornblower.

—No me gusta hablar de pieles —dijo—. Espero... espero ardientemente que estés de regreso antes que llegue el invierno.

—También yo, querida —respondió Hornblower, con sinceridad.

El interior del coche estaba oscuro y tristón, pero la luz de la ventanilla resplandecía en el rostro de Bárbara, iluminándolo como el de un santo en la iglesia. La boca se mantenía firme bajo la aguda nariz aquilina; en los ojos de un azul grisáceo no había la menor blandura. Nadie habría podido inferir de la expresión de *lady* Bárbara que su corazón estuviese roto, pero se había quitado un guante y su mano se retorció febril en la de Hornblower.

—Vuelve a mí, querido mío. ¡Vuelve! —exclamó tiernamente.

—Volveré, no lo dudes —dijo Hornblower.

A pesar de su origen patricio, su gran talento y su férreo autocontrol, Bárbara era capaz de decir las mismas bobadas que cualquier tosca esposa de un simple marinero. Hornblower se sintió más ligado a ella que nunca al oírla decir patéticamente «vuelve a mí», como si estuviera en su mano dominar las balas de cañón que los franceses o los rusos dirigieran contra él. Sin embargo, en aquel momento surgió en su mente un pensamiento horrible, como un hinchado cadáver devuelto a la superficie desde el cieno del fondo del mar. *Lady* Bárbara había visto partir ya una vez a un marido para la guerra, de donde jamás volvió. Había sucumbido al bisturí del cirujano en Gibraltar, con la ingle desgarrada por una astilla en la batalla de la bahía de Rosas. ¿Pensaba ahora Bárbara en su marido muerto? Hornblower se estremeció levemente al pensarlo, y Bárbara, a pesar de la íntima conexión existente entre ambos, no

interpretó bien su movimiento.

—¡Querido mío —exclamó—, mi amor!

Levantó la otra mano y le acarició la mejilla, a la vez que con los labios buscaba los de su esposo. Él la besó, haciendo un esfuerzo por desechar la atroz duda que le asaltaba. Durante meses consiguió librarse de los celos retrospectivos, y le molestaba que ahora, precisamente en aquel momento único, le acometieran así, añadiendo una contrariedad más al endiablado torbellino de emociones que le embargaba. El contacto de los labios de Bárbara le venció; su corazón se volcó hacia ella, y la besó con toda la pasión de su amor, mientras el carruaje cabeceaba inestable sobre los guijarros. El monumental sombrero de Bárbara amenazaba con caerse, y tuvo que desprenderse de los brazos de su marido para ponérselo bien y recuperar su dignidad. Se daba cuenta, aunque no lo interpretase con acierto, del tumulto que reinaba en el ánimo de Hornblower, y deliberadamente inició una conversación que ayudase a ambos a serenarse para su nueva e inminente aparición en público.

—Estoy contenta —dijo— cuando pienso en la gran distinción que el gobierno te ha hecho al otorgarte este nuevo empleo.

—Me complace que estés contenta, querida —repuso Hornblower.

—Apenas has pasado la mitad del escalafón de capitanes, y ya te dan este mando. Serás un almirante *in petto*.

Nada hubiese podido decir que calmara más eficazmente a Hornblower. Él sonrió para sí ante aquel error. Lo que había querido decir Bárbara es que sería un almirante en pequeña escala, en miniatura, *en petit*, expresado en francés. Pero *en petit* era algo muy distinto de *in petto*; de todos modos. *In petto* significaba en italiano «en el pecho»; cuando el Papa nombraba un cardenal *in petto* es que se proponía mantenerlo secreto por algún tiempo antes de darlo a conocer. Hornblower se sentía muy divertido al ver que Bárbara cometía un solecismo de tal especie; aquello la humanizaba a sus ojos, la hacía parecer del mismo barro del que estaba hecho él. Y creció su fervor por ella, uniendo a su pasión amorosa una cálida ternura.

El coche se detuvo con un cabeceo y un chirrido de frenos, y se abrió la portezuela. Hornblower saltó al suelo y dio la mano a Bárbara antes de mirar en torno. Soplaban un viento duro, oeste cuarta al noroeste, en efecto. Por la mañana se había mantenido fresco, del sudoeste, de modo que a la vez estaba cambiando y arreciando. Un ligero desvío más al norte y tendrían que detenerse por el mal tiempo hasta que amainara. Una hora de retraso podía significar varios días perdidos. Cielo y tierra aparecían grises, y el cabrilleo era bastante vivo. El convoy de las Indias Orientales se veía anclado a cierta distancia; por lo que a éste respectaba, bastaba que el viento cambiase un poco para que tuviera que levar anclas y emprender la marcha canal abajo. Se distinguían otros barcos hacia el norte, y seguramente la *Nonsuch* y la flotilla andarían por allí; pero, sin catalejo, estaban muy lejos para poder distinguir cuáles eran. El viento silbaba en sus oídos, obligándole a sujetarse el sombrero. Al otro lado de la calle empedrada estaba el malecón, y amarrados a él se veían varios

lugres de Deal...

Brown se quedó esperando órdenes, mientras el cochero y el lacayo bajaban de la barca el equipaje.

—Quiero una lancha que me lleve al barco, Brown —dijo Hornblower—. Búsqueme una.

Podía encargarse que hicieran una señal del castillo para que el *Nonsuch* enviara una falúa, pero aquello consumiría un tiempo precioso. Bárbara se encontraba junto a él, sujetándose el sombrero; el viento le agitaba la falda como si fuese una bandera. Tenía los ojos grises aquel día; si el mar y el cielo hubieran estado azules, los hubiera tenido también de ese color. Y se esforzaba por sonreír a su marido.

—Si fueses al barco en un lugre, querido —dijo— le acompañaría hasta allí. El lugre me podría traer de nuevo al muelle.

—Te mojarías y cogerías frío —la disuadió Hornblower—. Ciñendo y con este viento va a ser una travesía difícil.

—¿Crees que me importa? —insistió Bárbara. Y el pensamiento de dejarla desgarró las entrañas de él una vez más.

Ya había vuelto Brown, y con él un par de barqueros de Deal con pañuelos ceñidos a la cabeza y pendientes en las orejas; sus caras, tostadas por el viento y curtidas por el agua salada, presentaban un tinte pardo intenso, como el de la madera. Se apoderaron de los baúles de Hornblower y los llevaron como si fueran plumas hacia el malecón. En diecinueve años de guerra, innumerables oficiales habían visto llevar así sus baúles al muelle de Deal. Brown les siguió, y Hornblower cerraba la marcha con *lady* Bárbara, el primero apretando contra sí tenazmente la cartera de cuero que guardaba sus órdenes «más secretas».

—Buenos días, capitán. —El capitán del lugre saludó a Hornblower llevándose la mano a la frente—. Buenos días, *milady*. Hoy tenemos toda la brisa que queremos. Sin embargo, podréis doblar el Goodwins, capitán, aún con esas bombardas vuestras tan poco marineras. El viento es favorable hacia el Skaw, tan pronto salgáis de los Downs.

Así se guardaba, pues, un secreto militar en Inglaterra; aquel cargador de Deal estaba enterado de las fuerzas de que disponía y de cuál era su rumbo, y mañana seguramente se encontraría en mitad del Canal con algún lugre francés que cambiaría tabaco por aguardiente y noticias por noticias. Tres días más tarde, el mismo Bonaparte sabría en París que Hornblower había salido para el Báltico con un buque de línea y una flotilla.

—¡Cuidado con esas cajas! —bramó el capitán de improviso—. ¡Esas botellas no son de hierro!

Estaban cargando en el lugre el resto del equipaje que había en el muelle; los víveres de repuesto que Bárbara había encargado para él, comprobando detenidamente su calidad: una caja de botellas de vino, otra de provisiones y el paquete de libros que expresamente le había regalado.

—¿No quiere sentarse en el camarote, *milady*? —preguntó el capitán del lugre con sencilla cortesía—. Nos mojaremos antes de llegar al *Nonsuch*.

Bárbara consultó con la vista a Hornblower y rehusó amablemente. Hornblower conocía bien aquellos camarotes, mal ventilados y hediondos.

—Entonces, un capote impermeable para su señoría.

Aseguraron la lona en torno a los hombros de Bárbara, dejándola colgar hasta la cubierta como un apagavelas. El viento seguía intentando arrebatarse el sombrero, y, alzando la mano, con un simple ademán se lo quitó y lo puso a cubierto bajo la tela. El viento vivo le alborotó al instante el cabello, ella se echó a reír y, sacudiendo la cabeza, se soltó toda la melena. Le ardían las mejillas y sus ojos fulguraban, tal como Hornblower recordaba de aquellos días pretéritos en que doblaban el cabo Hornos en la *Lydia*. Hornblower hubiera querido besarla.

—¡Desatracar ahí! ¡A las drizas! —vociferó el capitán, yendo hacia popa y sujetando con indiferencia la caña contra la cadera. Los hombres tiraban de las jarcias y la vela mayor iba subiendo palmo a palmo; el lugre retrocedió para desatracar.

—¡Aprisa con esa escota, vamos, George!

El capitán tiró de la caña, y el lugre se detuvo, giró sobre su quilla y avanzó resuelto, dócil como un caballo en manos de un experto jinete. Al dejar el refugio del espolón, el viento hizo presa en él, pero el capitán abatió la caña y George cazó la escota hasta que la vela quedó como una tabla, y el lugre, a todo ceñir (demasiado, para quien no conociera bien aquel tipo de barco), se adelantó hacia la zona de borrasca, con las olas saltando hacia popa por la amura de babor, en cascadas. Aun en los abrigados Downs había bastante movimiento para dar cierta animación al lugre al surcarlos, y se sucedían las cabezadas y los balanceos cada vez que una ola pasaba por debajo de la amura de babor hacia la aleta de estribor.

Hornblower recordó de pronto que en ese momento solía marearse. No podía recordar el comienzo de ninguno de sus anteriores viajes en que no le hubiera sucedido lo mismo, y el movimiento de aquel lugre tan vivaracho tenía que causar aquel efecto sin remisión posible. Resultaba curioso que no le pasara nada hasta ahora. Hornblower observó con profunda sorpresa que el horizonte a proa se levantaba por encima del barco, y desaparecía luego al levantarse el lugre sobre la popa, sin que aquel juego le produjera la menor náusea. No le asombraba tanto que sus piernas se mantuviesen firmes; al cabo de veinte años de navegar no era fácil perder la costumbre, y se balanceaba tranquilamente siguiendo los rápidos movimientos del barco. Sólo le fallaban las piernas cuando estaba realmente aturdido por el mareo, y aquel terrible tormento no daba señales de presentarse. Al iniciar otros viajes anteriores había embarcado siempre agotado ya por las gestiones de equipamiento y despacho, después de dormir poco y agobiado por las preocupaciones, predispuesto al mareo aun sin subir a bordo. En su calidad de comodoro, todas aquellas preocupaciones se habían acabado; el Almirantazgo, el Ministerio del Exterior y el Tesoro habían volcado sobre él órdenes y consejos, pero

las órdenes y la responsabilidad no molestaban tanto, ni mucho menos, como las mil impertinencias con que se tropieza buscando una tripulación y tratando con las autoridades de los arsenales. Se encontraba muy a gusto.

Bárbara tenía que sujetarse bien, y ahora que alzaba la vista hacia él se advertía que no estaba tan tranquila como hubiese querido. Si no otra cosa, al menos las dudas le martirizaban. Hornblower experimentó a la vez diversión y orgullo; estaba contento con verse de nuevo en el mar y sin marearse, y era aún más agradable comprobar que superaba en algo a Bárbara, tan competente en todo. Estuvo a punto de gastarle alguna broma, de alardear de su inmunidad, pero su buen sentido y la ternura que le inspiraba su mujer le guardaron de cometer tal error. Ella le aborrecería si hiciera algo semejante; se acordaba con enorme claridad de cómo odiaba a todo el mundo cuando estaba a punto de marearse. Y la ayudó lo mejor que pudo.

—Tienes la enorme suerte de no marearte, querida —dijo—. Este movimiento es algo brusco, pero siempre has resistido muy bien.

Ella le miró, mientras el viento azotaba sus alborotados cabellos; parecía algo indecisa, pero las palabras de Hornblower la habían confortado. Era un sacrificio muy considerable el que había hecho por ella, aunque Bárbara nunca llegaría a saberlo.

—Te envidio, querida —continuó—. No estoy nada seguro de mí mismo, como siempre al emprender un viaje. Pero tú estás tan serena como de costumbre.

Seguramente, ningún hombre podría probar de mejor modo su cariño hacia su mujer que disimulando todo sentimiento de superioridad y aun pretendiendo en obsequio de ella estar mareado, no estándolo en realidad. Bárbara se alarmó al punto.

—Lo siento mucho, amor mío —dijo, poniéndole una mano en el hombro—. Espero que no tengas que vomitar. No te convendría en este momento en que vas a tomar el mando de tus fuerzas.

La estratagema iba dando resultado; pensando en algo más importante que el estado de su propio estómago, Bárbara se olvidaba de sus náuseas.

—Espero que podré aguantar —dijo Hornblower. Trató de hacer una mueca realmente lastimosa, y, aunque no era buen actor, los sentidos de Bárbara estaban suficientemente embotados para no advertirlo. Le remordió un poco la conciencia a Hornblower observar que aquel estólido pseudoheroísmo suyo le hacía más admirable que nunca a los ojos de su mujer. Se le habían suavizado pensando en él.

—¡Listos para virar por avante! —tronó el capitán del lugre; y Hornblower levantó la vista sorprendido al descubrir que se encontraban a poca distancia de la popa del *Nonsuch*. Tenía desplegada alguna lona por delante, y su sobremesana facheó para coger el viento un poco de través y poner el lugre a sotavento por su banda de estribor. Hornblower se echó hacia atrás el capote y se descubrió para que pudieran verle desde el alcázar de la *Nonsuch*. En atención a Bush, aunque no hubiese otro motivo, no quería presentarse a bordo sin prevenirle. Luego se volvió hacia Bárbara.

—Hemos de despedirnos ya, querida —dijo.

El semblante de su esposa carecía de expresión, como el de un soldado de marina a quien pasan revista.

—Adiós, querido mío —susurró. Tenía fríos los labios, y no se inclinó hacia él para ofrecérselos, sino que se mantuvo rígida. Fue como besar una estatua de mármol. Luego se enterneció de repente—. Cuidaré mucho de Richard, querido, de nuestro hijo.

No habría podido decir nada mejor para aumentar el afecto de Hornblower hacia ella. Su marido le apretó las manos.

El lugre se puso contra el viento, con las velas restallantes, y luego se acogió al socaire del navío de dos puentes. Hornblower miró hacia arriba; había un balsa suspendido, listo para ser arriado hasta el lugre.

—¡Parad ese balsa! —gritó; y luego, al capitán—: ¡Atraque al costado!

Hornblower no tenía la intención de ser izado a cubierta en un balsa; era un modo poco digno de iniciar su nueva misión, con las piernas colgando. El lugre se colocó al costado del buque grande; las portas pintadas estaban al nivel de su hombro, y por debajo hervían las verdes aguas confinadas entre los dos barcos. Era un momento de emoción. Si perdía pie y se caía al mar, y tenían que izarle todo mojado y chorreando, aquello sería aún menos digno que la entrada en un balsa. Dejó caer el capote, se aseguró el sombrero en la cabeza y dio la vuelta al cinturón para que la espada no le estorbase. Luego saltó a través de aquel espacio de un metro, gateando hacia arriba tan pronto como pudo sujetarse con pies y manos. Sólo eran difíciles los primeros tres palmos; luego, la entrada del costado de la *Nonsuch* facilitaba la subida. Aún tuvo tiempo de hacer un alto para recomponerse antes de llegar a la porta de acceso y saltar a cubierta con toda la dignidad que debía esperarse de un comodoro.

Hablando en términos profesionales, aquel era el momento supremo de su carrera hasta entonces. Como capitán, se había acostumbrado a los honores de capitán: los segundos contramaestres haciendo sonar sus silbatos, los cuatro marineros de la guardia y los infantes de marina. Pero esta vez era comodoro quien iba a tomar el mando: había seis marineros con sus guantes blancos, toda la guardia de marina y también la banda, una larga fila doble de segundos contramaestres con sus silbatos y, al final del pasillo, una multitud de oficiales vestidos de gala. Al pisar la cubierta, batieron los tambores en competencia con las voces del contramaestre, y los pífanos de la banda comenzaron a tocar «Alma de roble tienen nuestras naves, y alegres marineros las tripulan...». Con la mano levantada en posición de saludo, Hornblower recorrió el pasillo de cabos de mar y de marineros de primera; todo ello era en extremo regocijante, a pesar de sus esfuerzos por convencerse de que tales signos exteriores de la dignidad de su cargo eran simples puerilidades. Tuvo que contenerse para no adoptar una sonrisa extática, y consiguió con dificultad asumir la seria compostura propia de un comodoro. Al final del pasillo estaba Bush, saludando rígidamente en pie, con naturalidad, a pesar de su pierna de madera; y resultaba tan agradable para Hornblower ver a Bush que tuvo que luchar de nuevo para no sonreír.

—Buenos días, capitán Bush —dijo, con el tono más áspero que pudo encontrar, y ofreciéndole la mano con la mayor cordialidad posible, dentro de la formalidad.

—Buenos días, señor.

Bush bajó la mano y estrechó la de Hornblower, esforzándose por representar su papel, como si no hubiera amistad en aquel saludo sino simple estimación profesional. Hornblower advirtió que aquella mano seguía tan firme como siempre; el ascenso a la categoría de capitán no había conseguido ablandarla. Y por mucho que lo intentó Bush, no pudo mantener el rostro inexpresivo. Sus ojos azules estaban animados de contento, y las duras facciones se suavizaron en una sonrisa que escapó de su dominio. Con ello se hizo para Hornblower más difícil que nunca conservar su digna actitud.

Por el rabillo del ojo, Hornblower vio a un marinero que halaba con presteza las drizas de señales en la mayor. Una bola negra iba subiendo por el mástil y, al llegar al motón, un giro de la muñeca del marinero la abrió. Era el gallardete de comodoro, enarbolado para distinguir el buque en que se hallaba; y al abrirse, una fumarada a proa y un fuerte estampido marcaron el primer cañonazo del saludo con que le daban la bienvenida. Aquel era el momento culminante, el mejor de todos. Miles y miles de oficiales de la Armada podían pasarse la vida entera en servicio sin que jamás se alzara por ello un gallardete de distinción ni oyeran sonar en su honor un solo cañonazo. Hornblower no pudo menos que sonreír. Se había disuelto su última reserva; miró a Bush a los ojos y rió abiertamente, y el otro le acompañó, gozoso. Eran como dos colegas jubilosos después de una travesura afortunada. Resultaba sumamente grato darse cuenta de que Bush no sólo se sentía complacido de servir junto a él, sino también de saberle complacido a su vez.

Bush miró por encima de la borda a babor, y Hornblower también dirigió la vista hacia allí. En aquella dirección estaba el resto de la escuadra, las dos feas bombardas, las dos corbetas con aparejo completo, y el cúter, pequeño y gracioso. De sus costados se desprendían unas nubecillas de humo, que el viento dispersaba casi en el acto, y unos instantes después se oía el estampido de los disparos de cada barco saludando al gallardete, uno tras otro, a compás del buque insignia. Bush entrecerraba los ojos al pasarles revista, observando si todo se hacía en forma decorosa y ordenada, pero en cuanto estuvo seguro de que todo iba bien, volvió a sonreír complaciente. Sonó el último disparo de la salva; once por nave. Resultaba interesante deducir que la simple ceremonia de izar su gallardete había costado a su país alrededor de cincuenta libras, en una época en que luchaba a vida o muerte contra el tirano que dominaba toda Europa. Las notas agudas de los silbatos pusieron fin al acto; la tripulación del buque reanudó sus quehaceres y los soldados de marina terciaron armas y rompieron filas, haciendo sonar sus botas sobre la tablazón de cubierta.

—Feliz momento, Bush —dijo Hornblower.

—Muy feliz, señor.

Hubo que hacer algunas presentaciones; Bush hizo adelantarse a los oficiales del buque, uno por uno. A primera vista, todo los semblantes se parecían, pero Hornblower sabía que al poco tiempo de estar viviendo tan juntos distinguiría bien a cada cual y conocería hasta la saciedad las particularidades de cada temperamento.

—Nos conoceremos mejor con el tiempo, señores, así lo espero —dijo Hornblower, expresando cortésmente lo que pensaba.

Una polea del penol de la verga mayor estaba subiendo su equipaje desde el lugre bajo la inspección de Brown, que seguramente había subido a bordo por algún discreto acceso como una tronera. Así, pues, el lugre debía de estar aún al costado, y Bárbara en él. Hornblower se acercó a la borda y miró por encima. En efecto, Bárbara continuaba de pie tal como la había dejado, inmóvil, como una estatua. Pero, por lo visto, aquel era ya el último fardo izado a bordo del buque; apenas llegó Hornblower a la amurada, el lugre soltó las cadenas del *Nonsuch*, izó su gran vela mayor y se alejó tan ligero como una gaviota.

—Capitán Bush —dijo Hornblower—, hemos de ponernos en marcha inmediatamente. Haga señales a la flotilla a tal efecto.

CAPÍTULO V



—Pondré las pistolas en esta gaveta, señor —anunció Brown, terminando de deshacer el equipaje.

Brown le acercó el estuche; las había mencionado simplemente porque sabía que Hornblower ignoraba su existencia. Era un espléndido estuche de caoba forrado de terciopelo. Lo primero que se veía al abrirlo era una tarjeta blanca, y en ella unas palabras con letra de Bárbara: «A mi querido esposo: Ojalá no las necesite nunca; pero si llega el caso, que las emplee bien, y, por lo menos, que le recuerden a su amante esposa, que rezará a diario por su seguridad, su felicidad y su buena fortuna». Hornblower leyó aquellas palabras dos veces antes de dejar la tarjeta para examinar las pistolas. Eran unas armas muy bonitas, de pulido acero, con incrustaciones de plata, dos cañones y culatas de ébano, que las equilibraban perfectamente al empuñarlas. El estuche contenía además dos tubos de cobre cerrados. Estaban llenos de balas impecables, esféricas, sin la menor imperfección. El hecho de que los armeros se hubiesen tomado la molestia de fundir para él balas especiales y ponerlas en el estuche hizo volver la atención de Hornblower a las pistolas. Los cañones estaban surcados de brillantes ranuras espirales; eran pistolas rayadas, pues. La otra caja de cobre alojaba varios discos de cuero fino impregnados de aceite; servían para envolver la bala antes de meterla en el cañón, a fin de ajustarla a la perfección. La varilla de latón y el macito del mismo material debían de ser para encajar bien las balas. El cacillo de latón estaría destinado sin duda a medir la carga de pólvora. Era pequeño, pero sólo así podía lograrse precisión: poca pólvora, bala pesada, y cañón seguro. Con aquellas pistolas podía confiar en sí mismo y acertar un blanco pequeño a cincuenta varas, si afinaba la puntería.

Pero todavía quedaba por abrir otra caja de cobre. Estaba llena de trocitos cuadrados de chapa de cobre, muy finos. Aquello le desconcertó. Cada chapita tenía una prominencia en el centro, donde el metal era extremadamente delgado, y permitía apenas distinguir el contenido negro a su través. Al rato se le ocurrió a Hornblower que aquéllos debían de ser los fulminantes de los que vagamente había oído hablar no hacía mucho. Para comprobarlo, puso uno en la mesa y lo golpeó fuertemente con el macito de latón. Sonó una aguda detonación, de debajo del macito salió una vaharada de humo, y al levantarlo pudo ver que la cápsula estaba hendida y en la mesa había quedado la señal de la explosión.

Miró de nuevo las pistolas. Debía de estar ciego para no advertir la falta de pedernal y de cebador. El percutor descansaba en lo que a primera vista parecía un simple bloque de metal; pero éste giraba al tocarlo, dejando al descubierto una pequeña cavidad que indudablemente servía para alojar un pistón. En el fondo del hueco había un agujerito que seguramente comunicaba con la recámara del cañón.

Había que colocar una carga en la pistola, un fulminante en el hueco y amartillar sobre el bloque o dado de metal, y dejar caer luego de golpe el percutor. El pistón detona; la llama pasa por el agujero a la carga y la pistola dispara. Así ya no se depende del ajuste caprichoso del pedernal y el cebo. Ni la lluvia ni el agua del mar podrían hacer fallar aquellas pistolas. Hornblower calculó que no fallarían ni una vez de cada cien. Era un obsequio magnífico: Bárbara había tenido una felicísima idea al comprárselas. Dios sabría cuánto le habrían costado. Algún diestro artífice tuvo que dedicarse varios meses a rayar los cuatro cañones, y los pistones de cobre (quinientos, todos hechos a mano) también debían de ser bastante caros. Pero con aquellas dos pistolas cargadas tendría en sus manos la vida de cuatro hombres. Un día de suerte, con dos pistolas de chispa de dos cañones, hubiera podido esperar un fallo o dos, y, de estar lloviendo o salpicar agua de mar, sería un milagro poder disparar un solo tiro. En opinión de Hornblower, el rayado no era tan importante como los pistones. En el forcejeo que se solía dar en los abordajes, cuando había que usar pistolas, la precisión no importaba, pues, por lo común, se apoyaba la boca del cañón en el vientre del contrario antes de apretar el gatillo.

Hornblower dejó las pistolas en sus nidos de terciopelo, y siguió cavilando. ¡Querida Bárbara! Siempre pensando en él, tratando de anticiparse a sus deseos, y aún más que eso. Las pistolas eran un ejemplo de cómo se esforzaba por satisfacer deseos suyos de los que él mismo no se daba cuenta. Ella había enarcado las cejas al oírle decir que Gibbon sería toda la lectura que iba a necesitar en aquella misión, así que había comprado y empaquetado una veintena de libros más. Uno de ellos, como podía distinguir desde donde estaba, era el nuevo poema en estrofas espenserianas, *Childe Harold* (a saber lo que significaba eso), por el chiflado de lord Byron. Todos hablaban de él poco antes de su partida; tenía que reconocer que le alegraba la oportunidad de leerlo, aunque jamás hubiera pensado en comprarlo él mismo. Hornblower contempló retrospectivamente una vida de renunciación espartana, con una punzada de extraña nostalgia por saberla terminada, y luego se levantó de la silla, aireado. Un momento después, tal vez desearía no haberse casado con Bárbara, y eso sería una completa insensatez.

Allá abajo en su camarote podía decir que la *Nonsuch* iba aún muy ceñida a la fuerte brisa noroeste; tanto que apenas se balanceaba, aunque cabeceaba mucho al encontrar las breves olas del mar del Norte. El axiómetro de encima de su cabeza indicaba que el buque mantenía su rumbo hacia el Skaw, y todo el camarote resonaba con el tañido de las tensas jarcias, transmitido por el maderamen del buque, mientras éste crujía con verdadero estruendo al cabecear, lo bastante para dificultar una conversación. Había una cuaderna que producía un ruido como el de un pistoletazo en un determinado momento de cada cabezada, y Hornblower estaba ya tan habituado a oírlo que podía anticiparlo con exactitud, basándose en el movimiento del barco.

Durante un rato le mantuvo perplejo cierto golpeteo irregular sobre su cabeza; realmente, había llegado a molestarle no poder dar con el motivo, hasta el punto de

que se puso el sombrero y subió al alcázar para averiguarlo. No se veía nada en el puente que pudiera explicar aquel sonido rítmico, ni una bomba en funcionamiento, ni alguien batiendo estopa, suponiendo que se pudiera llevar a cabo semejante tarea en el alcázar de un buque de línea.

Sólo estaba allí Bush y los oficiales de guardia, que inmediatamente adoptaron una postura de disimulada rigidez al ver aparecer en el tambucho al gran hombre. Sólo el cielo sabía qué podía ser aquel golpeteo. Hornblower se preguntaba si sus oídos no le habrían engañado y si los golpes procederían de abajo. Tenía que fingir que había subido a cubierta por algo (qué curioso, averiguar que todo un comodoro de primera clase tenía que descender aún a tales subterfugios), y comenzó a dar zancadas de un extremo a otro por el lado del barlovento de la toldilla, con las manos a la espalda y la cabeza inclinada sobre el pecho, en la actitud cómoda de otras veces. Los entusiastas han hablado o escrito de innumerables delicias, de jardines, de mujeres, vino o pesca; era extraño que nadie hubiese hablado nunca del placer de pasear por una toldilla.

Pero ¿qué era lo que había producido aquel lento y sordo ruido? Se olvidaba de lo que le había hecho subir allí. Lanzó varias ojeadas discretas por debajo de las cejas fruncidas, mientras paseaba arriba y abajo, sin conseguir ver nada que se lo aclarase. El ruido había dejado de oírse desde que apareció en cubierta, pero la curiosidad seguía consumiéndole. Se detuvo junto al pasamano de la borda y miró hacia la flotilla que seguía al buque. Las esbeltas corbetas iban avanzando contra la fuerte brisa sin dificultad, pero las bombardas no navegaban con igual soltura. La falta de palo de trinquete, la enorme vela triangular, hacía difícil que se abstuvieran de guiñar, aun con viento. De vez en cuando hundían el grueso bauprés y el mar les entraba por las amuras.

No le interesaban las bombardas. Quería saber qué había estado golpeando en el puente sobre su cabeza cuando estaba en el camarote; y al final el buen sentido consiguió reprimir su ridícula presunción. ¿Por qué no podía hacer un comodoro una sencilla pregunta sobre un asunto igualmente sencillo? ¿Por qué había dudado siquiera un momento? Dio media vuelta, con resolución.

—¡Capitán Bush! —llamó.

—¡Señor! —contestó al punto Bush, y acudió solícito, golpeando el puente con su pierna de palo.

Aqué! era el ruido. A cada paso de Bush, su pierna de palo, con el tope de cuero, caía sobre el entarimado con un golpe sordo. Hornblower no podía hacer ya la pregunta que tenía en mente.

—Espero tener el placer de su compañía para la cena de esta noche —dijo, saliendo del paso con rapidez.

—Gracias, sí, señor; desde luego —respondió Bush. Resplandecía de gozo al verse invitado, de suerte que Hornblower se sintió muy hipócrita mientras bajaba de nuevo al camarote para dar un vistazo a los últimos detalles del acomodo de su

equipaje.

Pero era una suerte que sus propias debilidades le hubiesen inducido a hacer aquella invitación, en vez de pasarse la noche, como de otro modo hubiese ocurrido, pensando en Bárbara, evocando en su memoria la deliciosa excursión a través de Inglaterra en primavera, desde Smallbridge a Deal, y sintiéndose tan infeliz en el mar como se había llegado a sentir en tierra.

Bush podría hablarle de los oficiales y los marineros de la *Nonsuch*, decirle de quién podía fiarse y de quién había de recelar; explicarle cuál era el estado material del buque, si los repuestos eran buenos o malos y otras mil cosas que debía conocer. Y al día siguiente, tan pronto como amainase el temporal, enviaría la señal para «todos los capitanes», a fin de darse a conocer a sus subordinados y estudiarlos, y acaso comenzar a instruirlos en sus propias opiniones y teorías, de modo que, cuando llegara el momento de actuar, hicieran falta pocas señales y resultara una acción común encaminada con rapidez a un objetivo común.

Entre tanto, había algo que era necesario hacer inmediatamente. Lo mejor sería hacerlo ahora, reflexionó, dando un suspiro, aunque era consciente de que le repugnaba hacerlo.

—Haga llamar al señor Braun... a mi escribiente —dijo a Brown, que estaba colgando la última casaca de uniforme detrás de la cortina, en el mamparo.

—Sí, señor —respondió Brown.

Era extraño que su escribiente y su timonel tuvieran nombres tan parecidos; aquella coincidencia le había inducido a agregar a su orden las últimas e innecesarias palabras.

Braun era alto y delgado, de buena presencia, aspecto joven y prematuramente calvo, y a Hornblower no le gustó, aunque, como de costumbre, estuvo más cordial con él que si le hubiera gustado. Le ofreció la silla del camarote mientras él se sentaba en el arcón, y cuando vio la mirada del señor Braun descansando curiosa en el estuche de las pistolas, regalo de Bárbara, condescendió a comentar con él, para romper el hielo, las ventajas de los pistones y de los cañones rayados.

—Unas armas estupendas, señor —observó Braun, volviéndolas a colocar en su estuche de terciopelo.

Miró a Hornblower a través de la estancia; la luz mortecina que atravesaba las ventanas de popa brillaba en su rostro y se reflejaba de un modo raro en sus ojos de un color verde pálido.

—Habla un buen inglés —dijo Hornblower.

—Gracias, señor. Mis negocios antes de la guerra eran principalmente con Inglaterra. Pero hablo ruso, sueco, finés, polaco, alemán y francés con facilidad. Lituano, un poco; y estonio también algo, porque se parece al finés.

—Pero el sueco es su idioma nativo, ¿verdad?

Braun encogió ligeramente sus delgados hombros.

—Mi padre hablaba sueco; mi madre, alemán. Yo hablaba finés con mi niñera,

francés con un tutor e inglés con otro. En mi trabajo hablábamos en ruso cuando no lo hacíamos en polaco.

—Pero yo creía que era usted sueco.

El señor Braun volvió a encogerse de hombros.

—Súbdito sueco, señor; pero nací finlandés. Y me consideraba finés hasta hace tres años.

Así pues, Braun era uno más de aquellos apátridas que parecían poblar toda Europa en aquella época; hombres y mujeres sin país, franceses, alemanes, austríacos, polacos, desarraigados por las vicisitudes de la guerra y que arrastraban una penosa existencia con la esperanza de que los azares de la contienda volvieran a darles asiento.

—Cuando Rusia se aprovechó de su pacto con Bonaparte —explicó Braun— para caer sobre Finlandia, yo fui uno de los que se resistieron. ¿Para qué? ¿Qué podía hacer Finlandia contra el inmenso poderío de Rusia? Fui uno de los afortunados que pudieron escapar. Mis hermanos están en cárceles rusas ahora, si es que viven; pero creo que habrán muerto. Suecia estaba en revolución; no había para mí refugio allí, aunque hubiese estado luchando por ella, Alemania, Dinamarca y Noruega eran presa de Bonaparte, y éste me habría entregado gustoso, por complacer a su nuevo aliado ruso. Pero me hallaba en un buque inglés, uno de los que me compraban maderas, y por eso vine a Inglaterra. En tiempos fui el hombre más rico de Finlandia, donde no abundan los ricos, y bastó un día para convertirme en el más pobre de Inglaterra, donde tantos son los pobres.

Los ojos de un verde claro reflejaban la luz que atravesaba la ventana del camarote, y Hornblower advirtió nuevamente que su amanuense era un hombre de personalidad inquietante. No era sólo el hecho de tratarse de un refugiado. Hornblower, como cualquier otro, estaba harto de refugiados y de sus relatos lastimosos, aunque la conciencia le mortificaba por ellos. Los primeros habían comenzado a llegar hacía veinte años de Francia, y desde entonces la marea había ido creciendo sin cesar, de Polonia, de Italia, de Alemania. El hecho de ser un refugiado predisponía a Hornblower contra Braun desde un principio. Así había ocurrido, como Hornblower mismo reconocía con su habitual sentido riguroso de la justicia. Pero no era aquella la razón de que le disgustase. Ni aquella ni ninguna... en realidad, no existía ninguna.

Era fastidioso para Hornblower pensar que durante el resto de su misión tendría que trabajar en estrecho contacto con aquel hombre. Pero las órdenes del Almirantazgo, que guardaba en su escritorio, le encarecían prestar la máxima atención al consejo y a los informes que recibiera de Braun, «un caballero que conoce extensa e íntimamente los países del Báltico». Aquella misma noche ya fue un gran alivio sentir a Bush llamar con los nudillos a la puerta del camarote, anunciando su llegada para cenar y librando así a Hornblower de la presencia de su auxiliar. Braun salió del recinto discretamente, haciendo una reverencia a Bush. Todo su cuerpo

indicaba la actitud (no sabría decir Hornblower si forzada o natural) del hombre que ha conocido mejores días y se resigna a desempeñar papeles subalternos.

—¿Qué le parece su escribiente sueco, señor? —preguntó Bush.

—Es finés, no sueco.

—¿Finés? ¡No me diga, señor! Será mejor que la gente no se entere.

El honrado semblante de Bush indicaba un recelo contra el que trataba en vano de luchar.

—Desde luego —aseguró Hornblower.

Intentó mantenerse inexpresivo para ocultar que había olvidado por completo la superstición reinante a propósito de los finlandeses en el mar. Para un marinero, todo finés era un hechicero que podía provocar tormentas con sólo levantar un dedo, pero Hornblower no había acertado a ver en el venido a menos Braun tal especie de finés, a pesar de aquellos ojos verdes tan extraños.

CAPÍTULO VI



—Ocho campanadas, señor.

Hornblower se despabiló bastante contrariado; le parecía que le apartaban de unos sueños deliciosos, aunque no podía recordar en qué consistían.

—Es de noche aún, señor —añadió Brown, despiadado—, pero hay luna. El viento sopla firme oeste cuarta al noroeste, y es fresco. Las corbetas y la flotilla están a la vista por sotavento, y estamos al paio, con la sobremesana, la velas de esta, y del mastelero de mayor y el foque. Y aquí está la camisa, señor.

Hornblower echó las piernas fuera de la litera y, aún somnoliento, se quitó el camisón. Pensaba ponerse primero sólo las prendas necesarias para conservar el calor en cubierta; pero tuvo que pensar en su dignidad de comodoro, y quería ganarse la reputación de hombre que jamás descuidaba un solo detalle. Había dado orden de que le llamaran entonces, quince minutos antes de lo necesario, simplemente para poderlo hacer. De modo que se puso la casaca del uniforme, los pantalones y las botas, se hizo cuidadosamente la raya a la luz vacilante de la linterna que Brown sostenía y desechó la idea de afeitarse. Si se presentaba en cubierta a las cuatro de la mañana ya rasurado, pensarían que se había preocupado mucho por su aspecto. Se dio un golpecito en el tricornio y forcejeó por ponerse el chaquetón que Brown le sostenía. Fuera de la puerta del camarote, el centinela se puso firme al verle aparecer. En el puente, un grupo de bulliciosos jóvenes que salían de cuarto se quedaron repentinamente mudos y aprensivos al divisar al comodoro, como era de rigor.

En la toldilla hacía un tiempo tan duro y desapacible como era de esperar en el Kattegat al amanecer de un día de primavera. Había cesado el ajetreo de la guardia; las figuras que asomaban en la oscuridad y se movían apresuradas hacia la banda de babor, dejándole libre la de estribor, no se distinguían apenas. Pero el golpeteo de la pierna de madera de Bush era inconfundible.

—¡Capitán Bush!

—¡Señor!

—¿A qué hora saldrá el sol esta mañana?

—Pues... sobre las cinco y media, señor.

—No quiero saber sobre qué hora. Pregunté a qué hora exacta saldrá el sol.

Un segundo de silencio mientras que el abatido Bush se tragaba la reprimenda, y luego contestó otra voz:

—A las cinco y treinta y cuatro, señor.

El que hablaba era aquel muchacho de rostro atrevido, Carlin, segundo teniente del barco. Hornblower hubiera dado algo por saber si Carlin estaba seguro de lo que decía y no se limitaba a conjeturar, con la esperanza de que el comodoro no comprobase las cifras. En cuanto a Bush, le dolía que tuviera que sufrir una

repreñión en pùblico, pero debería haber sabido contestar con precisi3n, puesto que la noche anterior Hornblower había estado haciendo planes con él apoyados en aquel dato justamente. Y no perjudicaría en nada la disciplina del resto de la tripulaci3n saber que el comodoro no exceptuaba a nadie, ni siquiera al capitán de un buque de línea, su mejor amigo.

Hornblower dio un par de paseos por el puente. Siete días desde que salieron de los Downs, y sin noticias. Con el viento constante del oeste no podía haber noticias. Nadie podía haber salido del Báltico, ni siquiera de Gotemburgo. No había visto una vela ayer, después de doblar el Skaw y de internarse en el Kattegat. Sus últimas noticias de Suecia databan de quince días, y en este tiempo podía haber sucedido cualquier cosa. Era muy posible que Suecia pasara de una neutralidad hostil a una franca enemistad. Ante él se abría el estrecho del Sund, de tres millas de anchura por su parte más angosta; a estribor quedaba Dinamarca, indudablemente hostil, bajo la dominaci3n de Bonaparte, quisiera o no quisiera. A babor, Suecia, y el canal principal más arriba del Sund estaba dominado por las baterías de Helsingborg. Si Suecia fuese enemiga de Inglaterra, los cañones de Dinamarca y de Suecia (de Elsinore rey de Helsingborg) podrían fácilmente averiarle la escuadra al pasar. Y retirarse sería en todo caso peligroso y difícil, si no enteramente imposible. Tal vez sería preferible entretenerse y enviar una lancha a enterarse de la actitud de Suecia por el momento.

Pero, por otra parte, una lancha prevendría a los suecos de su presencia. Si se apresuraba ahora, cuando había claridad suficiente para ver el Canal, podría salir incólume, tomando las defensas por sorpresa aun en el caso de estar Suecia en contra. Tal vez sus barcos se vieran apurados, pero con viento oeste cuarta al noroeste, el ideal, hasta un buque averiado podría valerse por sí solo hasta donde el Sund se ensancha, escapando así del alcance de las piezas. Si la neutralidad de Suecia seguía vacilante, no estaría de más hacerle ver una escuadra británica manejada con arrojo y decisi3n, y saber que había fuerzas británicas por el Báltico capaces de amenazar sus costas y de perturbar su comercio marítimo. Si Suecia se decidía por la hostilidad, sería capaz de mantenerse de un modo u otro en el Báltico durante el verano (en verano podía ocurrir cualquier cosa), y con suerte encontraría una salida al llegar el otoño. Ciertamente, había argumentos en favor de ganar tiempo y comunicar con la costa, pero pesaban más los que inducían a obrar con rapidez.

La campana del buque dejó oír una nota aguda; faltaba una hora para el alba y ya se distinguía a sotavento un atisbo de gris en el cielo. Hornblower abrió la boca para hablar, y luego se contuvo. Había estado a punto de dar una orden concreta, de acuerdo con la tensi3n del momento y el latir acelerado de su pulso, pero no era así como quería proceder. Mientras tuviese tiempo de pensar y prepararse, podría seguir haciéndose pasar por un hombre con nervios de acero.

—Capitán Bush —consiguió articular arrastrando las sílabas, para dar sus órdenes con aire de completa indiferencia—. Comuniqua a todos los barcos la seña de zafarrancho de combate.

—Sí, señor.

Dos luces rojas en el penol de la verga mayor y un solo cañonazo; aquella era la señal nocturna de peligro que enviaría a todos a sus puestos de combate. Pasaron unos segundos hasta que trajeron una luz para las linternas; cuando la señal se dio por recibida, la *Nonsuch* estaba ya bastante adelantada en sus preparativos para la acción (avisada la guardia de abajo, enarenadas las cubiertas y las bombas de incendios con su dotación, los cañones en batería y los mamparos derribados). Era una tripulación bastante verde aún (Bush había pasado un calvario buscando gente), pero la tarea podía haberse ejecutado peor. La claridad gris del alba se había remontado por oriente, y los restantes barcos de la escuadra se veían apenas como navíos y no como masas compactas en la semioscuridad; pero aún no había luz suficiente para arriesgarse a pasar. Hornblower se volvió hacia Bush y Hurst, el primer teniente.

—Por favor —dijo lentamente, con la mayor indolencia que pudo aparentar— quiero tener lista para izar la señal «Avante a sotavento en orden de batalla».

—Sí, señor.

Ya estaba todo hecho. Aquellos dos últimos minutos de espera inactiva, sin nada qué hacer, eran especialmente penosos. Hornblower se disponía a pasear de un lado a otro cuando recordó que debía mantenerse quieto para persistir en su actitud de indiferencia. Las baterías de costa podían tener los hornos encendidos para poner al rojo las balas; existía la posibilidad de que en pocos minutos toda aquella fuerza de que estaba tan orgulloso no fuera más que un rosario de restos llameantes. Pero había llegado el momento.

—Izad —dijo Hornblower—. Capitán Bush, bratee en cuadro y siga a los otros buques.

—Sí, señor.

En la voz de Bush se advertía una excitación contenida; y Hornblower sintió como una cegadora revelación que su alarde no engañaba al capitán. Éste había aprendido, al cabo de largos años de experiencia, que cuando Hornblower permanecía quieto, sin pasear, y arrastraba las palabras como ahora, es que se avecinaba algún peligro. Era un descubrimiento muy interesante; pero no había tiempo para meditar sobre ello, cuando toda la escuadra navegaba Sund arriba.

La *Lotus* iba en cabeza. Vickery, su comandante, era el hombre a quien había escogido Hornblower como capitán de nervios más templados, a quien podía confiar la misión de ir delante sin titubear. Hornblower hubiera querido ir él mismo en cabeza, pero en esta operación la retaguardia sería el puesto de mayor riesgo (los buques de vanguardia podrían pasar tal vez antes de que los artilleros de costa pudieran llegar a sus cañones y apuntar), y la *Nonsuch*, al ser de construcción más sólida y capaz de resistir mejor el fuego, tenía que cubrir la retaguardia para poder auxiliar y remolcar hasta poner a salvo a cualquier buque desarbolado. Hornblower estuvo contemplando cómo la *Lotus* largaba las gavias y velas bajas y braceaba en cuadro. Siguió luego el cúter *Clam*, que era el más débil de todos; un solo disparo

podía hacerlo zozobrar, y había que darle la mejor oportunidad de escapar. A continuación iban las dos destartaladas bombardas, y luego la otra corbeta, la *Raven* a proa de la *Nonsuch*. Hornblower no lamentó la oportunidad de ver cómo su comandante, Cole, se comportaría en la refriega. La *Nonsuch* iba a la zaga, venciendo con trabajo el fuerte viento por su banda de estribor. Hornblower observaba a Bush zafando del viento la sobremesana para mantenerse exactamente a popa de la *Raven*. El gran navío de dos cubiertas parecía un pesado y torpe armatoste comparado con las graciosas y elegantes corbetas.

Ahora se veía ya la costa sueca, el cabo Kullen, a babor.

—Que lancen la corredera, señor Hurst.

—Sí, señor.

Hornblower creyó observar que Hurst le miraba un poco de soslayo, incapaz de concebir que un hombre en su sano juicio mandase lanzar la corredera cuando el buque estaba a punto de arriesgarlo todo, pero Hornblower deseaba saber cuánto podría durar aquel esfuerzo. ¿Y para qué servía ser comodoro, si no podía satisfacer sus caprichos? Un guardiamarina y un par de suboficiales acudieron corriendo a popa, con la corredera y la barquilla; la marcha del buque era suficiente para que los brazos del cabo vibraran mientras sostenía el carretel por encima de su cabeza.

—Casi nueve nudos, señor —informó el guardiamarina a Hurst.

—Casi nueve nudos, señor —repitió Hurst a Hornblower.

—Muy bien.

Pasarían ocho horas largas, entonces, antes de verse a la altura de Saltholm y relativamente fuera de peligro. Ahora tenía, por la amura de estribor, la costa danesa apenas visible en la media luz, y el canal iba estrechándose rápidamente. Hornblower se imaginó centinelas soñolientos y vigías atisbando desde sus puestos las velas casi invisibles, avisando a sus sargentos, que acudían asimismo llenos de sueño y se apresuraban luego a informar a sus tenientes, y, por último, los tambores tocando a rebato y los artilleros corriendo hacia sus piezas. Por el lado danés se prepararían a hacer fuego, pues eran satélites de Bonaparte y toda vela se suponía enemiga. Pero ¿y del lado sueco? ¿Qué había decidido Bernadotte durante los últimos días? ¿Era neutral aún el mariscal de Bonaparte, o se había decidido a última hora por arrojar el peso de Suecia en el platillo de su país natal?

Allí se veían los riscos bajos de Elsinore; las agujas de Helsingborg aparecían claramente visibles a babor, y la fortaleza por encima de la ciudad. La *Lotus*, una milla por delante, debía de estar ya por el estrecho. Hornblower dirigió su catalejo hacia ella; sus vergas iban braceando en cruz para virar, y aún no se había oído ningún disparo. La *Clam* seguía la maniobra... Dios quisiera que las pesadas continuación iban las dos destartaladas bombardas, y luego la otra corbeta, la *Raven* a proa de la *Nonsuch*. Hornblower no lamentó la oportunidad de ver cómo su comandante, Cole, se comportaría en la refriega. La *Nonsuch* iba a la zaga, venciendo con trabajo el fuerte viento por su banda de estribor. Hornblower observaba a Bush

zafando del viento la sobremesana para mantenerse exactamente a popa de la *Raven*. El gran navío de dos cubiertas parecía un pesado y torpe armatoste comparado con las graciosas y elegantes corbetas.

Ahora se veía ya la costa sueca, el cabo Kullen, a babor.

—Que lancen la corredera, señor Hurst.

—Sí, señor.

Hornblower creyó observar que Hurst le miraba un poco de soslayo, incapaz de concebir que un hombre en su sano juicio mandase lanzar la corredera cuando el buque estaba a punto de arriesgarlo todo, pero Hornblower deseaba saber cuánto podría durar aquel esfuerzo. ¿Y para qué servía ser comodoro, si no podía satisfacer sus caprichos? Un guardiamarina y un par de suboficiales acudieron corriendo a popa, con la corredera y la barquilla; la marcha del buque era suficiente para que los brazos del cabo vibraran mientras sostenía el carretel por encima de su cabeza.

—Casi nueve nudos, señor —informó el guardiamarina a Hurst.

—Casi nueve nudos, señor —repinó Hurst a Hornblower.

—Muy bien.

Passarían ocho horas largas, entonces, antes de verse a la altura de Saltholm y relativamente fuera de peligro. Ahora tenía, por la amura de estribor, la costa danesa apenas visible en la media luz, y el canal iba estrechándose rápidamente. Hornblower se imaginó centinelas soñolientos y vigías atisbando desde sus puestos las velas casi invisibles, avisando a sus sargentos, que acudían asimismo llenos de sueño y se apresuraban luego a informar a sus tenientes, y, por último, los tambores tocando a rebato y los artilleros corriendo hacia sus piezas. Por el lado danés se prepararían a hacer fuego, pues eran satélites de Bonaparte y toda vela se suponía enemiga. Pero ¿y del lado sueco? ¿Qué había decidido Bernadotte durante los últimos días? ¿Era neutral aún el mariscal de Bonaparte, o se había decidido a última hora por arrojar el peso de Suecia en el platillo de su país natal?

Allí se veían los riscos bajos de Elsinore; las agujas de Helsingborg aparecían claramente visibles a babor, y la fortaleza por encima de la ciudad. La *Lotus*, una milla por delante, debía de estar ya por el estrecho. Hornblower dirigió su catalejo hacia ella; sus vergas iban braceando en cruz para virar, y aún no se había oído ningún disparo. La *Clam* seguía la maniobra... Dios quisiera que las pesadas bombardas no lo echaran a perder ¡Ah! Ya empezaba la danza. El ronco estampido de un cañón, y luego el sordo estruendo de una descarga. Hornblower dirigió el catalejo hacia la costa sueca. No vio humo por aquel lado. Hizo lo mismo hacia el lado danés; el humo era evidente, aunque un viento vivo lo dispersaba enseguida. Por orden de Bush, el piloto iba girando la rueda una cabilla o dos, preparándose para virar; Elsinore y Helsingborg aparecieron de pronto sorprendentemente próximas. El canal tenía tres millas de anchura, y Vickery, en la *Lotus*, seguía sus órdenes muy bien, manteniéndose resueltamente a babor del canalizo, a dos millas de Dinamarca y una de Suecia, y los demás buques seguían exactamente su estela. Si los cañones suecos

entraban en acción y los manejaban bien, podrían hacer bastante daño a la escuadra. Tres surtidores brotaron de la superficie del agua por el costado de estribor; aunque la vista no podía distinguir el proyectil que los causó era fácil imaginarse que uno de ellos se había deslizado a ras del agua; pero el último chorro saltó a un cable de distancia del navío. Los cañones suecos seguían sin intervenir. A Hornblower le habría gustado saber si era porque habían cogido por sorpresa a los artilleros o porque tenían órdenes de no hacer fuego.

Elsinore quedaba ahora a popa del través, y el canal se ensanchaba. Hornblower cerró de golpe su catalejo y se sintió francamente aliviado. No se explicaba por qué se había sentido tan inquieto. Evocando en su mente el mapa que estudió con tanto ahínco, calculó que pasaría una hora antes de que volvieran a estar al alcance de las baterías costeras, allí donde el paso se acercaba a la isla sueca de Hven... o como se pronunciara en aquellas bárbaras lenguas nórdicas. Esta última idea le hizo mirar en torno. Braun estaba en su puesto en la toldilla, acompañando a su comodoro, como era su deber. Con las manos en la barandilla, contemplaba la costa sueca. Hornblower no podía verle la cara, pero todas las líneas de su cuerpo revelaban una atención intensa. El infeliz desterrado miraba con añoranza las costas en las cuales jamás podría poner de nuevo el pie. El mundo estaba lleno de exilados, pero Hornblower se compadeció de aquél.

Asomó al fin el sol, entre dos colinas suecas que se abrían al extremo del valle. Era ya pleno día, con promesas de bonanza. El leve calor del sol, al cruzar la toldilla la sombra de las jarcias de mesana, despertó de repente en Hornblower la conciencia de que estaba tieso y helado por haber pasado tanto tiempo quieto. Dio un par de paseos por el puente para restablecer la circulación, y entonces se dio cuenta por primera vez de que le sentaría bien desayunar. Unas visiones encantadoras de tazas de café humeante danzaron por un momento ante los ojos de su fantasía, y se sintió enormemente decepcionado al recordar que cuando el buque se alistaba para el combate y se extinguían todos los fuegos, no se podía esperar tomar nada caliente. Tan viva fue su desilusión que reconoció, con pesar, que sus meses en tierra le habían ablandado y acostumbrado mal. Con verdadero disgusto pensaba ahora en la perspectiva de desayunar bizcocho y carne fría, remojados con agua de a bordo, guardada en barriles desde hacía bastante tiempo, obviamente.

Aquella idea le recordó a los hombres que se hallaban pacientemente junto a sus cañones. Quería que Bush también se acordase de ellos. Hornblower no podía inmiscuirse en los pormenores del gobierno del buque (haría más daño que beneficio si lo intentase), pero estaba deseando dar las órdenes que le pasaban por la mente. Trató de transmitir a Bush sus deseos por telepatía, pero Bush no parecía muy receptivo, como era de esperar. Se dirigió al costado de sotavento, para distinguir mejor la costa sueca, y se detuvo a dos varas de Bush.

—Parece que Suecia todavía es neutral —dijo como al descuido.

—Sí, señor.

—Lo sabremos mejor al llegar a Hven... Dios sabe cómo se pronunciará eso. Por allí tendremos que pasar muy cerca de sus baterías; el canalizo queda por su lado.

—Sí, señor, lo recuerdo...

—Pero falta casi una hora hasta que lleguemos. Me subirán algo para desayunar aquí. ¿Quiere acompañarme capitán?

—Gracias, señor. Con mucho gusto.

Una invitación de tal género por parte de un comodoro era tanto como una orden para un capitán. Pero Bush era un oficial demasiado bueno para soñar con comer mientras su gente no pudiera hacerlo. Hornblower apreciaba en sus facciones la lucha que sostenía contra su deseo nervioso, pero poco práctico, de tener a la tripulación junto a los cañones en todo momento durante aquella hora crítica. Después de todo, Bush era nuevo en el mando, y su responsabilidad le pesaba mucho. Sin embargo, al final se impuso el buen sentido.

—Señor Hurst, releve a la guardia. Tienen media hora para almorzar.

Ésa era precisamente la orden que Hornblower había deseado oír, pero el placer de haberle inducido a darla no compensó en la mente del comodoro el fastidio de haber tenido que iniciar una conversación accidental y luego continuarla en tonos corteses durante el desayuno. El tenso silencio del navío alistado para el combate dejó paso al bullicio del cese de la guardia. Bush ordenó que subieran sillas y una mesa al puente de popa y se preocupó de que las pusieran justamente donde el comodoro las quería. Una mirada de Hornblower a Brown bastó para proveer la mesa de las exquisiteces apropiadas a la ocasión que Brown pudo escoger de las provisiones que Bárbara había hecho embarcar, lo mejor que podía comprarse con dinero: manteca en una orza de barro, nada rancia aún; mermelada de fresas; un jamón bien curado; una pierna de carnero de una granja de Exmoor ahumada; queso de Cheddar y de Stilton y truchas en conserva. Brown había tenido una idea excelente: exprimir varios limones de los pocos que ya quedaban para hacer limonada y disimular así el gusto del agua del buque; sabía que Hornblower no era capaz de beber cerveza, aunque fuese muy floja, durante el desayuno... y no había otra alternativa.

Bush paseó una mirada de apreciación por la mesa aderezada, y, a un gesto de Hornblower, se sentó con apetito. Bush también había sido pobre la mayor parte de su vida, con una tropa de mujeres indigentes de su parentela dependiendo de su paga. Ahora no estaba tampoco muy sobrado. Pero el desabrimiento característico de Hornblower se había apoderado de éste; deseaba café y no lo tenía, y ya no le apetecía nada. Hasta la limonada le pareció una simple burla, de suerte que comió con resentimiento. Le parecía que Bush, al extender con abundancia trucha en conserva sobre un trozo de bizcocho y comerlo con todo el apetito que se podía esperar después de una noche sobre cubierta, lo hacía deliberadamente para fastidiarle. Bush le miró de reojo a través de la mesa, y se abstuvo de su primer impulso de hacer un comentario lisonjero a propósito de la comida. Si su singular

comodoro quería ponerse de mal humor, lo mejor era dejarle tranquilo. Por su parte, Hornblower, con su agudeza habitual, se dio cuenta del ademán y pensó que Bush era mejor que una esposa.

Hornblower consultó el reloj como recordando a Bush lo primero que había que hacer a continuación.

—Llame a la guardia. Releve a la de cubierta para el desayuno.

Era extraño (mejor cabría decir paradójico) estar sentado allí, bajo el sol del Báltico, desayunando tranquilamente a sólo tres millas de las hordas del tirano de Europa, que sólo podrían mirarles impotentes. Brown trajo cigarros; Bush cortó la punta del suyo con su gran navaja de marinero, que sacó de un bolsillo lateral, y Brown acercó la mecha incandescente de la cubeta cercana a las carronadas del alcázar para darles fuego. Hornblower saboreó su cigarro con delectación y halló imposible mantener su mal humor con aquel sol, el cigarro que tiraba tan bien y la vanguardia de un millón de soldados franceses a tres millas de distancia. Quitaron la mesa y pudo alargar las piernas. Hasta Bush hizo lo mismo; o, por lo menos, se retrepó algo más, en vez de estar sentado en el borde de la silla. Su pierna de madera quedaba recta por delante de él, mientras la otra permanecía decorosamente doblada. La *Nonsuch* continuaba navegando espléndidamente a toda vela, algo escorada a barlovento con las aguas verdes espumantes y jubilosas bajo sus amuras. Hornblower dio una chupada a su cigarro otra vez con una rara calma espiritual. Después de su reciente hosquedad, aquello era como si de pronto hubieran dejado de dolerle las ruedas.

—Hven está casi a tiro de bala, señor —informó el primer teniente.

—Llame a todos a sus puestos —ordenó Bush, dirigiendo una mirada a Hornblower.

Pero éste seguía sentado tranquilamente. Tuvo de pronto la certeza de que los cañones de Hven no abrirían fuego, y no le apetecía arrojar desconsideradamente el cigarro que tan bien le había sentado. Bush le miró de nuevo, y decidió seguir sentado también. Apenas se dignaba dirigir de vez en cuando la vista hacia Hven cuando estuvo a nivel de la amura de sotavento y pasó luego a la banda del mismo lado. Hornblower pensó en Saltholm y Amager, que estaban delante. Aquél sería el momento de mayor peligro, pues ambas islas estaban en manos de los daneses, y el canal de doce brazas pasaba entre ellas a muy poca distancia. Pero había tiempo de sobras para terminar el cigarro. Con sincero pesar dio una última chupada; luego se levantó despacio y se acercó al pasamano de sotavento para tirar con cuidado la colilla al mar.

La súbita aparición de su escuadra en el crepúsculo gris había cogido por sorpresa a la guarnición de Elsinore, pero no podía contar con la sorpresa en Saltholm y Amager. Desde ambas islas podían ver sus buques en un día tan claro a doce millas de distancia, y los artilleros tendrían tiempo de sobra para hacer los preparativos y recibirlos. Miró hacia adelante, recorriendo la línea de barcos.

—Hagan señales a la *Moth* —gritó por encima del hombro—. «Mantened mejor la posición».

Si la línea se rezagaba, estaría más tiempo expuesta al fuego. Se veía claramente la tierra con el catalejo; era una suerte que Saltholm estuviese a poca altura y sus cañones no dominasen bien el mar. Copenhague debía de quedar justamente en el límite visual, bajo el horizonte, a estribor. Vickery llevaba la *Lotus* exactamente por el rumbo que Hornblower le había señalado en sus órdenes. Se distinguió de pronto una nubecilla de humo por la parte de Saltholm. Se oyó el estampido de los cañonazos; una descarga muy irregular. No pudo apreciar señal alguna de daño en los buques de vanguardia. La *Lotus* estaba contestando al fuego; dudaba que sus cañoncitos de juguete del nueve pudieran acertar a aquella distancia, pero el humo podía servir para ocultarla. Todo Saltholm estaba cubierto de humo ahora, y el estampido de los cañones a través del agua parecía un redoble continuo de tambores. Todavía estaban fuera del alcance de Amager; Vickery se preparaba para virar en redondo. Por su parte, Bush tuvo la feliz idea de poner hombres a la sonda en las cadenas.

—¡Marca siete brazas!

Siete brazas era suficiente, con la marea subiendo. Pardo sobre verde... aquéllas eran las baterías de Saltholm, apenas visibles entre el humo; el joven Carlin, en la cubierta principal, señalaba el objetivo a los cañoneros de las piezas de doce libras de babor.

—Seis brazas, señor, y cinco y media.

Se produjo un repentino y tremendo fragor al descargar simultáneamente toda la batería de babor. La *Nonsuch* acusó el retroceso, y en aquel momento se oyó gritar al de la sonda:

—¡Y cinco y media!

—¡Caña a estribor! —ordenó Bush—. Preparen las piezas de estribor.

La *Nonsuch* se balanceó para virar; por lo que podía apreciar Hornblower, hasta ahora no le habían disparado.

—¡Marca cinco brazas!

Debían de estar rozando la punta del bajío. Se divisaban a simple vista las baterías de Amager; los cañones de estribor, con la elevación suplementaria originada por la escora del buque, podrían alcanzarlas. Las andanadas partieron juntas esta vez, con ensordecedor estruendo, y el humo de las piezas de estribor invadió en grandes nubarrones la cubierta, cáustico e irritante.

—¡Y cinco y media!

Aquello era ya mejor. ¡Dios, habían tocado a la *Harvey*! La bombardera, a dos cables de la *Nonsuch* en aquel momento, se convirtió de un navío combatiente en una ruina inservible. Su prominente palo mayor, desproporcionado para su tonelaje, había quedado partido en dos justamente por encima de la cubierta; el mástil y los obenques, y la enorme lona que llevaba, se arrastraban ahora por su aleta. También el

rechoncho mastelero de mesana yacía derribado, colgando del tamborete. La *Raven*, cumpliendo sus órdenes, la adelantó, y la *Harvey* quedó abandonada al deslizarse rápidamente la *Nonsuch* hacia ella.

—¡Fachead la gavia! —tronó Bush.

—¡Seguid con la sonda! —ordenó Hurst.

—¡Y cinco y media! —Se oyó la voz del sondador.

—¡Caña a sotavento! —dijo Bush, y entonces, en medio del bullicio, retumbó de nuevo la andanada de estribor, al llegar los cañones frente a las baterías de Amager, y el humo rodó por la cubierta. La *Nonsuch* se inclinó de banda; su gavia en facha cogió el viento, y contuvo su marcha al adrizarse. Se quedó al paio, con la maltratada *Harvey* junto al costado. Hornblower veía a Mound, el capitán, dirigiendo los esfuerzos de su gente desde su puesto al pie del palo de mesana. Hornblower se llevó la bocina a los labios.

—¡Corte en seguida todos esos estorbos!

—¡Prepárese para coger el cabo de remolque! —vociferó Hurst.

El cabo, bien arrojado, cayó entre los obenques de mesana, y el mismo Mound lo agarró. Hurst se precipitó abajo para vigilar el lanzamiento del cable de remolque, que estaba en la cubierta de batería inferior, preparado para pasarlo por una porta de las de popa. Un estrépito a proa anunció que, al fin, un disparo de Amager, por lo menos, había acertado a la *Nonsuch*. Las hachas funcionaban frenéticamente en el revoltijo de obenques que pendía del costado de la *Harvey*; un grupo de marineros tiraba con todas sus fuerzas del cable de tres pulgadas que salía de la *Nonsuch* y se había anudado al cabo lanzado anteriormente. Otro estrépito a proa; Hornblower dio media vuelta y vio que un par de obenques del trinquete se habían roto por las cadenas. Con la *Nonsuch* casi proa al viento, ni los cañones de babor ni los de estribor podían responder, pero Carlin estaba con la dotación de un par de piezas trabajando de firme, con unas palancas, para dar vuelta a los dos cañones delanteros; lo mejor sería seguir disparando a las baterías para no convertirse en simples blancos. Hornblower giró sobre sus talones; la popa de la *Nonsuch* casi tocaba la aleta de la *Harvey*, pero algún oficial experto había hecho sacar dos botavaras de la galería de popa para mantenerla a distancia. El cable estaba ya llegando a la otra nave; cuando Hornblower miró hacia allí, vio a los hombres de la *Harvey* asirlo y sujetarlo.

—¡Los llevaremos de popa, señor Hurst! —gritó Hornblower con ayuda de su bocina. No podían perder tiempo llevando el cable hasta proa. Mound hizo un ademán de aprobación.

—¡Menos de cinco brazas! —Previno la voz del sondador. Al derivar los dos buques se habían acercado a los bajíos de Saltholm.

Apenas se extinguió el grito, sonaron los estampidos de los dos cañones que Carlin había conseguido apuntar contra las baterías de Amager, y a continuación se oyó el silbido de la metralla que pasaba por encima. Se abrieron agujeros en gavias y sobremesas; el enemigo trataba de dismantelar la *Nonsuch*.

—¿Debo bracear en cuadro, señor? —preguntó Bush, acercándose a Hornblower.

Mound había posado el extremo del cable en torno a la base del palo de mesana de la *Harvey*, tendido lo bastante hacia popa para facilitar el remolque. Agitaba los brazos indicando que todo iba bien, y sus hacheros estaban cortando los últimos restos de los obenques del palo mayor.

—Sí, capitán. —Hornblower vaciló antes de aventurar una palabra de consejo en un asunto que era de la exclusiva competencia de Bush—, vaya despacio, o se romperá el cable, o arrancará el palo de mesana de un tirón. Hale las trinquetillas a estribor, y póngala lentamente en marcha antes de descargar la gavia.

—Sí, señor.

Bush no se mostró resentido porque Hornblower le indicase lo que debía hacer, pues bien sabía que su consejo era más valioso que el oro.

—Y en su caso, mantendría corto el cable del remolque; la popa delante, sin nada que la sujete. La *Harvey* irá mejor así.

—Sí, señor.

Bush se volvió y empezó a vociferar sus órdenes. Con la maniobra de las trinquetillas, la *Nonsuch* se desvió del viento, y en seguida puso Carlin de nuevo sus cañones en acción. El barco quedó envuelto en humo y en el estruendo infernal de las piezas. Los disparos de Amager seguían dando en el blanco o pasando por encima, y en el siguiente intervalo de relativo silencio, la voz del hombre que iba sondando se oyó nuevamente:

—¡Y cuatro y media!

Cuanto antes se alejaran de aquellos bajíos mucho mejor. El velacho y la sobremesana iban tomando viento poco a poco y las trinquetillas tiraban. El cable de remolque se tensó, y al recobrase los oídos del estrépito de la andanada siguiente, percibieron un fuerte crujido por el esfuerzo del cable y las bitas. Desde el alcázar de la *Nonsuch* se pudo oír el crujido del palo de mesana de la *Harvey*, rechinando a causa del tirón. La bombardera viró despacio y se oyeron fuertes gritos dirigidos al timonel de la *Nonsuch*, al mismo tiempo que ésta se conmovía por efecto de la tracción ejercida sobre su popa. Todo iba bien, y Hornblower hizo para sí un gesto de aprobación. Si Bush le estaba mirando y sorprendía aquel gesto (como esperaba que lo hiciera), no había nada malo en ello.

—¡Gente a las brazas! —tronó Bush, como un eco de los pensamientos de Hornblower. Con el velacho y la sobremesana orientados y tirando bien, la *Nonsuch* comenzó a ganar velocidad, y la bombardera iba detrás con la docilidad de un navío sin caña que lo mantuviese derecho. Luego se desvió de mala manera a estribor, antes de que el estirón del cable la enderezase de nuevo, con mucho crujido. Hornblower movió la cabeza al observarlo, y Bush revocó su orden de bracear la gavia.

—¡Caña a estribor, señor Mound! —gritó Hornblower a través de su bocina. Desviando el timón de la *Harvey* tal vez pudiera lograr algo. La conducta de un buque remolcado era siempre peculiar. La velocidad iba aumentando, y aquello

también podía afectar al comportamiento de la *Harvey*, para bien o para mal.

—¡A cinco brazas!

La situación mejoraba, y la bombardera remolcada se iba portando satisfactoriamente. Ya no guiñaba tanto: la mayor velocidad o la desviación del timón estaban produciendo su efecto.

—Bien hecho, capitán Bush —dijo Hornblower con ostentación.

—Gracias, señor —respondió Bush, y ordenó seguidamente bracear la gavia.

—¡A seis brazas!

Ya estaban lejos del bajío de Saltholm, por tanto, y Hornblower se dio cuenta de que los cañones llevaban mucho tiempo sin disparar y tampoco llegaba disparo alguno de Amager. Habían pasado el canal, pues, y se hallaban fuera del alcance de las baterías, a costa de un solo palo derribado. Ya no era necesario ponerse a tiro de ninguna pieza enemiga, y podrían doblar Falsterbo a buena distancia de las baterías suecas.

—¡A nueve brazas!

Bush le contemplaba con aquella expresión de admiración turbada que Hornblower había sorprendido en su semblante alguna otra vez. Pero todo había sido bastante fácil. Cualquiera podría haber previsto que era mejor confiar a la *Nonsuch* la tarea de remolcar, hasta alejarlo del fuego, cualquier buque inutilizado, y, una vez decidido esto, resultaba sencillo pensar en halar un cable y disponerlo a popa para poderlo usar en el acto, con todos los accesorios a mano, y en situar la *Nonsuch* a retaguardia, tanto para aguantar lo peor del fuego enemigo como para estar en condiciones de socorrer a cualquier nave desarbolada y remolcarla sin demora. Todo el mundo podría haber hecho aquellas deducciones. Y le irritaba vagamente que Bush le mirase de aquel modo.

—Haced la señal de ponerse al paio —dijo Hornblower—. Capitán Bush, vigile, por favor, cuando quiten el remolque. Quiero que aparejen provisionalmente la *Harvey* antes de doblar Falsterbo. Tal vez pueda enviar a algunos hombres a bordo para que ayuden.

Y con aquellas palabras emprendió el descenso. Tenía suficiente de Bush y del mundo por el momento. Estaba cansado, agotado. Más tarde tendría tiempo de sentarse ante su escritorio y comenzar la aburrida tarea de escribir: «Señor, tengo el honor de informaros...». También habría que consignar muertos y heridos.

CAPÍTULO VII



El buque de setenta y cuatro cañones *Nonsuch* de S. M. británica estaba fuera de vista de tierra en el Báltico. Navegaba cómodamente, con viento del oeste sostenido y favorable, y a su zaga, como un par de feos patitos tras su rolliza madre, iban las dos bombardas. Muy a estribor, apenas visible, marchaba la *Lotus*, y bastante lejos, a babor, se divisaba la *Raven*. Detrás de ésta, fuera del campo visual de la *Nonsuch*, seguía la *Clam*. Los cuatro buques formaban una cadena que podía barrer la estrecha garganta del Báltico, de Suecia a Rügen, de lado a lado. Aún no se habían recibido noticias; en primavera, con el deshielo, todo el tráfico del Báltico era exterior, hacia Inglaterra y Europa, y el persistente viento del oeste no invitaba al movimiento. El aire era fresco y cortante, a pesar del sol, y el agua del mar aparecía gris plata bajo un cielo lleno de manchas.

Hornblower respingó y se estremeció al tomar su baño bajo la bomba de baldear. Durante quince años había servido en aguas tropicales y mediterráneas; le habían bañado con tibia agua de mar mucho más a menudo de lo que podía recordar, y esta agua del Báltico, helada por el hielo fundido en los golfos de Botnia y de Finlandia, y por el agua de nieve del Vístula y del Oder, todavía era para él una sorpresa. De todos modos tenía algo de estimulante, y se retorció grotescamente bajo el pesado chorro, olvidándose (como siempre, mientras se bañaba) de la dignidad propia de un comodoro. Media docena de marineros, trabajando sin prisas bajo la dirección del carpintero del buque en la reparación de una porta astillada, le miraban de vez en cuando a hurtadillas. Los dos marineros que manejaban la bomba y Brown, que esperaba con la toalla y la bata, mantenían una actitud bastante seria, por estar tan cerca de su jefe superior.

De pronto se interrumpió el chorro; un guardiamarina pequeño y delgado saludaba erguido a su comodoro desnudo. A pesar de la solemnidad del hecho de dirigirse a tan gran hombre, el muchacho abría unos ojos llenos de asombro ante la excéntrica conducta de un oficial cuyas proezas eran del dominio general.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hornblower, chorreando agua. No podía devolver el saludo.

—Me envía el señor Montgomery, señor. La *Lotus* dice por señales «Vela a sotavento», señor.

—Muy bien.

Hornblower arrebató la toalla de manos de Brown, pero el mensaje era demasiado importante para entretenerse secándose, y subió corriendo por la escalerilla, todavía mojado y desnudo, seguido de Brown con la bata. El oficial de guardia se llevó la mano al sombrero al verle aparecer en la toldilla. Era como en aquel antiguo cuento: todo el mundo fingía no darse cuenta de la falta de ropas de su comodoro.

—Nueva señal de la *Lotus*, señor: «La presa ha virado por avante, a babor, rumbo este cuarta al nordeste, medio este».

Hornblower saltó hacia la brújula; sólo se veían las gavias de la *Lotus* desde el puente al orientarse a simple vista. Fuera cual fuese la nave, había que interceptarla y obtener noticias. Levantó la vista y vio que Bush se acercaba presuroso, abotonándose la casaca.

—Capitán Bush, le ruego que cambie el rumbo dos cuartas a estribor.

—Sí, señor.

—La *Lotus* hace nuevas señales, señor: «La presa es un barco, probablemente un mercante inglés».

—Muy bien. Largue toda la vela, capitán Bush, por favor.

—Sí, señor.

Los silbatos resonaron por todo el barco, y cuatrocientos hombres comenzaron a trepar por los flechastes para soltar los sobrejuanetes y largar las alas. Hornblower dirigió una ojeada profesional a la maniobra, ejecutada bajo un diluvio de recriminaciones del oficial de guardia. La tripulación, aún algo desmañada, tenía que seguir la evolución a toda prisa, bajo las órdenes de los contra maestres, y apenas quedó terminada cuando se oyó una exclamación desde el tope del mástil.

—¡Vela por la amura de estribor!

—Debe de ser el barco que ha divisado la *Lotus*, señor —dijo Bush—. ¡Eh, vigía! ¿Qué velas alcanzas a ver?

—Es un buque, señor, a todo ceñir y que se acerca deprisa. Vamos en su dirección.

—Ice la bandera, señor Hurst. Si se dirigía hacia el Sund, señor, habría tenido que cambiar de bordada tanto si vio a la *Lotus* como si no.

—Sí —convino Hornblower.

Partió una exclamación del calcés, donde uno de los guardiamarinas de la guardia, un chiquillo que aún no había cambiado la voz, se había encaramado con un catalejo.

—¡La bandera inglesa, señor!

Hornblower recordó que aún estaba desnudo y mojado; por lo menos lo seguía estando en aquellas partes de su cuerpo que el viento no había secado. Comenzó a frotarse con la toalla que todavía conservaba en las manos, pero tuvo que interrumpir otra vez su tarea.

—¡Ahí está! —gritó Bush. Las velas altas del buque se destacaban en el horizonte, viéndose desde la cubierta.

—Varíe el rumbo para pasar a su escucha, por favor —dijo Hornblower.

—Sí, señor. Una cuarta a estribor, timonel. Meta otra vez esas alas, señor Hurst.

El barco al cual se acercaban mantenía su curso normalmente. Nada en él inspiraba sospechas, ni siquiera el hecho de haber virado tan pronto como vio la *Lotus*.

—Madera del Báltico meridional, me parece, señor —aventuró Bush, mirando con su catalejo—. Puede verse la carga en la cubierta ahora.

Como la mayoría de los buques destinados fuera del Báltico, éste llevaba gran cantidad de madera apilada sobre cubierta, formando barricadas a lo largo de las amuradas.

—Haga la señal especial de buques mercantes, por favor, capitán —dijo Hornblower.

Vio cómo subía la respuesta por las drizas del buque.

—A-T-número-cinco-siete, señor —leyó Hurst a través de su catalejo—. Es la respuesta correcta del pasado invierno, lo que prueba que no ha recibido aún el nuevo código.

—Decidle que se ponga al paio —dijo Hornblower.

Con no más demora de la que podía esperarse de un buque mercante, poco ducho en leer señales y con escasa tripulación, el barco facheó la gavia y se puso a la capa. La *Nonsuch* se lanzó directamente hacia él.

—Ahora iza la Q amarilla, señor —informó Hurst, de repente—. Es la bandera de la fiebre.

—Muy bien. Capitán Bush, por favor, pongámonos al paio.

—Sí, señor. Me pondré a barlovento, si no le parece mal.

La *Nonsuch* colocó las gaviatas a la capa y se puso al paio, balanceándose en la suave depresión de las olas, a un tiro de pistola a barlovento del otro buque. Hornblower tomó su bocina.

—¿Qué barco es éste?

—*Maggie Jones*, de Londres. Salimos de Memel hace once días.

Además del timonel, sólo se veían dos personas en el castillo de popa de la *Maggie Jones*; una de ellas, que llevaba pantalones de dril y chaqueta azul, era sin duda el capitán. Éste contestaba con la bocina.

—¿Qué significa esa bandera amarilla?

—Viruela. Siete casos a bordo, y dos muertos. El primero lo tuvimos hace una semana.

—¡Viruela, Dios mío! —murmuró Bush. Una visión horrible se formó ante sus ojos al imaginar lo que podía hacer la viruela si llegaba a su preciosa *Nonsuch*, con novecientos hombres metidos en tan poco espacio.

—¿Por qué navegan sin convoy?

—No había ninguno en Memel. Los comerciantes se han citado el 24, a la altura de Langeland. Ahora nos dirigimos hacia el Belt.

—¿Qué noticias hay? —Hornblower había esperado pacientemente durante aquellas frases interminables antes de hacer la pregunta.

—El embargo ruso sigue en vigor, pero hemos salido con licencia.

—¿Y Suecia?

—Sabe dios, señor. Algunos dicen que han hecho más riguroso el embargo allí.

En aquel momento salió desde la cubierta de la *Maggie Jones* un ahogado lamento, apenas perceptible en la *Nonsuch*.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Hornblower.

—Uno de los casos de viruela, señor. Está delirando. Dicen que el zar y Bernadotte celebrarán una conferencia en Finlandia la próxima semana.

—¿Hay indicios de guerra entre Francia y Rusia?

—Nada que hayamos podido ver en Memel.

El paciente que deliraba debía de sufrir un acceso muy violento, para que sus gritos llegaran a oídos de Hornblower a pesar de la distancia y el viento contrario. Hornblower los volvió a oír. ¿Era posible que un solo hombre armara todo aquel ruido? Parecía más bien como un coro sofocado. De pronto, Hornblower sintió surgir en su interior una oleada de sospecha. La figura con pantalones blancos en la popa de la *Maggie Jones* era demasiado locuaz, respondía con demasiada profesionalidad. Un oficial naval tal vez fuera capaz de discutir las probabilidades de guerra en el Báltico tan fríamente como lo estaba haciendo aquel hombre, pero un capitán mercante pondría más sentimiento en sus palabras. Y no podía ser un hombre solo el que estuviera haciendo semejante ruido en el castillo de proa. El capitán le estaba ofreciendo acaso aquellos informes sobre la conferencia del zar con Bernadotte para distraer su atención de los gritos bajo cubierta. Allí había algo raro.

—Capitán Bush —ordenó Hornblower—, envíe un bote con un destacamento de abordaje a ese barco.

—¡Señor! —protestó Bush, alarmado—, ¡señor, tienen viruela a bordo...! Sí, señor.

Las protestas de Bush se extinguieron, a pesar suyo, ante la mirada de Hornblower. Y Bush se dijo que Hornblower conocía tan bien como él las terribles consecuencias que podía tener traer la viruela a la *Nonsuch*. Hornblower sabía perfectamente lo que hacía. Y al mirarle de nuevo a la cara, Bush comprendió que su decisión no había sido adoptada a la ligera.

Hornblower se llevó otra vez la bocina a los labios.

—Les enviamos un bote —gritó. Era difícil observar a una distancia de veinte varas alguna alteración en la actitud del hombre a quien se dirigía, sobre todo con el estorbo de la bocina, pero Hornblower creyó percibir que el capitán se sobresaltaba un poco. Lo cierto es que dejó transcurrir una breve pausa antes de responder.

—Como desee, señor. Ya le he prevenido de que hay viruela. ¿Podría mandar un cirujano y medicinas?

Esa era exactamente la respuesta adecuada. Pero, de todos modos, resultaba sospechosa aquella pausa antes de contestar, como si se hubiera visto sorprendido y obligado a cavilar para responder con lógica. Bush estaba junto a Hornblower, con expresión de desdicha, esperando que éste diera la contraorden; pero no sucedió así. Siguiendo las órdenes del contramaestre, la ballenera fue izada con auxilio de los motones, guindada afuera y arriada al agua. Un guardiamarina y la tripulación

saltaron al bote, de mala gana. Hubieran ido alegremente a abordar un navío enemigo armado, pero el pensamiento de una asquerosa enfermedad los intimidaba.

—¡Largad! —ordenó el oficial de guardia, después de una última mirada a Hornblower. La ballenera danzó sobre las olas hacia la *Maggie Jones*, y entonces vio Hornblower que su capitán arrojaba la bocina a la cubierta y dirigía la vista desconcertado alrededor, como buscando por dónde escapar.

—¡Siga al paio o le hundimos! —rugió Hornblower. Y con un gesto desesperado, el capitán permaneció inmóvil, decaído al verse descubierto.

La ballenera se dirigía hacia los cadenotes de la *Maggie Jones*, y el guardiamarina hizo subir a sus hombres a toda prisa a cubierta. No hubo señal de resistencia, pero cuando los marineros se encaminaban hacia popa, se oyó de pronto un tiro de pistola, y Hornblower vio al guardiamarina inclinado sobre el cuerpo del capitán, que se retorció en el suelo. Y, sin darse cuenta, soltó un juramento, prometiéndose acabar con aquel guardiamarina, someterle a consejo de guerra, obligarle a mendigar el pan en el arroyo si hubiese matado a aquel hombre caprichosamente. El hambre y la sed que sentía de noticias, de hechos, de informaciones, eran tan intensos que pensar en la muerte del capitán le encolerizaba.

—¿Por qué diablos no habré ido yo mismo? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular—. Capitán Bush, le agradeceré que haga botar mi lancha.

—Pero la viruela, señor...

—¡Al diablo la viruela! No hay tal cosa en aquel barco.

La voz del guardiamarina llegó hasta ellos a través del agua.

—¡Ah de la *Nonsuch*! Es una presa. La tomó ayer un corsario francés.

—¿Quién es ese capitán que habló conmigo? —preguntó Hornblower.

—Un inglés renegado, señor. Se ha pegado un tiro al subir nosotros a bordo.

—¿Ha muerto?

—Aún no, señor.

—Señor Hurst —dijo Bush—, envíe allá el cirujano. Le daré un minuto para que coja sus bártulos. Quiero que salve la vida a ese renegado, para que le podamos ver colgando de un penol.

—Enviadle en mi bote —ordenó Hornblower; y luego, con la bocina—: Mandad a los prisioneros y los oficiales del barco.

—Sí, señor.

—Y ahora voy a ponerme algo de ropa —anunció Hornblower. Acababa de caer en la cuenta de que llevaba más de una hora en la toldilla desnudo; de haber obedecido a su primer impulso de embarcar en su lancha, se hubiera presentado en la *Maggie Jones* sin nada encima.

El capitán y los dos suboficiales fueron conducidos al camarote de Hornblower, donde éste y Bush les interrogaron con interés, ante el mapa del Báltico extendido en la mesa.

—Hemos oído a aquel renegado decirle la verdad, señor —dijo el capitán—.

Salimos hace diez días de Memel, en dirección al Belt, cuando nos asaltaron; su barco se llama *Blanchefleur*, si es que se pronuncia así, y va aparejado en corso, con diez cañones por banda y cubierta corrida. Es lo que los ranas^[2] llaman una corbeta. Bandera francesa. Pusieron una tripulación de presa a bordo, al mando de ese renegado, un tal Clarke, señor, y creo que íbamos hacia Riel cuando nos encontraron. Nos encerraron en el pañol. ¡Dios, cómo gritábamos, confiando en que nos oyeran!

—Les hemos oído —dijo Bush.

—¿Cómo estaban las cosas en Menel cuando partieron? —preguntó Hornblower.

El capitán contrajo el rostro; si hubiera sido francés, se habría encogido de hombros.

—Lo mismo que siempre. Los puertos rusos siguen cerrados para nosotros; pero dan licencia para comerciar a todo el que la pide. Lo mismo ocurre con los suecos al otro lado.

—¿Qué hay de la guerra entre Bonaparte y Rusia?

Esta vez, la confusión de la duda hizo encogerse de hombros al capitán.

—Todo el mundo habla de ello, pero no hay nada concreto por ahora. Soldados por todas partes. Si Boney rompe las hostilidades con ellos, los va a encontrar tan preparados como siempre lo están los rusos.

—¿Cree que lo hará?

—Ojalá pudiera decírmelo usted a mí. No lo sé. Pero era verdad lo que le dijo Clarke, señor. El zar y Bernadotte se van a ver pronto. Tal vez sepa usted lo que eso significa. Para un ignorante como yo, no quiere decir nada, señor. ¡Ha habido tantas reuniones, conferencias y conciliábulos!

De modo que así estaban las cosas. Suecia y Rusia seguían en la posición equívoca de enemigos nominales de Inglaterra y aliados nominales de Bonaparte, aparentando hacer la guerra, entre beligerantes y neutrales, de aquella extraña forma que parecía haberse puesto de moda. Todavía era dudoso que Bonaparte se decidiera por el paso arriesgado de emprender la guerra contra Rusia. Nadie era capaz de analizar sus móviles. Se podría pensar que haría mejor volviendo todos sus recursos hacia España, para terminar allí la guerra e intentar luego abatir a Inglaterra, antes de aventurarse a la conquista del este; pero, por otra parte, un rápido y contundente ataque a Rusia podría librarle de la amenaza de una nación poderosa y nada segura a sus espaldas. Bonaparte había triunfado muchas veces, había vencido a todas las naciones de Europa, salvo Inglaterra, y costaba admitir que Rusia pudiera resistir el embate de sus fuerzas acumuladas. Vencida Rusia, no quedaría enemigo alguno en el continente. Inglaterra quedaría sola frente a él. Era consolador que Inglaterra no hubiese tomado medidas directas en auxilio de Finlandia cuando se produjo la invasión rusa, de todos modos. Aquello hacía mucho más factible ahora una alianza activa con Rusia.

—Ahora dígame algo más de esa *Blanchefleur* —pidió Hornblower, inclinado sobre el mapa.

—Nos atrapó a la altura de Rügen, señor. Sassnitz quedaba al sudoeste, a ocho millas. Verá, señor...

Hornblower escuchó sus explicaciones atentamente. Una corbeta de veintidós cañones bajo un buen capitán francés era una seria amenaza si se dejaba suelta en el Báltico. Con el comercio a punto de comenzar en cuanto se iniciase el deshielo, era tarea primordial capturarla o llevarla a algún puerto y bloquearla allí. Un barco de tal potencia podría librar combate en buenas condiciones hasta contra una de sus corbetas. Esperaba poderla coger en una trampa, pues sería demasiado veloz para que la *Nonsuch* la alcanzase en caza franca. Por lo visto, despachaba sus presas hacia Riel, porque allí podía desembarazarse de sus prisioneros, reclutar tripulación francesa y emprender el azaroso viaje en torno a Dinamarca, hacia occidente. Bonaparte necesitaba pertrechos navales, pues armaba buques de guerra en todos los puertos, desde Hamburgo a Trieste.

—Gracias, señores —dijo—. No quiero entretenerles más. Capitán Bush, ahora hablaremos con los prisioneros.

Pero poco pudieron sacar en limpio de los marineros de la tripulación de presa, aunque los llamaron por separado para interrogarles. Cuatro de ellos eran franceses. Hornblower les iba preguntando mientras Bush le contemplaba admirado. Bush había conseguido olvidar ya el escaso francés que aprendió con tanto trabajo durante su forzada permanencia en Francia. Dos eran daneses, y otros dos alemanes. El señor Braun acudió para ejercer de intérprete durante el interrogatorio. Todos eran marineros experimentados, y por lo que Hornblower pudo sonsacarles, todos habían embarcado en la *Blanchefleur* para escapar a las levadas del corso. Aunque se exponían a pasarse toda la vida presos en Inglaterra, los franceses se negaron a servir en la Armada inglesa; pero los otros aceptaron en cuanto Braun se lo propuso. Bush se frotó las manos al ver que adquiriría cuatro marineros veteranos para reforzar la tripulación, siempre escasa, de sus barcos. Aquellos hombres habían aprendido un poco de francés en la *Blanchefleur*, y pronto sabrían el inglés indispensable en la *Nonsuch* o en la *Lotus*; ciertamente, el estímulo de un cabo de cuerda manejado por un segundo contra maestre haría milagros.

—Lléveselos y deles instrucciones, señor Hurst —dijo Bush—, frotándose las manos otra vez. —Ahora, señor, ¿echamos un vistazo al maldito inglés renegado?

Clarke yacía en la cubierta principal de la *Nonsuch*, adonde le habían izado desde el bote mediante una garrucha del penol de una verga. Había intentado saltarse los sesos, y el cirujano estaba todavía atendiéndole, pues sólo acertó a destrozarse la mandíbula inferior. Tenía la chaqueta azul y los blancos pantalones llenos de sangre y la cabeza envuelta en vendas, y se agitaba agonizante en la lona sobre la cual le habían izado a bordo. Hornblower le miró. Tenía el rostro blanco como el yeso, de suerte que el moreno parecía más bien mancha de suciedad; los rasgos estaban contraídos por el dolor y eran finos y débiles, la nariz delgada y las mejillas descarnadas, los ojos pardos, como de mujer, con cejas poco pobladas y rubias. El

poco pelo que dejaban ver las vendas era espeso y del mismo color. Hornblower hubiera querido saber qué combinación de circunstancias podría haberle inducido a traicionar a su país y pasarse al servicio de Bonaparte. Aversión a verse preso, tal vez. Hornblower había conocido lo que era estar prisionero, en Ferrol, en Rosas y en Francia. Pero aquel semblante refinado no parecía corresponder a una persona que temiera a la reclusión. A lo mejor le había conducido a aquella situación alguna mujer, o era un desertor de la Armada que había huido para librarse del castigo. Sería interesante comprobar si llevaba en la espalda señales del gato de nueve colas. O también podría tratarse de un irlandés, uno de esos fanáticos que, en su afán de hacer daño a Inglaterra, no querían reconocer que lo peor que Inglaterra había hecho a Irlanda no sería nada en comparación con lo que le esperaba si por desventura caía en manos de Bonaparte.

En todo caso, era un hombre hábil e inteligente. Tan pronto como advirtió que la *Lotus* le había cortado la retirada hacia tierra, supo adoptar el único recurso que le ofrecía una cierta salida. Gobernó la *Maggie Jones* con la mayor inocencia en dirección a la *Nonsuch*; aquella ocurrencia de la viruela había sido ingeniosa, y su conversación con la bocina había resultado bastante natural.

—¿Vivirá? —preguntó Bush al cirujano.

—No, señor. La mandíbula sufre una fractura conminuta por ambos lados... quiero decir que está deshecha. También está algo astillado el maxilar, y la lengua... toda la región glossofaríngea ha quedado destrozada. La hemorragia puede serle fatal. En otras palabras, es posible que se desangre, aunque creo que por ahora no. Pero, seguramente, nada podrá impedir la descomposición... en otras palabras, la gangrena, que en este sitio tendrá un fatal desenlace. En todo caso, morirá de inanición, quiero decir, de hambre y sed, aunque pudiéramos mantenerlo vivo durante algún tiempo aplicándole inyecciones por vía rectal.

Resultaba monstruoso sonreír oyendo la pomposa explicación del cirujano, caer en los inevitables comentarios intrascendentes:

—Eso quiere decir que nada puede salvarle, entonces.

Estaban hablando de una vida humana.

—Hemos de colgarle, señor antes que muera —dijo Bush, volviéndose a Hornblower—. Podemos celebrar un consejo de guerra...

—No puede defenderse —replicó Hornblower.

Bush levantó las manos en un ademán que para él resultaba bastante elocuente.

—¿Y qué defensa podría tener, señor? Contamos con todas las pruebas necesarias. Los prisioneros las han suministrado, aparte de los hechos innegables.

—Podría refutar las pruebas si estuviese en condiciones de hablar —dijo Hornblower. Aquello era absurdo; no había la menor duda de la culpabilidad de Clarke, y su mismo intento de suicidio bastaba para demostrarlo, pero Hornblower sabía que era incapaz de colgar a un hombre imposibilitado físicamente para defenderse.

—Se nos escapará de las manos si esperamos, señor.

—Pues dejémosle.

—Pero el ejemplo para los hombres, señor...

—¡No, no, no! —le interrumpió colérico Hornblower—. ¿Qué ejemplo sería para nadie colgar a un moribundo, a un hombre que no se da cuenta de lo que está haciendo con él?

Era horrible de ver el leve cambio de expresión en el rostro de Bush. Éste era un hombre bondadoso, buen hermano de sus hermanas y excelente hijo para su madre, pero anidaba en él, sin embargo, el gusto por la crueldad, el deseo de ahorcar a un ser humano. Aunque no era justo decir eso. Lo que Bush ansiaba era venganza, venganza contra un traidor que había empuñado las armas contra su patria común.

—Enseñaría a los hombres que no se debe desertar, señor —dijo Bush, insistiendo débilmente en sus argumentos. Hornblower sabía, después de veinte años de experiencia, que todo capitán inglés pasaba grandes apuros a causa de las deserciones, y consumía la mitad de su tiempo libre pensando primero cómo encontrar hombres, y luego cómo retenerlos.

—Tal vez —concedió Hornblower—, pero lo dudo mucho.

No podía imaginar que sirviera de nada bueno, y, en cambio, le era fácil imaginar el daño que ocasionaría forzar a la gente a presenciar cómo ahorcaba, izándolo por el cuello hasta el penol de una verga, a un hombre indefenso, que no podía siquiera sostenerse en pie.

Bush seguía sediento de sangre. Aunque ya no le quedaba nada por decir, en su rostro se pintaba una mirada de reproche y las protestas no expresadas hacían temblar sus labios.

—Gracias, capitán Bush —dijo Hornblower—. Lo tengo decidido.

Bush no sabía, y a lo mejor no lo aprendía nunca, que la simple venganza, sin más objeto que devolver mal por mal, es siempre viciosa e ineficaz.

CAPÍTULO VIII



La *Blanchefleur* estaría aún, probablemente, rondando en torno a la isla de Rügen. El cabo Arcona podía ser una buena guarida. Los barcos que bajaran por el Báltico desde Rusia y los puertos fineses recalarían allí, siendo presa fácil, una vez encerrados entre la costa y el bajío de dos brazas del Adlergrund. No podían saber que llegaba una escuadra británica, ni imaginar que el inmediato rescate de la *Maggie Jones* había revelado tan pronto su presencia en aquellas aguas.

—Creo que todo está perfectamente claro, señores —dijo Hornblower, pasando la mirada por los rostros de los capitanes reunidos en su camarote.

Le respondió un murmullo de asentimiento. Vickery, de la *Lotus*, y Cole, de la *Raven*, le miraban sombríos y expectantes. Cada uno de ellos esperaba que fuera su navío el destinado a encontrarse con la *Blanchefleur*. Una acción singular afortunada contra un barco de potencia tan igual sería el camino más rápido para ser ascendido a capitán de fragata. Vickery era joven y apasionado (era él quien había mandado las barcas cuando la *Sèvres* quedó interceptada), y Cole tenía el pelo gris y andaba algo encorvado. Mound, el capitán de la *Harvey*, y Duncan, el de la *Moth*, eran tenientes jóvenes; Freeman, el del cúter *Clam*, moreno y con la cabellera larga y negra como la de un gitano, era diferente; parecía más el capitán de un barco contrabandista que de un buque del rey. Fue Duncan el que planteó la pregunta siguiente:

—Dígame, señor, ¿es neutral la Pomerania sueca?

—A Whitehall le satisfaría contestarle, señor Duncan —respondió Hornblower, sonriendo a su pesar. Deseaba aparecer serio y retraído, pero no era fácil con aquellos muchachos tan simpáticos.

Ellos también sonrieron; con súbita extrañeza, Hornblower se daba cuenta de que sus subordinados le tenían ya en gran estima. Pensó con sensación de culpa que si conocieran toda la verdad sobre él tal vez no le querrían tanto.

—¿Alguna pregunta más, caballeros? ¿No? Entonces, pueden volver a sus buques y tomar posición para la noche.

Al alba, cuando Hornblower subió a cubierta, se extendía sobre la superficie de las aguas una niebla poco densa; al amainar el viento del oeste, el agua fría procedente del hielo fundido del golfo de Finlandia tuvo ocasión de enfriar el aire caliente evaporado y condensar su humedad en una nube.

—Podría ser más espesa, señor, pero no mucho más —gruñó Bush. El palo de trinquete se distinguía desde el alcázar, pero no el bauprés. Soplabla una leve brisa del norte, y la *Nonsuch*, deslizándose viento en popa, navegaba en silencio, sin cabecear apenas en un mar liso, con un repiqueteo de motones y jarcias.

—Eché el escandallo de profundidad a las seis, señor —informó Montgomery—. Noventa y una brazas. Fango gris. Debe de ser el fondo de Arcona, señor.

—Muy bien, señor Montgomery —dijo Bush. Hornblower estaba casi seguro de que el tono brusco de Bush con sus tenientes lo copiaba del que él había empleado con Bush cuando éste era primer teniente—. Rastreando la ruta con la sonda —continuó Bush, contrariado—. Como si fuéramos una jábega del banco Dogger. ¿Y recuerda lo que dijeron los prisioneros a propósito de la *Blanchefleur*, señor? Tienen pilotos a bordo que conocen estas aguas como la palma de la mano.

Ir a tientas en la niebla por aguas de poco fondo no era la clase de ejercicio a que estaba destinado un gran navío de dos cubiertas, pero la *Nonsuch* tenía un valor especial en esta campaña. Había pocos buques a este lado del Sund que pudiesen competir con ella en potencia; bajo su protección, la flotilla podría navegar por donde hiciera falta. Daneses, suecos, franceses y rusos tenían muchos barcos pequeños, pero cuando apareciera la *Nonsuch*, nada podrían hacer en su contra.

—Perdón, señor —dijo Montgomery, tocándose el ala del sombrero—. ¿No es fuego de cañón lo que acabo de oír?

Todo el mundo se puso a escuchar, entre la pegajosa niebla. Los únicos ruidos que se percibían eran los del buque, y el de las gotas de agua condensada que se desprendían de las jarcias sobre cubierta. Luego llegó a sus oídos un sordo estampido.

—¡Eso es un cañón, señor, o no me llamo Sylvanus Montgomery!

—Viene de popa —dijo Hornblower.

—Dispense, señor, pero creo que era por la amura de babor.

—¡Maldita sea esta niebla! —protestó Bush.

Si la *Blanchefleur* era advertida de la presencia de una escuadra inglesa en su persecución y lograba huir, desaparecería como una aguja en un pajar. Hornblower dio una ojeada a la bitácora.

—El viento sopla del norte —aventuró—, o quizá del nor-noroeste.

Aquello era tranquilizador. A sotavento, la probable vía de escape, quedaba Rügen y la costa de la Pomerania sueca, a veinte millas. Si la *Blanchefleur* no se escurría a través de la red que le había tendido, quedaría encerrada en ella.

—Lance la sonda, señor Montgomery —ordenó Bush.

—Sí, señor.

—Suenan otros cañones —dijo Hornblower—, ahora es por la amura de babor, sin duda.

Desde el tope llegó hasta ellos un alarido:

—¡Buque a la vista! ¡Derecho a proa!

La neblina era menos espesa en aquella dirección. Casi podía verse, aproximadamente a un cuarto de milla, la vaga silueta de un buque deslizándose entre la niebla a través de las amuras.

—¡Aparejo completo, cubierta corrida! —gritó Bush—. Es la *Blanchefleur*, seguro.

La silueta desapareció tan deprisa como había surgido, al internarse en un banco de niebla más espesa.

—¡Todo a estribor! —tronó Bush—. ¡Gente a las brazas!

Hornblower estaba en la bitácora, tomando una orientación a toda prisa.

—Vía así —ordenó al piloto—. Mantenga el rumbo.

En aquella suave brisa, el corsario, bien arbolado, podía desarrollar una marcha más rápida que el pesado navío de dos cubiertas. Todo lo que podía esperarse era mantener la *Nonsuch* a barlovento para cortarle el paso si trataba de romper el cordón.

—Llame a la tripulación —dijo Bush—. Todos a sus puestos.

El tambor retumbó por todo el buque, y los hombres acudieron en tropel a sus respectivos puestos.

—Sacad los cañones —continuó Bush—. Una andanada y la tendremos.

Las cureñas rugieron con estruendo al mover las trescientas toneladas de metal. Junto a la recámara de cada pieza se apiñaban varias figuras ansiosas. Los botafuegos ardían hoscamente.

—¡Vigía, eh, mucha atención! —gritó Bush, y luego añadió, con voz más mesurada, a Hornblower—: Puede virar en redondo y no dejarnos rastro.

Siempre había la posibilidad de que sobresaliera el tope de aquella fina niebla, y el vigía de la *Nonsuch* pudiera distinguir algo de los masteleros de la *Blanchefleur*, invisibles desde cubierta.

Durante unos minutos no se oyó otro rumor que la voz del marinero que iba a la sonda. La *Nonsuch* se balanceaba suavemente en el seno de las olas, pero era difícil apreciar en medio de la bruma si avanzaba en su marcha.

—¡Marca veinte brazas! —gritó el del escandallo.

Antes de que hubiese pronunciado la última sílaba, Hornblower y Bush cambiaron una mirada. Hasta aquel momento habían ido escuchando los gritos sin darse cuenta, sin que su consciencia los percibiera. Pero la palabra «marca» significaba que allí el fondo no pasaba de veinte brazas.

—Hay bajíos, señor —comentó Bush.

El vigía del calcés informó de nuevo:

—¡Buque por la aleta a sotavento!

Bush y Hornblower saltaron hacia la barandilla, pero con la espesa niebla no pudieron ver nada.

—¡Eh, vigía! ¿Qué ves ahora?

—Nada, señor. He visto un momento los sobrejuanetes de un buque. Ahí están otra vez, señor. Dos cuartas... tres cuartas a popa del través, a babor.

—¿Qué rumbo lleva?

—Como nosotros, señor. Ya se ha esfumado otra vez.

—¿Nos acercamos, señor? —preguntó Bush.

—Aún no —respondió Hornblower.

—¡Listos los de las piezas de babor! —ordenó Bush.

Hasta una andanada a distancia podía derribar uno o dos palos y dejar a la presa

indefensa.

—Que no disparen hasta que se les ordene —dijo Hornblower—. Puede ser la *Lotus*.

—Sí, puede ser —admitió Bush.

La *Lotus* había estado por el través de babor de la *Nonsuch* en el cordón que iba barriendo el mar hacia Rügen. Alguien había hecho fuego, sin duda alguna. Tenía que haber sido la *Lotus*, para reanudar seguidamente la persecución de la *Blanchefleur*, lo que podría haberla colocado justamente en la posición donde se habían divisado aquellos sobrejuanetes. Y los sobrejuanetes de dos corbetas con aparejo completo, vistos a través de la niebla, podían confundirse lo bastante para engañar incluso a un marinero experto.

—Está refrescando el viento, señor —comentó Hurst.

—Así es —dijo Bush—. Quiera Dios que aclare la niebla.

La *Nonsuch* iba inclinándose perceptiblemente bajo la brisa, cada vez más viva. De la proa venía la agradable música del mar bajo las amuras.

—A dieciocho brazas —gritó el marinero de la sondaleza.

Veinte voces gritaron entonces a la vez.

—¡Ahí está! ¡Buque por el través de babor! Es la *Lotus*.

La niebla se había disipado por aquella cuadra, y se divisaba la *Lotus* avanzando a todo trapo, a unos tres cables de distancia.

—Preguntadle dónde está la presa —ordenó Bush.

—Buque... visto... a proa... —descifró el guardiamarina encargado de las señales, con ayuda del catalejo.

—¡De bastante nos sirve eso! —refunfuñó Bush.

Todavía quedaban bastantes jirones de niebla para oscurecer todo el círculo del horizonte, aunque se apreciaba en el aire un débil resplandor acuoso, y un sol pálido (plata en vez de oro) era visible en dirección este.

—¡Allí está! —gritó de pronto alguien desde el calcés—. Más abajo del horizonte, por la aleta de babor.

—¡Se escapa, por Dios! —exclamó Hurst—. Seguramente emprendió la huida en cuanto nos vio.

La *Blanchefleur* se hallaba a seis millas largas, y sólo se veían sus sobrejuanetes desde la cubierta de la *Nonsuch*, navegando a favor del viento con todas las velas desplegadas. Una serie de banderas de señales se elevó por el mástil de la *Lotus*, y una de sus piezas disparó con objeto de llamar la atención sobre la urgencia del mensaje.

—También ellos la han visto —dijo Bush.

—Vire en redondo, por favor, capitán Bush. Señale «caza general».

La *Nonsuch* cambió de bordada, entre las imprecaciones que los oficiales dedicaban a sus hombres por su lentitud. La *Lotus* viró en redondo, poniendo proa en línea recta a la *Blanchefleur*. Con la costa de Pomerania enfrente, la *Nonsuch* a

barlovento y la *Lotus* y la *Raven* a cada lado, la nave perseguida había quedado encerrada.

—La *Raven* debe de estar casi a su altura por allá, señor —dijo Bush, frotándose las manos—. Y pronto tendremos las bombardas otra vez, donde quiera que vayan entre la niebla.

—¡A catorce brazas! —cantó el de la sonda.

Hornblower contemplaba al marinero que iba en las cadenas y hacía girar el escandallo con habilidad, lo lanzaba muy adelante y leía la profundidad al pasar el buque por la vertical, luego halaba del cabo y lo tenía dispuesto para zambullirlo de nuevo. Era una tarea fatigosa, un ejercicio continuo y pesado, y además el hombre estaba expuesto a quedar empapado, al recoger cien pies de cabo chorreante. Hornblower conocía bastante la vida bajo cubierta para saber que aquel hombre difícilmente hallaría ocasión de secarse la ropa. Recordaba que, siendo guardiamarina en la *Indefatigable*, de Pellew, había estado con la sonda durante toda la horrible noche en que destruyeron el *Droit de Vhomme* en las rompientes del golfo de Vizcaya. Aquella noche se había quedado helado hasta los huesos, con los dedos tan entumecidos que casi no podía apreciar la diferencia entre las marcas, la de percal blanco, el cuero con un orificio y todas las demás. Probablemente no sería capaz de sondar ahora si probara, y estaba seguro de no poder recordar el orden arbitrario de las marcas. Confiaba en que Bush tuviese la humanidad y el buen sentido de relevar a sus sondadores a intervalos prudentes, y de darles facilidades especiales para secarse la ropa, pero no podía intervenir directamente en ello. Bush era responsable personalmente del régimen interior del buque, y se sentiría molesto, con razón, ante cualquier ingerencia. También el cargo de comodoro tenía espinas en su lecho de rosas.

—¡Marca diez brazas! —voceó el de la sonda.

—La *Raven* a la vista, más allá de la caza, señor —informó un guardiamarina—. Arrumba para cortarle el paso.

—Muy bien —respondió Hornblower.

—Rügen también a la vista, señor —dijo Bush—. Allí está ese Stubbenkammer o como se llame; es un risco blanco, en fin.

Hornblower paseó su catalejo por el horizonte. La fatalidad se abatía sobre la *Blanchefleur*, a menos que lograra refugiarse en aguas de la Pomerania sueca. Y eso era lo que evidentemente trataba de hacer. Bush tenía el mapa extendido delante, y tomaba marcaciones sobre la lejana cinta blanca de la Stubbenkammer. Hornblower estudiaba la carta, miraba luego a los distantes navíos, y volvía a consultar el mapa. Stralsund era una fortaleza que había resistido más de un sitio últimamente. Si la *Blanchefleur* se acogía a ella, estaría a salvo, en caso de que los suecos se decidieran a protegerla. Pero el resto de la costa no ofrecía más que bajíos y bancos de arena; un par de radas apenas tenían fondo bastante para buques de cabotaje, y en el mapa había marcadas baterías que guardaban sus embocaduras. Se podía intentar algo si la

Blanchefleur se internaba en una de ellas (probablemente era de poco calado), pero no habría nada que hacer si se refugiaba en Stralsund.

—Señal a la *Lotus* —dijo—, «cambien rumbo para interponerse entre la caza y Stralsund».

En el curso de aquella guerra interminable había desaparecido todo auxilio a la navegación. No quedaba una sola boya para marcar el canalizo de aguas profundas (el Bodden, como se leía en el mapa) que conducía a Stralsund. Vickery, en la *Lotus*, tendría que ir alerta con la sonda al aventurarse por él.

—¡Marca siete brazas! —gritó el sondador. La *Nonsuch* se encontraba ya en aguas peligrosamente bajas; Bush parecía algo alarmado.

—Arrice las velas, por favor, capitán Bush.

No había posibilidad de que la *Nonsuch* atajara a la *Blanchefleur* y, si habían de encallar, valía más hacerlo con la menor violencia posible.

—La caza va ciñendo, señor —informó Hurst.

Así era; por lo visto, renunciaba a su intento de entrar en Stralsund. Aquello se debía a Vickery, que había navegado con gallarda temeridad y a todo trapo a través de los bajíos para atajarla.

—La *Raven* se le echará encima si mantiene su derrotero —dijo Bush muy alterado.

—¡La caza cambia de bordada! —exclamó Hurst.

—¡Y cinco y media brazas!

Bush se mordía los labios con ansiedad; su querido buque iba metiéndose entre las restingas de una costa a sotavento, y ahora no tenía bajo el casco más de treinta y tres pies de agua.

—Al paio, capitán Bush —dijo Hornblower. No había motivo para seguir adelante hasta averiguar lo que se disponía a hacer la *Blanchefleur*. La *Nonsuch* se puso al paio y quedó aguantando el suave oleaje por la amura de babor. El sol desprendía un calor agradable.

—¿Qué ha ocurrido con la *Raven*? —preguntó Bush.

El mastelero de proa de la corbeta se había desprendido con vergas, lona y todo lo demás, y pendía como una espantosa maraña entre sus trinquetillas.

—Ha encallado, señor —respondió Hurst, mirando con el catalejo.

La fuerza con que había tropezado en la arena le había arrancado de cuajo el mastelero.

—Cala ocho pies menos que nosotros, señor —dijo Bush. Pero toda la atención de Hornblower estaba puesta de nuevo en el *Blanchefleur*. Al parecer, había encontrado un canal para ponerse al abrigo de Hidensoe. En el mapa sólo había allí un sondeo, marcado con un lacónico «2-1/2». Quince pies de agua, y una batería en la punta de una larga península. La *Blanchefleur* podía considerarse a salvo, si lo suecos querían protegerla. En el horizonte, a barlovento, Hornblower distinguió las extrañas gavias de las bombardas. Duncan y Mound, después de errar a ciegas entre la niebla,

debían de haber divisado la *Nonsuch* mientras acudían a la cita frente al cabo Arcona.

—Envíe los botes para ayudar a la *Raven*, por favor, capitán Bush —dijo Hornblower.

—Sí, señor.

Alzar la chalupa y el cúter de sus calzos y botarlos al agua era una operación que requería el concurso de dos centenares de hombres. Sonaron los silbatos, y el bastón del contramaestre sirvió de incentivo a los más perezosos. Las poleas chirriaban en los montones, los pies desnudos pateaban las cubiertas, y hasta el corpachón macizo de la *Nonsuch* escoró un poco por el traslado de peso. Hornblower se dedicó de nuevo a mirar con el catalejo.

La *Blanchefleur* había encontrado un curioso fondeadero. Estaba anclada entre la isla principal de Rügen y la faja larga y estrecha de Hiddensoe. Esta última era más bien un arenal que una isla, una hilera de dunas que emergía de los bajíos amarillos. En realidad, la arboladura de la nave se distinguía ya a simple vista sobre el fondo de los riscos bajos y fangosos de Rügen; sólo el casco quedaba oculto por las dunas de Hiddensoe, situadas como una larga escollera arqueada por delante. En un extremo de Hiddensoe había una batería (Hornblower podía ver las siluetas de las piezas, negras sobre el verde de las troneras cubiertas de hierba) que guardaba la boca de la pequeña ensenada; al otro extremo, las rompientes mostraban que no había agua siquiera para dejar pasar una chalupa. La escuadra había conseguido cerrar el paso a la nave corsaria hacia Stralsund; pero ahora parecía estar a salvo donde se encontraba, con millas de bajíos en torno y una batería que le daba protección. La única posibilidad de interponerse corría a cargo de los botes del barco, remando al descubierto una gran distancia a través de los bajíos, y luego por un estrecho canal, bajo el fuego de la batería, para sacar finalmente la presa al alcance de los mismos cañones y por encima de los desconocidos escollos. No era una empresa muy atrayente, la verdad; podía desembarcar soldados de marina por el lado del mar de Hiddensoe y tratar de tomar la batería por la fuerza, pero ese intento daría ocasión a un sangriento rechazo, de no estar la sorpresa en favor de los asaltantes. Además, la guarnición de la batería sería sueca, y no quería derramar sangre sueca. Suecia sólo era enemiga nominalmente, pero podía convertirse en activa a consecuencia de una acción violenta por su parte. Hornblower rememoró los párrafos de sus instrucciones relativos a este punto.

Como un eco de sus pensamientos, el guardiamarina de señales saludó con un nuevo informe.

—Señal de la *Lotus*, señor.

Hornblower leyó en la pizarra el mensaje escrito en toscas mayúsculas: «Banderas de tregua vienen de Stralsund. Las hemos dejado pasar».

—Acuse recibo.

¿Qué diantres significaba aquello? Una bandera de tregua era de esperar, pero Vickery hablaba de dos por lo menos. Desvió el catalejo hacia donde Vickery había anclado con gran prudencia la *Lotus*, justamente entre el refugio de la *Blanchefleur* y

todo posible socorro de Stralsd. Se veían una, dos, tres pequeñas naves dirigiéndose en línea recta hacia la *Nonsuch*, después de haber dado la vuelta a la *Lotus*. Las tres navecillas mostraban el curioso aparejo del Báltico, como el holandés pero con cierto aire exótico: amuras redondeadas, quillas de deriva y grandes velas cangrejas. Ciñendo, con blanca espuma por debajo de sus proas achatadas y levantando surtidores de agua aun con aquella moderada brisa, se advertía claramente que iban a toda velocidad, como si se tratara de una regata.

—¿Qué pasa, en el nombre del cielo? —preguntó Bush, dirigiendo su catalejo hacia las barcas.

Podía ser una treta para ganar tiempo. Hornblower miró otra vez hacia los palos de la *Blanchefleur*, por encima del arenal. Había aferrado todo el velamen y se mantenía anclada.

—Blanco sobre amarillo y azul, señor —dijo Bush, sin perder de vista los barcos que se aproximaban—. Son los colores suecos bajo una bandera de tregua.

Hornblower volvió su catalejo hacia el guía, y confirmó el aserto de Bush.

—La de delante, señor... —Bush se echó a reír en tono de disculpa por su propia ignorancia—, sé que es extraño, señor, pero me parece la bandera inglesa bajo la de tregua.

Era difícil de creer, y fácil equivocarse al identificar la bandera de un barco pequeño a aquella distancia. Pero el catalejo de Hornblower atestiguaba al parecer lo mismo.

—¿Qué le parece el segundo barco, señor Hurst?

—La bandera británica y blanco encima, señor —respondió Hurst sin titubear.

El tercer barco iba bastante rezagado, y no era fácil distinguir los colores de su bandera.

—Francés, me parece, señor —dijo Hurst. Pero el barco de delante se acercaba a toda prisa ahora.

Con el balso fue izado a cubierta un caballero alto y bien plantado que se sujetaba el bicornio. Llevaba una casaca azul con botones y charreteras doradas, y puso en orden espada y corbatín antes de descubrirse. En el sombrero ostentaba una pluma blanca y una escarapela sueca, y le cruzaba el pecho una amplia banda.

—Barón Basse —dijo.

Hornblower se inclinó.

—Capitán *sir* Horatio Hornblower, comodoro al mando de esta escuadra.

Basse tenía gruesos carrillos, una enorme nariz ganchuda y los ojos grises y fríos, y era evidente que apenas había entendido lo que acababa de decir Hornblower.

—¿Luchar? —preguntó, haciendo un esfuerzo.

—Persigo a un corsario con bandera francesa —informó Hornblower. Y luego exclamó, dándose cuenta de la dificultad de hacerse comprender cuando tenía que elegir sus palabras con diplomática prudencia—: A ver ¿dónde está el señor Braun?

El intérprete se adelantó, presentándose brevemente en sueco, y Hornblower

observó el intercambio de miradas de los dos hombres. Se advertía claramente que eran mortales enemigos políticos que se encontraban en el terreno relativamente neutral de un buque de guerra británico. Basse extrajo una carta de su bolsillo de pecho y la alargó a Braun, quien la examinó un instante y la entregó a Hornblower.

—Es una carta del gobernador general de la Pomerania sueca —explicó—, y dice que este hombre, el barón Basse, es de toda su confianza.

—Comprendo —asintió Hornblower.

Basse estaba ya hablando rápidamente con Braun.

—Dice —tradujo Braun— que desea saber lo que piensa hacer.

—Dígale —dijo Hornblower— que depende de lo que hagan los suecos. Pregúntele si Suecia es neutral.

Al parecer, la respuesta no podía ser un simple «sí» o «no». Basse se explayó en una larga explicación.

—Dice que Suecia sólo desea vivir en paz con todo el mundo —dijo Braun.

—Dígale que eso significa neutralidad, entonces, y que la neutralidad tiene obligaciones así como privilegios. Hay un buque de guerra con bandera francesa por aquí. Debe ser advertido de que su presencia en aguas suecas sólo puede ser tolerada durante un tiempo limitado, y yo debo saber cuál será ese lapso de tiempo.

El grueso semblante de Basse pareció muy perplejo al traducirle Braun la exigencia de Hornblower. Al contestar, se retorció las manos con violencia.

—Dice que no puede violar las leyes de amistad internacional —explicó Braun.

—Insista en que eso es exactamente lo que están haciendo. No pueden permitir que ese buque se sirva de un puerto sueco como base de operaciones. Deben conminarlo a salir, y, si no quiere, tendrá que quedar vigilado para asegurarse de que no escape.

Basse se estrujó materialmente las manos mientras Braun le transmitía esta respuesta. Y cuando se disponía a replicar, le interrumpió un saludo de Bush a Hornblower.

—La bandera francesa de tregua está al costado, señor. ¿Debo permitir que envíen a alguien a bordo?

—Ah, sí —dijo Hornblower, irritado.

La nueva figura que apareció por la puerta de acceso resultaba más decorativa aún que Basse, aunque el hombre era más bajo. Cruzando su casaca azul ostentaba la roja cinta de la Legión de Honor, y una cruz resplandecía en su pecho. También él se quitó el sombrero con una primorosa reverencia.

—Conde José Dumoulin —dijo en francés—, cónsul general en la Pomerania sueca de Su Majestad Imperial y Real Napoleón, emperador de los franceses, rey de Italia, protector de la Confederación del Rin, mediador de la República suiza.

—Capitán Hornblower —repuso el comodoro. Se puso en guardia de repente, pues su gobierno nunca había reconocido aquellos flamantes títulos que Dumoulin acababa de recitar. A los ojos del rey Jorge y de sus ministros, Napoleón, emperador

de los franceses, era tan sólo el general Bonaparte en el aspecto personal, y jefe del gobierno francés en el oficial. Más de una vez, los oficiales británicos se habían visto apurados al adscribir sus nombres a documentos (carteles y otros) que contuvieran referencias, aunque fueran incidentales, al Imperio.

—¿Hay alguien que hable francés? —preguntó Dumoulin cortésmente—. Lamento infinitamente mi absoluta ignorancia del inglés.

—Puede dirigirse a mí, señor —replicó Hornblower—, y me complacerá oír una explicación de su presencia en este buque.

—Habla un francés admirable, señor —dijo Dumoulin—. ¡Ah, claro! Ahora recuerdo. Usted es el capitán Hornblower que se fugó de una manera tan sensacional de Francia ahora hace un año. Es un gran placer conocer a un caballero de tanta fama.

Y se inclinó de nuevo. Hornblower se sintió curiosamente halagado al pensar que su reputación le había precedido aun en aquel oscuro rincón del Báltico; sin embargo, le irritó la digresión, ansioso como estaba de entrar en materia.

—Gracias —respondió—; pero aún estoy esperando la explicación de lo que motiva el honor de su visita.

—Estoy aquí para apoyar a *monsieur le barón* respecto a la posición beligerante de la Pomerania sueca.

Braun tradujo la frase, y la incomodidad de Basse aumentó perceptiblemente.

—Bote con bandera inglesa al costado, señor —interrumpió Bush.

El hombre que subió a cubierta era enormemente obeso y llevaba un sobrio traje de paisano.

—Hauptmann —dijo, doblándose por la cintura. Hablaba inglés con pronunciado acento alemán—. Agente consular en Stralsund de su majestad británica.

—¿En qué puedo servirle, señor Hauptmann? —preguntó Hornblower, tratando de no demostrar el desconcierto que sentía.

—He venido —dijo Hauptmann (en realidad lo que dijo fue «he fenito»)— para ayudar a explicarle la situación aquí, en la Pomerania sueca.

—No veo la necesidad de explicación alguna —le atajó Hornblower—. Si Suecia es neutral, ese corsario debe ser obligado a darse a la vela, o sometido a custodia. Si Suecia es beligerante, entonces tengo las manos libres y puedo proceder como crea conveniente.

Paseó una mirada por su auditorio. Braun comenzó a traducir al sueco sus palabras.

—¿Qué ha dicho usted, señor? —preguntó Dumoulin.

A la desesperada, Hornblower se aventuró a darle una traducción en francés, y la maldición de Babel se abatió sobre la *Nonsuch*. Todos hablaban a la vez; las versiones chocaban con las recriminaciones. Estaba claro, lo que Basse deseaba era quedar bien con todos y hacer creer a Francia y a Inglaterra que Suecia era amiga suya. Lo que Dumoulin quería era que se permitiese a la *Blanchefleur* proseguir sus depredaciones a costa de los buques ingleses. Hornblower miró a Hauptmann.

—Venga conmigo un minuto, por favor —pidió Hauptmann. Puso su gruesa manaza en el brazo de Hornblower, que lo encogió instintivamente, y le condujo por la toldilla adonde no pudieran oírlos—. Es usted un hombre joven —dijo Hauptmann—, y yo conozco a los oficiales de marina. Todos son testarudos. Debe dejarse aconsejar por mí. No haga nada precipitado, señor. La situación internacional aquí es tensa, sumamente tensa. Un movimiento en falso puede significar un desastre. Un insulto a Suecia nos expone a la guerra, guerra activa y no simulada. Debe ser muy prudente.

—Siempre lo soy —prorrumpió Hornblower—; pero ¿se imagina que voy a consentir que ese corsario se comporte como si estuviera en Brest o en Tolón?

Braun se acercó a ellos.

—El barón Basse me encarga que le diga, señor, que Bonaparte tiene doscientos mil hombres en las fronteras de Pomerania. Dice que no pueden molestar al jefe de un ejército tan poderoso.

—Eso corrobora lo que le acabo de decir, capitán —apuntó Hauptmann.

Se aproximó Dumoulin, seguido de Basse. Nadie se fiaba de dejar a cualquiera de sus colegas por un momento a solas con el capitán británico. El instinto táctico de Hornblower vino en su auxilio; la mejor defensa es una vigorosa ofensiva local. Se volvió hacia Hauptmann.

—¿Puedo preguntarle, señor, por qué su majestad mantiene un agente consular en un puerto cuya neutralidad está en duda?

—Es necesario porque hacen falta licencias de negocios.

—¿Está usted acreditado ante el gobierno sueco por su majestad?

—No, señor. Me acredita su majestad bávara.

—¿Su majestad «bávara»?

—Soy súbdito de su majestad bávara.

—Que está en guerra justamente con su majestad británica —dijo Hornblower secamente. Todo el embrollo de la política báltica, con sus hostilidades y neutralidades secretas, resultaba imposible de resolver. Hornblower escuchaba los argumentos y quejas de cada cual, hasta que ya no pudo resistir más; al final su impaciencia se hizo evidente para sus inquietos interlocutores.

—No puedo sacar conclusión alguna por el momento, caballeros —anunció—. Tengo que pensar en la información que me han procurado ustedes. Barón Basse, como representante del gobernador general, ¿tiene usted derecho a una salva de diecisiete disparos al dejar mi barco?

Los cañonazos resonaron sobre las aguas de un verde amarillento al transponer la borda los dignatarios. Diecisiete por el barón Basse, once por Dumoulin, el cónsul general, y sólo cinco por Hauptmann, simple agente consular; la salva más pequeña registrada en el ceremonial de marina. Hornblower se mantuvo saludando en posición de firmes al bajar Hauptmann a su barca, y luego volvió a su habitual actividad.

—Señal a los capitanes de la *Moth*, de la *Harvey* y de la *Clam* para que vengan a

bordo —ordenó bruscamente.

Las bombardas y el cúter estaban a buena distancia para recibir señales; quedaban tres horas de luz solar, y allá atrás destacaban los palos del corsario francés por encima de las dunas de Hiddensoe, como burlándose de ellos.

CAPÍTULO IX



Hornblower saltó por la borda a la *Harvey*, donde el teniente Mound le esperaba en posición de firmes, acompañado de dos segundos contramaestres que hacían sonar sus silbatos. El estampido de un cañón, inesperado y a una vara de distancia, le hizo brincar de sorpresa. Cuando el comodoro hacía trasladar su gallardete de un navío a otro (ahora se desplegaba en el elevado tope de la *Harvey*) era el momento apropiado para otra salva, disparada desde uno de los cuatro cañones de seis libras que la bombardarda llevaba a popa.

—Deje esas tonterías —dijo Hornblower.

En el acto se sintió culpable. Había descrito públicamente como tonterías el ceremonial tan caro a la marina. Más aún, había usado aquel término para describir un cumplido que debía haberle regocijado, pues era sólo la segunda vez que se lo hacían. Pero la disciplina no había sufrido menoscabo, al parecer, aunque el joven Mound sonreía ampliamente al dar la orden de alto el fuego.

—Bracee en cuadro, y avante, señor Mound —indicó Hornblower.

Cuando la *Harvey* hinchó sus velas y puso proa diagonalmente hacia la costa, con la *Moth* a poca distancia en su estela, Hornblower miró en torno suyo. Aquella era una experiencia nueva para él; en veinte años de servicio, jamás había presenciado una acción a bordo de una bombardarda. Por encima de su cabeza se alzaba el enorme palo mayor (habían sustituido con éxito el mástil perdido en el Sund), que, con la cantidad de lona suspendido de él, compensaba la falta de palo de trinquete. El palo de mesana, muy distante a popa, era más proporcionado a la pequeña nave. El prodigioso estay de trinquete, necesario para asegurar el palo mayor, era una cadena de hierro que causaba un efecto singular entre el cordaje de cáñamo. El combés de la bombardarda se adelantaba (éste era el modo absurdo, pero único, de describir su trazado), y allí, a cada lado de su línea media, estaban los dos enormes morteros que justificaban su peculiar estructura. Hornblower sabía que iban empotrados en una masa compacta de roble contra la sobrequilla; bajo la dirección de un cabo de artillería, cuatro hombres disponían los enormes proyectiles de trece libras que disparaban los morteros. El segundo contramaestre, con otro grupo, había largado un cable desde una tronera de estribor, y, pasándolo adelante, lo amarraban ahora al ancla suspendida de la serviola. Aquello era el «esprín»; Hornblower había aplicado a menudo un esprín a su calabrote como ejercicio práctico, pero nunca tuvo ocasión de utilizarlo en acción. Muy cerca de él, en los cadenotes de babor, un marinero iba volteando la sonda. El comodoro se dijo que nueve décimas partes del tiempo que llevaba en el Báltico había funcionado el escandallo, y probablemente así continuaría durante el resto de su misión.

—¡Y dos brazas y media! —gritaba el sondador. Aquellas bombardas calaban

menos de nueve pies.

Al otro lado, la *Raven* se disponía a salir espiando del bajío en que había burado. Hornblower podía ver el cable, negro en contraste con el agua. Ya se había desembarazado de los restos de un destrozado mastelero de proa. La *Clam* iba deslizándose un poco más lejos; Hornblower se preguntó si su capitán, con aquel aspecto gitano, habría comprendido bien las complejas instrucciones que le dio.

Mound estaba de pie a su lado, examinando el buque. Era el único oficial diplomado; un guardiamarina y dos oficiales de derrota llevaban las guardias, y los dos últimos estaban esparrancados a popa midiendo con sextantes el ángulo vertical subtendido por los palos de la *Blanchefleur*. Hornblower pudo advertir en el barco una atmósfera de despreocupación, comprensible sólo teniendo en cuenta que el capitán tenía veinte años nada más. La disciplina debía de ser menos estricta en aquellos barcos pequeños; a menudo había oído lamentarse de ello a ceñudos capitanes de gran experiencia.

—¡Tres menos cuarto! —gritaba el sondeador.

Diecisiete pies de agua.

—Ya estamos a tiro, señor —dijo Mound.

—Esos morteros suyos son más precisos tirando a menos de la distancia máxima, ¿verdad?

—Sí, señor. Y preferiría que sobrara algo, por si cambian de fondeadero.

—Deje espacio suficiente para bornear. No sabemos nada de esos bajíos.

—Sí, señor.

Mound giró en redondo para dedicar una ojeada final a la situación táctica; primero, los palos de la *Blanchefleur* por encima de las dunas, donde se hallaba anclada a bastante distancia dentro de la rada; luego, la batería del extremo del arenal; la *Clam*, situándose donde pudiera ver el fondo de la caleta una cuarta fuera del alcance de la batería, y la *Lotus*, acechando al otro lado de la embocadura para cortar la salida en el caso de que, por milagro, la *Blanchefleur* pudiera abrirse paso a barlovento y acometer una nueva tentativa de llegar a Stralsund. Mound continuó llevando las manos a los bolsillos del pantalón y luego a toda prisa reprimiendo las ganas de meterlos, en vista de la proximidad del comodoro. Repetía aquel extraño gesto cada pocos segundos.

—Por el amor de Dios, hombre —exclamó Hornblower—, guárdese ya las manos en los bolsillos y deje todo ese trajín.

—Sí, señor —dijo Mound, un poco sorprendido. Se metió las manos en los bolsillos, efectivamente, con aire de alivio, y dejó caer los hombros en una cómoda curva, agradablemente relajado. Miró una vez más a su alrededor antes de llamar al guardiamarina, que se hallaba de pie junto a la serviola.

—Señor Jones, largue.

El cable del ancla resbaló con estruendo, mientras la tripulación trepaba a toda prisa a la arboladura.

La *Harvey* viró lentamente en redondo, hasta quedar anclada con la proa contra el viento, dirigida casi en línea recta hacia la invisible *Blanchefleur*. La *Moth*, según pudo apreciar Hornblower, fondeó casi a la altura de su nave gemela.

Mound desplegabá una ilusoria apariencia de tranquilidad en su tarea de romper el fuego. Tomó una serie de marcaciones para asegurarse de que el ancla estaba firme. A una palabra suya, un marinero ató un trapo al esprín que yacía en la cubierta, en dirección al cabrestante, y Mound, hurgando en un bolsillo, encontró un trozo de yeso y marcó una escala en la cubierta, junto al trapo.

—Señor Jones —dijo—, dé una vuelta al cabrestante.

Cuatro hombres consiguieron hacerlo girar con facilidad. El trapo blanco se deslizó a lo largo de cubierta al enrollarse el esprín. Éste salió por una porta de popa y se sujetó el ancla, bastante más lejos; tirando de él, la popa del barco viró en redondo y se situó en ángulo con el viento; la amplitud del ángulo quedaba indicada aproximadamente por el movimiento del trapo blanco respecto a la escala marcada en yeso sobre cubierta.

—Continúe, señor Jones —ordenó Mound, orientándose aproximadamente sobre la posición de los palos de la *Blanchefleur*. El cabrestante rechinó cuando los hombres cogidos a las barras lo hicieron girar.

—¡Así! —gritó Mound. Y se detuvieron.

—Un diente más —dijo Mound, apuntando con cuidado ahora hacia el palo mayor de la *Blanchefleur*.

Los hombres empujaron las barras y se oyó encajar el gatillo.

—¡Uno más!

¡Clank!

—Creo que ya está bien, señor —dijo Mound. La línea central de la *Harvey* apuntaba en línea recta a la *Blanchefleur*—. Naturalmente, los cables se dilatan y el ancla puede arrastrar un poco, pero es bastante fácil mantener una orientación constante soltando o tirando del esprín.

—Así lo creo —dijo Hornblower.

Conocía bien la teoría de la bombardá; en aquel momento estaba sumamente interesado y ansioso al pensar en la inminente demostración. Hacía mucho tiempo que, en un momento desesperado, había intentado acertar a un barco pequeño a gran distancia con un disparo de seis libras desde el *Witch of Endor*, y entonces tuvo la sensación de que la artillería naval era un arte que se debía perfeccionar, si era posible. Por el momento era literalmente cuestión de suerte acertar o no. El fuego de mortero desde una bombardá constituía el refinamiento máximo en artillería naval, llevado a la cumbre de la perfección, aunque sólo se trataba de una derivación bastarda. La elevada trayectoria y la escasa velocidad inicial del proyectil, así como la supresión del factor adverso de las irregularidades en el ánima del cañón, hacían posible disparar el proyectil con sorprendente precisión.

—Si me permite, señor —dijo Mound—, iré delante. Me gusta cortar yo mismo

las mechas.

—Le acompañaré —replicó Hornblower.

Los dos morteros eran como grandes calderas en los ojos de la bombardera.

—Mil cien yardas —informó Mound—. Probaremos con una libra y tres cuartos de pólvora, señor Jones.

—Sí, señor.

La pólvora estaba empaquetada en cartuchos de una libra, media libra y cuarto de libra. El guardiamarina abrió uno de cada peso y vertió el contenido en el mortero de estribor, empujándolo hasta el fondo con enorme taco de fieltro. Mound tenía en la mano una regla de cálculo y miraba al cielo, pensativo. Luego se inclinó sobre una de las enormes bombas y con unas tijeras cortó la mecha cuidadosamente.

—Una y once dieciseisavos, señor —informó, como disculpándose—. No sé por qué me he decidido por esto. La mecha arde a diferentes velocidades según el tiempo, y ahora parece apropiada esta medida. Naturalmente, no conviene que el proyectil estalle en el aire; pero, si se deja una mecha demasiado larga, cualquier rana puede arrojarse sobre ella y apagarla antes de que explote.

—Claro —dijo Hornblower.

Alzaron el proyectil y lo colocaron en la boca del mortero; unas pulgadas más abajo, el ánima se estrechaba de pronto, dejando un escalón perceptible, en el que descansaba el grueso reborde que rodeaba todo el proyectil con segura firmeza. La curva del proyectil de trece pulgadas, con la mecha saliente, quedaba a ras del borde de la boca.

—Izad la cola de golondrina roja —ordenó Mound, alzando la voz para que le oyera el oficial de derrota apostado a popa.

Hornblower se volvió y miró con el catalejo hacia la *Clam*, anclada en los bajíos un par de millas más allá. Bajo su supervisión personal, se había establecido aquel código de señales, y sentía una aguda ansiedad por ver si funcionaba correctamente. Las señales pueden interpretarse mal con mucha facilidad. Una cola de golondrina roja subía hacia el pico de la *Clam*.

—Acusada la señal, señor —gritó el oficial de derrota.

Mound empuñó el botafuego candente y lo aplicó a la mecha del proyectil. Al cabo de un momento prendió la mecha, con leve chisporroteo.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco —contó Mound despacio, mientras la mecha seguía despidiendo chispas. Al parecer se había dejado otro margen de cinco segundos por si la mecha no ardía bien y había que encenderla de nuevo.

Luego introdujo con ímpetu el botafuego en el oído del mortero, y éste se descargó con estrépito. De pie tras la recámara, Hornblower vio elevarse el proyectil, y siguió su trayectoria por la chispa de la mecha encendida. Siguió subiendo y luego desapareció al comenzar su descenso, en ángulo recto ahora con la línea de mira. Esperaron impacientes, pero pasaron unos instantes y no se oyó nada.

—Erró el tiro —dijo Mound—. Arriad la cola de golondrina roja.

—Gallardete blanco en la *Clam*, señor —avisó el oficial de derrota.

—Eso quiere decir «demasiado lejos» —dijo Mound—. Libra y media de pólvora esta vez, por favor, señor Jones.

La *Moth* tenía izadas dos colas de golondrinas rojas, y otras tantas izó en respuesta la *Clam*. Hornblower había previsto la posibilidad de confusión, y estaba convenido que se doblaran siempre las señales cambiadas con la *Moth*. La *Harvey* no tenía oportunidad de rectificar los errores de la *Moth* ni al contrario. El mortero de la *Moth* retumbó ahora, prolongándose el eco por encima del agua. Desde la *Harvey* no se podía seguir la trayectoria del proyectil.

—Doble bandera amarilla en la *Clam*, señor.

—Eso quiere decir que el tiro de la *Moth* se quedó corto —dijo Mound—. Izad nuestra cola de golondrina roja.

Volvió a hacer fuego, y otra vez la chispa de la mecha se elevó hacia el firmamento y desapareció, sin que ocurriera nada tampoco.

—Gallardete blanco en la *Clam*, señor.

—¿También demasiado largo? —exclamó Mound, algo intrigado—. Espero que éstos no sean bizcos.

La *Moth* descargó por segunda vez, y se vio recompensada con un doble gallardete blanco en la *Clam*. El proyectil había pasado por encima, en vez de quedar corto, como el anterior. Ahora no sería difícil para la otra bombardera acertar en el blanco. Mound estaba comprobando la dirección del objetivo.

—Seguimos en línea recta —murmuró—. Señor Jones, quite medio cuarto de libra de esa libra y media.

Hornblower trataba de imaginar lo que estaría haciendo el capitán de la *Blanchefleur* en aquel momento, al otro lado del arenal. Probablemente, hasta que las bombardas abrieron fuego se había considerado a cubierto, persuadido de que nada podía perjudicarlo excepto un ataque directo a la batería. Pero ahora las bombas debían de estar cayendo muy cerca de su nave, y no se hallaba en situación de responder o defenderse de un modo activo. Sería muy penoso para él ponerse en marcha; había anclado su barco en el extremo más alejado del largo y estrecho refugio. La salida próxima estaba cruzada por bajíos demasiado salientes aun para un esquife (como indicaban las rompientes), y con el viento que ahora soplaba no podía remontar el canal otra vez para acercarse a la batería. Seguramente se estaba lamentando de haber arrojado el ancla tan lejos a sotavento. Presumiblemente lo había hecho para asegurarse mejor contra la perspectiva de un ataque encaminado a cortar el paso. Con botes o espiondo, podría halar el buque lentamente hasta acercarlo a la batería, de modo que los cañones de ésta pudieran mantener las bombardas fuera de tiro de sus morteros.

—¡Inclina la cola de golondrina roja, señor! —informó el oficial, nervioso.

Aquello quería decir que el proyectil se había quedado corto, pero cerca del blanco.

—Ponga dos pellizcos más, señor Jones —dijo Mound.

El mortero de la *Moth* tronó de nuevo, pero esta vez vieron estallar el proyectil, al parecer justamente por encima de los topes de la *Blanchefleur*. Divisaron la gran bola de fuego, y el estruendo de la explosión llegó débilmente hasta sus oídos, en alas del viento. Mound movió la cabeza preocupado. O Duncan no había cortado bien la mecha, o se había consumido más deprisa que de costumbre. Dos banderas azules en el pico de la *Clam* indicaban que no habían visto caer la bomba de la *Moth*; el sistema de señales seguía funcionando bien. Entonces Mound encorvó su espigado cuerpo y aplicó el botafuego a la mecha y al fogón. El mortero rugió; un capricho de la balística despidió un fragmento de estopa ardiendo, que pasó por encima de la cabeza de Hornblower, obligándole a agacharse, mientras el humo flotaba en torno suyo; pero, al mirar de nuevo hacia arriba, distinguió la chispa de la mecha en lo alto, inmóvil en la cúspide de su trayectoria, antes de desaparecer de la vista en su veloz zambullida. Hornblower, Mound, Jones, toda la dotación del mortero aguardaba en tensión el final de la caída. Luego, por encima del borde del arenal, vieron un trazo de humo blanco, y un momento después se percibió el sonido de la explosión del proyectil.

—Creo que le hemos dado, señor —dijo Mound, con afectada naturalidad.

—¡Bola negra en el tope de la *Clam*, señor! —gritó el cabo.

Aquello quería decir un blanco. Una granada de trece pulgadas, elevándose a enorme altura en el aire, se había precipitado sobre los puentes de la *Blanchefleur* y había estallado allí. Hornblower no acertaba a figurarse los destrozos que podía haber causado.

—Los dos morteros a la vez ahora —exclamó Mound, olvidando su fingida languidez—, ¡vamos, apresuraos!

Dos gallardetes blancos inclinados en la *Clam* indicaron que la siguiente granada de la *Moth* había caído cerca del objetivo, pero algo larga. Luego retumbaron los dos morteros de la *Harvey*, que cabeceó y se zambulló de proa por la violencia del retroceso, y otra vez izaron la bola negra en el tope de la *Clam*.

—¡Otro blanco! —gritó Mound alborozado.

Los masteleros de la *Blanchefleur*, visible al otro lado de las dunas, comenzaron a separarse súbitamente. Estaba virando en redondo; su dotación, desesperada, trataba de remolcarla o espiarla canal arriba.

—Dios quiera que la echemos a pique antes de que se vaya —dijo Mound—. ¿Por qué diablos no dispara la *Moth*?

Hornblower le vigilaba de cerca; la tentación de disparar sus morteros en cuanto los tuvo cargados, sin esperar a que la *Moth* lo hiciera a su vez, era poderosa, pero ceder a ella suponía confusión para el observador de la *Clam* y tal vez la pérdida final del control. La *Moth* hizo fuego, y dos bolas negras en el tope de la *Clam* les hicieron saber que también habían hecho blanco. Sin embargo, la *Blanchefleur* había conseguido virar. Hornblower percibió el insignificante movimiento de su mastelero

sobre el borde superior de las dunas, una vara o dos a lo sumo. Mound descargó sus dos morteros, y, mientras los proyectiles aún surcaban el aire, sus hombres saltaron al cabrestante y se colgaron de las barras. ¡Clank, clank! Dos veces saltaron las uñas sobre la rueda dentada, al estirar ellos el resorte y bornear el barco para mantener los morteros apuntados al blanco. En aquel instante, el mastelero de proa de la *Blanchefleur* se perdió de vista. Sólo se distinguían el mayor y el de mesana.

—¡Otro blanco, Dios bendito! —gritó Hornblower, soltando la exclamación como un corcho de una escopeta de juguete. Estaba tan emocionado como un colegial; y de pronto se encontró dando saltos de un lado a otro del puente. El palo de trinquete derribado; se esforzaba por imaginarse la terrible destrucción que aquellas bombas estaban produciendo al estrellarse contra las frágiles cubiertas de madera. Y se veía humo por encima de la cresta de las dunas, además, en cantidad mayor de la que pudiera originar la explosión de las granadas, y más negro. Probablemente, la *Blanchefleur* estaba ardiendo. El palo de mesana y el mayor volvieron a coincidir. La nave estaba borneando a través del canal; debía de hallarse sin gobierno. Tal vez una granada hubiera roto el cable del anclote, o hundido los botes de remolque.

La *Moth* disparó de nuevo, y dos colas de golondrinas rojas inclinadas indicaron que sus bombas habían caído cerca y cortas; el buque corsario se había desviado bastante cruzando el canal. Mound lo había advertido, y aumentaba la carga impulsora en sus morteros. Había humo; sin duda, humo que se desprendía en remolinos de la *Blanchefleur*. Debía de estar ardiendo, por la forma en que se hallaba, parada otra vez (Hornblower pudo ver que sus masteleros no se movían en absoluto hacia las dunas), debía de haber zozobrado. Mound hizo fuego una vez más, y esperó. Dejó de verse el mastelero de mesana, después de abatirse poco a poco, y el mayor desapareció igualmente. Ya no se veía nada salvo el humo, que subía cada vez más espeso. Mound miró a Hornblower esperando sus órdenes.

—Es mejor seguir disparando —dijo Hornblower con voz ronca. Aunque la tripulación estuviera asándose viva, era su deber procurar que la *Blanchefleur* quedase enteramente destruida. Los morteros rugieron de nuevo y las granadas se remontaron casi verticalmente durante diez largos segundos, antes de iniciar su precipitado descenso. La *Clam* señaló «cerca y alto». La *Moth* hizo fuego asimismo, y la *Clam* apuntó un blanco; Hornblower contemplaba mentalmente las granadas cayendo desde lo alto entre la dotación del *Blanchefleur*; mientras se afanaban entre las llamas para salvar el barco, ardiendo, desarbolado y varado. No necesitó apenas tiempo para imaginar tales escenas, pues, en el momento de aparecer las señales en la *Clam*, Mound se inclinó para aplicar fuego a sus morteros, y no se habían prendido aún las mechas cuando el sonido de una violenta explosión le paralizó. Hornblower se llevó al ojo el catalejo; una inmensa humareda se destacó por encima de las dunas y entre el humo, Hornblower creyó divisar manchas flotantes, cuerpos o fragmentos del barco, que salían despedidos por la explosión. El fuego, o uno de los últimos disparos de la *Moth*, habían alcanzado el polvorín de la *Blanchefleur*.

—Señal a la *Clam*, señor Mound —dijo Hornblower—. «¿Qué veis del enemigo?».

Esperaron la respuesta.

—«Enemigo... destruido... totalmente», señor —interpretó el oficial de derrota, y la tripulación prorrumpió en vítores.

—Muy bien, señor Mound. Creo que podemos abandonar estos bajos ahora, antes de que se haga de noche. Desplegad la llamada, por favor, con el número de la *Clam* y el de la *Lotus*.

Aquel sol desvaído del norte resultaba engañoso. Resplandecía, pero no daba el más mínimo calor. Hornblower se estremeció violentamente un segundo. Había permanecido inactivo, se dijo, en la cubierta de la *Harvey* durante unas horas, y debería haberse puesto un abrigo. Pero aquella no era la auténtica explicación del estremecimiento, y él lo sabía. La excitación y el interés se habían extinguido, dejándole sombrío y deprimido. Había sido un asunto brutal y fríamente cruento el de destruir un buque que no podía defenderse. Produciría buen efecto en el informe, y sus colegas hablarían entre ellos de la nueva proeza de Hornblower, que acababa de destruir a un corsario francés en las mismas narices de los suecos y los franceses, entre innumerables bajíos. Sólo él experimentaría aquella sensación tan poco gloriosa de desengaño.

CAPÍTULO X



Bush se limpió los labios con la servilleta, con su habitual preocupación melindrosa por las buenas maneras.

—¿Qué cree que dirán los suecos, señor? —preguntó, arriesgándose mucho. La responsabilidad no era suya, y sabía por experiencia que a Hornblower no le gustaba que le recordaran que Bush estaba pensando en ello.

—Que digan lo que quieran —dijo Hornblower—; nada de lo que digan volverá a recomponer la *Blanchefleur*.

Era una repuesta tan cordial, en comparación con lo que Hornblower podía haber contestado, que Bush se preguntó una vez más qué sería lo que le había hecho cambiar así, si aquella nueva afabilidad provenía del éxito, de la satisfacción por su ascenso o de su matrimonio. Hornblower estaba debatiéndose en su interior con la misma cuestión en aquel preciso instante, por extraño que parezca, y se sentía inclinado a atribuirlo al curso de los años. Por unos momentos se sometió a su habitual autoanálisis despiadado, de una intensidad casi morbosa. Sabía que poco a poco se iba resignando a la idea de que el pelo se le aclaraba y encanecía en las sienes. La primera vez que se descubrió un atisbo de rosado cuero cabelludo al peinarse se sintió indignado, pero ahora ya estaba acostumbrado. Luego paseó la vista por la doble fila de jóvenes rostros a ambos lados de la mesa, y le enternecieron. Sin duda iba volviéndose paternal, aficionándose a los jóvenes de un modo que le era desconocido hasta entonces. Se dio cuenta de pronto, pensando en aquello, de que iba tomando afecto a la gente, joven o vieja, y perdiendo (temporalmente al menos, le decía su espíritu cauteloso) aquel apremiante deseo de aislarse y atormentarse a solas.

Levantó su copa.

—Les propongo, caballeros —dijo— un brindis por los tres oficiales cuya cuidadosa atención al deber y notable competencia nos ha facilitado la destrucción de un peligroso enemigo.

Bush, Montgomery y los dos guardiamarinas alzaron sus copas y bebieron con entusiasmo, mientras Mound, Duncan y Freeman bajaban los ojos al mantel con británica modestia. Mound, desprevenido, se había ruborizado como una muchacha, y se agitaba incómodo en la silla.

—¿No va a responder, señor Mound? —preguntó Montgomery—. Usted es el más antiguo.

—Ha sido el comodoro —respondió Mound, con la vista aún en el mantel—. No hemos sido nosotros. Él lo hizo todo.

—Es cierto —convino Freeman, sacudiendo sus agitanados rizos.

Era ya hora de cambiar de tema, pensó Hornblower, presintiendo que se aproximaba una embarazosa pausa en la conversación, después de aquella ráfaga de

mutuos parabienes.

—Una canción, señor Freeman. Todos dicen que canta usted muy bien. Permítanos oírle.

Hornblower no añadió que había sido un joven lord del Almirantazgo quien le había hablado de las aptitudes cantoras de Freeman, y se guardó de observar que el canto nada significaba para él. Otros sentían el extraño deseo de oír música, y estaba bien darles tan singular gusto.

No había presunción alguna en Freeman cuando se trataba de cantar; se limitó a alzar la barbilla, abrir la boca y dejar salir la voz.

Cuando sus ojos vi por vez primera, mar de zafiro y cielos estivales...

Aquella música tenía algo raro. Freeman estaba realizando, al parecer, una proeza interesante y difícil. Indudablemente, proporcionaba a los demás un gran placer (Hornblower los miró a hurtadillas), pero no hacía otra cosa que chillar y gruñir de diversos modos, arrastrando las palabras de forma arbitraria... ¡y qué palabras! Por milésima vez en su vida, Hornblower renunció a imaginar qué veía la gente en aquella música que tanto les gustaba. Se dijo, como hacía siempre, que si lo intentaba era como si un ciego probara a imaginarse el color.

¡Cloe es mi ú-ú-único amor...!

Acabó Freeman su canción, y todos golpearon la mesa en señal de complacencia.

—Una canción muy bonita, y muy bien cantada —dijo Hornblower.

Montgomery trataba de atraer su atención.

—¿Me excusará, señor? —preguntó—. Tengo el segundo cuartillo.

Aquello bastó para disolver la reunión. Los tres tenientes tenían que regresar a sus buques. Bush deseaba dar una vuelta por cubierta, y los dos guardiamarinas, con la debida estimación de la insignificancia de su especie, se apresuraron a dar las gracias por el agasajo y a retirarse. Así deberían ser todas las reuniones, pensó Hornblower, viéndoles marchar: buena comida, conversación animada y final rápido. Salió a pasear por la galería de popa, agachándose con cautela para no tropezar con la bovedilla. A las seis de la tarde aún era pleno día; el sol no estaba muy bajo, pero filtraba sus rayos en la galería por la misma popa, y una débil raya por debajo de él indicaba la situación de Bornholm, justo por encima del horizonte.

El cúter, con su vela mayor cargada hacia popa y tirante como una tabla, se deslizó por debajo de él al pasar ciñendo junto a la popa, con los tres tenientes en la cámara, de regreso a sus barcos respectivos. El viento soplaba de nuevo del noroeste. Los jóvenes iban bromeando, hasta que uno de ellos vio al comodoro en la galería y al momento adoptaron una actitud más correcta. Hornblower sonrió al pensar que había tomado simpatía a aquellos muchachos, y volvió a su camarote para librarles de la tensión de su presencia. Braun le esperaba.

—He repasado los periódicos, señor —dijo. La *Lotus* había interceptado aquella tarde un pesquero prusiano, dejándolo en libertad después de confiscarle la pesca y aquellos periódicos.

—¿Y qué?

—Éste es el *Königsberger Hartunsche Zeitung*, señor, que se publica con censura francesa, desde luego. La primera página se ocupa de la asamblea de Dresde. Bonaparte está allí con siete reyes y veintiún príncipes soberanos.

—¿Siete reyes?

—Los de Holanda, Nápoles, Baviera, Württemberg, Westfalia, Sajonia y Prusia, señor —leyó Braun—. Los grandes duques de...

—No hace falta que siga —dijo Hornblower. Echó un vistazo a las desgarradas hojas y se halló, como de costumbre, reflexionando sobre lo bárbaro que era aquel idioma alemán. Bonaparte estaba tratando sin duda de asustar a alguien; no podía ser a Inglaterra, que le había hecho frente sin inmutarse durante una docena de años. Podría ser a sus propios súbitos, toda la vasta masa de Europa occidental que había conquistado. Pero a quien evidentemente trataba de amedrentar era al zar de Rusia. Había muchas razones para que Rusia estuviera inquieta ante las fanfarronadas de su vecina, y aquella suprema demostración del poder de Bonaparte se dirigía probablemente a inducirla a la sumisión.

—¿Hay algo sobre movimientos de tropas? —preguntó Hornblower.

—Sí, señor. Me ha sorprendido el descaro con que las mencionan. La guardia imperial está en Dresde. Se citan asimismo los cuerpos de ejército primero, segundo —Braun volvió la página— y noveno, concentrados en Prusia, con cuartel general en Danzig y en Varsovia.

—Nueve cuerpos de ejército —reflexionó Hornblower—. Trescientos mil hombres, supongo.

—Aquí hay un párrafo que habla de la caballería de reserva de Murat. Dice que «son cuarenta mil hombres, magníficamente montados y equipados». Bonaparte les pasó revista.

Una enorme cantidad de hombres se estaba acumulando, por lo visto, en la frontera entre el imperio de Bonaparte y Rusia. El corso tendría bajo su mando los ejércitos prusiano y austríaco, también. Medio millón de hombres, quizá seiscientos mil; la imaginación no acertaba a concebir la cifra. Una extensa marea de humanidad se hacinaba allá, al este de Europa. Si Rusia se mostraba remisa a la amenaza, era difícil creer que nada pudiera resistir el empuje de semejante masa de hombres. La suerte de Rusia parecía echada: tendría que someterse o ser destruida. Ninguna nación del continente había podido oponerse con éxito a Napoleón, hasta ahora, aunque todas y cada una habían experimentado la violencia de su ataque; sólo Inglaterra le resistía aún, y España continuaba luchando, aunque los ejércitos del invasor habían saqueado todos los pueblos y valles de la desdichada península.

La duda tornó a la mente de Hornblower. No podía ver qué beneficio sacaría Bonaparte de la conquista de Rusia, en proporción al esfuerzo empleado, o incluso al pequeño riesgo que podía correr. Bonaparte debía hallar un empleo más provechoso para los hombres y el dinero. Probablemente no habría guerra. Rusia se sometería, y

entonces Inglaterra tendría enfrente una Europa dominada enteramente por el tirano. Y, sin embargo...

—Éste es la *Gaceta de Varsovia*, señor. —Continuó Braun—. Algo más oficial, desde el punto de vista francés, aunque se publica en polaco. Aquí hay un largo artículo sobre Rusia. Habla de la «amenaza cosaca a Europa». Llama a Alejandro «el bárbaro príncipe de un pueblo bárbaro», «el sucesor de Gengis Kan»... Dice que «San Petersburgo es el foco de todo el caso potencial en Europa», «una amenaza para la paz mundial», «deliberadamente hostil a los beneficios otorgados al mundo por el pueblo francés»...

—Y eso tiene que publicarse con permiso de Bonaparte —comentó Hornblower, medio para sí; pero Braun estaba todavía enfrascado en el artículo.

—«El insensible violador de Finlandia», leyó Braun, casi enteramente ensimismado. Alzó los verdes ojos del periódico. En ellos se percibía un relámpago de odio que sorprendió a Hornblower. Le recordó aquello que estaba a punto de olvidar: que Braun era un desterrado indigente a causa de la agresión rusa a Finlandia. Braun se había puesto al servicio de Inglaterra, pero en una época en la que Rusia era, al menos, enemiga nominal de los ingleses. Hornblower tomó nota mentalmente de que tal vez no conviniera confiar a Braun ningún asunto confidencial relativo a Rusia; por su propia y libre voluntad Rusia no devolvería jamás la independencia a Finlandia, y siempre existía la probabilidad de que Bonaparte lo hiciera, de que restaurara lo que él denominaría la independencia de Finlandia, si es que eso servía para algo. Todavía había gente capaz de dejarse engañar por las declaraciones de Bonaparte, a pesar de su historial de engaños y perjurios, de crueldad y rapiña.

Habría que vigilar a Braun, pensó Hornblower. Otra preocupación más, como si no tuviese ya bastantes o fuera poca aún su responsabilidad. Podía bromear con Bush acerca de los suecos y los rusos, pero le roía una secreta inquietud. Era natural que los suecos estuviesen exasperados por la destrucción de la *Blanchefleur* en aguas de la Pomerania. Tal vez aquél fuese el factor decisivo. En aquel mismo momento Bernadotte podía estar pensando en una alianza cordial con Bonaparte contra Inglaterra. La perspectiva de la hostilidad de Suecia y la de Francia quizá quebrantase la firmeza de Rusia. Inglaterra podría encontrarse con todo el mundo en armas contra ella a consecuencia de la acción de Hornblower. Buen final de su primer mando independiente. Los malditos hermanos de Bárbara sonreirían con desdén ante su fracaso.

Hornblower se evadió con esfuerzo de aquella pesadilla, y se encontró con Braun sumergido aún en la suya, al parecer. El odio en su mirada, la intensidad de su expresión eran alarmantes. En aquel momento alguien llamó con los nudillos. Braun volvió a la realidad y en el acto recuperó su habitual actitud de atenta deferencia.

—Adelante —gritó Hornblower.

Era uno de los guardiamarinas de cuarto.

—El señor Montgomery me envía con esta señal de la *Raven*, señor.

Alargó la pizarra; en ella, el oficial de señales había garabateado las siguientes palabras: «hemos hallado buque sueco deseoso hablar con comodoro».

—Subiré a cubierta —anunció Hornblower—, dígame al capitán que tenga la bondad de venir también.

—El capitán está ya en cubierta, señor.

—Muy bien.

Bush, Montgomery y otros seis oficiales dirigían sus catalejos hacia las gavias de la *Raven*, situada a distancia por el través de babor, según remontaba el Báltico la escuadra. Todavía quedaba una hora de luz solar.

—Capitán Bush —dijo Hornblower— le agradecería que pusiera rumbo hacia ella.

—Sí, señor.

—Y señale a la escuadra que tome sus posiciones para la noche, por favor.

—Sí, señor.

La *Nonsuch* describió una curva con su pesada mole, inclinándose al recibir el viento por la aleta, mientras la guardia halaba las brazas de estribor.

—Hay un barco justamente a popa de la *Raven*, señor —informó Montgomery—. Parece un bergantín sueco, por el corte de sus gavias, señor. Uno de esos mercantes del Báltico que se ven en Leith Roads.

—Gracias —dijo Hornblower.

No pasaría mucho tiempo sin saber lo que pasaba. Podía ser, y probablemente era, algo muy desagradable. Alguna nueva carga de responsabilidad sobre sus hombros, seguramente, aunque no se tratase de un verdadero desastre. Se dio cuenta de que envidiaba a Montgomery sus sencillas obligaciones de oficial de guardia, sin tener otra cosa que hacer que obedecer órdenes y poner atención al tiempo, con el bendito deber de acudir a un superior para todas las decisiones de importancia. Hornblower se quedó inmóvil en la toldilla con las manos enlazadas a la espalda, mientras el bergantín y la *Nonsuch* iban acercándose, hasta verse primero las velas de aquél, y luego su casco sobre el horizonte. Al oeste, el cielo era una llamarada carmesí, pero aún había media luz cuando surgió el bergantín impulsado por el viento.

—Capitán Bush —dijo Hornblower—, ¿quiere ponernos al paio, por favor? Están lanzando un bote al agua.

No quería manifestar una vulgar curiosidad mirando al bote mientras lo echaban al agua, o cuando atracase al costado. Paseaba tranquilamente de arriba abajo a lo largo de la toldilla, en el delicioso atardecer, mirando en todas direcciones salvo en la de la lancha, mientras los otros oficiales y los marineros pasaban el tiempo charlando, mirando y haciendo conjeturas. Pero Hornblower, a pesar de su actitud de olímpica indiferencia, se volvió a mirar a la porta de acceso en el momento mismo en que el visitante saltaba por la borda. Lo primero que vio fue un sombrero bicornio con una pluma blanca que le pareció haber visto antes, y luego, bajo el sombrero, apareció la

gruesa cara y el corpachón del barón Basse. Éste se llevó el sombrero al pecho para hacer su reverencia, lo mismo que la vez anterior.

—Su servidor, señor —dijo Hornblower, saludando muy erguido. Estaba molesto porque, si bien recordaba a Basse perfectamente y podía haberle descrito con todo pormenor, no se acordaba de su nombre. Se volvió al guardiamarina de cuarto—. Avise al señor Braun.

El personaje sueco estaba diciendo algo, pero Hornblower no tenía ni idea de lo que podía ser.

—Perdón, señor —le interrumpió Hornblower, y Basse repitió sus palabras, con el mismo resultado negativo. Comenzó de nuevo, lo más despacio que pudo, pero se interrumpió de repente al ver que Hornblower miraba distraído hacia la porta de acceso. Hornblower hacía lo posible por mostrarse cortés, pero veía una gorra de piel de oso que asomaba por allí, y aquello era demasiado intrigante para resistir su atracción. Un enorme gorro de piel de oso con una pluma roja, un erizado bigote rojo, una casaca escarlata, faja roja, profusión de entorchados dorados, pantalones azules con raya roja, botas altas, un sable cuya empuñadura brillaba extrañamente a la luz del ocaso; aquél era el uniforme de la Guardia, seguramente. El portador del uniforme era de baja estatura para pertenecer al famoso cuerpo, pero sin duda conocía su ceremonial. Saludó alzando la mano, de cara a la toldilla, en la misma porta de acceso, y luego avanzó sobre sus cortas piernas y juntó los talones haciendo un elegante saludo a Hornblower.

—Buenas noches, señor. ¿Es usted el capitán *sir* Horatio Hornblower?

—Sí —repuso el comodoro.

—¿Me permite que me presente? Soy el coronel lord Wychwood, del Primero de la Guardia.

—Buenas noches —dijo Hornblower con frialdad. Al ser comodoro, su categoría era decididamente superior a la de un coronel, y podía permitirse cierta fría reserva, en espera de acontecimientos. Suponía que no iba a tardar en oír una explicación de la presencia de un coronel de los granaderos de la Guardia, de riguroso uniforme, en medio del Báltico.

—Traigo despachos —dijo lord Wychwood, hurgando en la pechera de su casaca — de nuestro embajador en Estocolmo, para usted, señor.

—Vayamos a mi camarote, señor —propuso Hornblower, lanzando una mirada a Basse.

—Conocía ya al barón Basse, ¿verdad? También él le trae mensajes.

—Entonces tendrá la bondad de bajar con nosotros. Caballeros, permítanme que les preceda para indicarles el camino.

Braun tradujo ceremoniosamente, mientras Hornblower iniciaba la procesión. En el camarote medio a oscuras, Braun se apresuró a traer lámparas y a acercar sillas. Wychwood se sentó en la suya con todas las precauciones requeridas por sus estrechos calzones.

—¿Sabe lo que ha hecho Bonaparte? —Comenzó.

—No he oído nada últimamente.

—Envió cincuenta mil soldados a la Pomerania sueca, tan pronto como supo lo que hizo usted en Stralsund.

—¿De veras?

—Se portaron como de costumbre. Vandamme estaba al mando. Comenzó por imponer al municipio de Stralsund una multa de cien mil francos por no echar al vuelo las campanas a su llegada. Interrumpió la misa en la iglesia del Espíritu Santo para apoderarse de la custodia de plata. Prendió al gobernador general y le encerró en un calabozo. Las tropas campaban por sus respetos porque la guarnición de Rügen había intentado oponerse a su paso. Hubo pillaje, muertes y violaciones en todo Rügen. El barón escapó en un barco pesquero. Todos los demás oficiales y soldados han sido hechos prisioneros.

—¿Debo entender que Bonaparte está en guerra con Suecia ahora?

Wychwood se encogió de hombros; todo el mundo en el Báltico parecía encogerse de hombros siempre que se trataba de hacer una declaración terminante sobre paz o guerra.

—El barón se lo podrá decir —dijo Wychwood. Se volvió a mirar al barón, quien comenzó a explicarse con volubilidad en sueco; Braun, de pie junto al mamparo, traducía.

—Dice que la cuestión de la paz o la guerra depende del príncipe real, su majestad Carlos Juan, antes conocido como mariscal Bernadotte. Su alteza real no se encuentra en Suecia en este momento. Está visitando al zar de Rusia.

—Creo que sobre esto tratan los despachos que le traigo, señor —dijo Wychwood. Y sacando un gran sobre de lona con grandes sellos, se lo entregó. Hornblower lo abrió y leyó el contenido del mensaje:

Embajada de su majestad británica en Estocolmo
20 de mayo de 1812

Señor, el portador de este despacho, coronel lord Wychwood, del Primero de la Guardia, le informará de la situación política aquí. Es de esperar que la invasión de la Pomerania sueca por Napoleón acarree una declaración de guerra por parte del gobierno sueco. Es necesario, por consiguiente, prestar toda la ayuda posible a los funcionarios suecos que deseen comunicarse con S. A. R. el príncipe heredero. En consecuencia, se le encomienda proceder con toda diligencia a escoltar o trasladar a cualquiera de tales funcionarios hasta Rusia. Asimismo, se le encarga que aproveche esta oportunidad para poner a lord Wychwood en franca comunicación con el gobierno ruso, a fin de garantizar a S. M. I. el zar la plena ayuda de las fuerzas de su majestad por tierra y mar, en caso de guerra entre S. M. I. y el gobierno francés. También hará uso de cualquier oportunidad que se le presente de fomentar las buenas relaciones entre S. M. y S. M. I.

Su humilde servidor,

H. L. Merry embajador de S. M. B. en la Corte de Estocolmo.
Capitán *sir* Horatio Hornblower.
Comodoro Comandante de la Escuadra Británica en el Báltico.

Hornblower leyó minuciosamente las órdenes dos veces. Había que tomar una

importante decisión. Merry no tenía por qué darle órdenes, y menos en el estilo perentorio de «encomendarle», que era prerrogativa de sus superiores navales. Como embajador, era un dignatario importante (para un oficial de la Armada en aguas extranjeras, el más importante después de los lores del Almirantazgo), pero sólo podía pedir y aconsejar, no dar órdenes. Si Hornblower seguía las instrucciones de Merry y las cosas se ponían mal, no tendría excusa que alegar ante el Almirantazgo. No obstante, Hornblower sabía demasiado bien que si hacía caso omiso de la carta de Merry, llegarían a Londres amargas quejas respecto a su comportamiento.

Reflexionó sobre las órdenes que tenía del Almirantazgo. Ellas le conferían amplia autonomía en su conducta con las potencias del norte. La carta de Merry no le relevaba de responsabilidad alguna. Podía permitir que Wychwood y Basse prosiguieran su viaje en el bergantín sueco, o llevarlos él mismo; la cuestión era si las noticias de la última agresión de Bonaparte debían ser transmitidas o no por una escuadra británica. Los portadores de malas noticias son siempre impopulares, ridículo detalle a considerar, pero a la vez importante. Los dos potentados podían sentirse exasperados al comprobar la ingerencia de la Armada británica, causando trastornos a todo el mundo. Por otra parte, la presencia de una escuadra británica tan al fondo del Báltico, en las mismas puertas de San Petersburgo, podría ser un saludable aviso de la longitud del brazo de Inglaterra. La sumisión de Suecia y Rusia a Bonaparte había de significar guerra, guerra auténtica, contra Inglaterra esta vez; Bonaparte no se contentaría con menos. La vista de las gaviotas británicas en el horizonte, la conciencia de que aquella guerra supondría el bloqueo inmediato, la captura instantánea de todo navío que se arriesgase a navegar, el acoso constante de todas sus costas, tal vez fuese un poderoso argumento en sus discusiones. Bonaparte podría estar en sus fronteras, pero Inglaterra estaría a sus puertas. Hornblower tomó una decisión.

—Caballeros —dijo—, creo que es mi deber trasladarles a Rusia en esta escuadra. Puedo ofrecerles la hospitalidad de este barco, si tienen la amabilidad de aceptarla.

CAPÍTULO XI



A pesar de ser noble y de pertenecer a la Guardia, de su rojo bigotito, de sus ojos saltones y su ridículo aspecto con el uniforme, Wychwood era un hombre de mundo, sagaz y experto. A los treinta y cinco años había visitado dos tercios de las cortes de Europa, conocía bien sus intrigas, sus puntos débiles y fuertes, la potencia militar de la que podrían disponer, sus prejuicios y sus tradiciones. Estaba sentado, a requerimiento de Hornblower, en el camarote de éste, mientras un vivo viento del oeste empujaba a la escuadra, balanceando y dando cabezadas Báltico arriba. Basse estaba imposibilitado en su litera por el mareo, de modo que su presencia no les estorbaba. Wychwood tenía también las mejillas algo pálidas, y su actitud revelaba a veces una preocupación interior, pero se dominaba virilmente.

—La debilidad de Boney —explicó Wychwood— es creer que toda oposición en el mundo puede resolverse por la fuerza. A veces tiene razón, desde luego; no hay más que fijarse en su carrera para convencerse. Pero otras se equivoca. La gente prefiere luchar y morir antes de seguir sometidos a su voluntad.

—España lo ha demostrado —sentenció Hornblower.

—Sí. Pero con Rusia puede ser diferente. Rusia es el zar, mucho más concretamente que España, que era la monarquía borbónica. Si Alemania se decide por ceder a las amenazas de Boney, Rusia se someterá. Alejandro se ha tragado ya bastantes insultos.

—Se ha tragado otras cosas, además de insultos —dijo secamente Hornblower.

—¿Finlandia, quiere decir? Es verdad. Y las demás provincias bálticas, Lituania y Curlandia, etcétera. Usted sabe mejor que yo lo que ello supone para la seguridad de San Petersburgo; por eso no veo fácil reprochárselo. En casa, desde luego, su agresión a Finlandia levantó gran indignación. Espero que lo olviden si se convierte en aliado nuestro.

—¿Y qué probabilidades hay de eso?

—Sabe Dios. Si se siente seguro de la alianza sueca tal vez luce. Y eso depende de que Bernadotte consienta en que le arrebaten la Pomerania.

—Bonaparte ha dado un mal paso ahí —dijo Hornblower.

—¡Sí, por Dios! La bandera británica es para él como un trapo rojo para un toro. Basta enseñársela para que embista. La forma en que le ha destruido usted ese barco, ¿cómo se llamaba?, la *Blanchefleur*, en sus mismas narices, le tiene que haber sacado de sus casillas. Si algo mueve a los suecos a la lucha, tiene que ser eso.

—Esperemos que así sea —concluyó Hornblower, ya tranquilo.

Sabía que su conducta había sido atrevida al decidirse a hundir la *Blanchefleur*. Si las repercusiones políticas del hecho resultaban desfavorables, podrían exigirle cuentas. Su única justificación debía ser el desenlace. Un hombre más cauto se

hubiera reservado, limitándose a mantener al corsario en observación. Probablemente, habría acabado escapándoseles la primera noche de niebla, para reanudar sus tropelías entre los barcos británicos; pero a nadie se puede culpar por la niebla. Y si Suecia se convertía en enemigo activo, toda Inglaterra clamaría por la cabeza del oficial a quien consideraba responsable. Pero, sucediera lo que sucediese, no podía evitar pensar que había hecho lo mejor para mostrar que Inglaterra tenía fuerzas para golpear y no vacilaría en servirse de ellas. Pocas veces en la historia ha resultado provechosa la timidez.

Seguían llegando noticias de San Petersburgo. Wellington había tomado la ofensiva en España; en dos desesperados ataques había despejado su frente asaltando Ciudad Rodrigo y Badajoz, y ahora estaba disponiéndose a herir al adversario en el corazón de la península. Sabiendo que una parte del ejército de Napoleón estaba intensamente comprometido en el sur, en las reuniones del norte habría más firmeza.

Su cuñado era ya conde; un par de victorias más y se convertiría en duque, pensaba Hornblower. Bárbara estaría orgullosa de su hermano, y para Hornblower aquello era otro motivo para temer un fracaso propio. Bárbara tendría un elevado modelo de comparación. Pero sabría comprender. Se daría cuenta de la difícil partida que estaba jugando en el Báltico, tan difícil como la que su hermano sostenía en España; comprendería cuánto valor moral se necesita para tomar las resoluciones que él había adoptado. Sería considerada; y, en aquel momento, Hornblower se dijo que no deseaba que lo fuera respecto a él. Aquella idea le dio náuseas, impulsándole a pedir excusas a Wychwood y a salir a cubierta, bajo el chubasco que caía de un cielo gris; y se puso a pasear por la toldilla, mientras los otros oficiales le miraban de soslayo, alejándose discretamente de él. No había ni un alma en toda la escuadra que no supiera que sólo un idiota se cruzaría en el camino del comodoro cuando paseaba por el alcázar.

El viento era vivo y frío, aun a últimos de mayo, por el norte del Báltico; la escuadra cabeceaba y daba alternativamente de banda sobre las abruptas olas, de color plomizo bajo un cielo de igual color, según navegaba hacia el norte, en dirección al golfo de Finlandia, a Rusia, donde se hallaba pendiente del destino del mundo. La noche era apenas más oscura que el día, a sesenta grados de latitud norte, cuando el cielo se aclaraba, pues el sol apenas se escondía en el horizonte y la luna brillaba fríamente en la pálida media luz, al pasar frente a Hoghland y palear a la vista de Lavansaari, para atracar en Kronstadt después del alba.

Braun subió temprano a cubierta y se recostó en el pasamanos, o más bien se estiró por encima de él. Aquella débil línea gris en el horizonte, hacia el norte, era su tierra natal, la Finlandia de los lagos y los bosques que el zar acababa de conquistar y de la cual había tenido que huir para siempre. Hornblower observó la abatida actitud del pobre diablo y le compadeció, aun en medio de la inquietud que sentía al pensar en el recibimiento que podían hacerles. Bush irrumpió entonces resplandeciente con sus charreteros y su espada y lanzó ávidas miradas por la cubierta y la arboladura

para cerciorarse de que todo estaba preparado a bordo para afrontar la inspección de una potencia mal dispuesta.

—Capitán Bush —dijo Hornblower—, tenga la bondad de bracear en cuadro hacia Kronstadt.

—Sí, señor.

Hornblower habría querido preguntar si estaban en curso los preparativos para hacer las salvas, pero se abstuvo de hacerlo. Podía confiar en Bush para todos los asuntos de rutina, y tenía que ir con cuidado a fin de no inmiscuirse en los trabajos de a bordo. Se alegraba de no haberse olvidado nunca de la cortesía al dar sus órdenes a Bush, que era un igual suyo en categoría sustantiva. «Tenga la bondad» y «por favor», producían un efecto singular en sus labios, sin embargo, antepuestos a una orden.

Dio la espalda a oriente y recorrió con el catalejo toda la escuadra. Los navíos braceaban en cuadro y se situaban a popa unos de otros, las dos corbetas primero, luego las dos bombardas, y el cúter a retaguardia.

—Señal general —exclamó—. «Corrijan la situación».

Quería que su escuadra remontase el difícil canal en orden preciso y regular, como cuentas ensartadas. Con el rabillo del ojo vio asomar a Basse y a Wychwood, pero no les hizo caso.

—Hagan la señal otra vez —bramó— con el número de la *Harvey*.

La corbeta se desviaba ligeramente de su curso; el joven Mound debía vigilar mejor a su timonel o acabaría teniendo un disgusto. A estribor, donde se extendían los anchos bancos que arrancaban de la costa de Oranienbaum, había boyas para marcar los límites del canal, que serpenteaba a uno y otro lado en forma imprevisible. Si alguna vez tenía que internarse en aquel canal con intenciones hostiles, no podría hacerlo sin complicaciones. Por la amura de estribor se veían las bajas fortificaciones grises de Kronstadt. Una curva del canal puso la *Nonsuch* de proa a ellas, de modo que si las baterías hicieran fuego enfilarían a toda la columna. Luego, el canal se desviaba de nuevo y se enderezaba más lejos, obligando a los buques a desfilar bajo los cañones de Kronstadt. A través de su catalejo, Hornblower distinguió la bandera azul y blanca de Rusia ondeando por encima de las murallas grises.

—Haga la señal de «anclar» —dijo Hornblower al guardiamarina de las banderas, y luego dirigió una mirada de inteligencia a Bush, quien asintió. Todo estaba dispuesto. El barco se deslizó hacia adelante, cada vez más próximo a las baterías.

—Arrien —dijo el comodoro, y la señal de anclar descendió en un instante, poniendo en vigor la orden al punto. Seis cables resonaron al rozar los escobenes. En los seis buques, un millar de hombres subieron a la arboladura, y las velas quedaron recogidas como por arte de magia mientras las embarcaciones viraban sobre sus cables.

—Bastante bien —se dijo Hornblower, y reconoció, burlándose interiormente de su propia flaqueza, que no era posible realizar operación alguna a su completa

satisfacción. A proa, el cañón de salvas comenzó a expresar sus manifestaciones de respeto a la bandera rusa. Hornblower vio salir una nubecilla de humo de la fortaleza, y el retumbo del primer disparo de contestación llegó a sus oídos. Once disparos. Habían observado su gallardete, y sabían dar a un comodoro lo que era justo. Se acercaba el bote del cirujano para darles el certificado sanitario. El médico era un hombre de larga barba negra, que hablaba un renqueante francés. Su visita era una buena oportunidad de probar la soltura de Braun en el idioma ruso. El intérprete tradujo sin dificultad la declaración de Hornblower de que no había ningún caso de enfermedad infecciosa en toda la escuadra. Todo el mundo en el barco estaba algo alterado con motivo de aquella visita a Rusia, y se agolpó la gente en la amura para ver a los tripulantes de la chalupa rusa, sentados en los bancos, con el marinero a proa cogido a las cadenas; pero no parecían distintos de los de otro bote cualquiera: las mismas camisas de color y pantalones destrozados, los mismos pies desnudos, y manejaban la barca con bastante destreza. Fue Bush quien apartó de la borda a la gente de la *Nonsuch*; estaba muy indignado por su vocinglera curiosidad y el barullo que armaban.

—Parlotean como una bandada de monos —dijo muy furioso al primer teniente—. Haciendo más ruido que un árbol lleno de grajos. ¿Qué van a pensar los rusos de nosotros? Déles tarea para que se distraigan.

En aquellas condiciones de neutralidad dudosa, sería mejor que el primer contacto con tierra quedara a cargo de Basse. Al menos en apariencia, la escuadra había ido a Kronstadt simplemente para llevar sus noticias al príncipe heredero de Suecia. Hornblower hizo arriar su bote, y envió en él a Basse, y la embarcación volvió sin él y sin la menor noticia. Basse había desembarcado en el malecón, y el bote, de acuerdo con las órdenes de Hornblower, había regresado inmediatamente. Aparte del saludo y de la visita médica, el Imperio ruso prefería no enterarse de la existencia de la escuadra británica.

—¿Qué clase de gente creen que somos? —gruñía Bush irritado, como siempre, por la inacción. Bush sabía tan bien como Hornblower que en todo asunto diplomático lo mejor es no mostrar ansiedad; pero no podía dominarse y aparecer tranquilo como hacía el comodoro. Dirigió una significativa mirada al uniforme de gala de Hornblower, con su cinta y su cruz, dispuesto para cualquier ceremonia oficial que surgiera. Hubiera querido que el comodoro bajase a tierra y viese al gobernador local para saber a qué atenerse, pero Hornblower era obstinado. Estaba esperando que le invitasen. Inglaterra había sobrevivido hasta entonces a la tempestad en Europa sin la alianza de Rusia, y las relaciones futuras se simplificarían si Rusia daba los primeros pasos... suponiendo que lo hiciera. Su escuadra estaba allí sólo para que Basse pudiera informar a Bernadotte; si el gobierno ruso quería aprovechar su presencia para acercársele, tanto mejor. Si no, ya pensaría en algún otro plan.

—El telégrafo no ha cesado de funcionar desde que Basse puso pie a tierra —comentó Bush, con el catalejo en el ojo. Los tres delgados brazos del semáforo en lo

alto de la fortaleza giraban continuamente, transmitiendo mensajes a la próxima estación, situada más adentro de la bahía. Por lo demás, no se veía casi nada. A través de la tierra baja de la isla se divisaban unos mástiles que revelaban la situación de los astilleros; dos o tres mercantes se mecían al ancla en aquella dirección, y varios pesqueros atendían sus faenas.

—¡Ahí viene un bote! —dijo de pronto Montgomery.

Una ligera pinaza avanzaba desde los astilleros, a través del canal, casi en dirección contraria a la del fondeadero de la *Nonsuch*.

—La bandera del Imperio ruso —anunció Bush—. ¿Puede ver quién va a bordo?

Pero la pinaza estaba demasiado lejos para poder apreciar detalles, aun con catalejo.

—Creo que distingo unos entorchados dorados —dijo Carlin, en tono de duda.

—Vaya cosa —repuso Bush—. Hasta un ciego podría adivinar entorchados dorados en un bote de la marina rusa en Kronstadt.

La pinaza se alejó, con el viento por la aleta, a través del amplio canal, hasta que su pequeña vela quedó reducida a un punto.

—Llámeme si ocurre algo, por favor, capitán Bush —dijo Hornblower.

Bajó a su camarote; Brown le despojó de la pesada casaca de gala con las charreteras, y, una vez solo, comenzó a dar vueltas por la estancia. Abrió el estuche de pistolas que le había regalado Bárbara, leyó la tarjeta (las últimas palabras recibidas de ella), y volvió a cerrar el estuche. Salió a la galería de popa y regresó al camarote. Se dio cuenta, molesto, de que le preocupaba aquella situación. Tomó de la librería los *Viajes* del arcediano Coxe y se dedicó a leer las aburridas observaciones del narrador sobre la vida en Rusia, tratando de enterarse mejor de cómo eran las potencias del norte. Pero las palabras no tenían significado para él; dejó los *Viajes* y cogió en cambio el delgado volumen de *Childe Harold*. «Pomposo y altisonante», se dijo, mientras lo hojeaba.

Oyó dar seis campanadas; todavía no eran las once de la mañana, y seguramente no podría comer hasta las dos. Se levantó de la silla y se tendió en la litera; cerró los ojos, apretó los puños y procuró dormir. No era posible subir de nuevo a cubierta y ponerse a pasear como deseaba; sería tanto como admitir públicamente que estaba desasosegado y nervioso. Los minutos pasaban con pasos de tortuga, pensó que nunca se había sentido tan cautivo e infeliz como en aquel momento.

Sonaron ocho campanadas y oyó el relevo de la guardia; pasó una eternidad hasta que oyó ruido en cubierta y alguien llamó con los nudillos a su puerta. Hornblower se acomodó en una postura lo más natural posible.

—¡Adelante! —gritó, y parpadeó al mirar al guardiamarina, como si acabara de despertar de un profundo sueño.

—Un bote se adelanta hacia nosotros, señor —anunció el guardiamarina.

—Ahora subo —dijo Hornblower—. Avise a mi asistente.

Brown le ayudó a ponerse la casaca de gala y llegó a cubierta cuando el bote

estaba aún a cierta distancia.

—La misma pinaza que vimos antes, señor —comentó Hurst.

La pinaza se metió en el viento y aferró su vela mayor, mientras el hombre de proa llamaba al buque en ruso.

—¿Dónde está el señor Braun? —Preguntó Hornblower.

Repitieron la llamada, y Braun tradujo.

—Pide permiso para acercarse, señor. Dice que tiene un mensaje para usted.

—Dígale que atraque al costado —dijo Hornblower. Esta dependencia de un intérprete le ponía siempre de mal humor.

Los tripulantes del bote tenían buen aspecto, llevaban una especie de uniforme con camisas azules y pantalones blancos, y en la cámara, a punto de encaramarse a la borda, iba un oficial de uniforme con alamares en el pecho, al estilo húsar. Subió torpemente a la borda y miró en torno, saludando a la muralla de entorchados que le aguardaba. Luego sacó una carta, que ofreció junto con una explicación en ruso.

—De su majestad imperial el zar —tradujo Braun con la voz sobrecogida.

Hornblower cogió la carta. Estaba encabezada en francés:

M. le chef d'escadre le capitaine *sir* Hornblower, vaisseau britannique *Noonsuch*.

Por lo visto, el secretario del zar, aunque fuese competente en otros aspectos, no ponía mucha atención en cuanto a los títulos y la ortografía inglesa. La carta estaba redactada también en francés; era agradable poderla leer sin auxilio de Braun.

Palacio imperial de Peterhof, gran mariscalía de la corte imperial
30 de mayo de 1812

Señor, me ordena su majestad imperial el emperador de Todas las Rusias que le exprese el placer de su majestad imperial al enterarse de su llegada a aguas rusas. Su majestad imperial y su alteza real el príncipe de Suecia le invitan, además, a comer en este palacio, hoy a las cuatro, acompañado de su Estado Mayor. Su excelencia el ministro de Marina ha puesto a su disposición una chalupa que le conducirá, con su acompañamiento, directamente al muelle, y el oficial portador de esta carta le servirá de guía.

Acepte, señor, la seguridad de mi mayor consideración,

Kotchubey Gran Mariscal de la Corte

—Estoy invitado a comer con el zar y Bernadotte —dijo Hornblower a Bush; le tendió la carta y Bush la ojeó haciéndose el entendido y ladeando la cabeza, como si supiera leer francés.

—Supongo que irá, ¿no, señor?

—Sí.

No sería en verdad muy hábil comenzar su primer encuentro con las autoridades rusas y suecas rehusando una orden imperial y real.

Hornblower miró de pronto a su alrededor y se dio cuenta de que la mitad de los oficiales del buque estaban pendientes de sus palabras. Aquella pública discusión de sus asuntos no era nada digna, y rebajaba mucho la pompa y el misterio que deben

rodear a un comodoro. Se había apartado lamentablemente de sus viejas normas.

—¿No tenéis nada mejor que hacer que estar por aquí curioseando? —tronó, volviéndose hacia ellos—. Puedo encontrar algún calcés hasta para los oficiales antiguos, si es necesario.

Los otros comenzaron a escabullirse espantados, haciendo cada cual lo posible para que sus ojos no se encontraran con los del irritado superior. El resultado era magnífico. Luego advirtió que el húsar tenía otra carta en la mano. La tomó y leyó el sobrescrito.

—Coronel, esta es para usted —dijo, tendiéndola a Wychwood, y luego se volvió hacia Bush—. El zar y Bernadotte se hallan en Peterhof. El palacio está marcado en el mapa, en la costa de Oranienbaum, por aquel lado. Tomará usted el mando en mi ausencia, naturalmente.

El rostro de Bush reflejó una compleja mezcla de emociones. Hornblower notó que se acordaba de otras ocasiones en que le había dejado al mando, para bajar a tierra a encararse con un déspota loco en la costa de Centroamérica, o para emprender una disparatada aventura en la de Francia.

—Sí, señor.

—Tengo que llevar séquito —dijo Hornblower—. ¿A quién cree que le gustaría comer con el zar?

Podía permitirse estar jocosos con Bush, que era de su misma categoría, en rigor, especialmente después de la reciente aserción de su dignidad.

—Necesitaré a Braun, supongo, señor.

—Creo que sí.

La comida con el zar habría de ser una experiencia notable para cualquier oficial joven, algo que le daría tema para narrar durante el resto de su vida. El buen servicio podía recompensarse con una invitación, y, al mismo tiempo, algún futuro almirante podía tener ocasión de aprender mucho.

—Llevaré a Hurst —decidió Hornblower. No había atisbos de almirante en el primer teniente, pero la disciplina pedía que figurase en la partida—. Y al joven Mound, dígaselo, por favor; y a un guardiamarina. ¿Quién me sugiere?

—Somers es el más distinguido, señor.

—¿El gordo? Muy bien, irá conmigo. ¿Le han invitado también a usted, coronel?

—En efecto, señor —contestó Wychwood.

—Tenemos que estar allí a las cuatro. ¿Cuánto tardaremos en llegar?

Miró al húsar, que no le había entendido, y luego volvió la vista buscando a Braun, que había abandonado la cubierta. Esto le puso furioso. Cuando la emprendió contra los curiosos no era su propósito alejar a Braun, naturalmente. Era cosa de Braun, con su afectada actitud humilde, haber tomado literalmente sus palabras. Hornblower ordenó que le avisaran, irritado, y no se le pasó el enojo hasta que le vio aparecer. Pero cuando vino ya de poco podían valer sus servicios, pues, al traducir al húsar su pregunta, el último se contentó con levantar los ojos al cielo y encogerse de

hombros antes de contestar (según la traducción de Braun), que podían tardar dos horas o cuatro. Como era soldado, el húsar no era capaz de calcular lo que se tardaría en la balandra.

—No debemos llegar tarde a una invitación real, maldita sea —exclamó Hornblower—. Saldremos dentro de media hora.

Hornblower acudió puntualmente a la banda del barco, donde halló a los otros esperándole; el joven Somers con los gruesos mofletes encendidos por la opresión de su corbatín, Hurst y Mound incómodos con sus uniformes de gala, y Braun igualmente envarado con el suyo.

—Vamos —dijo Hornblower.

El joven Somers iba delante, de acuerdo con la tradicional regla de que el más joven entra siempre el primero en una chalupa, y Braun le siguió. Levantó el brazo al saltar por la borda, se le subió la ceñida casaca un momento, y el chaleco también. En su cinturón fulguró un instante algo negro. Hornblower le estaba mirando en aquel preciso momento. Debía de ser la culata de una pistola cuyo cañón llevaba metido en la pretina del pantalón, por detrás de la cadera, donde el bulto se podía disimular mejor. Llevaba también espada, naturalmente. Hornblower empezó a preguntarse para qué necesitaría la pistola. Pero Mound y Hurst habían seguido ya al intérprete, y Wychwood saltaba ahora, con su casaca roja y su gorro de piel de oso. El húsar iba después, para que el comodoro saltase el último; pero se retrasaba con inoportuna cortesía, inclinándose y dejando paso a Hornblower.

—Detrás de usted, señor —decía éste inútilmente, pues el otro no le entendía.

Hornblower tuvo que dar resueltamente un golpe con el pie en cubierta para obligar al ignorante oficial a pasar delante, y luego salió entre las agudas notas de los silbatos de los segundos contramaestres y los rígidos saludos de los oficiales del buque. Cayó en la cámara del bote, estorbado por el capote. Había una cabina a proa, donde se unió a Wychwood y a Hurst. Mound y los oficiales de mar, con el húsar, se quedaron discretamente a popa. El timonel dio a voz en cuello una orden extraña y la embarcación desatracó, se izó la vela al tercio y pusieron proa a la costa de Oranienbaum.

Desde donde estaba sentado, Hornblower podía ver a Braun muy erguido en la cámara. Aquel asunto de la pistola era bastante curioso. Probablemente tenía miedo de que le atacaran y apresaran en tierra como rebelde, y quería contar con medios de defensa. Pero ni los rusos se atreverían a poner las manos en un oficial inglés que iba de uniforme. Había visto una culata de pistola, negra además. Hornblower se revolvió de pronto inquieto en su banco, estiró las piernas y volvió a cruzarlas. Era una de las pistolas que Bárbara le había regalado la que había visto asomando la culata por encima de la pretina de Braun. Recordaba demasiado bien la forma de la culata de ébano para equivocarse.

La presencia de un ladrón a bordo de un buque siempre resulta inquietante y perturbadora. El hurto es muy fácil, y la sospecha puede diluirse entre muchos,

aunque no en esta ocasión. De todos modos, sería un asunto desagradable acusar a Braun del delito y castigarle. Una pistola rayada de fabricación inglesa, con pistones (seguramente la primera de ese tipo que se veía en Rusia) alcanzaría un fabuloso precio en la corte rusa. Braun podía contar razonablemente con que le diesen por ella doscientas o trescientas guineas. Y, sin embargo, a pesar de toda su predisposición contra él, no se decidía a creer a Braun capaz de una ratería.

El timonel vociferó otra vez y la pinaza cambió de bordada; la vela al tercio de la que iba provista tuvo que ser recogida y vuelta a montar al virar por avante, y Hornblower contempló la maniobra con interés profesional. Los marineros rusos eran despiertos y hábiles, pero eso era de esperar de la tripulación de una pinaza especialmente destinada al servicio del Almirantazgo ruso. La *Nonsuch* quedaba ya lejos a popa y se había perdido de vista. Surgió una boya muy cerca, por la banda, y quedó rápidamente a popa, como demostración de la velocidad con que la pinaza surcaba las aguas.

—Vamos proa al sudoeste ahora, señor —comentó Hurst—. Estamos fuera del canalizo.

Saltó afuera de la cabina y miró hacia proa.

—Tierra ahí enfrente, señor —informó—, pero no veo ningún palacio.

—No sé nada de Peterhof —observó Wychwood—. Estuve en Tzarskoe Selo y en el antiguo palacio de invierno, como subalterno, con el estado mayor de Wilson, antes de Tilsit. El Peterhof es uno de los palacios menores; supongo que lo eligieron para esta entrevista a fin que Bernadotte pudiese llegar a él directamente por mar.

Era completamente fútil discutir cuál sería el resultado de la entrevista de aquella tarde, y sin embargo la tentación se imponía, abrumadora. Pasaron los minutos hasta que el timonel berreó una nueva orden. La vela al tercio fue abatida, y los pilotos de un desembarcadero se dejaron ver al costado de la pinaza cuando ésta viró de bordo. Se arrojaron cabos, y la embarcación atracó al lado de una ancha escala que se hundía en el agua desde lo alto del espolón. Esta vez, la cortesía del oficial ruso no estaba fuera de lugar. Primero en salir y último en entrar, por orden de antigüedad, era la etiqueta de la Armada. Hornblower se agachó y salió de la pequeña cabina, puso el pie en la escala y comenzó a subir, comprobando a toda prisa que llevaba el sombrero apuntado bien derecho y el sable en su sitio. Cuando llegó al espolón, alguien gritó una orden; había una guardia de veinte soldados formada allí, granaderos con gorros de piel y casacas azules. Cruzaron el brazo izquierdo sobre el pecho al presentar armas, de un modo que le pareció extraño a un hombre acostumbrado a recibir el saludo de las tropas de la marina real. Pero los uniformes y las actitudes le parecieron extrañamente familiares. Hornblower cayó en la cuenta de que le recordaban a los soldados de madera con los que jugaba el pequeño Richard, una caja de soldados alemanes que le regaló un diplomático amigo de Bárbara burlando el bloqueo continental. Desde luego, el ejército ruso estaba organizado conforme al modelo alemán, y Pedro III había introducido uniformes alemanes. Hornblower devolvió muy

erguido el saludo oficial de la guardia y permaneció en actitud de firmes el tiempo suficiente para que le alcanzara el resto de la partida. El húsar habló rápidamente en ruso a Braun.

—Hay coches esperándonos, señor —tradujo Braun.

Hornblower podía verlos al final del espolón; dos grandes landós descubiertos, con arrogantes caballos. En el pescante iban cocheros con coleta y peluca, vestidos de casaca roja; no el escarlata del ejército británico ni de las libreas de la Casa real, sino un rojo más suave, color fresa. Unos lacayos igualmente uniformados esperaban delante de los caballos y junto a las portezuelas.

—Los oficiales superiores van en el primer coche —explicó Braun.

Hornblower saltó al interior, seguido de Wychwood y Hurst; con una sonrisa de disculpa, el húsar subió detrás, sentándose de espaldas al tiro. Se cerró la portezuela. Un lacayo trepó al lado del cochero, otro se acomodó detrás, y los caballos partieron a toda prisa. La carretera serpenteaba a través de un vasto parque, donde alternaban manchas de césped y arboledas. De trecho en trecho, algunas fuentes arrojaban altos surtidores y náyades de mármol se exhibían en posturas diversas junto a pilones del mismo material. A veces, un recodo del camino descubría paisajes magníficos por encima de las terrazas de césped. Había grandes escalinatas de mármol y primorosos pabellones, también de mármol. Pero a cada recodo, junto a cada fuente y cada pabellón, había también centinelas que presentaban armas rígidamente al pasar veloces los carruajes.

—Todos los zares, durante las tres últimas generaciones, han muerto asesinados —observó Wychwood—. Sólo las mujeres mueren en su lecho. Alejandro toma precauciones.

El coche dio otra vuelta muy cerrada y salió a una amplia plaza pavimentada con grava. Por el lado más amplio, Hornblower tuvo tiempo justo para ver el palacio, edificio de un vago estilo rococó, construido de piedra rosada y gris, con una cúpula en cada extremo, antes de que el coche se detuviera a la entrada, saludado por otra guardia, y un empolvado lacayo abriese las portezuelas. Con unas corteses palabras en ruso, el húsar condujo al grupo por una escalera de peldaños de mármol rosado y les introdujo en una antecámara de elevada techumbre. Un enjambre de criados se adelantó a recoger los capotes; Hornblower se acordó de ponerse el sombrero apuntado bajo el brazo y los demás siguieron su ejemplo. Las dobles puertas del fondo se abrieron, y les recibió un solemne funcionario cuya casaca era del mismo rojo imperial, como podía apreciarse por debajo de los entorchados. Iba empolvado, y en la mano llevaba un bastoncillo de ébano con la contera de oro.

—Kotchubey —dijo, hablando en un francés bastante correcto—, gran mariscal de palacio. ¿Comodoro Hornblower? ¿Lord Wychwood?

Se inclinaron ante él, y Hornblower presentó a su escolta; vio cómo el gran mariscal pasaba minuciosa revista a sus uniformes, para cerciorarse de que nada indigno de la corte del zar penetrara en el interior del palacio. Luego se volvió a

Hornblower y a Wychwood.

—Su excelencia el ministro de Marina se sentirá honrado si el comodoro Hornblower le concede tiempo para una breve entrevista.

—Estoy a las órdenes de su excelencia —dijo Hornblower—, pero vine aquí por orden de su majestad imperial.

—Es muy justa su observación, señor. Tendrá tiempo antes de que su majestad se presente. Y su excelencia, el ministro de Asuntos Exteriores, se vería muy complacido si lord Wychwood le concediera su atención asimismo durante unos minutos.

—Estoy a las órdenes de su excelencia —dijo Wychwood. Para un hombre de su experiencia, hablaba un francés muy deficiente.

—Gracias —dijo Kotchubey.

Se volvió y acudieron otros tres oficiales de la Corte a un gesto suyo. Llevaban menos dorados que Kotchubey, y, por las llaves de oro bordadas en sus solapas, Hornblower dedujo que eran chambelanes. Hubo nuevas presentaciones y nuevas reverencias.

—Ahora, si tiene la bondad de acompañarme, señor... —invitó Kotchubey a Hornblower.

Dos chambelanes se encargaron de los oficiales jóvenes, otro se llevó a Wychwood, y el mismo Kotchubey a Hornblower. Éste dirigió una última mirada a su grupo. Hasta el impasible Hurst y el despreocupado Mound llevaban pintada en sus semblantes una expresión de susto al verse así abandonados por su capitán en un palacio imperial. Hornblower se acordó de los niños a quienes sus padres dejan en poder de una niñera desconocida. Pero la expresión de Braun era distinta. Sus ojos verdes relampagueaban de excitación, y había en sus facciones una tirantez extraña, mientras miraba a su alrededor como quien se dispone a realizar una acción decisiva. Hornblower sintió que le invadía una oleada de recelo. Con la novedad de poner el pie en Rusia había olvidado a Braun, la pistola robada y todo cuanto con él se relacionaba. Tenía que reflexionar, y ahora Kotchubey se lo llevaba a toda prisa, sin dejarle un solo minuto. Atravesaron una estancia magnífica (Hornblower se daba cuenta sólo entonces de su mobiliario, sus cuadros y sus esculturas), y franquearon unas dobles puertas que abrieron para ellos unos lacayos, de los que parecía haber centenares. El corredor era ancho y de alto techo, más parecido a una galería de pinacoteca que a un pasillo, pero Kotchubey sólo siguió por él unas cuantas varas. De repente se detuvo ante una puerta de la cual se destacaron dos lacayos más, solícitos. La puerta se abrió, y se hallaron al pie de una empinada escalera de caracol. A media altura se hallaba otra puerta, guardada por cuatro fornidos soldados con uniformes de color rosado, botas altas y pantalones bombachos, en quienes Hornblower reconoció a los primeros cosacos de carne y hueso que veían sus ojos. Casi ocupaban todo el hueco de la estrecha escalera al retroceder contra la pared para dejar paso. Hornblower se vio obligado a empujarlos para subir. Kotchubey llamó con suavidad

en la puerta, que se abrió al instante, e introdujo tras él a Hornblower, con ademanes de conspirador.

—*Sir* Hornblower —anunció, una vez cerrada la puerta. El hombretón, con un uniforme que recordaba al de la Armada, adornado con charreteras y una fila de cruces que le cruzaba el pecho, debía de ser el ministro de Marina. Se adelantó cordialmente, hablando en correcto francés y excusándose brevemente por no hablar inglés. Pero en el rincón más lejano de la estancia había otra figura, alta y esbelta, con un hermoso uniforme azul pálido. Era un hombre extraordinariamente guapo, pero como si viniese de otro mundo. La palidez marfileña de sus mejillas, acentuada por breves patillas negras, era más sobrenatural que enfermiza. No hizo el menor movimiento, sentado muy erguido en el oscuro rincón, con las puntas de los dedos sobre una mesa baja que tenía delante, y ninguno de los dignatarios rusos hizo ademán de estar enterado de su presencia. Pero Hornblower sabía que era el zar. Pensando con rapidez, reconoció que si los propios funcionarios del zar aparentaba ignorar su presencia, él no debía ser menos. Dirigió la vista al ministro de Marina.

—Espero que goce usted de buena salud —le dijo éste.

—Gracias —respondió Hornblower—. Estoy perfectamente.

—¿Y su escuadra?

—También se encuentra en magnífico estado, excelencia.

—¿No necesita nada?

Hornblower tuvo que pensar deprisa. Por una parte deseaba parecer completamente independiente, y por otra le roía la certidumbre de que el agua iba escaseando. Todo oficial con mando, ya de buque, ya de escuadra, lleva siempre en la mente la necesidad vital y perentoria de renovar el agua potable de a bordo. Y un ministro de Marina, aunque fuera ruso, tenía que saberlo.

—Leña y agua, como siempre —respondió Hornblower—, serían muy bien recibidas.

—Me enteraré de si conviene enviar una lancha cisterna a su escuadra mañana por la mañana.

—Se lo agradezco, excelencia —dijo Hornblower, preguntándose qué le pedirían a cambio.

—¿Se han informado —preguntó el ministro, cambiando el tema de conversación tan a las claras que Hornblower hubo de atribuir su nerviosismo a la presencia de su soberano— de que Bonaparte ha ocupado la Pomerania sueca?

—Sí, excelencia.

—¿Y qué opina de semejante paso?

Hornblower demoró su respuesta mientras ordenaba sus ideas y les daba forma en francés.

—Bonapartismo típico —sentenció—. Tolera la neutralidad por parte de las naciones débiles mientras ello le reporta beneficios. En cuanto encuentra inconvenientes, envía traidoramente su ejército ante él, y a la zaga del ejército

marchan todas las plagas del bonapartismo: el terror, el hambre, la miseria. La cárcel, las bandas de incendiarios y la policía secreta. Los banqueros y los comerciantes son despojados de todos sus bienes. Los hombres quedan sujetos al servicio de las armas imperiales, y las mujeres... todo el mundo sabe lo que ocurre a las mujeres.

—¿Pero no cree que su objeto sea únicamente el pillaje?

—No, excelencia, aunque el pillaje es siempre útil para el peculiar sistema financiero de Bonaparte. Invadió la Pomerania tan pronto se demostró que su utilidad como base neutral para sus corsarios había cesado al presentarse mi escuadra.

La inspiración iluminó a Hornblower en aquel momento; su expresión debió de cambiar, pues al verle titubear, el ministro le preguntó con evidente interés:

—¿Iba a decir, señor...?

—Bonaparte domina todo el Báltico hasta la frontera de los territorios de su majestad imperial. Esto sería muy conveniente para él en un caso particular, excelencia: en el de decidir lanzarse a un ataque contra Rusia. —Hornblower pronunció estas palabras con la máxima elocuencia de que era capaz, y el ministro asintió. Pero el comodoro no se atrevió, por mucho que lo deseaba, a desviar una ojeada en dirección al zar para ver el efecto que le producían sus palabras.

—Bonaparte nunca se sentiría tranquilo respecto a sus comunicaciones mientras Pomerania fuera sueca y una escuadra británica navegara por el Báltico. Sería una base demasiado buena para atacarle por la retaguardia, aprovechando mi escuadra. Ahora ha eliminado el peligro; ya puede avanzar con su ejército sobre San Petersburgo, si quiere atacar a Rusia, sin miedo de verse detenido. Es una amenaza más a los dominios de su majestad imperial.

—¿Y considera serias tales amenazas para Rusia, señor?

—Las amenazas de Bonaparte siempre son serias. Usted ya conoce sus métodos, excelencia. Una petición de concesiones; y cuando las consigue, nuevas exigencias, cada vez más debilitantes, hasta que el objeto de sus atenciones es demasiado endeble para seguir ofreciendo resistencia, o al menos está tan debilitado que toda oposición armada le sería fatal. No descansará hasta lograr todo lo que pretende; y lo que pretende es ni más ni menos que el señorío del mundo, hasta tener por tributarias a todas las naciones.

—*Monsieur* es muy elocuente.

—Soy elocuente porque hablo con el corazón, excelencia. Durante diecinueve años, desde mi adolescencia, he servido a mi país contra el monstruoso poder que ensombrece a Europa.

—¿Y con qué objeto ha luchado su país?

—Mi país es libre aún. En la historia del mundo eso significa mucho, y ahora todavía más. Inglaterra devuelve los golpes. Portugal y Sicilia son libres también, gracias a Inglaterra. Sus ejércitos se internan en España en este mismo momento que os hablo, excelencia. Pronto Bonaparte estará defendiendo las fronteras mismas de ese imperio del que tanto se vanagloria por el sur. Hemos hallado el punto débil en

tan vasta estructura; estamos insistiendo en él, hasta sus cimientos, y pronto se derrumbará sobre ellos todo ese edificio tan artificialmente construido.

La pequeña estancia debía de estar muy caldeada: Hornblower notó que sudaba dentro de su pesado uniforme.

—¿Y aquí, en el Báltico?

—También ha penetrado aquí Inglaterra. Ni un solo barco de Napoleón podrá moverse desde ahora sin mi permiso. Inglaterra está dispuesta a ayudar. Está preparada para proporcionar dinero y armas a toda potencia que quiera resistirse al tirano. Bonaparte está rodeado por el sur, el oeste y el norte. Sólo le queda el este. Ahí es donde se propone golpear, y ahí es donde debe encontrar resistencia.

Aquellas palabras se dirigían en realidad al gallardo y pálido joven sentado en el oscuro rincón del cuarto. El ministro de Marina tenía en la escena de la política internacional una apuesta mucho menor que su soberano. Otros reyes en guerra arriesgaban una provincia o dos, su dignidad o su fama; pero el zar de Rusia, el más poderoso y autocrático de todos, arriesgaba su vida, y no podía negarse. Una palabra del zar podía enviar a un hombre a Siberia; otra, movilizar a medio millón de hombres para la guerra. Pero un solo error le costaría al zar la vida. Una derrota militar, una momentánea pérdida de ascendencia sobre sus cortesanos o sus guardias, y el zar estaría condenado primero al destronamiento y luego al inevitable asesinato. Esa había sido la suerte de su padre y de su abuelo. Si luchaba sin fortuna, o no luchaba y perdía su prestigio, tendría un corbatín de seda alrededor del cuello, o una docena de espadas entre las costillas.

Un reloj de similor que había en una repisa emitió unas notas argentinas.

—La hora, excelencia —dijo Hornblower. Estaba trémulo de excitación, que hervía en su interior. Se sentía débil y vacío.

—La hora, en efecto —repuso el ministro. Se advertía que luchaba desesperadamente por no volver la vista al zar—. Tal como indica el reloj y sintiéndolo en el alma, sus campanadas me recuerdan que, si os entretengo más, llegará tarde a la recepción imperial.

—Ciertamente, no debo retrasarme —dijo Hornblower.

—He de darle las gracias por la claridad con la que ha expuesto usted su criterio, capitán. Tendré el placer de verle en la recepción. Su excelencia el gran mariscal le enseñará el camino hasta el salón Tauride.

Hornblower se inclinó, conteniéndose aún para no mirar hacia el zar; pero se las arregló para abandonar la estancia sin volverle la espalda ni hacer demasiado notoria su precaución. Se abrieron paso apretando a los cosacos contra la pared, y bajaron al piso inferior.

—Por aquí, señor, tenga la bondad.

CAPÍTULO XII



Unos lacayos abrieron otras grandes puertas y entraron en una amplia estancia cuya alta techumbre estaba rematada por una cúpula muy por encima de sus cabezas. Las paredes eran todas de mármol y oro, y agrupada en el vestíbulo había una multitud, los hombres con uniformes de todos los colores del arco iris, y las mujeres con vestidos de corte, plumas y colas. Las condecoraciones y las joyas reflejaban la luz de innumerables bujías.

Un grupo de hombres y mujeres, riendo y bromeando en francés, abrió sus filas para dar cobijo a Hornblower y al gran mariscal.

—Tengo el honor de presentar... —comenzó el último. Fue una presentación larga; la condesa de Esto, la baronesa de Aquello, la duquesa de lo Otro, hermosas damas, algunas de mirada atrevida y lánguidas otras. Hornblower se inclinó una y otra vez, sintiendo el golpeteo de la cruz de Bath en el pecho al incorporarse después de cada reverencia.

—Será el caballero de la condesa Canerine en la mesa, capitán —informó el gran mariscal, y Hornblower se inclinó de nuevo.

—Encantado —dijo.

La condesa era la más atrevida y hermosa de todas. Bajo los arcos de sus cejas, los ojos negros brillaban y las pupilas relucían como ascuas. Su rostro era un óvalo perfecto; su tez, como pétalos de rosa, y su magnífico pecho sobresalía blanco como la nieve del escote pronunciado de su vestido de corte.

—Como extranjero distinguido —prosiguió el gran mariscal—, tendrá precedencia a continuación de los embajadores y ministros. Delante de usted irá el embajador persa, su excelencia Corza Kan.

El gran mariscal señaló a un individuo con turbante y diamantes; era una suerte que fuese la persona más fácil de reconocer entre todas, ya que Hornblower tenía que seguirle. Todos los demás del grupo miraban con creciente curiosidad a aquel capitán inglés a quien se concedía tal distinción. La condesa le miró con ojos dilatados de admiración, pero el gran mariscal interrumpió el cambio de miradas continuando las presentaciones. Los caballeros devolvieron a Hornblower sus saludos.

—Su majestad imperial —explicó el gran mariscal, cortando el silencio que siguió a las presentaciones— llevará el uniforme de los guardias de Simonouski.

Hornblower divisó a Wychwood al otro lado de la sala, con el gorro de piel bajo el brazo y Basse a su lado, en el momento en que era presentado a otro grupo. Cambiaron miradas de aprobación y Hornblower se reintegró un tanto distraído a la conversación del suyo. La condesa le hacía preguntas acerca de su barco, y él trató de explicarle algo de la *Nonsuch*. En las puertas distantes se veía una doble hilera de soldados, hombres jóvenes de gran estatura, con corazas que relucían como la plata

(probablemente serían de plata), y cascos plateados con plumas blancas ondeantes.

—La Guardia de Caballeros —explicó la condesa—, todos son jóvenes de noble cuna.

Miró hacia ellos con aire de complacencia. Fueron formando junto a las paredes, a intervalos de dos o tres varas, quedando cada uno de ellos como una estatua de plata tan pronto como llegaba a su puesto. Los grupos iban apartándose poco a poco del centro de la habitación, dejándolo libre. Hornblower se preguntaba dónde estarían los oficiales. Miró en torno y advirtió que había otro grupo de individuos uniformados en la galería que a la altura de un piso circundaba la cúpula en sus tres cuartas partes. Allí sería donde las personas de menos categoría podrían contemplar a los de rango superior en sus evoluciones. Vio a Hurst y a Mound apoyados en la balaustrada. Detrás de ellos asomaba el joven Somers, con su sombrero de baja copa en la mano, hablando con muchas gesticulaciones a un trío de preciosas jovencitas, que se cogían levemente unas a otras mientras reían. Sabe Dios qué legua trataba Somers de hablar, pero desde luego conseguía hacerse simpático.

Hornblower estaba preocupado por Braun, pero con la fuerza de su reacción después de su discurso, y el parloteo y el esplendor que le rodeaba, sin contar con las incendiarias miradas de la condesa, era difícil reflexionar. Hornblower tuvo que esforzarse para no olvidar aquel tema. La pistola que Braun llevaba oculta en la pretina, la furiosa intensidad de su expresión, y aquella galería alta... Si le dejaban tan sólo un momento tranquilo, llegaría a resolver aquel rompecabezas.

—El príncipe de Suecia se presentará con su majestad imperial —le estaba diciendo la condesa.

¡El príncipe de Suecia! Bernadotte, el iniciador de una nueva dinastía, el suplantador de Gustavo, por quien Braun había arriesgado vida y fortuna. Alejandro había conquistado Finlandia; Bernadotte se la había entregado. Los dos hombres a quienes Braun tenía más motivos para odiar en el mundo entero eran probablemente Alejandro y Bernadotte. Y Braun iba armado con una pistola de dos cañones, una pistola rayada, con cápsulas de percusión que no fallaban nunca y que acertaban a cincuenta varas. Hornblower recorrió la galería con la vista. Allí estaba, en el otro extremo, discretamente en pie entre dos columnas. Había que hacer algo en el acto. El gran mariscal hablaba con una pareja de cortesanos, y Hornblower se volvió hacia él, abandonando a la condesa e interrumpiendo bruscamente la conversación, con la única excusa que se le pudo ocurrir.

—Imposible —dijo el gran mariscal, mirando el reloj—. Su majestad imperial y su alteza real estarán aquí dentro de tres minutos y medio.

—Lo siento —se disculpó Hornblower—. Lo lamento muchísimo, pero debo... es absolutamente necesario, es urgente...

Hornblower casi brincaba de ansiedad, y con ese ademán reforzaba el motivo ya expuesto. El gran mariscal sopesó la relativa inconveniencia de interrumpir una ceremonia de corte y ofender a alguien que, como demostraba la entrevista de hacía

poco, era escuchado por el zar.

—Salga por aquella puerta entonces, señor —dijo al fin con desgana, señalando con el dedo—, y tenga la bondad de regresar sin llamar la atención.

Hornblower se escurrió rápidamente, con la mayor discreción que pudo, entre los grupos que obstruían la puerta. Una vez fuera, miró en torno suyo con angustia. La amplia escalera a la izquierda debía de conducir a la galería. Sujetó la vaina de su sable para que no le molestase, y subió los escalones de dos en dos; un par de lacayos que se cruzaron con él apenas le dedicaron una ojeada. La galería estaba atestada, aunque los vestidos no eran tan bonitos ni tan brillantes los uniformes. Hornblower corrió hacia el lugar donde había visto a Braun; andaba a grandes zancadas, haciendo lo posible por aparentar que paseaba. Mound captó su mirada. Hornblower no podía perder el tiempo en decir nada, ni se atrevía a hacerlo, pero puso en la mirada toda la intención que pudo, esperando que Mound le siguiera. Abajo oyó el ruido de puertas que se abrían y el murmullo de las conversaciones cesó de pronto. Lina voz ruda y potente anunció: *L'empéreur! L'impératrice! Le prince royal de Suède!*

Braun estaba allí, entre las dos columnas, mirando hacia abajo, con la mano en el pecho, sacando la pistola. Sólo había un modo de detenerle sin llamar la atención. Hornblower desenvainó la espada (aquella espada de cien guineas, con empuñadura de oro, que le regaló la Fundación Patriótica, y que tenía un filo como una navaja de afeitar), y golpeó con ella la muñeca de la mano que empuñaba la pistola. Con los tendones cortados, los dedos se abrieron y la pistola cayó pesadamente en el suelo alfombrado, mientras Braun se volvía abriendo con sorpresa la boca, y mirando primero la sangre que brotaba de la herida y luego a Hornblower. Éste le apoyó la punta de su arma en el pecho; podía atravesarlo y matarlo en el acto, y sus facciones debían de mostrar que estaba decidido a hacerlo si era preciso, pues Braun no hizo el menor movimiento ni emitió sonido alguno. Alguien miró por encima del hombro de Hornblower. Afortunadamente, era Mound.

—Vigílele —murmuró Hornblower—, véndele la muñeca, y lléveselo de aquí como sea.

Miró por encima de la barandilla. Un pequeño grupo de personas reales avanzaba a través de las grandes puertas de enfrente, en el piso de abajo: Alejandro, con uniforme azul pálido; un hombre alto, moreno, de considerable nariz, que debía de ser Bernadotte; varias damas, dos con corona, tal vez la emperatriz y la emperatriz madre, y el resto con plumas. Braun podía haber disparado contra ellos a su gusto. Alrededor, en todo el recinto, la corte estaba rindiendo acatamiento, los caballeros inclinándose y las damas haciendo una reverencia. Cuando Hornblower miró, todos se incorporaban, ondeando las plumas y los uniformes como una oleada de flores. Hornblower apartó la vista de aquel espectáculo, envainó la espada, recogió del suelo la pistola y se la guardó en la pretina. Mound, reemplazando su despreocupación habitual con rápidos movimientos felinos, rodeaba con sus brazos a Braun, que se apoyaba sobre él. Hornblower sacó el pañuelo y se lo puso en la mano a Mound, pero

no había tiempo para más. Dio la vuelta y se apresuró a regresar, siguiendo la galería. Los cortesanos de menor categoría reunidos allí acababan de incorporarse después de sus reverencias, y comenzaban a mirar de nuevo en torno y a reanudar las conversaciones. Había sido una suerte que en el momento crítico toda la atención estuviese concentrada exclusivamente en la comitiva regia. Hurst y Somers se disponían a platicar de nuevo con su damas, cuando Hornblower les hizo señas con la vista.

—Reúnanse con Mound —dijo—. Necesita su ayuda.

Luego bajó de prisa la escalera, encontró la puerta del salón de audiencia y pasó por delante del lacayo apostado allí. Una mirada le indicó dónde estaba el grupo que había dejado, y, dirigiéndose hacia allí, volvió a ocupar su sitio al lado de la condesa. La comitiva regia estaba dando la vuelta al salón, haciendo las convencionales observaciones de costumbre a personalidades distinguidas, y a los pocos minutos llegaron adonde se encontraba Hornblower. El gran mariscal le presentó, y Hornblower, mareado por efecto de su reciente excitación y sintiéndose como presa de una pesadilla, se inclinó ante cada testa coronada y ante Bernadotte.

—Celebro conocer al comodoro Hornblower —dijo Alejandro amablemente—. Todos hemos oído hablar de sus proezas.

—Vuestra majestad es demasiado bondadoso —balbuceó Hornblower.

El grupo de personas reales siguió adelante, Hornblower se volvió y encontró de nuevo fijos en él los ojos de la condesa. El hecho de que el zar le hubiese dirigido personalmente unas palabras había confirmado, por lo visto, sus sospechas de que se trataba de un hombre de gran influencia, y en su mirada se traslucía la admiración.

—¿Estará largo tiempo en Rusia? —inquirió.

Era muy difícil, durante aquel período de intensa reacción, mantener fija su atención en nada. Lo único que deseaba era sentarse y reposar tranquilamente. Hizo un esfuerzo por encontrar una respuesta cortés, y cuando los hombres del grupo comenzaron a asaltarle con preguntas sobre la Armada británica y sobre asuntos marítimos en general, trató de contestar sensatamente, pero se trataba de una empresa desesperada.

Entraban unos lacayos con largas mesas de bufet, cubiertas de oro y plata. Hornblower se impuso la tarea de fijarse bien para no cometer ninguna falta de etiqueta. A un lado, las personas reales habían tomado asiento, las emperatrices y el zar en sillones, y los príncipes y las princesas en sillas de alto respaldo, y todos tenían el constante cuidado de mirar en aquella dirección para no cometer el odioso crimen de presentar a la realeza una espalda humana. Algunos habían comenzado a tomar viandas de las mesas, y por más que lo procuró, Hornblower no acertó a descubrir el menor signo de atención a la precedencia. Allí estaba el embajador persa masticando algo que había cogido de una bandeja de oro, de modo que se arriesgó a moverse en aquella dirección. De todos modos, aquella era la comida más curiosa a la que jamás había asistido, todo el mundo de pie, salvo los personajes reales; y éstos, por lo que

pudo ver, no comían nada.

—¿Puedo ofrecerle el brazo, condesa? —ofreció, cuando el grupo comenzó a derivar hacia una de las mesas.

Los cortesanos, a fuerza de larga práctica, habían llegado a dominar el arte de comer de pie y con el sombrero bajo el brazo, pero no era fácil. La espada, al balancearse, podía atravesársele y hacerle caer, y aquella endiablada pistola que llevaba en la pretina se le iba metiendo de un modo molesto por un costado. Los lacayos que servían el bufé no sabían francés, y la condesa corrió en auxilio de Hornblower.

—Eso es caviar —explicó—, y esto es vodka, la bebida popular, pero creo que encontrará que ambas cosas combinan admirablemente.

La condesa tenía razón. Aquella sustancia gris, de aspecto tan poco apetitoso, era una verdadera delicia. Hornblower sorbió con precaución el vodka, y en su tenso estado apenas advirtió la feroz mordedura del licor, pero no cabía duda de que el vodka y el caviar hacían una maridaje excelente y exquisito. Sintió la ardiente llama del alcohol en su interior, y se dio cuenta de que tenía un hambre atroz. El ambigú estaba lleno de viandas de todas clases, algunas calientes, sobre infiernillos, y otras frías. Bajo la tutela de la condesa, Hornblower se aventuró a picar un poco de todo. Había un plato que parecía de setas estofadas, excelente; filetes de pescado ahumado, una ensalada indefinible, varias clases de queso, huevos cocidos calientes y fríos, una especie de ragú de cerdo. También eran diversos los licores, y Hornblower comió y bebió, sintiéndose cada vez más animado y hablador y más ardientemente agradecido a la condesa. Aquella podía ser una curiosa forma de comer, pero Hornblower pensó que jamás había probado manjares tan deliciosos. La cabeza le empezó a dar vueltas por efecto del licor; conocía aquella señal de peligro desde siempre, y contuvo una carcajada a tiempo para no parecer licencioso. Risas, parloteos y mucha luz; aquella era una de las reuniones más brillantes a las que jamás había concurrido. Le parecía que había sido otra persona quien cortó la muñeca a Braun con una espada hacía una hora. Hornblower volvió a colocar en la mesa su lindo plato de porcelana, entre las fuentes de oro, y se limpió los labios con una servilleta de seda que allí había. Estaba francamente satisfecho, con la agradable sensación de haber comido un poquito de más y bebido lo justo; suponía que no tardaría en servirse el café, y una taza de café era todo cuanto necesitaba para colmar su satisfacción interna.

—He comido muy bien —dijo a la condesa.

Por el rostro de la condesa cruzó una expresión sumamente extraña. Enarcó las cejas, abrió la boca para decir algo, y luego se quedó callada. Estaba sonriente y perpleja, y también divertida a la vez. Iba a hablar de nuevo, pero le interrumpió la solemne apertura de otras puertas, de donde surgieron de veinte a treinta criados, formando una avenida que conducía al salón inmediato. Hornblower se dio cuenta de que la regia comitiva se había levantado de la mesa y se colocaba por orden, y la interrupción súbita de todas las conversaciones le dio a entender que había llegado

algún momento solemne especial. Las parejas se movían por la habitación como buques que se adelantan para entrar en formación. La condesa le puso la mano en el brazo con una ligera presión, como para conducirlo. ¡Por San Jorge, se estaba formando una procesión tras los personajes reales! Allá iba el embajador persa, con una joven sonriente del brazo. Hornblower tuvo apenas el tiempo justo de acudir con su pareja a su lugar en el cortejo, y después de colocarse dos o tres parejas más tras ellos, comenzó a avanzar toda la comitiva, alargándose gradualmente a medida que lo hacía. Hornblower fijó la vista en el embajador persa que le precedía. Pasaron por entre los criados y entraron en la habitación contigua.

La procesión se estaba disolviendo a derecha e izquierda, en parejas alternas, como si se tratara de un baile rural. El embajador persa se dirigió a la izquierda, y Hornblower hubiera ido hacia la derecha de no advertir el ademán del gran mariscal que estaba allí para indicar el camino a todo el que dudase. Era aquella otra estancia imponente, alumbrada por lo que parecían ser cientos de candelabros de cristal tallado que pendían del techo, y a lo largo de ella se extendían una amplia mesa (de varias millas, para la imaginación perturbada de Hornblower), cubierta de vajilla de oro y cristal y profusamente adornada de flores. La mesa tenía forma de T, con la pieza transversal muy pequeña, y las personas reales se habían sentado ya en la cabecera; detrás de cada una de las sillas, a lo largo de la mesa, estaba de pie un criado de blanca peluca. Entonces se le empezó a ocurrir a Hornblower que el banquete estaba a punto de comenzar. Lo que se había servido en el vestíbulo de la cúpula no era más que un aperitivo. Hornblower se reía de sí mismo al comprobar su estúpida falta de comprensión, y a la vez se lamentaba, lleno de desesperación, al pensar que tenía que comer todo un banquete imperial con el estómago ya repleto.

Salvo las reales personas, los hombres estaban de pie junto a sus sillas, y las damas sentadas; al otro lado de la mesa, el embajador persa se inclinaba afable hacia la joven a quien había acompañado, y el penacho de su turbante se agitaba, mientras relucían sus brillantes. Se sentó la última dama, y entonces los caballeros tomaron también asiento a la vez, no con tanta precisión como presentan armas los soldados de marina, pero poco menos. Comenzó inmediatamente un murmullo creciente de conversaciones, y casi en el acto pusieron ante las narices de Hornblower un plato sopero de oro, y le presentaron una sopera de oro llena de una sopa de color rosado para que se sirviera. No pudo evitar mirar hacia la continuación de la mesa: en el mismo momento ofrecían a cada comensal su correspondiente sopa. Al menos debían de haber doscientos criados sirviendo las mesas.

—Ése es *monsieur* de Narbonne, el embajador francés —dijo la condesa, indicando con la mirada a un arrogante joven sentado al otro lado de la mesa, dos lugares más arriba que el embajador persa—. Naturalmente, el gran mariscal no se lo presentó. Y ese otro es el embajador austríaco, y más allá están el ministro de Sajonia, y el de Dinamarca, todos ellos enemigos suyos oficialmente. El embajador español representa a José Bonaparte, no al gobierno español popular que su país

reconoce, y por eso no se lo presentaron tampoco. No creo que haya nadie aquí, salvo nosotros los rusos, a quien pudiera usted ser presentado en conciencia.

En una alta copa ante él había un vino amarillo, fresco y agradable, y Hornblower bebió un sorbo.

—Por lo que hoy he visto —dijo—, los rusos son las personas más encantadoras del mundo, y las mujeres rusas las más bellas y fascinadoras.

La condesa le fulminó con una mirada de sus ojos abrasadores, y Hornblower creyó sentir que la cabeza le daba vueltas. Le arrebataron el plato sopero de oro, reemplazándolo por otro plano, de oro también. Vertieron otro vino en una copa distinta: champán. Hacía burbujas, lo mismo que sus pensamientos, según le parecía en aquel momento. Su criado le habló en ruso, probablemente ofreciéndole algo para elegir, y la condesa arregló el asunto sin consultarle.

—Como ésta es su primera visita a Rusia —explicó— estoy segura de que no habrá probado nunca nuestra trucha del Volga.

Estaba ella sirviéndose una mientras hablaba, de una fuente de oro, y el criado de Hornblower le ponía delante otra fuente igual.

—Una vajilla de oro tiene un aspecto magnífico —dijo la condesa contrariada—, pero todo se queda frío en un instante. Nunca uso la mía en casa, salvo cuando tengo como huésped a su majestad imperial. Como sucede lo mismo en la mayoría de las casas, dudo de que su majestad imperial haya comido jamás nada caliente.

El cuchillo y el tenedor de oro con los que Hornblower diseccionaba su trucha le pesaban en la mano, y arañaban extrañamente el plato de oro.

—Tiene usted buen corazón, *madame* —dijo.

—Sí —dijo la condesa con intención.

Hornblower sintió de nuevo que la cabeza le daba vueltas. El champán, tan frío, tan delicado, parecía perfectamente adecuado para remediar aquello, y bebió con avidez.

A la trucha siguieron un par de avecillas osadas, que se derretían en la boca de puro tiernas; otro vino sucedió al champaña. Y vino luego la caza, y una lonja de asado que parecía cordero, pero que venía en las alas de Pegaso de una salsa de ajo superior a toda especulación humana. En algún lugar del desfile de platos apareció un helado de agua rosada, el tercero o cuarto que Hornblower había saboreado en toda su vida.

«Fruslerías extranjeras», se dijo Hornblower, pero le gustó aquello, y no puso reparo alguno a la repostería foránea. Tal vez se dijo lo de «fruslerías extranjeras» porque así se hubiera expresado Bush de hallarse presente en el banquete. O tal vez fuese porque estaba algo achispado. El persistente autoanálisis de Hornblower le llevó a esta sorprendente conclusión con un sobresalto parecido al de quien tropieza con un poste en la oscuridad. Tenía el deber de no embriagarse mientras representaba a su país, y sería un loco si lo hacía en medio del riesgo personal inminente que le rodeaba. Había traído a un asesino al palacio, y si el hecho se conocía por cualquier

circunstancia, no lo pasaría bien; sobre todo si el zar llegaba a enterarse de que el tal asesino iba armado de una pistola rayada que era de la propiedad del mismo Hornblower. Y se agitó todavía más al pensar que se había olvidado totalmente de sus oficiales subalternos, a quienes había encomendado que cuidasen del asesino herido. No podía ni imaginar qué era lo que habían hecho con él.

La condesa, a su lado, le estaba pisando por debajo de la mesa; y una leve sacudida eléctrica le recorrió el cuerpo, ahuyentando de nuevo su entereza. Le sonrió, beatífico. Ella le devolvió una larga mirada, abatiendo los párpados, y luego se volvió a hacer una advertencia a su vecino del otro lado, que era a la vez una discreta indicación a Hornblower para que atendiese algo a la baronesa, a quien apenas había dirigido la palabra. Hornblower intervino febrilmente en la conversación, y el general con exótico uniforme de dragón sentado al otro lado de la baronesa le hizo una pregunta a propósito del almirante Keats, a quien había conocido en 1807. El criado le estaba ofreciendo otro plato más. Quedaba al descubierto su velluda muñeca, entre el puño y el guante blanco, salpicada de picaduras de pulgas. Hornblower recordó haber leído en uno de los libros que había ojeado acerca de las potencias nórdicas que cuanto más se avanzaba hacia el este eran peores los bichos, y si la pulga polaca era mala, la de Rusia era insufrible. Si resultaba peor que la española, con la que Hornblower había trabado relación, tenía que ser una pulga bien desarrollada.

Debían de ser centenares, quizá millares, los sirvientes en aquel palacio, y Hornblower se podía imaginar cómo estarían de hacinados. Habiendo sostenido una guerra incesante contra los parásitos durante treinta años en barcos atestados de gente, Hornblower sabía bien lo difícil que era exterminarlos. Pero mientras una parte de su mente discutía con el general de dragones los principios de antigüedad y selección en la Armada británica, otra le decía que prefería que no le sirviera un criado acribillado por las pulgas. La conversación languideció, y Hornblower se volvió a la condesa.

—¿Le interesan mucho a *monsieur* las pinturas? —preguntó ella.

—Desde luego —contestó Hornblower, cortés.

—La pinacoteca de este palacio es muy notable. ¿No la ha visto?

—No he tenido aún ese placer.

—Esta tarde, cuando se hayan retirado las personas reales, se las puedo enseñar. A menos que prefiera sentarse a una de las mesas de juego.

—Me gustaría mucho más ver los cuadros —dijo Hornblower. Su risa sonó algo fuerte, aun a sus mismos oídos.

—Entonces, si, después de que se hayan ido los soberanos, se acerca a la puerta del fondo, le enseñaré el camino.

—Con gran placer, *madame*.

Estaban brindando en la cabecera de la mesa. En el primer brindis, todos se pusieron en pie, mientras bebían a la salud del príncipe de Suecia, y, después de aquello, la conversación quedó interrumpida por otros brindis, anunciados por un

gigantesco oficial de voz imponente («Estentor con figura de Hércules»), se dijo Hornblower, complacido por la evocación clásica), que estaba de pie tras el sillón del emperador. Entre los brindis sonó la música; no música de orquesta, sino música vocal de un coro de hombres sin acompañamiento, al parecer cientos de voces, cuya sonoridad llenaba el vasto local. Hornblower escuchaba con la irritación leve pero creciente de los sordos a la música. Se sintió aliviado cuando acabó el coro y todo el mundo se levantó, mientras las regias personas se retiraban por una puerta inmediata a la cabecera de la mesa. Apenas habían desaparecido cuando las damas salieron también, conducidas a través de la otra puerta por *madame* Kotchubey.

—*A bientôt* —sonrió la condesa, al separarse de él.

Los hombres comenzaron a reunirse en grupos a lo largo de la mesa, mientras los criados acudían con café y licores; Wychwood, con su gorro de piel siempre bajo el brazo, fue a reunirse con Hornblower. Tenía la cara más roja que nunca, y los ojos más saltones que nunca, si ello era posible.

—Los suecos lucharán, si Rusia quiere —dijo Wychwood entre dientes—. Me lo ha dicho Basse, que estuvo con Bernadotte todo el día.

Luego siguió adelante, y Hornblower le oyó practicar su curioso francés entre un grupo de uniformes, algo más arriba de la mesa. En la estancia hacía un calor insoportable, tal vez a causa de la infinidad de velas encendidas. Algunos de los hombres comenzaban a desfilar por la puerta por donde las damas les habían precedido. Hornblower se tomó el café y se levantó, trasladando una vez más el sombrero de las rodillas al costado, debajo del brazo. La sala en la que entró debía de ser la pareja de aquella en que se había celebrado la recepción imperial, pues tenía también cúpula y era de proporciones similares; Hornblower recordó las dos cúpulas que había visto cuando el carruaje se acercaba al palacio. Esparcidas por la estancia había sillas, sofás y mesas, y alrededor de una de éstas jugaban a los naipes varias viudas nobles, y una pareja de bastante edad se distraía con una partida de *backgammon*. Al fondo divisó en el acto a la condesa, sentada en un sofá, con la cola extendida a su lado y la taza de café y el platillo en las manos, charlando con otra dama; todos sus ademanes proclamaban una inocencia juvenil.

Por el número de los allí reunidos parecía claro que aquél era el sitio donde se reunía toda la corte. Al parecer, los cientos de personas que habían presenciado la recepción real desde la galería estaban autorizadas a bajar y reunirse con sus superiores después de un banquete menos sofisticado. El joven Mound se acercó a él presuroso, y su figura esbelta y ágil le recordó la de un potro crecido.

—Lo tenemos en una habitación apartada del piso alto, señor —informó—. Se desvaneció por la pérdida de sangre; tuvimos que aplicarle un torniquete en el brazo para contener la hemorragia. Luego le vendamos con la mitad de la camisa de Somers, y Somers y el señor Hurst le están vigilando.

—¿Se ha enterado alguien?

—No, señor. Le subimos a la habitación sin que nos vieran. Derramé un vaso de

licor en su casaca, y el olor hará creer a cualquiera que está borracho.

Mound era un hombre competente para las situaciones difíciles, como ya había sospechado Hornblower.

—Muy bien.

—Cuanto antes nos lo llevemos mejor, señor —dijo Mound, con el apocamiento natural en un subalterno que se atreve a hacer sugerencias a su superior.

—Tiene razón —convino Hornblower—, salvo que...

Otra vez tenía que reflexionar deprisa. No sería fácil irse en seguida, terminado ya el banquete. No sería correcto. Además, estaba allí la condesa, probablemente con los ojos puestos en ellos. Si se marchasen ahora, inmediatamente después de conferenciar (y faltando a su cita con ella) sospecharía, y se pondría furiosa creyéndose burlada. No, no se podían ir inmediatamente.

—Tendremos que quedarnos otra hora, por lo menos —dijo—. Las convenciones lo exigen. Vuelva y sigan vigilándole entretanto.

Mound se contuvo justo a tiempo para no llamar la atención pronunciando las palabras «sí, señor» como tenía por costumbre hacía tantos años; otra prueba más de la lucidez de su mente. Asintió con la cabeza y se retiró como si hubieran estado hablando simplemente del tiempo, y Hornblower se encaminó torpemente hacia la condesa.

Ella sonrió al verle cerca.

—Princesa —dijo—, ¿no le ha sido presentado el comodoro Hornblower? La princesa de Stolp.

Hornblower se inclinó; la princesa era una señora de edad, con abundantes vestigios de lo que en tiempos fue seguramente una belleza singular.

—El comodoro —siguió diciendo la condesa— me ha expresado su deseo de ver la galería de pinturas. ¿No tendrá inconveniente en venir con nosotros, princesa?

—No, gracias —dijo la princesa—. Temo estar muy vieja ya para galerías de pintura. Pero id, muchachos, sin mí.

—No quisiera dejarla sola aquí —protestó la condesa.

—Aun a mi edad, puedo alardear de no quedarme sola nunca durante demasiado tiempo, condesa. Dejarme, os lo ruego. Y divertíos, muchachos.

Hornblower se inclinó de nuevo, y la condesa le cogió del brazo. Ambos salieron sin apresurarse; ella le oprimió el brazo, mientras los criados se apartaban para dejarles franco el paso.

—Las pinturas italianas del Cinquecento están en la galería del otro lado —dijo la condesa al internarse en el amplio corredor—. ¿Quiere ver las más modernas primero?

—Como guste, *madame* —dijo Hornblower.

Una vez traspuesta la puerta, fuera de la parte del palacio destinada a las ceremonias, el edificio era como un laberinto de estrechos pasadizos, innumerables escaleras e infinidad de habitaciones. El compartimiento al que ella le condujo estaba

en el primer piso; una criada somnolienta que la esperaba desapareció en el cuarto que había más allá, mientras ellos entraban en la lujosa sala. Y la condesa le invitó a entrar en aquel mismo cuarto cinco minutos después.

CAPÍTULO XIII



Hornblower se revolvió en su litera con un gemido; el esfuerzo trajo de nuevo tormento a su sienes, aunque se movía con precaución. Había sido un necio bebiendo tanto; era la primera vez que tenía un dolor de cabeza semejante en media docena de años. Pero había sido difícil evitarlo, igual que todo lo demás. No sabía qué otra cosa hubiera podido hacer, una vez que los acontecimientos le convirtieron en su presa. Levantó la voz, llamando a Brown, y otra vez le crujió la cabeza al gritar, y su voz sonó como un ronco gruñido. Oyó la voz del centinela a la puerta, dando la consigna, y con infinito esfuerzo se sentó y dejó colgar las piernas fuera de la cama, resuelto a impedir que Brown le encontrara postrado.

—Tráigame un poco de café —dijo al entrar Brown.

—Sí, señor.

Hornblower continuó sentado en el borde de la litera. Por encima de él oyó la voz ronca de Hurst que tronaba a través de la claraboya, al parecer dirigiéndose a un culpable guardiamarina.

—¡Eres un irresponsable! —decía Hurst—. Mira ese latón. ¿Te parece limpio? ¿Dónde tienes los ojos? ¿Qué ha estado haciendo vuestra sección en todo este tiempo? ¡Dios, adonde irá a parar la Marina si se dan diplomas a inútiles que no saben ni sonarse los mocos! ¿Y te llaman oficial del rey? ¡Eres más bien como un día de invierno corto, oscuro y sucio!

Hornblower se bebió el café que le trajo Brown.

—Mis saludos al señor Hurst —gruñó—, y dígame que tenga la bondad de no armar tanto ruido junto a mi claraboya.

—Sí, señor.

La primera satisfacción del día fue oír a Hurst interrumpir su diatriba en el acto. Hornblower tomó un sorbo del café casi hirviendo con cierto grado de satisfacción. No era de extrañar que Hurst estuviese de mal humor. La noche anterior había sido muy dura para él. Hornblower recordaba que él y Mound llevaron al coche que esperaba a la puerta del palacio al inconsciente Braun, apestando a alcohol. Hurst se abstuvo de beber en absoluto, pero, sin duda, el esfuerzo mental de vigilar a un secreto asesino en el palacio del zar había sido demasiado para sus nervios. Hornblower devolvió la taza a Brown, cuando volvió, para que se la llenase de nuevo, y se quitó el camisón mientras esperaba. Al dejarlo en la litera algo llamó su atención: era una pulga, que acababa de saltar de la manga. Lleno de asco se examinó el cuerpo, y se vio el abdomen, redondo y liso, marcado con picaduras de pulga. Aquello ilustraba de forma chocante la diferencia entre un palacio imperial y un buque de línea de su majestad británica. Cuando regresó Brown con su segunda taza de café, Hornblower estaba aún renegando furiosamente contra la suciedad imperial y

la espantosa perspectiva de tener que habérsela con los parásitos, que tanto le molestaban.

—Deje ya esa risita —dijo colérico—, o le mandaré a la parrilla, a ver si allí se sigue riendo.

Brown no se reía; todo lo que se podía decir de la expresión de su cara es que no se reía, en modo alguno. Lo que irritaba a Hornblower era la seguridad de que Brown se regocijaba con el estado de ánimo suficiente y paternal de quien no siente dolor de cabeza, como le sucedía a su superior.

La ducha le devolvió una cierta calma, y después de ponerse ropa limpia, dio orden a Brown de desinfectar la que acababa de quitarse y subió a cubierta, donde la primera persona que vieron sus ojos fue a Wychwood, con los párpados hinchados y, evidentemente, con un dolor de cabeza más fuerte aún que el suyo. Pero el aire frío de la mañana rusa era estimulante y confortador. Las faenas normales de primera hora en el buque, la vista de las filas de hombres frotando la cubierta y el grato chapoteo del agua en el entarimado también ejercían un benéfico influjo.

—Se acerca un buque, señor —informó un guardiamarina al oficial de cuarto.

Era la misma pinaza que los había llevado a tierra el día anterior, y en ella venía un oficial de marina con una carta en francés.

Su Excelencia el ministro de la marina imperial presenta sus respetos al comodoro *sir* Hornblower. Su Excelencia ha dado órdenes para que un barco-cisterna ataque junto a la *Nonsuch* esta mañana a las once.

Un aristócrata distinguido, *monsieur* le Comte du Nord, ha expresado el deseo de ver uno de los buques de Su Majestad Británica, y Su Excelencia se propone abusar de la hospitalidad de *sir* Hornblower y visitar la *Nonsuch* a las diez, en compañía del conde.

Hornblower mostró la carta a Wychwood, quien confirmó sus sospechas.

—Es cosa de Alejandro —dijo—. Usaba el título de conde del Norte cuando viajaba por el continente como zarevich. Vendrá de incógnito, de modo que no hay que dispensarle honores reales.

—Sí —replicó Hornblower secamente, un poco molesto de que aquel soldado le diera consejos sin haberlos solicitado—. Pero un ministro de la Marina imperial equivale a un primer lord del Almirantazgo. Eso significa diecinueve cañonazos y los demás honores. ¡Guardiamarina de cuarto! Mis respetos al capitán, y le agradeceré que tenga la bondad de subir a cubierta.

Bush dejó escapar un sordo silbido al oír la orden, y al punto se volvió a echar una ojeada a la cubierta y las jarcias, temeroso de que su buque no estuviera en perfectas condiciones para aquella visita imperial.

—¿Cómo podremos embarcar agua —preguntó Bush en tono lastimero— y estar a punto para la visita del zar, señor? ¿Qué pensará de nosotros? A menos que tome primero agua la flotilla.

—El zar es una persona sensata —dijo Hornblower con viveza—. Que vea a la

gente ocupada. No sabe distinguir entre el estay de mesana y el botalón de petifoque, pero sabrá apreciar un buen trabajo si se lo hacemos ver. Empezad con la aguada mientras él esté a bordo.

—¿Y las provisiones? —preguntó Bush—. Tendremos que ofrecerle algo, señor. Hornblower sonrió al ver su ansiedad.

—Sí, le ofreceremos algo.

Era característico del temperamento contradictorio de Hornblower que cuantas más dificultades previeran los demás, de mejor talante se pusiera él. La única persona capaz de desanimarle era él mismo. Ya no le dolía la cabeza, y ahora estaba sonriendo con ilusión al pensar en una mañana de ajeteo. Desayunó con apetito, se puso una vez más su uniforme de gala y subió a cubierta, donde vio a Bush aún dando vueltas por el buque, la tripulación ataviada con limpias blusas blancas y pantalones de dril, armada la escala real, con pasamanos blancos como la nieve; los soldados de marina bien limpios y pulidos, y las hamacas dispuestas en hileras simétricas. Sólo cuando el guardiamarina de cuarto avisó que un cúter se aproximaba sintió un ligero espasmo nervioso, un súbito ahogo, al pensar en que las próximas horas podrían tener una importancia decisiva en la historia futura del mundo.

Las llamadas de los segundos contramaestres resonaron estridentes por todo el barco, y la tripulación formó en secciones, con los oficiales al frente, con charreteras y espadas, y Hornblower en la barandilla del alcázar, contemplando el conjunto. Los marineros ingleses en revista no podían competir con la guardia prusiana en exactitud y uniformidad, y ejercitarlos para que se le parecieran sería tanto como despojarles de las excelentes cualidades que hacían de ellos unos hombres valiosos; pero cualquier persona de criterio, mirando aquellas filas de rostros inteligentes y decididos, tendría que sentirse impresionada.

—¡Gente a las vergas! —ordenó Bush.

Otro chirrido de los silbatos, y los gavieros treparon por las jarcias como un surtidor regular, sin interrumpir la velocidad de su ascensión mientras subían colgados de las arraigadas de espaldas, mano a mano por los obenques de juanete, como consumados gimnastas, deslizándose por las vergas como funámbulos, hasta quedar cada cual en su puesto sobre los marchapiés.

Diversas emociones contendían en el pecho de Hornblower mientras contemplaba la maniobra. Albergaba un pasajero sentimiento de agravio por tener que exhibir a aquellos hombres, la flor y nata de la marinería, obligándoles a comportarse como osos amaestrados para complacer a un monarca oriental. Pero la operación había terminado y todos estaban en sus puestos, como si por arte de magia una ráfaga de viento hubiese levantado un montón de hojas secas y los hubiera suspendido en el aire formando un cuadro de exquisita simetría, y el enfado cedió el paso a una satisfacción artística. Esperaba que Alejandro, al levantar la vista, tendría el buen sentido de reconocer que se podía contar con aquellos hombres para efectuar la misma hazaña en cualquier condición, ya fuese en una noche oscura de borrasca o en

un mar alborotado, con el bauprés apuntando al firmamento invisible y los penoles inclinados hacia la negrura del oleaje.

El contramaestre, mirando de soslayo por encima de la barandilla de estribor, movió casi imperceptiblemente la cabeza. Una pequeña procesión de oficiales subía por la escalera real. Los segundos contramaestres se llevaron el silbato a los labios. El tambor mayor de las fuerzas de marina hizo castañetear los dedos sin apartarlos de la costura de su pantalón al ponerse firme, y los seis tambores redoblaron en un decidido trémolo.

—¡Presenten armas! —tronó el capitán Norman, y los cincuenta mosquetes con bayoneta calada de sus soldados se apartaron de otros tantos hombres escarlata y cayeron verticalmente delante de cincuenta hileras de relumbrantes botones, mientras las espadas de los tres oficiales de marina describían el gracioso arco del saludo militar.

Alejandro, seguido de dos edecanes, apareció lentamente a bordo, y a su lado el ministro de Marina, a quien nominalmente estaba dedicada toda aquella ceremonia. Se llevó la mano al ala de su sombrero, mientras los silbatos dejaban escapar una última nota, los tambores batían el cuarto redoble, el primer cañón de salvas disparaba a proa y los pífanos y tambores de la banda de infantería de marina acometían la marcha *Corazones de roble*. Hornblower se adelantó y saludó a los recién llegados.

—Buenos días, comodoro —dijo el ministro de Marina—. Permítame que le presente al conde del Norte.

Hornblower saludó de nuevo, con el rostro lo más inexpresivo que pudo, aunque esforzándose por no sonreír al pensar en el curioso deseo de Alejandro de mantener el incógnito.

—Buenos días, comodoro —dijo Alejandro. Con sobresalto advirtió Hornblower que hablaba inglés a su manera—. Espero que nuestra visita no les cause demasiado trastorno.

—En modo alguno que pueda compararse con el honor que dispensa a nuestro barco, señor —respondió Hornblower, preguntándose si estaría bien dar el tratamiento de «señor» a un zar de incógnito. Al parecer era suficiente.

—Puede presentar a sus oficiales —dijo Alejandro.

Hornblower los fue presentando uno por uno, y todos saludaron y se inclinaron con la incómoda rigidez que era de esperar en jóvenes oficiales frente a un zar de todas las Rusias, y además de incógnito.

—Creo que puede ordenar los preparativos para hacer la aguada, capitán —indicó Hornblower a Bush, y se volvió hacia Alejandro—. ¿Le gustaría examinar la nave más detenidamente, señor?

—Desde luego —dijo Alejandro.

Se detuvo en la toldilla para presenciar el comienzo de la maniobra. Los gavieros se precipitaron desde las alturas; Alejandro guiñaba al sol con admiración al ver a

media docena de marineros bajar deslizándose por las burdas de mesana y las drizas de sobremesana y quedar plantados en la toldilla, a unos palmos de él. Apremiados por los oficiales de mar, los hombres corrían de un lado a otro para atender a sus respectivas tareas; era una escena llena de actividad, como la de un hormiguero en conmoción, pero mucho más ordenada y concreta. Quitaron las tapaderas de las escotillas, prepararon las bombas, armaron los aparejos en los penoles y bajaron las defensas por la banda de babor. Alejandro observaba a media docena de soldados de marina tirar de un aparejo y alejarse con rítmico paso.

—Soldados y marineros a un tiempo, señor —explicó Hornblower modestamente, al precederle en el descenso.

Alejandro era hombre de aventajada estatura, una pulgada o dos más alto que Hornblower, y casi se dobló por la mitad al agacharse bajo los baos de cubierta, mirando a su alrededor con ojos de miope. Hornblower le condujo a lo largo de la cubierta de batería, donde la altura no era mayor de cinco pies y medio; les enseñó el camarote de los guardiamarinas, la camareta de los oficiales de mar, todos los desagradables pormenores de la vida de un hombre embarcado. Destacó a un grupo de marineros, les hizo desplegar y tender sus hamacas, echarse en ellas, para que Alejandro pudiese ver claramente lo que significaban en realidad veintidós pulgadas por hombre; y le hizo una gráfica descripción de una cubierta entera llena de hamacas oscilando a la vez en una tormenta, con los hombres hacinados como una masa compacta. Las sonrisas de los marineros que hacían la demostración eran prueba suficiente no sólo de la verdad con que Hornblower le hablaba, sino también del buen ánimo de aquella gente, muy distinta de los pasivos e incultos campesinos que estaban acostumbrados a ver en las filas de su ejército.

Miraron luego por la escotilla para ver abajo a la cuadrilla que abría los barriles de agua y preparaba los depósitos para rellenarlos, y una vaharada del hedor del sollado subió hasta ellos: agua de sentina, queso y humanidad entremezclados.

—Es usted un oficial con muchos años de servicio, según creo, ¿verdad, comodoro? —preguntó Alejandro.

—Diecinueve años, señor —dijo Hornblower.

—Y de ese tiempo, ¿cuánto ha pasado en el mar?

—Dieciséis años, señor. Durante nueve meses estuve prisionero en España, y otros seis en Francia.

—Conozco su fuga de Francia. Pasó usted por grandes peligros para volver a esta vida.

La hermosa frente de Alejandro se contraía al esforzarse por comprender cómo podía un hombre pasar dieciséis años de su existencia en aquellas condiciones y mantenerse tan sano y saludable.

—¿Cuánto tiempo lleva en su actual empleo?

—De comodoro sólo seis meses, señor. Pero tengo nueve años de antigüedad como capitán.

—¿Y antes de eso?

—Fui seis años teniente, y cuatro guardiamarina.

—¿Cuatro años? ¿Vivió cuatro años en un lugar como el camarote que acaba de mostrarme?

—No era tan cómodo, señor. Estuve en una fragata casi todo el tiempo, bajo *sir* Edward Pellew. Un buque de línea no está tan hacinado como una fragata, señor.

Hornblower, observando de cerca a Alejandro, pudo ver que estaba impresionado, y se imaginó lo que pensaba en aquel momento. El zar no se hallaba tan afectado por las miserables condiciones de vida a bordo (si conocía algo siquiera de su pueblo, sabría que casi todo él lo estaba pasando mucho peor) como por el hecho de que aquellas condiciones pudiesen formar a un oficial apto.

—Supongo que así tiene que ser —dijo con un suspiro que reveló por el momento el lado humano y emocional de su carácter, que los rumores insinuaban hacía tiempo que poseía.

Cuando subieron de nuevo a cubierta, el barco cisterna había atracado ya. Varios marineros de la *Nonsuch* estaban en las cubiertas de abajo, mezclados con los rusos y ayudándoles en su tarea. Otros grupos maniobraban vigorosamente las bombas, y las largas y serpenteantes mangueras de lona vibraban a cada golpe. A proa estaban izando a bordo haces de leña, y los hombres canturreaban al compás de sus esfuerzos.

—Gracias a su generosidad, señor —dijo Hornblower—, podremos mantenernos cuatro meses en el mar sin tocar puerto.

Se sirvió un refrigerio en el camarote de Hornblower, para ocho personas: el comodoro, Bush, los dos tenientes más antiguos y los cuatro rusos. Bush sudaba de nerviosismo al ver la inhóspita mesa; en el último momento había llamado a Hornblower aparte para rogarle inútilmente que rectificara y permitiese agregar algunas de las pocas golosinas que le quedaban a la magra provisión del buque. Bush no podía desprenderse de la obsesión de que era necesario alimentar bien al zar; cualquier oficial joven que agasajara a un almirante arruinaría todas sus esperanzas de futuro ascenso si presentaba en la mesa la ración de carne de vaca de los marineros, y Bush no podía pensar sino en términos de agasajar almirantes.

El zar miró con interés la desportillada sopera de peltre que Brown puso delante de Hornblower.

—Sopa de guisantes, señor —explicó el comodoro—. Una de las mayores exquisiteces de la vida a bordo.

Carlin, por la fuerza de la costumbre, comenzó a golpear su galleta en la mesa. Se interrumpió al darse cuenta de lo que hacía, y luego continuó el golpeteo, con sensación de culpabilidad. Recordó que Hornblower había dado órdenes terminantes de comportarse como si no tuviesen invitados distinguidos amenazando con castigar a quien se olvidara de hacerlo así, y Carlin sabía que su superior no amenazaba de aquel modo sin estar decidido a cumplir sus promesas. Alejandro miró a Carlin, y luego a Bush, como pidiendo una aclaración.

—El señor Carlin está sacudiendo los gorgojos, señor —explicó Bush, abrumado por la timidez—. Si se golpea suavemente salen por su propia voluntad, así, fíjese, señor.

—Muy interesante —dijo Alejandro; pero no comió pan. Uno de sus edecanes reprodujo el experimento, miró los gorgojos blancos y gordezuelos, que asomaban las negras cabezas, y estalló en una sarta de lo que podía imaginarse que eran juramentos en ruso; casi las primeras palabras que pronunciaba desde que había puesto el pie en el barco.

Los visitantes, después de este comienzo poco prometedor, probaron cautelosamente la sopa. Pero, en la Armada británica, la sopa de guisantes, como había indicado Hornblower, era el mejor plato que se servía. El edecán a quien los gorgojos habían hecho perder el aplomo se exclamó con sorprendida complacencia al llevársela a la boca, consumió rápidamente su plato, y aceptó otro. Seguidamente se sirvieron tres platos más: chuletas de vaca en salmuera hervidas, lengua de buey en salmuera hervida, y carne de cerdo en salmuera hervida, también con col en adobo para acompañar. Alejandro estudió los tres manjares, y prudentemente se decidió por la lengua; el ministro de Marina y los edecanes, a propuesta de Hornblower, optaron por un plato mixto, que les prepararon Hornblower, Bush y Hurst. El edecán, mudo hasta entonces y ahora locuaz, se dedicó a devorar la carne de vaca salada con verdadero apetito ruso, y tuvo ocasión de convencerse de que era empresa ardua.

Brown estaba escanciando ron.

—El licor vital de la Armada, señor —dijo Hornblower, mientras Alejandro examinaba su vaso—. ¿Puedo proponer, caballeros, un brindis en el que todos podremos poner nuestra mejor voluntad? ¡A la salud del emperador de todas las Rusias! *Vive l'empéreur!*

Todos menos Alejandro se levantaron para brindar, y apenas se sentaron cuando Alejandro se puso en pie a su vez.

—¡Por el rey de Gran Bretaña!

El francés del edecán se desbarató de nuevo cuando trató de explicar la profunda impresión que le había causado el ron de la Armada en aquel primer encuentro. En todo caso, dio la mejor prueba de su aprecio apurando su vaso y tendiéndolo a Brown para que se lo llenara de nuevo. Cuando retiraron la mesa, Alejandro pronunció otro brindis.

—¡Por el comodoro *sir* Horado Hornblower y la Marina Real británica!

Vaciados los vasos, Hornblower pasó revista a los presentes y observó que esperaban una adecuada respuesta.

—¡Por la Marina —dijo—, amparo de las libertades del mundo, amiga inalterable, enemiga inconmovible! Cuando el tirano de Europa mira a su alrededor, tratando por medios lícitos o ilícitos de extender sus dominios, encuentra en su ruta a la Armada. La Armada es quien, poco a poco, le va estrangulando. La Armada es quien desbarata sus planes, quien desangra su pretendido imperio y quien terminará

por hundirle en el desastre. El tirano puede alardear de constantes victorias en tierra, pero ha de lamentar continuas derrotas en el mar. Gracias a la Armada, cada triunfo le deja más débil que antes, obligado, como Sísifo, a hacer rodar su piedra una vez más hasta una cima inaccesible. Y algún día esa roca le aplastará. ¡Cuanto antes, mejor!

Hornblower terminó su alocución en medio de un impetuoso murmullo de los comensales. Se encontraba otra vez en un momento de exaltación. Aquella oportunidad de hablar le había cogido algo por sorpresa, pero cuando por primera vez oyó hablar de la visita que el zar se proponía hacerle pensó en tener ocasión durante el día para llamar su atención sobre la ayuda que la alianza británica podía reportarle. Alejandro era joven e impresionable. Había que apelar a sus emociones tanto como a su intelecto. Hornblower miró de soslayo al zar, para ver si había logrado su propósito, y le vio abstraído en sus pensamientos, con la mirada fija en la mesa. Levantó sus ojos hacia los de Hornblower con una sonrisa, y el comodoro sintió una oleada de alborozo, de sublime confianza en el éxito de su plan. Había hecho servir una comida sencilla deliberadamente. Quiso mostrar a Alejandro exactamente cómo vivía, dormía y trabajaba la Armada. El zar no podía ignorar los triunfos de la Marina británica, y Hornblower sabía por intuición que aquella prueba de la aspereza de la vida naval sería un sutil estímulo para las emociones del zar; era muy difícil explicar exactamente cómo iba a obrar aquel estímulo, pero Hornblower estaba seguro de ello. Alejandro se sentiría impulsado a ayudar a hombres que conquistaban la gloria a tal coste, y también desearía tener de su parte a tan esforzados guerreros.

Alejandro inició un movimiento de despedida; el edecán vació apresurado su quinto vaso de ron, y éste y sus predecesores le produjeron tal efecto que echó el brazo por los hombros a Bush cuando llegaron a la toldilla, y le daba golpecitos en la espalda con afectuosa cordialidad, mientras la larga hilera de medallas y cruces que llevaba al pecho tintineaba como los caldereros arreglando ollas y marmitas. Bush, dándose cuenta de que todos los ojos le miraban, trataba de desasirse del abrazo, pero en vano. Estaba rojo como un pimiento cuando con voz descompuesta dio orden de equipar las vergas, y suspiró con evidente alivio al descender Alejandro por la escala real, obligando a su edecán a seguirle.

CAPÍTULO XIV



Un viento del este no era de despreciar. La *Nonsuch* y la flotilla se dirigían hacia el golfo de Finlandia y el comodoro paseaba por la toldilla, dando vueltas a todos los problemas que preocupaban a un comandante en jefe. El del agua potable, por lo menos, estaba resuelto; pasarían dos meses largos, y hasta cuatro meses en caso de apuro, hasta que se planteara de nuevo. El mero hecho de haber rellenado sus barriles de agua justificaría en cierto modo sus tratos con la corte de San Petersburgo, si Downing Street o Whitehall ponían reparos a sus recientes actividades. Hornblower repasó en su mente la redacción de su informe, donde había insistido en la ventaja obtenida de esta suerte y en la conveniencia de haber establecido contacto con el gobierno ruso. Tenía una buena causa que defender. Pero...

Hornblower se volvió y fijó la vista en la escuadra.

—Hagan señales a la *Lotus* —ordenó—. «¿Por qué van fuera de línea?».

Las banderas subieron por las drizas y Hornblower vio a la corbeta corregir en el acto su posición.

—La *Lotus* acusa recibo de la señal, señor —informó el guardiamarina.

—Entonces, comuníqueme: «¿Por qué no responden a mi pregunta?» —dijo Hornblower con aspereza.

Pasaron unos segundos antes de apreciarse contestación alguna.

—La *Lotus* señala: «Descuido del oficial de guardia», señor.

—Acusen recibo.

Acababa de causar problemas. Vickery se pondría furioso ante aquella censura pública, y el oficial de guardia culpable estaría lamentando en aquel momento su negligencia. De ello no provendría nada malo, y probablemente serviría de lección. Pero Hornblower sabía perfectamente que su censura sólo era una excusa para aplazar sus reflexiones sobre una cuestión desagradable que le exigía una decisión. Se preguntó cuántas reprimendas había conocido (él mismo fue objeto de alguna, siendo un joven oficial), administradas por almirantes preocupados para distraerse de pensamientos más enojosos. Ahora él tenía que pensar en el caso de Braun.

La costa baja de Finlandia se veía apenas hacia el norte; abajo, en la cubierta principal, Carlin tenía una sección de piezas en ejercicio, y los hombres se adiestraban en la carga y la colocación en batería. Con el viento casi en popa y largadas las alas, la *Nonsuch* llevaba buena marcha; si el mar se levantaba algo más, tendría que acortar velas para que las bombardas mantuvieran la distancia. Un segundo contramaestre a proa estaba sacudiendo a un marinero con el chafaldete de velacho, demasiado grueso quizá, para usarlo con tal propósito. Hornblower estuvo a punto de inmiscuirse a pesar suyo en la disciplina del barco, cuando vio intervenir a

un teniente de navío que le evitó la molestia. Resultaba evidente que se había filtrado cierto conocimiento de sus prejuicios y deseos a través de Bush hasta los oficiales jóvenes. Hornblower vio que el trío se separaba en distintas direcciones, hasta que ya no hubo excusa alguna para seguir vigilando.

Tenía que pensar en el asunto de Braun. El hombre había intentado cometer un crimen, y, con arreglo a las leyes de Inglaterra y el código militar, tenía que morir. Pero, estando en posesión de un diploma de la Marina, se requeriría un consejo de cinco capitanes con mando para condenarle a muerte, y no había cinco capitanes con mando en cien millas a la redonda. Bush y Hornblower eran los únicos, pues Vickery y Cole eran simples comandantes. De acuerdo con la ley, por consiguiente, Braun tenía que seguir arrestado hasta que pudiera reunirse un consejo competente que le juzgara, a menos que (y en esto tenía carta blanca) la conveniencia del servicio, la seguridad del buque o el bienestar de Inglaterra reclamasen inmediata acción. En tal caso, podía convocar un consejo compuesto de los oficiales antiguos disponibles, juzgarle y colgarle en el acto. Las pruebas eran abrumadoras; su testimonio y el de Mound bastarían para justificar diez veces su ejecución.

La necesidad de una acción sumaria no se hacía evidente, sin embargo. Braun, desfallecido en la enfermería, con una mano derecha que jamás podría servirle ya y medio muerto por la pérdida de sangre, ciertamente, no sería capaz de promover un motín entre la tripulación, ni de prender fuego al barco o de apartar a los oficiales de su deber. Pero había que pensar en las murmuraciones que sin duda estarían corriendo ya en la cubierta inferior. Hornblower no se imaginaba cómo se explicarían los marineros el regreso de Braun del palacio imperial gravemente herido. Habría comentarios y chismorreos, que más pronto o más tarde podían llegar a oídos de los agentes bonapartistas, y Hornblower conocía demasiado bien los métodos de Bonaparte para dudar de que haría el mejor uso posible de cualquier oportunidad para sembrar disensiones entre sus enemigos. Y Alejandro no perdonaría nunca a un país que le había colocado en un tris de ser asesinado. Cuando las autoridades de casa se enteraran del incidente, se pondrían furiosas, y sería él, Hornblower, el objeto de su furia. Hornblower pensó en el informe encerrado en el pupitre, con la nota de «muy secreto y confidencial», donde había expuesto los hechos. Ya se imaginaba aquel informe aportado como prueba contra él en un consejo de guerra, y suponía lo que los capitanes que le juzgasen llegarían a opinar de él.

Por un momento, Hornblower acarició la idea de callar por completo el incidente, absteniéndose de informar sobre él; pero la desechó por ilusoria. Alguien hablaría del caso. Por otra parte, en sus órdenes figuraba una cláusula que le autorizaba a hacer el uso más amplio posible de la experiencia de Braun. Esto podría servirle de protección, y además, la inclusión de aquella cláusula significaba que Braun tenía amigos de prestigio que pondrían todo su interés en protegerle, y seguramente en protegerse; y que, en consecuencia, no querrían que se produjera un escándalo. Todo era muy complejo.

—Señor Montgomery —dijo Hornblower rudamente—, ¿qué curso siguen sus timoneles? Que gobiernen más suave, o tendrá que darme una explicación.

—Sí, señor —respondió Montgomery.

Al menos él había cumplido su parte, tratando de arrastrar a Rusia a la guerra contra Bonaparte.

Las últimas noticias que había recibido de Wychwood antes de zarpar de Kronstadt decían que Alejandro había enviado una respuesta retadora a las últimas exigencias de Bonaparte. Si esto daba ocasión a la guerra, la potencia principal de Bonaparte habría de emplearse en el este durante el verano, dando a Wellington la oportunidad de asestar un golpe en el sur. Pero ¿qué probabilidades tenía Rusia de resistir la ofensiva que Bonaparte podía desencadenar contra ella? Todos los años, desde hacía una docena, habían contemplado una gran victoria del corso, el hundimiento de una u otra nación en una campaña de pocas semanas. El próximo invierno podría ser Rusia la nación vencida y sometida a Bonaparte, como lo estaban ya Austria o Prusia; y Downing Street, encarada con la hostilidad rusa, se acordaría de su antigua neutralidad con pesar, sobre todo porque Bonaparte se aprovecharía de una derrota rusa para invadir Suecia. Entonces toda Europa, desde el cabo Norte a los Dardanelos, estaría coaligada contra Inglaterra, que sería expulsada de su precaria posición en España y quedaría ante la disyuntiva de proseguir una contienda en la que no había perspectiva alguna de ayuda o concertar una paz aún más peligrosa, con un tirano cuya mala voluntad nunca se aplacaba. En este caso, nadie consideraría un mérito que él hubiese contribuido a la catástrofe de lanzar a Rusia a la guerra.

Bush había subido a cubierta, evidentemente enviado por Montgomery, que era el oficial de guardia. Estaba consultando el cuaderno de bitácora que Montgomery había escrito en la pizarra, y estudiando la rosa de los vientos. Luego se dirigió cojeando hacia la banda de estribor de la toldilla, y saludó a Hornblower llevándose la mano al sombrero.

—Reval (en las cartas suecas le llaman Tallinn) queda veinticinco millas al sudeste según mis cálculos, señor. Aquella punta de tierra a babor es el cabo septentrional de la isla de Naissar, o como se diga.

—Gracias, capitán Bush.

Hornblower llegó a sentir la tentación de descargar todo su mal humor en Bush; pudo imaginar con bastante precisión a Bush escapando con el rabo entre piernas, y su mirada ofendida al oír un sarcasmo por haber pronunciado mal un nombre extranjero y por la cohibición con que lo reconocía. Bush era siempre un blanco fácil, y además satisfactorio, desde el punto de vista de los resultados, siempre evidentes. Hornblower luchó con la tentación mientras Bush permanecía ante él en espera de órdenes. Resultaba hasta divertido hacerle esperar de aquel modo; Hornblower sospechaba que Bush estaría preguntándose, nervioso, qué diablos se proponía. Luego reaccionó y sintió desprecio de sí mismo. Ya era bastante malo que el desconocido oficial de Vickery estuviese en aquel momento sufriendo las

consecuencias de que su comodoro no acertase a resolver el caso de Braun; y mucho peor aún que el fiel y competente Bush padeciera mentalmente por igual motivo.

—Ponga rumbo a Königsberg, capitán Bush, por favor.

—Sí, señor.

Tan intensa fue la reacción que Hornblower se puso a explicarle los motivos que le impulsaban a tomar aquella decisión.

—Danzig, Königsberg y Prusia oriental son bases de operaciones de Bonaparte. El ejército que ha reunido en Polonia se abastece por ríos y canales desde allí, por el Vístula, el Pregel y el Memel. Vamos a ver si podemos estorbar un poco a Bonaparte.

—Sí, señor.

—Pondré a la escuadra a hacer maniobras esta mañana.

—Sí, señor.

Bush estaba radiante al observar el cambio experimentado por su impredecible jefe. Era hombre muy sufrido. Como segundo en el mando, hubiera estado justificado que quisiera estar al tanto de los secretos del comodoro. Después de todo, una bala perdida, un mástil al caer, una enfermedad súbita podía obligarle fácilmente a tomar el mando de toda la fuerza. Sin embargo, se sentía agradecido cuando Hornblower condescendía hasta el extremo de darle algunas briznas de información.

La *Nonsuch* viró en redondo sobre la amura de babor cuando Bush y el piloto convinieron en el rumbo adecuado. Macheteó bajo sus pirámides de velamen, el tenso aparejo resonando ásperamente con el viento, y Hornblower se trasladó de la banda de estribor a babor, al costado de barlovento, como era su derecho. Miró hacia atrás al resto de la escuadra, mientras los barcos iban orientando las velas uno tras otro, siguiendo la estela del matalote de proa: la *Lotus*, la *Raven*, la *Moth* y la *Harvey*. La *Clam* se había quedado en Kronstadt, dispuesta para salir con todas las noticias que hubiera podido recoger Wychwood, pero cinco barcos eran ya suficientes para ejercitarse maniobrando.

—Tráigame el libro de señales —ordenó Hornblower.

Subieron apresuradamente banderas por las drizas, cada señal una sucesión de bolas negras, como cuentas ensartadas, hasta que se desplegab, pero en los otros buques unos ojos atentos observaban con catalejos, leyendo las banderas aun antes de desplegarse, y oficiales expectantes ordenaban las respuestas que se habían de disponer para izarlas sin demora. La escuadra cambió de bordada sucesivamente, se colocó en columna y viró de nuevo a barlovento, también en sucesión, quedando en línea de frente. Acortaron velas de acuerdo con la nave de vanguardia (subiendo en cada barco toda la gente disponible para meter velas bajas o juanetes tan pronto se vieran claras las intenciones del comodoro), y las largaron de nuevo. Arrizaron las gavias, las volvieron a arrizar y las soltaron. Se pusieron a la capa, botaron sus lanchas tripuladas por grupos de abordaje armados y volvieron a izarlas. Reanudando la marcha, abrieron las portas, pusieron las piezas en batería, las volvieron a fijar y repitieron toda la maniobra.

Otra nueva señal remontó las drizas de la *Nonsuch*, encabezada por el número de la *Raven*: «Comodoro a capitán: ¿Por qué no ha obedecido mi orden?». El catalejo de Hornblower había percibido que la *Raven* no había acabado de trincar bien los cañones; no aseguró las portas, para abrirlas más deprisa si se recibía la orden; pero Hornblower observó que se abrían un poco a causa del balanceo del barco. Además, a juzgar por el escaso movimiento que pudo apreciar en las dotaciones de las piezas, no habían desacoplado y aferrado los aparejos, lo que le daba cinco segundos de ventaja sobre las otras naves. Era una tontería por parte de Cole recurrir a una vieja treta como aquella, tan fácil de descubrir. Era justo que la *Raven* fuera puesta en vergüenza ante el resto de la escuadra. El objeto de las maniobras era hasta cierto punto poner a prueba la agudeza de los capitanes. Si conseguían engañar al comodoro tanto mejor, pues más probabilidades tendrían de engañar a un buque francés, si tropezaban con él.

La *Raven* aseguró a toda prisa las portas y los aparejos. Como escarmiento, Hornblower esperó hasta estar seguro de que la orden había llegado a la cubierta, y luego hizo dar la señal de poner los cañones en batería. La contraorden siguió tan rápidamente a la orden que cogió desprevenida a la *Raven* (Hornblower pudo imaginarse a los oficiales renegando en la cubierta principal), y tardaron siete segundos más que los otros buques en izar la señal de «terminada la maniobra». No había necesidad de comentar el hecho; todo el mundo en la corbeta se daría cuenta de lo ocurrido, y otra reprimenda podría debilitar la autoridad de Cole sobre su gente.

Fue una mañana muy activa para toda la tripulación de la escuadra, y Hornblower, evocando los tiempos en que era un simple guardiamarina, no tuvo dificultad en imaginar el suspiro de alivio que todos lanzarían al señalar, a las doce, la orden de darse a la vela, ofreciendo a los hombres la oportunidad de correr. Estuvo observando a la dotación de la *Nonsuch* mientras formaba para recibir su ración de licor; los ávidos y jocosos marineros con sus cubiletes de madera; la guardia junto a la cuba de grog, con la inscripción *Dios salve al Rey*; Montgomery y dos oficiales de derrota vigilando la salida. Hornblower vio a un marinero subir a la cuba para ser rechazado con indignación; era un delincuente que había sido castigado a quedarse sin su ración, y que intentó, a pesar de todo, burlar el castigo. Tal intento habría valido a un hombre por lo menos dos docenas de azotes en otros buques; pero, a juzgar por los actos de Montgomery, allí no significaría más que quedarse otra vez sin ración, o un turno en las bombas, o tal vez en el servicio de limpieza de las letrinas.

Era reconfortante observar la animación y el buen humor general. Podía estar seguro de que aquellos hombres combatirían con toda la desesperación que hiciese falta, llegado el caso, y, no menos importante, sin duda soportarían los largos y tediosos días de navegación en alta mar, la abrumadora monotonía de la vida en un buque de línea, sin más quejas de lo que razonablemente se podía esperar. Pero tenía que hacer una indicación a Bush para que aquella afortunada situación persistiera. Un concurso de gaita, representaciones teatrales, pronto haría falta algo por el estilo, a

menos que hubiera algo de acción para mantener a los hombres distraídos. Y con aquella resolución se volvió y emprendió el descenso, después de haber conseguido, gracias a su actividad matutina, ahuyentar de su mente toda preocupación sobre lo que debía hacer con Braun cuando se restableciera de su herida. Después de todo, tal vez acabara por morir.

Además, había que estudiar las cartas de Frisches Haff y los accesos de Königsberg, y hacer planes para atacar las comunicaciones de Bonaparte en sus proximidades, a ser posible. Si persistía el viento favorable, no le quedaban más que tres días para pensar en algún tipo de ataque por allí. Se hizo llevar los mapas y se consagró a su estudio, pidiendo, en tono irritado, lámparas para alumbrar su sombrío camarote y poder distinguir las diminutas cifras que los salpicaban. Los sondeos eran enormemente complejos, y el problema de estudiarlos no se simplificaba por el hecho de disponer de tres cartas distintas, una sueca, con los sondeos en pies suecos, otra nueva francesa, que los indicaba en metros, y sólo una inglesa muy esquemática donde estaban marcados en brazas. Era una labor fatigosa compararlos, y nada satisfactoria al final, pues no coincidían.

A pesar de todo, no se podía negar la conveniencia de asestar un buen golpe allí. En Polonia y Prusia oriental, donde no había carreteras, el único modo de distribuir víveres y municiones a los ejércitos de Bonaparte, cada vez más numerosos, era por mar. Su principal base avanzada estaba en Danzig, desde donde las tropas de Polonia central podían abastecerse a través del Vístula. Pero las grandes fuerzas de Prusia oriental y del este de Polonia dependían de los otros sistemas fluviales, que tenían su origen en Königsberg y Elbing, en el Frisches Haff. Éste era una larga y estrecha ensenada separada del Báltico por un prolongado arenal, donde seguramente se daba un fluido tráfico de lanchones entre Elbing y Königsberg. Tenía cincuenta millas de largo, unas doce de anchura, su profundidad máxima no pasaba de tres a cuatro brazas, y su estrecha embocadura la guardaban los cañones de la fortaleza de Pillau. Desde el punto de vista francés, representaba una ruta perfectamente segura para los suministros por vía marítima, protegida de las tormentas y de los ingleses. Danzig era el mejor objetivo, desde luego, para un golpe sorpresa en toda la costa báltica, pero Danzig estaba seguro, a varias millas de la costa remontando el Vístula, y además fuertemente fortificado. Si costó a Bonaparte y a sus trescientos mil hombres tres meses de asedio, Hornblower no podía hacer gran cosa contra la plaza con un par de centenares de soldados de marina. Para él resultaba inexpugnable. También lo eran Königsberg y Elbing. Pero lo que le interesaba era cortar las comunicaciones entre ambas; bastaba con eso. El viento soplaba propicio también, y un romano lo hubiese interpretado como buen augurio.

CAPÍTULO XV



Aquella noche era ideal para reconocer la entrada al Frisches Haff. El cielo cubierto, sin demasiada luz, con el sol a punto de ponerse, y con viento fresco. La corbeta que acababa de abandonar Hornblower había tomado un solo rizo a las gavias no mucho antes. Viento fresco y mar picado significaba que habría mucho menos riesgo de tropezar con barcas de vigilancia, tripuladas por aldeanos, que recorrían remando aquella barrera que Hornblower se disponía a investigar.

Pero, al mismo tiempo, Hornblower notaba en su persona los inconvenientes de la mala mar. El cúter en cuya cámara iba sentado cabeceaba mucho, levantándose de proa y luego de popa, y el agua barría la cubierta continuamente, de modo que habían de achicarla dos hombres sin parar un momento. El agua iba filtrándose sin consideración a través de los intersticios de su capote embreado, calándole, y el frío y el violento vaivén le inclinaban inevitablemente al mareo. Tenía el estómago revuelto y no se encontraba bien. En la oscuridad no podía ver a Vickery, que iba a su lado en la caña, ni a Brown cuidando de la escota, y sintió cierto alivio precario al pensar que no podían darse cuenta de su palidez y malestar. A diferencia de otras víctimas que conocía, él nunca se mareaba inconscientemente, se dijo con amargura, y luego, acudiendo a su riguroso autoanálisis, pensó que aquello no podía sorprenderle, puesto que jamás perdía la conciencia de las cosas.

Cambió de posición a popa y se recogió el capote lo más que pudo. Los alemanes y los franceses que custodiaban Pillau no sabían aún que una escuadra británica se encontraba tan cerca de ellos. Hacía menos de una hora que habían llegado en plena oscuridad con las dos corbetas, dejando la *Nonsuch* y las bombardas más allá de la línea del horizonte. Era posible que un humanitario oficial veterano de Königsberg vacilase antes de dar órdenes para que un bote de vigilancia recorriese a remo la barrera en una noche tan cruda, y aunque las órdenes se dieran, lo más fácil era que el subalterno encargado del bote descuidase su deber, especialmente considerando que no reinaría demasiado afecto entre los franceses, que monopolizaban las altas jerarquías, y los alemanes, relegados a las inferiores.

Del vigía a proa vino una sofocada exclamación de aviso, y Vickery contuvo la caña un poco, poniendo el cúter más a la capa. Se elevó sobre una cresta y al hundirse en el seno de la ola se distinguió junto al costado un objeto oscuro, vagamente visible en las tinieblas, entre una ráfaga de espuma.

—Un cable, señor —informó Vickery—. Y allí está la barrera, justamente a proa.

En la removida superficie del mar, a proa, podía apreciarse un ligero indicio de negrura.

—Abarload —dijo Hornblower, y Vickery inclinó la proa del cúter contra el viento. Dio en voz alta la orden de arriar la vela al tercio, y el cúter se colocó junto a

la cadena. El viento no soplaba exactamente a lo largo de ella, de modo que la embarcación quedó algo al socaire por su lado; en el lado opuesto, las empinadas olas rompían contra ella con estrépito, pero por delante una estrecha faja de la superficie estaba lisa, aunque cubierta de espuma que reflejaba la escasa luz filtrada a través del oscuro cielo. Los hombres de proa habían enganchado el cable en el punto mismo en que éste se unía a la barrera.

Hornblower se quitó el capote y quedó expuesto a los rociones que se precipitaban sobre él; tomó impulso, saltó y cayó en la barrera, en el preciso momento en que una ola rompía a su través, calándole hasta los huesos y obligándole a sujetarse desesperadamente con manos y pies para no ser arrancado de allí. Estaba a caballo sobre un enorme tronco de árbol que flotaba en la superficie sin sobresalir apenas. Con el país más maderero de Europa a su disposición, y fácil transporte por vía marítima, era natural que los franceses eligiesen los árboles más pesados para guardar la entrada del puerto. Se arrastró a gatas como pudo por el tronco, balanceándose sobre su montura entre cabezadas y bandazos, como en una pesadilla. Un gaviero habituado, o Vickery mismo, probablemente hubiesen pasado andando, pero Hornblower quería examinar la barrera con sus propios ojos, y no mediante informes de segunda mano. El cable, según comprobó cuando llegó a él, era el más grueso que había visto en su vida; al menos tenía treinta pulgadas. El mayor de los que llevaba la *Nonsuch* no pasaba de diecinueve. Tanteó en torno al madero con los dedos, mientras el agua helada le empapaba hasta las orejas, y halló lo que pensaba encontrar, uno de los cables de la cadena que sujetaba aquel tronco al inmediato. Era un cable de dos pulgadas, con una resistencia de cien toneladas aproximadamente, firmemente sujeto al madero; y buscando más encontró otro. Seguramente había varios bajo la superficie, hasta un total de cuatro o cinco. Ni siquiera un buque de línea, embistiendo a toda marcha con viento de popa, sería capaz de romper aquella barrera.

Sólo conseguiría abrirse una peligrosa vía de agua. Atisbando entre las alas vio el madero más cercano y su cable. El hueco sólo tenía unos diez pies. El viento, que soplaba casi a lo largo de la cadena, le había empujado a sotavento hasta donde lo permitían los cables, y barrera y cables formaban una especie de espina de pescado, con los cables muy tirantes.

Hornblower retrocedió gateando por el tronco, se incorporó y saltó al cúter. En la oscuridad, con el movimiento irregular de la barrera y del bote en el mar picado, era difícil calcular con exactitud el momento de saltar, y a duras penas pudo alcanzar la regala con un pie, mientras la otra pierna se hundía en el agua; Vickery tuvo que izarle al bote de forma poco digna.

—Déjala caer a sotavento —ordenó Hornblower—, quiero que se hagan algunos sondeos en cada tronco.

Vickery manejó bien el bote. Se mantuvo proa al viento después de desatracar, y con un par de remos en constante actividad pasó junto a cada tronco en su derrota a

sotavento. Brown iba en el centro del cúter, balanceándose para compensar los extravagantes balances, mientras sondeaba con la desproporcionada pértiga de treinta pies. Requería mucha fuerza manejar el largo palo con aquel viento, pero si se empleaba bien resultaba más rápido y mucho menos ruidoso que un escandallo. Cuatro brazas, tres y media, cuatro... La cadena estaba tendida cruzando el canalizo, como era de esperar. Por el extremo de barlovento distaba no más de doscientas varas (cosa de un cable) de la playa de Pillau, y Hornblower, escudriñando en la noche, casi tuvo la certeza de percibir una barrera suplementaria que arrancaba de la costa, y que, superpuesta a esta otra, obligaría a todo barco que pretendiese entrar a virar en redondo. Aquello significaba que cualquier navío que intentase entrar con intenciones hostiles sería hundido o incendiado con toda seguridad por la artillería pesada de Pillau.

Llegaron al extremo de sotavento de la cadena; desde allí se extendía un trecho de agua clara hasta el arenal (la *Nehring*, según la curiosa palabra con que lo designan los alemanes), que dividía el Haff del Báltico en una longitud de veinte millas. La lengua de agua tendría una anchura de un cuarto de milla, pero era inútil para la navegación. La pértiga de Brown registró una profundidad de diez pies en un par de sondeos, y luego el agua se hizo aún menos profunda, hasta quedar reducida a menos de seis u ocho pies.

De repente, Vickery puso la mano en el brazo de Hornblower y señaló hacia tierra. Allí había una mancha más oscura que el resto; un bote de vigilancia que avanzaba sobre los bajíos para proteger la barrera.

—Sacad los remos —dijo Hornblower—. Salgamos a la mar.

Llevaban envueltos en marañas de hilazos los guiones de los remos, para amortiguar el ruido que hacían contra los toletes. Los hombres pusieron el alma en su tarea, y el cúter se deslizó mar afuera, mientras el bote de vigilancia continuaba su curso. Cuando la distancia fue bastante para hacer invisible la lona, Hornblower dio orden de largar la vela al tercio y comenzaron a dirigirse hacia la *Lotus*. El comodoro iba tiritando sin poderse contener, con la ropa calada y avergonzado de que Vickery pudiese advertir que tiritaba por una simple chaqueta mojada que cualquier rudo marinero no notaría siquiera. Resultaba irritante, aunque no más de lo que hubiera podido esperarse, que aquel primer intento de dar con la *Lotus* en la oscuridad resultara fallido; y el cúter tuvo que virar por avante y orzar a la siguiente bordada hasta que, por último, distinguieron la corbeta en las tinieblas de la noche. Cuando llegaron a la distancia adecuada, Brown hizo bocina con las manos.

—¡Comodoro! —gritó, y Vickery desvió el cúter a sotavento de la *Lotus*. Hornblower se encaramó al costado bajo de la corbeta al atracar. En la toldilla, Vickery se volvió hacia él en espera de órdenes.

—Vire y hágase a la mar, señor Vickery —dijo Hornblower—. Vea si nos sigue la *Raven*. Tenemos que hallarnos fuera de vista de tierra al amanecer.

Abajo, en el pequeño camarote de Vickery, mientras se quitaba la mojada ropa

ayudado por Brown, Hornblower trataba de forzar a su cansada mente para que meditase sobre el problema que tenía planteado. Brown le dio una toalla, y Hornblower se frotó los miembros entumecidos, intentando reanimarlos. Vickery llamó con los nudillos y entró, tan pronto como dejó el barco bien arrumbado, para asegurarse de que no le faltaba nada a su comodoro. Hornblower se enderezó después de secarse las piernas, y se golpeó ruidosamente la cabeza contra los baos del puente. En aquella pequeña corbeta apenas había una altura de cinco pies. Dejó escapar un juramento.

—Bajo la claraboya hay un pie más de altura, señor —dijo Vickery, con diplomacia.

La claraboya medía tres pies por dos, y colocándose justo debajo pudo Hornblower levantar la cabeza, no sin rozar con el pelo el marco. Una lámpara colgaba de un gancho fijo en uno de los baos, junto a la abertura; un movimiento incauto de Hornblower le hizo tropezar en ella con el hombro desnudo, y el aceite caliente y nauseabundo le corrió por la clavícula, haciéndole renegar de nuevo.

—Le van a traer café bien caliente, señor —informó Vickery.

Cuando llegó el café, Hornblower pudo comprobar que era de una calidad que no había probado desde hacía años (un cocimiento de pan quemado con leve aroma de café), pero al menos hacía entrar en calor. Tomó un sorbo y alargó la taza a Brown, luego cogió la camisa seca de la culata del cañón de doce libras que tenía al lado y se la puso.

—¿No hay más órdenes, señor? —preguntó Vickery.

—No —contestó pesadamente Hornblower, inclinando hacia adelante la cabeza para no tropezar de nuevo con las vigas. Trataba de disimular su desencanto y su mal humor, pero temió no haberlo conseguido. Le molestaba tener que admitir que no había posibilidad alguna de intentar nada con éxito contra el Frisches Haff, y sin embargo la prudencia, el buen sentido y todos sus instintos le dictaban tal decisión. No se podía romper aquella barrera, ni sortearla con ninguno de los barcos a sus órdenes. Recordaba sus superfluas palabras a Bush sobre la conveniencia de hacer una incursión desde aquella parte de la costa. Si necesitaba una lección sobre las virtudes de la reserva, la estaba recibiendo. Toda la flotilla esperaba acción, y ahora iba a defraudar a los hombres, alejándose de allí sin hacer absolutamente nada. En el futuro se mordería la lengua, pues, si no hubiera hablado de más a Bush, el daño no sería tanto. Bush, a falta de órdenes en sentido contrario, habría hablado de aquello con sus oficiales, y la esperanza estaría remontando el vuelo. Todos esperarían grandes hazañas del arrojado Hornblower (se decía con burla), cuya reputación de ingeniosa intrepidez era tan descomunal.

De mal talante, volvió a pasar revista a sus datos. En el extremo de la cadena próximo al arenal había fondo suficiente para que pasara una flotilla de lanchas de los buques. Podía mandar tres o cuatro con cañones de cuatro libras montados a proa y ciento cincuenta hombres a bordo. No había duda de que durante la noche le sería

posible atravesar la barrera, y, cogiendo a todo el mundo en la laguna por sorpresa, ocasionar rápidos estragos en el tráfico costero. Probablemente conseguirían destruir miles de toneladas de embarcaciones. Pero no podrían escapar: la salida estaría estrechamente vigilada, las baterías alerta día y noche. Las cañoneras no dejarían de rondar al extremo de la cadena, y aunque estuvieran tripuladas por aldeanos, si eran muchos acabarían con la flotilla. Y su escuadra no podía permitirse perder ciento cincuenta marinos diestros (una décima parte del total de sus tripulaciones). En cuanto a la posibilidad de emplear menos fuerza, resultaría ineficaz y estéril.

No; no había barcos de cabotaje bastantes para que su destrucción justificase la pérdida de ciento cincuenta marineros. Tenía que abandonar la idea; como símbolo de tal decisión, comenzó a ponerse los pantalones secos que Vickery le había proporcionado. Y entonces, con una pierna dentro y otra aún desnuda, se le ocurrió de pronto una idea. Se quedó inmóvil, en camisa, con la pierna izquierda fuera y la derecha cubierta sólo del tobillo a la rodilla.

—Señor Vickery —dijo—, haga traer otra vez esas cartas.

—Sí, señor.

Había ansiedad y excitación en su voz, reflejo de la emoción que indudablemente se advertía en el tono de Hornblower. Éste lo advirtió, y mientras se abotonaba el chaleco se reafirmó en su resolución de poner cuidado al hablar, pues era necesario recuperar su fama de héroe taciturno. Examinó las cartas que Vickery había extendido; sabía que Vickery no le perdía de vista y puso gran cuidado en no traslucir el menor signo de haber llegado a una decisión en cualquier sentido. Cuando consideró resuelto el caso, dijo «gracias» con el tono más indiferente que pudo, y luego, recordando de pronto su exclamación menos expresiva, carraspeó.

—¡Ejem! —dijo, con perfecta indiferencia, y, satisfecho del resultado, prolongó aún más la nota—: ¡Eeejem!

La mirada de asombro de Vickery le causó un enorme regocijo.

A la mañana siguiente, de regreso en su camarote de la *Nonsuch*, se tomó un suave desquite observando las caras de sus capitanes reunidos, mientras les exponía sus planes. Todos ansiaban el mando, enardecidos y dispuestos a arriesgar la vida y la libertad en una misión que, a primera vista, podía parecer una locura. Los dos comandantes anhelaban una ocasión para ascender de categoría; los tenientes aspiraban a convertirse en comandantes.

—El señor Vickery dirigirá la operación —dijo Hornblower, y tuvo ocasión una vez más de observar las emociones reflejadas en los semblantes de su auditorio. Pero como en este caso todos tenían derecho a saber por qué se había prescindido de ellos, ofreció una explicación—. Los dos capitanes de las bombardas son irremplazables; no contamos con otros tenientes que puedan manejar sus infernales máquinas como ellos. No es necesario decir que el capitán Bush es asimismo insustituible. Fue el señor Vickery quien me acompañó a examinar la barrera, y por eso conoce la situación mejor que el señor Cole, que es el otro candidato indicado para el caso.

No había nada de malo en paliar de aquel modo el desencanto de Cole, pues no serviría de nada dejar que alguien creyese que le consideraba incapaz de encargarse de un mando fuera de su vista. El viejo Cole canoso y encorvado, demasiado maduro ya para aquellos trotes, esperaba en vano su ascenso a capitán. Hornblower tuvo la desagradable sensación de que Cole adivinaba la verdad a través de la excusa, y no le consoló el trillado argumento de que no se puede librar ninguna batalla sin herir los sentimientos de alguien. Pasó rápidamente al punto siguiente:

—Resuelta esa cuestión, caballeros, me agradaría conocer su opinión sobre quiénes deben acompañar al señor Vickery como subordinados. Que hable primero el señor Vickery, por ser el más interesado.

Una vez arreglados todos estos detalles, la tarea principal consistía en preparar las cuatro barcas para la expedición: la lancha y el cúter de la *Nonsuch*, y los cúteres de la *Lotus* y la *Raven*. Una pieza de cuatro libras en la lancha y una de tres en cada cúter; víveres, agua, municiones, combustible para incendiar las presas. Los hombres elegidos para la expedición formaron y fueron inspeccionados, los marineros con pistolas y machetes y los soldados de marina con mosquetes y bayonetas. Al morir el día, Vickery volvió a bordo de la *Nonsuch* para confirmar definitivamente el futuro punto de cita.

—Buena suerte —dijo Hornblower.

—Gracias, señor —contestó Vickery.

Miró con franqueza a Hornblower a los ojos.

—Le estoy muy agradecido, señor —añadió.

—No me de las gracias a mí, sino a usted mismo —replicó Hornblower con un dejo de aspereza.

Encontraba particularmente molesto que le dieran las gracias por exponer la vida del joven Vickery.

Calculaba que, de haberse casado siendo guardiamarina, podría tener ya un hijo de la edad de aquel muchacho.

Al anochecer, la escuadra puso proa hacia la costa. El viento rolaba un poco hacia el norte, pero aún soplaba con fuerza, y si bien la noche no era tan cerrada como la precedente, había gran esperanza de que los botes pudieran deslizarse sin ser vistos. Hornblower los estuvo viendo salir, en el preciso momento en que sonaban dos campanadas en la guardia de media, y cuando se desvanecieron en la semioscuridad dio media vuelta. Ahora tendría que esperar. Le interesó descubrir una vez más que habría preferido sincera y francamente ir él mismo y arriesgar la vida y la libertad en el Frisches Haff a permanecer seguro en alta mar, esperando el resultado. Se tenía por cobarde; temía verse mutilado y le desagradaba pensar en la muerte no menos que en la invalidez, así que le sorprendía darse cuenta de que aún había cosas más desagradables para él que el peligro. Cuando transcurrió tiempo suficiente para que los botes hubiesen traspuesto la cadena (o caído en manos del enemigo), Hornblower bajó a descansar un rato, hasta el alba, pero no hizo otra cosa que fingir que dormía,

tumbado en su litera y haciendo un gran esfuerzo para no moverse. Fue un verdadero alivio salir otra vez a cubierta cuando el cielo comenzaba a clarear, bañarse bajo la bomba, subir luego a la toldilla y beber café allí, mirando por encima de la aleta de estribor, donde (con el buque a la capa sobre la amura de babor) se hallaba Pillau y la entrada al Haff.

Al avanzar la mañana, todo se fue revelando a través del catalejo de Hornblower. A tiro de cañón tenían el promontorio sobre el cual se alzaba Pillau, cuyas agujas gemelas se distinguían claramente. La línea de la cadena se marcaba a través de la entrada por las olas que en ella rompían, y a veces por un atisbo de madera oscura. Aquellos promontorios oscuros que destacaban de la orilla del mar debían de ser las baterías montadas allí para proteger la entrada. Al otro lado se veía la larga línea de la Nehrung, con sus dunas de un amarillo verdoso, que ondulaban con ligeras variaciones de latitud hasta donde abarcaba la vista y más allá todavía. Pero en la embocadura no se veía nada salvo el agua gris, manchada de blanco donde los bajíos punteaban la laguna. La orilla opuesta del Haff estaba muy lejos para verla desde cubierta.

—Capitán Bush —ordenó Hornblower—, ¿tendrá la bondad de enviar a un oficial que tenga buena vista con un catalejo al calcés?

—Sí, señor.

Hornblower siguió al oficial en su apresurada subida por las jarcias, consciente de que su comodoro no le perdía de vista, y colgado de espaldas al encaramarse a las arraigadas, afianzándose alternativamente con las manos por los obenques de los juanetes. Hornblower sabía que en su estado actual no podría hacer semejante cosa sin descansar en la cofa un rato, y estaba seguro también de que ya no tenía la vista de antes, la vista de aquel teniente. Le vio acomodarse en el calcés de juanete, ajustar el antejo y escudriñar el horizonte, y esperó impaciente los informes. Incapaz de aguardar más, agarró el altavoz.

—¡Eh, vigía! ¿Ve algo en el interior?

—Nada, señor. Hay demasiada niebla para ver bien. Pero no distingo velas, señor.

Era posible que la guarnición se estuviese riendo con disimulo a costa suya; que los botes hubiesen caído desde el primer momento en sus manos y ahora se divirtieran observando la escuadra dispuesta a esperar eternamente para volver a ver los botes perdidos con su tripulación. Hornblower no quería mostrarse pesimista. Comenzó a imaginarse la situación en las baterías y en la ciudad, cuando la aurora les revelara una escuadra británica al paio casi al alcance de sus cañones. Los tambores batiendo y las cornetas tocando a rebato, mientras las tropas tomaban posiciones apresuradamente contra un posible desembarco. Aquello era lo que con toda probabilidad estaba sucediendo entonces. La guarnición, el gobernador francés, aún no estarían enterados de que se habían infiltrado lobos en su rebaño, de que las dotaciones de los botes británicos habían penetrado en las aguas del Haff, donde no se habían visto enemigos desde que Danzig cayera en poder de los franceses cinco

años antes. Hornblower trataba de consolarse pensando en todo el barullo que se armaría tan pronto como el enemigo se hiciera cargo de la situación; los mensajeros que saldrían al galope, las cañoneras, avisadas con urgencia, los buques de cabotaje y las gabarras que buscarían el cobijo de las baterías más próximas, si las había. Hornblower estaba tentado de asegurar que no tenían ninguna entre Elbing y Königsberg, por no haberlas necesitado hasta aquel momento.

—¡Vigía! ¿No alcanza a ver nada en tierra?

—No, señor... ¡Sí, señor! Salen cañoneras de la ciudad.

También Hornblower las veía: una flotilla de naves de dos palos, aparejadas con las velas de abanico habituales en las naves pequeñas del Báltico, saliendo de Elbing. Se parecían un poco a las lanchas de Norfolk. Era de presumir que cada una llevase montado un cañón pesado, tal vez de veinticuatro libras. Anclaron a intervalos en las aguas poco profundas, al parecer con el propósito de proteger también la cadena en caso de un intento de ataque. Cuatro de ellas cruzaron resueltamente y echaron el ancla entre la cadena y la *Nehrung*, no precisamente cerrando la puerta de la cuadra después de robado el caballo, decidió Hornblower, rechazando el símil justo después de habersele ocurrido, sino para evitar que escapase el ladrón, si sabían ya que había un ladrón dentro, cosa poco creíble. La bruma se iba aclarando y el cielo casi estaba azul, iluminado por un sol débil.

—¡Ah de cubierta! Con permiso, señor, se ve algo de humo al fondo de la bahía. No puedo ver más, señor, pero es humo negro, y tal vez sea un barco ardiendo.

Bush, midiendo a simple vista la distancia cada vez menor entre el buque y la cadena, estaba dando órdenes de bracear por sotavento y retirarse algo mar afuera, y los dos corbetas siguieron los movimiento de la *Nonsuch*. Hornblower se preguntaba si no habría puesto demasiada confianza en el joven Mound con las bombardas. Mound tenía una cita importante para la mañana siguiente: con la *Mothy* la *Harvey* se había perdido de vista bajo el horizonte. Hasta entonces, la guarnición de Elbing no había visto más que tres barcos ingleses, y nadie sabía de la existencia de las bombardas. Aquello iba bien, siempre que Mound cumpliera sus órdenes debidamente. También podía levantarse un ventarrón, o producirse por capricho del viento una fuerte resaca que dificultara sus proyectos. Hornblower se sintió inquieto. Tenía que hacer un gran esfuerzo para dominarse, para simular que estaba tranquilo. Empezó a pasear por el puente, pero sus nerviosas zancadas quedaron pronto convertidas en pasos indecisos.

—¡Ah, de cubierta! Hay más humo en la costa, señor. Puedo ver dos focos, como si hubiera dos buques ardiendo ahora.

Bush acababa de dar orden de poner la gavia mayor otra vez en facha, y mientras el buque se colocaba al paio se acercó a Hornblower.

—Parece como si Vickery hubiese cazado algo, ¿verdad, señor? —preguntó sonriendo.

—Esperémoslo así —contestó Hornblower.

No había signo alguno de ansiedad en la expresión de Bush. Su arrugada faz no traducía más que una brava satisfacción al pensar que Vickery andaba suelto en medio del tráfico costero. Su confianza sublime comenzó a devolver la tranquilidad a Hornblower, hasta que éste advirtió de pronto que Bush en realidad no prestaba atención a las circunstancias. Bush sabía que Hornblower era el autor del plan de ataque, y eso le bastaba. No podía admitir la menor posibilidad de fracaso, y Hornblower encontró muy irritante que así fuera.

—¡Ah de cubierta! Dos barcos pequeños cruzan la bahía a todo ceñir hacia la ciudad. No estoy seguro, señor, pero me parece que el segundo es nuestro cúter.

—¡Es nuestro cúter, señor! —exclamó otra voz. Todos los hombres desocupados se habían encaramado entretanto a los topes.

—Será Montgomery —dijo Bush. Había encajado la contera de su pierna de palo en la argolla del aparejo de la última carronada, para poder mantenerse en pie sin esfuerzo en el puente, que subía y bajaba con moderado balanceo.

—¡La ha alcanzado, señor! —gritó la voz del calcés—. ¡Nuestro cúter la ha alcanzado!

—Una carga de carne y pan que no llegará a Boney —dijo Bush.

Si conseguían destruir un buen volumen de embarcaciones costeras dentro del Haff, cabría admitirlo como parcial compensación por la pérdida de ciento cincuenta marineros excelentes. Pero no sería fácil convencer a los lores del Almirantazgo si no había pruebas de tal destrucción.

—¡Ah, de cubierta! Los dos barcos se separan. Nuestro cúter se larga con viento de popa. El otro lleva la mayor cargada, me parece, señor. Creo que...

El informe del teniente se interrumpió de pronto en mitad de la frase.

—¡Allá va! —vociferó otro, y en el mismo momento se alzó un vítor de todas las jarcias.

—¡Ha volado! —gritó el teniente, olvidándose en su excitación de añadir «señor», al dirigirse al comodoro—. ¡Se ve una columna de humo tan alta como una montaña! Se puede ver desde cubierta, creo.

Sí la veían. Una columna rematada en una especie de hongo, negra y densa, que se divisaba al remontarse por encima del horizonte. Duró bastante tiempo, hasta que el viento la desgarró en extraños jirones y acabó por dispersarla.

—¡Eso no era carne y pan! —exclamó Bush, golpeándose la palma de la mano izquierda con el puño derecho—, ¡eso era pólvora! ¡Una gabarra de pólvora! ¡Cincuenta toneladas de pólvora, diantres!

—¡Vigía! ¿Ve el cúter?

—Está bien, señor. No parece que la explosión lo haya alcanzado. Ya no se le ve desde aquí, señor.

—A por otra, si Dios quiere —dijo Bush.

La voladura de una carga de pólvora era la prueba más clara de que Bonaparte utilizaba la ruta del lago interior para transportar repuestos militares. Hornblower

sintió que había conseguido algo, aunque Whitehall no quedase muy convencido, y se dio cuenta de que sonreía de satisfacción. Pero se reprimió al darse cuenta, porque su dignidad exigía que el triunfo le dejara tan impasible como la incertidumbre.

—Sólo queda sacar a Vickery y a sus hombres durante la noche, señor —comentó Bush.

—Sí, eso es todo —convino Hornblower, tan secamente como le fue posible.

La voladura de la gabarra de pólvora era la única prueba convincente que tuvieron aquel día en la *Nonsuch* del éxito logrado en el Haff, aunque más de una vez los vigías afirmaron no muy convencidos que veían humo en el horizonte, por el lado de la costa. Cuando llegó la tarde, apareció otra procesión de cañoneras, probablemente de Königsberg, y se estacionaron a lo largo de la barrera. Se pudo ver también durante un rato una columna de tropas, distinguiéndose claramente las líneas horizontales de casacas azules y pantalones blancos aun desde el puente mismo, en marcha para reforzar las defensas de Pillau. La entrada en el Haff iba a ser defendida resueltamente, por lo visto, por si los británicos intentaban dar un golpe de mano.

Por la tarde, Hornblower subió a la toldilla, después de fingir que comía, y miró a su alrededor otra vez, aunque sus sentidos habían estado tan tensos en el camarote que su mirada no le descubrió nada que no conociese ya. El viento iba amainando conforme declinaba el día; el sol estaba aproximándose al ocaso, aunque habría luz aún por espacio de un par de horas.

—Capitán Bush, tenga la bondad de enviar a sus artilleros con más puntería a las piezas de estribor de abajo.

—Sí, señor.

—Tenga los cañones dispuestos y en batería, por favor. Luego, si le parece, acerque el buque al alcance de aquellas piezas de tierra. Quiero que nos hagan fuego.

—Sí, señor.

Sonaron los pitos por todas partes; el contraestre y sus segundos alborotaron con sus voces, y los hombres corrieron a sus puestos. Una larga sacudida estremeció la nave como un terremoto, al prepararse los potentes cañones de veinticuatro de la cubierta inferior.

—Por favor, procure que los astilleros conozcan bien su objetivo —dijo Hornblower.

Sabía perfectamente lo poco que podía divisarse desde el puente bajo, mirando a través de una tronera que sólo queda a cosa de una vara del nivel del agua, y no quería que el enemigo sacara la conclusión de que aquello no era más que una escaramuza, como ocurría en realidad. Los hombres de la braza de sotavento de la gavia mayor, marchando con ánimos por la cubierta, dieron vuelta a la gran vela, y la *Nonsuch* cogió en seguida viento y ganó terreno poco a poco:

—¡Un poco a babor! —dijo Bush al timonel—. ¡Fondo! ¡Cambia!

—¡Vía así, señor! —repitió el timonel. Y luego, con un alarde de gimnástica facial, se trasladó el tabaco que rumiaba del carrillo a la boca, para descargarlo un

momento después con gran cuidado en la escupidera próxima a la rueda, sin perder de vista la caída de la gavia mayor y la aguja de bitácora.

La *Nonsuch* borneaba resueltamente hacia la entrada y las baterías. Era una situación muy delicada ponerse de aquel modo a tiro. Se veía humo como de incendio no lejos de las piezas; tal vez saliera de las cocinas de la guarnición, pero podía ser también de los hornos para poner al rojo las balas. Sin embargo, Bush era consciente de que existía aquella posibilidad en caso de acción contra las baterías costeras, y no había necesidad de prevenirle. Todo el personal disponible se hallaba preparado con cubos, y las bombas y mangueras estaban dispuestas. Ahora podía medir la distancia a simple vista.

—Acérquese algo más, por favor, capitán Bush —dijo para animarle, pues para Hornblower era evidente que aún no estaban a tiro. Un surtidor se dejó ver un momento en la movida superficie del mar, a dos cables de la amura de estribor—. Todavía falta algo, capitán Bush —insistió Hornblower.

En un silencio tenso el buque siguió adelante. Un montón de surtidores saltó de repente cerca, por la aleta de estribor, uno de ellos tan cerca que salpicó en plena cara a Bush en virtud de un extraño capricho del viento y del oleaje.

—¡Que el diablo los confunda! —farfulló Bush, limpiándose los ojos.

Aquella batería no tenía por qué haberse acercado tanto con aquella andanada. Y tampoco se veía humo en sus proximidades. Hornblower describió un círculo con su catalejo y tragó saliva. Era otra batería la que había disparado, la situada más a la izquierda, cuya existencia no sospechaba hasta entonces. Al parecer, había crecido suficiente hierba en los parapetos para ocultarla a la vista, pero se había desenmascarado un poco antes de tiempo. Si el oficial que la mandaba hubiera tenido diez minutos más de paciencia, la *Nonsuch* se habría encontrado tal vez en una situación difícil.

—Basta, capitán Bush —ordenó Hornblower.

—De bolina franca —indicó Bush al timonel, y luego alzó la voz—. ¡Brazas de sotavento!

La *Nonsuch* viró en redondo, presentando su banda de estribor a las baterías y, ciñendo el viento, se desvió hacia ellas con rapidez mucho menor. Hornblower indicó la situación exacta de la batería recién descubierta al guardiamarina de cuarto, y le envió corriendo abajo para que informase a los astilleros.

—¡Seguid orzando! —vociferó Bush al timonel.

—Seguimos orzando, señor.

Por unos instantes brotaron del agua multitud de surtidores alrededor, y el ronco rumor de las balas de cañón rasgando el aire llegó a sus oídos. Era curioso que no acertaran; por lo menos, así se lo parecía a Hornblower, hasta que al alzar la vista percibió dos agujeros elípticos en la sobremesana. No acertaban demasiado, teniendo en cuenta que eran veinte piezas las que disparaban, a juzgar por el humo que se elevaba de la costa. Tomó nota cuidadosamente del emplazamiento de las baterías; tal

vez aquel dato le pudiera servir más tarde.

—Abra fuego, capitán, por favor —dijo Hornblower, y antes de haber acabado de pronunciar la frase en tono cortés, Bush había levantado su bocina y repetía la orden a pleno pulmón. El cabo de artillería situado en la escotilla principal transmitió el mensaje a las piezas de abajo. Transcurrió un instante, que Hornblower advirtió complacido, pues era prueba de que los astilleros se esmeraban por apuntar bien, en vez de limitarse a tirar de los acolladores apenas oían la orden. Se oyó entonces un crujido desgarrador, la nave se conmovió y una nube de humo se alzó imponente y luego se desvaneció hacia sotavento. A través de su catalejo Hornblower pudo ver remolinos de arena flotando en torno a la batería disimulada. Los diecisiete cañones de veinticuatro tronaron de nuevo una y otra vez, y la cubierta vibraba bajo los pies de Hornblower por efecto del retroceso y la vibración de las cureñas.

—Gracias, capitán Bush —dijo Hornblower—, puede cambiar de bordada.

Bush pestañeó al mirarle por un momento, con la sangre tan alborotada que tuvo que pararse a reflexionar antes de ejecutar la orden.

—Sí, señor. —Se llevó el altavoz a la boca—. ¡Alto el fuego! ¡Listos para virar de bordo!

La orden fue transmitida a los cañones, y el estruendo se calmó bruscamente, de manera que el grito de «A orza todo» de Bush al timonel sonó innecesariamente fuerte.

—¡Halad la mayor! —tronó Bush.

Cuando la *Nonsuch* viraba pesadamente, dando la quilla y con las velas gualdrapeando, otro nuevo grupo de surtidores, ahora por primera vez agrupados, se elevó de las aguas por la amura de estribor. Si no hubiesen virado tan de repente, los disparos podrían haberles acertado. Hornblower sería tal vez a aquella hora un cadáver mutilado, tendido en la toldilla y con las entrañas fuera.

La *Nonsuch* había cruzado el viento, y las velas de popa iban llenándose.

—¡Largar y halar! —gritó Bush. Las velas delanteras se llenaron al retroceder los hombres con las brazas de sotavento, y la *Nonsuch* se afirmó en su nueva bordada.

—¿Más órdenes, señor? —preguntó Bush.

—Basta por ahora.

Ciñendo sobre la amura de estribor, la nave se alejaba rápidamente de tierra, poniendo proa hacia donde las dos corbetas le aguardaban ciando e hinchado las velas. La gente de la costa debía de estar jubilosa por haber rechazado un ataque serio; probablemente, algún artillero locuaz aseguraría haber visto con sus propios ojos que algunos disparos daban en el buque intruso y causaban daños. Debían de estar alerta, en la creencia de que algo desesperado se estaba tramando aún por allí cerca.

—¡Guardiamarina! —llamó Hornblower.

Hileras de banderas de color se remontaron por las drizas de la *Nonsuch*; era una buena práctica para el guardiamarina de señales tratar de deletrear «El toque de queda

saluda al día que muere» izando el menor número de banderas. Con el catalejo preparado, el guardiamarina leyó la respuesta de la *Raven*.

—«El mugidor reb...» —leyó— rebaño... Sí, dice rebaño, aunque no lo entiendo. Ahora sigue «traspone despacioso...».

Así que Cole, el capitán de la *Raven*, conocía al menos la elegía de Gray, y el encargado de señales de la corbeta era lo bastante ingenioso para aprovechar algunas especiales y ahorrar banderas.

—«El mugidor rebaño traspone despacioso a sotavento», señor —informó el desconcertado guardiamarina.

—Muy, bien. Acuse recibo.

Aquellas innumerables señales entre el buque de línea y las corbetas debían de haberse visto desde tierra, despertando allí interés. Hornblower hizo enviar otra señal con el número de la *Lotus*, «el labrador regresa cansado hacia el hogar», y recibió la desalentadora respuesta «Señal no comprendida». Purvis, el primer teniente de la *Lotus*, su comandante a la sazón, no parecía ser muy despierto, o quizá le faltaba erudición. Qué demonios iba a hacer con todo aquello era algo que superaba la imaginación del mismo Hornblower, aunque al pensar en ello no pudo evitar una sonrisa.

—Anule la señal —ordenó—, y envíe esta otra: «Informe inmediatamente número de casados pelirrojos a bordo».

Hornblower esperó hasta que vino la respuesta; deseó que Purvis no hubiese sido tan concienzudo y sí en cambio capaz de idear una respuesta que asociara las cualidades casi incompatibles de deferencia e ingenio, en vez de mandar simplemente la desabrida respuesta «Cinco». Luego se reintegró al trabajo.

—Señal para ambas corbetas —ordenó—. «Avancen sobre la barrera en actitud de amenaza, sin emprender acción».

En el crepúsculo agonizante observó el avance de los dos barcos en actitud de ataque. Los vio girar, barloventear y abatir de nuevo. Por dos veces distinguió una humareda u oyó, retumbando por encima del agua, el sordo estampido de una pieza de veinticuatro libras disparada por una cañonera para probar la distancia. Luego, aprovechando los últimos minutos de luz solar, mandó izar la señal: «Interrumpan la maniobra dentro de media hora». Había hecho cuanto había podido por atraer la atención del enemigo hacia este extremo de la bahía, la única salida. La guarnición tenía que estar completamente segura de que las lanchas asaltantes tratarían de escapar por aquella ruta. Era probable que sospechasen un ataque a las primeras luces del alba, ayudado por los grandes barcos de mar adentro. No era posible hacer más, y ahora sólo quedaba acostarse y pasar el resto de la noche tranquilo, si lograba conciliar el sueño.

Naturalmente, no pudo ser, con la suerte de ciento cincuenta hombres en juego, así como su propia reputación de buena fortuna e ingenio. Media hora después de haberse acostado, pensó que habría sido una buena idea invitar a tres oficiales

subalternos a jugar una partida de *whist* hasta el amanecer. Pensó en levantarse y hacerlo, pero renunció al pensar que así todos notarían que había intentado dormirse y no lo había conseguido. Debía limitarse a dar vueltas estoicamente y permanecer acostado hasta que el alba viniese a liberarle.

Cuando subió al puente, la neblina lechosa de la mañana báltica hacía aún más borrosa la vaga silueta de los objetos visibles. El día se anunciaba sereno, con viento moderado racheando un poco. Bush ya estaba en cubierta (Hornblower lo sabía, pues antes de subir había oído el golpeteo de la pierna de madera del capitán sobre su cabeza), y al verle Hornblower deseó que su propio semblante no mostrase las mismas señales de insomnio y ansiedad. Al menos, sirvieron para hacer que se esforzase por ocultar su propia inquietud al devolverle a Bush su saludo.

—Espero que Vickery esté bien, señor —dijo Bush.

El simple hecho de que Bush se atreviera a hablar a Hornblower a aquella hora de la mañana, después de tantos años de servir a sus órdenes, era la mejor prueba de su intranquilidad.

—Oh, sí —replicó Hornblower, decidido—. Le creo capaz de salir bien de cualquier situación.

Lo decía con entera sinceridad. Al hablar así se le ocurrió (como le había sucedido ya a menudo) que la preocupación y la ansiedad no tenían relación alguna con las circunstancias del caso. Había hecho cuanto era posible. Recordaba su cuidadoso estudio de las cartas, la lectura del barómetro, sus minuciosos intentos (acertados, como se había visto después) de predecir el tiempo. Si tuviera que apostar lo haría a que Vickery estaba a salvo, y estaba seguro incluso de que las probabilidades eran de tres a uno a su favor. Pero aquello no le impedía estar inquieto, de todos modos. Lo que le salvaba era ver el nerviosismo de Bush.

—Con esta brisa no puede haber mucha resaca, señor —dijo Bush.

—Claro que no.

Había pensado en ello cincuenta veces por lo menos durante la noche, aunque trató de aparentar que sólo fue una vez. La niebla se había aclarado bastante para ver apenas a lo largo de la cadena, y pudo distinguir un bote de vigilancia retrasado, que se acercaba a ella remando.

—Las bombardas tienen viento favorable, señor —continuó Bush—. Seguramente han recogido ya a Vickery y vienen hacia nosotros.

—Sí.

Bush alzó la vista para comprobar que los vigías estaban en sus puestos y alerta. Doce millas más abajo, siguiendo la *Nehrung*, la larga lengua de tierra que separaba el Haff del Báltico, era donde Mound con las bombardas debía recoger a Vickery y sus hombres. Vickery tenía órdenes de desembarcar en la *Nehrung* aprovechando la oscuridad, abandonar los botes, cruzar el arenal y reunirse con Mound una hora antes de amanecer. Con su escaso calado, las bombardas no corrían ningún riesgo entre los bajíos, de modo que podrían botar sus lanchas y recoger a Vickery y a su gente. Las

cuatro lanchas utilizadas en la operación se perderían, pero aquello no era nada en comparación con el daño que habrían causado, y Hornblower esperaba que, con la distracción de los simulacros que había montado frente a Pillau y la posibilidad de que el enemigo no pensara que Vickery dejaría sus lanchas en la laguna, éste no encontraría oposición alguna en el arenal. Y aunque la encontrara, como la *Nerhung* tenía quince millas de largo, se podía confiar en que el teniente, con ciento cincuenta hombres resueltos, sabría abrirse paso a través de cualquier cordón de centinelas o aduaneros.

En cualquier caso, si todo había salido bien, pronto tendrían que dejarse ver las bombardas. Los próximos minutos serían decisivos.

—Ayer no podíamos oír fuego de cañón en la bahía, señor —dijo Bush— a causa del viento. Es posible que hayan encontrado algún barco armado.

—Sí, es posible —asintió Hornblower.

—¡Barco a la vista! —gritó el vigía del calcés—. Dos buques por el través de babor. Son las bombardas, señor.

Tal vez regresaban sin haber podido recoger a Vickery; pero no era fácil que en ese caso volvieran tan pronto. Bush sonreía abiertamente, desvanecidos por completo sus temores.

—Creo, capitán —dijo Hornblower—, que podemos abatir la caña y salir a su encuentro.

No era propio de la dignidad de un comodoro izar una señal de pregunta al acercarse los barcos a distancia adecuada, para leerla tan pronto como con un catalejo desde la *Harvey* pudiese distinguir las banderas. Pero la *Nonsuch* iba a más de cinco nudos, con el agua chapoteando alegremente bajo las amuras, y la *Harvey* hacía otro tanto, de modo que sólo había que esperar unos minutos.

—La *Harvey* hace señales, señor —informó el guardiamarina. Leyó las banderas y consultó apresurado el código— «Marineros a bordo», señor.

—Muy bien. Ponga «Comodoro a capitán. Venga a bordo con señor Vickery para informar».

No hubo que esperar mucho. Cuando los dos barcos estuvieron a distancia de oído se pusieron al paio y el bote de la *Harvey* fue bajado al agua, se acercó meciéndose en las olas a la *Nonsuch*. Asomó por la borda Vickery, con aspecto cansado, y Mound en su compañía. Aquél tenía gris en el semblante, y bajo los ojos tenía señales como de cicatrices recientes, prueba de que no había dormido durante tres noches consecutivas. Se sentó con ademán agradecido cuando Hornblower le invitó a hacerlo, una vez dentro del camarote.

—¿Bien? —preguntó Hornblower—. Quiero oírle primero, Vickery.

—Salió muy bien, señor. —Vickery extrajo de su bolsillo un trozo de papel, en el que, por lo visto, había tomado unas notas—. No ocurrió nada al posar la cadena la noche del 15. No vimos al enemigo. En la madrugada del 16 estábamos frente a la desembocadura del río de Königsberg. Allí apresamos y destruimos la... *Fried Rich*,

costera, de Elbing, de unas doscientas toneladas, con siete tripulantes y carga de arroz y cerdos vivos. La incendiamos y enviamos a la gente a tierra en su propio bote. Luego capturamos la *Blitzer*, también de Elbing, de unas cien toneladas y carga de grano. También le prendimos fuego. Luego la *Charlotte*, de Danzig. Llevaba aparejo completo, y era de cuatrocientas toneladas, con veinticinco tripulantes, cargada de pertrechos militares: tiendas, camillas, herraduras, diez mil juegos de armas cortas; la incendiamos. Seguidamente, la *Ritter Hourse*, una gabarra de alrededor de setenta toneladas, cargada de pólvora. La volamos.

—Creo que vimos la explosión —dijo Hornblower—. Fue el cúter de la *Nonsuch*.

—Sí, señor. Todo aquello ocurrió por este lado de la bahía. Luego arribamos hacia el oeste, y apresamos la *Weece Ross*, de Colberg, doscientas toneladas. Llevaba cuatro piezas de seis libras y nos hizo frente, pero Montgomery la abordó por la proa y se rindieron. Tuvimos dos heridos. Después...

—¿Cuántos en total?

—Un navío, señor. Once costeros. Veinticuatro barcasas. Todos destruidos.

—Excelente —dijo Hornblower—. ¿Y luego?

—Ya era de noche cerrada, señor. Echamos el ancla por el lado norte de la bahía, hasta medianoche. Después nos acercamos al arenal. Encontramos allí a dos soldados y los hicimos prisioneros. Fue bastante fácil cruzar. Encendimos una bengala, y nos pusimos en comunicación con la *Harvey*. Comenzaron a embarcarnos a las dos, y a las tres subí a bordo, con el alba. Antes de embarcar me volví e incendié las lanchas, señor.

—Mejor aún.

Así, pues, no quedaba siquiera al enemigo la triste compensación de capturar cuatro lanchas de navío a cambio de la terrible destrucción que Vickery había ocasionado. Se volvió a Mound.

—No tengo nada especial que añadir, señor. El agua era poco profunda, desde luego; pero no tuve dificultad en acudir al punto señalado. Después de embarcar al señor Vickery y a su gente tocamos fondo, señor. Llevábamos cerca de cien hombres más que de costumbre, y seguramente el calado aumentó cosa de un pie. Pero salimos bastante bien. Hice pasar de un lado a otro a los hombres para balancear el barco, puse todo en facha y salimos a flote.

—Comprendo.

Hornblower observó la cara inexpresiva de Mound y sonrió por dentro pensando en su estudiada languidez. Tantear en la oscuridad la ruta hacia el lugar de la cita entre bajíos tenía que haber sido una verdadera proeza. Requería una destreza náutica de primer orden, pero no era costumbre hacer hincapié en las dificultades vencidas. Y un oficial de menos confianza podía haber tratado de ocultar el hecho de que su barco hubiese tocado fondo una vez. La sinceridad de su relato hablaba en favor de Mound.

—Llamaré la atención del Almirantazgo —dijo Hornblower, haciendo lo posible por reprimir la solemnidad que pugnaba por asomar a sus palabras— sobre la

conducta de ambos, que considero excelente. Naturalmente, espero recibir sus informes por escrito en seguida.

—Sí, señor.

Ahora que era el comodoro, Hornblower sentía más simpatía por los oficiales superiores que habían sido ceremoniosos con él; también acababa de serlo él por su parte, como recurso para disimular que se había sentido intranquilo.

CAPÍTULO XVI



Hornblower estaba comiendo solo. Había afianzado la obra de Gibbon con la quesera, en la mesa, delante de él, y estiraba las piernas cómodamente por debajo. Se había permitido un extraordinario: media botella de vino y el pastel marino que se disponía a partir ahora y que exhalaba un aroma exquisito. Era uno de esos días en los que todo marchaba de maravilla en el mundo, en que podía permitirse el lujo de dejarse mecer al ritmo del buque sin pensar en nada; en que las viandas sabían bien y el vino estaba delicioso. Introdujo una cuchara en el pastel justamente cuando llamaron a la puerta y entró un guardiamarina.

—La *Clam* a la vista por barlovento, señor —anunció el muchacho.

—Muy bien.

Hornblower procedió a trasladar un trozo de pastel de la fuente a su plato, y lo abrió para que se enfriara, mientras su cerebro comenzaba a funcionar activamente. La *Clam* traería noticias; se había quedado en San Petersburgo con el único objeto de esperar a que las hubiera. Es posible que Rusia estuviera en guerra con Bonaparte ahora. O bien Alejandro se habría sometido abyectamente, único modo de salvarse de la contingencia de la guerra. Quizás hubiese muerto, asesinado por sus oficiales, como su padre. No sería la única vez que un cambio en la política rusa se había iniciado con una revolución palaciega. Todo podía haber ocurrido... Pero el pastel se estaba enfriando. Y apenas empezó a saborearlo cuando el guardiamarina llamó otra vez a la puerta.

—Señales de la *Clam*. «Tenemos despachos para el comodoro», señor.

—¿A qué distancia se encuentra?

—Se ve el casco a barlovento, señor. Vamos a su encuentro.

—Diga «Comodoro a *Clam*. Enviad despachos a bordo lo antes posible».

—Sí, señor.

No era nada sorprendente el mensaje de la *Clam*; la sorpresa hubiera sido que no los trajera. Hornblower se metió en la boca trozos de pastel a toda prisa, como si con ello apresurara la llegada de los despachos. Se contuvo y bebió a sorbos el vino. Pero ya no le atraían ni el vino ni el pastel. Entró Brown y le sirvió queso, y mientras se lo comía se decía a sí mismo que había comido bien. Aguzando el oído a los rumores del puente, conjeturó que estaba atracando un bote, y, un momento después, otra llamada a la puerta anunció la llegada de lord Wychwood. Hornblower se levantó, le ofreció una silla, le invitó a comer, cogió el despacho encerrado en un voluminoso sobre de lona que Wychwood le tendía y firmó el recibo correspondiente. Por un momento permaneció sentado con el mensaje en las rodillas.

—Bien —dijo Wychwood—, es la guerra.

Hornblower se contuvo para no preguntar: «¿Guerra contra quién?». Esperó.

—Alejandro lo ha decidido, o mejor dicho, ha sido Boney, al cruzar el Niemen hace diez días con quince cuerpos de ejército. No ha habido declaración de guerra, desde luego. No es el género de cortesía que pudiera esperarse de dos potentados que han estado poniéndose de vuelta y media en todos los idiomas de Europa. La guerra era inevitable desde el momento en que Alejandro envió su respuesta hace un mes, el día antes de que partiese usted de San Petersburgo. Ahora veremos.

—¿Quién ganará?

Wychwood se encogió de hombros.

—No me puedo imaginar a Boney vencido. Por lo que he oído, el ejército ruso no tuvo una actuación muy buena el año pasado en Finlandia, a pesar de su reorganización. Y Boney tiene medio millón de hombres en marcha hacia Moscú.

Medio millón de hombres; el mayor ejército que el mundo había visto desde que Jerjes cruzara el Helesponto.

—Por lo menos —prosiguió Wychwood—, entretendrá a Boney todo el verano. El año próximo se apreciará el resultado. Tal vez pierda tantos hombres que su propio pueblo no lo soporte.

—Esperémoslo así —dijo Hornblower.

Y con el cortaplumas desgarró el sobre. El despacho decía así:

Embajada británica San Petersburgo
24 de junio de 1812

Señor, el portador del presente despacho, coronel lord Wychwood, os informará de la situación en este país y del estado de guerra entre su majestad imperial el zar y Bonaparte. Naturalmente, tomará usted todas las medidas necesarias para prestar la ayuda que pueda a nuestro nuevo aliado. Me informan, y tengo motivos para creerlo, que mientras el grueso del ejército de Bonaparte avanza hacia Moscú, un importante destacamento, que se cree compuesto del cuerpo de ejército prusiano y un cuerpo de ejército francés, ambos a las órdenes del mariscal MacDonald, duque de Tarento, con efectivos totales de sesenta mil hombres, marcha en dirección norte hacia San Petersburgo. Sería muy conveniente que ese ejército encontrara obstáculos para llegar a su destino, y, a solicitud del Estado Mayor Imperial ruso, he de llamar su atención sobre la posibilidad de que su escuadra preste ayuda a Riga, que los franceses tienen que capturar antes de seguir su avance hacia San Petersburgo. Por mi parte, me adhiero a la petición del Estado Mayor ruso, y le encarezco que preste auxilio a Riga el mayor tiempo posible que se lo permitan sus órdenes iniciales.

En virtud de los poderes que me han sido conferidos, he de informarle de que considero importante para la seguridad nacional que el cúter *Clam*, actualmente a sus órdenes, sea despachado a Inglaterra para llevar con la máxima rapidez la noticia del comienzo de las hostilidades. Espero y confío en que no opondrá ninguna objeción.

Tengo el honor de quedar, señor, etcétera

Cathcart

Ministro plenipotenciario de su majestad británica y embajador extraordinario cerca de S. M. I.

—Cathcart es una buena persona —comentó Wychwood, al observar que Hornblower había acabado la lectura—. Como soldado y como diplomático vale dos veces más que Merry, el de Estocolmo. Me alegro de que Wellesley le enviara.

Ciertamente, aquel despacho estaba mejor redactado que el último recibido, y además, Cathcart no se tomaba la libertad de dar órdenes al comodoro.

—Partirá usted en la *Clam* para Inglaterra —ordenó Hornblower—. Le ruego que espere a que termine mis despachos para el Almirantazgo.

—Naturalmente —respondió Wychwood.

—Será cuestión de unos minutos —dijo Hornblower—. Tal vez el capitán Bush podrá atenderle mientras espera. Sin duda, habrá muchas cartas que esperan su envío a Inglaterra. Entretanto, mando también a mi secretario en la *Clam*, y le entregaré los informes relativos a su caso.

Solo en su camarote, Hornblower abrió su pupitre y buscó pluma y tinta. Había poco que añadir a su despacho oficial. Leyó las últimas palabras: «Deseo llamar vivamente la atención de vuestras señorías sobre la conducta y competencia profesional del comandante William Vickery y el teniente Percival Mound». Luego comenzó un nuevo párrafo. «Aprovecho la oportunidad del regreso de la *Clam* para enviarles esta carta. De acuerdo con la recomendación de su excelencia lord Cathcart, procederé en el acto con mi escuadra a prestar toda la ayuda posible a las fuerzas rusas de Riga». Reflexionó un momento, pensando en añadir una expresión convencional, como «confío en que este proceder será del agrado de vuestras señorías», y luego desechó la idea. Aquello no significaba nada, era palabrería inútil. Mojó de nuevo la pluma y escribió simplemente: «Tengo el honor de ser su seguro servidor, Horatio Hornblower, capitán y comodoro».

Cerró la carta y llamó a Brown. Mientras escribía la dirección. «Edward Nepean, Esq., secretario de los Lores Comisarios del Almirantazgo», Brown le trajo una bujía y lacre, y selló la carta, dejándola a un lado. Luego cogió otro pliego y comenzó a escribir otra vez.

A bordo de la *Nonsuch*, de S. M. en el Báltico

Querida esposa, el cúter espera que termine mi correspondencia para Inglaterra, y sólo tengo el tiempo preciso para trazar estas breves líneas y añadir mi carta a las demás que han estado esperando la ocasión de hacer el viaje. Estoy perfectamente de salud, y la campaña se desenvuelve de modo satisfactorio. Acabo de enterarme de la gran noticia de que ha estallado la guerra entre Bonaparte y Rusia. Espero que resulte un tremendo error de Bonaparte, pero sólo puedo presumir que la lucha será larga y costosa, y tendré pocas probabilidades de volver a tu amada presencia, al menos hasta que, por quedar los puertos cerrados a causas de los hielos, no sea posible proseguir las operaciones en estas aguas.

Confío sinceramente en que estés bien y contenta, y que los rigores de la estación en Londres no os hayan molestado mucho. Me gusta imaginar que el aire de Smallbridge devuelve las rosas a tus mejillas, de modo que los caprichos de modistos y sombrereros no cobren un excesivo tributo para tu salud y tranquilidad de espíritu.

También espero que Richard se comporte contigo con la devoción y la obediencia que te mereces, y que sus dientes hayan seguido haciendo su aparición con el menor trastorno posible. Sería para mí un gran placer que fuese ya mayorcito y me pudiera escribir por su cuenta, especialmente si con ello me diera más noticias tuyas; sólo una carta escrita por ti misma podría darme mayor alegría. Me satisface pensar que no tardaré mucho en recibir cartas de Inglaterra, y me sentiré dichoso al saber que todo va bien en casa.

Cuando veas a tu hermano, lord Wellesley, preséntale mis respetos. Para ti reservo todo mi amor.

Tu devoto esposo,

Horatio

Wychwood tomó las cartas que Hornblower le entregó y escribió un recibo en el pupitre de Bush, con la pluma de éste. Luego tendió la mano.

—Adiós, señor —dijo, y vaciló un momento. Luego, de golpe, agregó—: Dios sabe cómo acabará esta guerra. Espero que los rusos sean derrotados. Pero usted ha

hecho más que nadie para que la guerra empezara. Ha cumplido perfectamente con su deber, señor.

—Gracias —contestó Hornblower.

Estaba inquieto y alterado; se hallaba en el alcázar de la *Nonsuch* mientras, por encima de su cabeza, el pabellón se inclinaba en un saludo de despedida a la *Clam*, y sus ojos no se apartaban del cúter, que se alejaba hacia Inglaterra. Así continuó hasta que lo perdió de vista, mientras la *Nonsuch* rectificaba el rumbo y se dirigía a Riga y a las nuevas aventuras que pudieran esperarle. Sabía muy bien lo que pasaba; aquello era nostalgia, y estaba sumergido en una tempestad de confusas emociones, como siempre que escribía a su casa. Y, cosa extraña, las últimas palabras de Wychwood contribuyeron a su turbación, al recordarle la terrible carga de responsabilidad que pesaba sobre él. Sus actos afectarían profundamente el futuro del mundo y la supervivencia de su país. Si la aventura de Rusia acababa en derrota y desastre, todo aquel que quisiera descargarse de responsabilidad le acusaría, condenándole por inepto y poco sagaz. Hasta sintió envidia de Braun, que ahora regresaba a Londres arrestado y tal vez expuesto a que le juzgaran y condenaran a muerte, y recordó con ansia sus pequeñas contrariedades de Smallbridge. Sonrió para sí al recordar que su mayor molestia había sido recibir una comisión de bienvenida del pueblo. Pensó en la simpatía de Bárbara, en el intenso placer que había experimentado al comprender por vez primera que Richard le quería y buscaba su compañía, y se encontraba a gusto a su lado. Y aquí tenía que contentarse con la lealtad irreflexiva de Bush y la precaria admiración de los oficiales jóvenes.

Volviendo ya a la realidad, se esforzó por recordar con qué fervor de excitación había recibido las órdenes que le hacían volver al servicio activo, con cuánta ligereza había dejado a su hijo, la liberación (no podía dejar de reconocerlo) que había sentido al separarse de su mujer. La perspectiva de ser una vez más dueño de sí mismo, de no tener que acceder a los deseos de Bárbara, de no estar más tiempo preocupado con la dentición de Richard, le había parecido entonces muy atrayente. Y aquí estaba ahora, lamentándose íntimamente por el agobio de la responsabilidad, cuando ésta era el precio inevitable que había que pagar por ser independiente; la irresponsabilidad era algo que, en el orden natural de las cosas, no podía coexistir con la independencia.

Todo esto era cierto y lógico, pero no podía soslayar el hecho de que deseaba encontrarse en casa: podía evocar en la imaginación con tal viveza el contacto de la mano de Bárbara en la suya que le producía un agudo desencanto comprobar que aquello era sólo una fantasía. Le gustaría tener de nuevo a Richard sentado en sus rodillas, chillando de gozo al verse pellizcado en la nariz. Y no quería comprometer su reputación, su libertad y su vida en operaciones combinadas con aquellos impredecibles rusos en un rincón del mundo olvidado de Dios, como Riga. De todos modos, su interés resurgió espontáneamente, y decidió que sería mejor bajar a su camarote y volver a leer las instrucciones de partida para Riga; y también convendría estudiar con detenimiento el mapa de la bahía de aquel puerto.

CAPÍTULO XVII



El verano nórdico había llegado rápidamente, como de costumbre. La semana última, frente Pillau, todavía se notaba un cierto hálito de invierno en el aire. Aquel día, con Riga asomando ya sobre el horizonte, era pleno verano. Este viento abrasador hubiera resultado propio de las calmas ecuatoriales, de no haber sido por su calidad estimulante, desconocida en los trópicos. Un sol que parecía de latón lucía en el firmamento sin nubes, aunque había la niebla suficiente para emborronar el lejano horizonte. Soplaban una suave brisa de dos nudos, viento sudoeste que bastaba apenas para mantener la *Nonsuch* en su rumbo a todo trapo, con alas a ambos lados. La escuadra navegaba lo más deprisa que podía, con la arboladura de la *Lotus* por la amura de estribor, la *Rayen* algo más a popa, y las dos bombardas rastreando a bastante distancia; hasta la pesada *Nonsuch* les sacaba ventaja en aquellas condiciones.

Todo estaba muy tranquilo. A popa, un grupo de marineros, vigilados por el velero, examinaba una vela mayor para repararla. En el combés, otro grupo arrastraba de un lado a otro del puente un «oso», una enorme estera de fibra de coco que fregaba la tablazón mucho mejor que las piedras de arena. En la toldilla, el piloto daba una clase de navegación con sus segundos y los guardiamarinas alrededor, en semicírculo, provistos de sextantes. Hornblower se acercó y oyó a uno de los guardiamarinas, un chiquillo que aún no había cambiado la voz, que pronunciaba una respuesta a la pregunta que acababan de hacerle.

—El paralaje de un objeto se mide por un arco de círculo vertical interceptado entre una línea que arranca del centro de la tierra y una línea... una línea...

El guardiamarina percibió de repente la temible proximidad del comodoro. Su voz tembló y acabó por extinguirse. Hasta allí había repetido el *Epítome de Navegación* de Norie al pie de la letra. Era el joven Gerard, sobrino del segundo teniente de la *Sutherland*, a quien Bush había admitido en su buque en atención a su tío, que seguía consumiéndose en una prisión de Francia. Las cejas del piloto se contrajeron con disgusto.

—Vamos, vamos, señor Gerard —le animó.

Hornblower se representó de pronto mentalmente al joven Gerard inclinado sobre la recámara de un cañón mientras un flexible bastón le enseñaba por lo menos la necesidad de aprenderse de memoria el *Epítome* de Norie. Intervino con apresurada compasión:

—Entre una línea que arranca del centro de la tierra —dijo, por encima del hombro del joven— y una línea que sale del ojo del observador y pasa por el centro del objeto. ¿Es así señor Tooth?

—Exactamente, señor —dijo el piloto.

—Creo que el señor Gerard lo sabía, ¿no es así, muchacho?

—S... sí, señor.

—Estaba seguro. Yo tenía su edad cuando aprendí ese mismo pasaje.

Hornblower reanudó su paseo, confiando en haber salvado del castigo las delgadas posaderas de Gerard. Un ademán precipitado del guardiamarina de servicio, que tomó la pizarra y el pizarrín, le alertó de que uno de los navíos estaba haciendo señales, y dos minutos después el guardiamarina acudió a saludarle, con el mensaje en la mano.

—La *Lotus* al comodoro. Tierra a la vista en dirección sur.

Aquello debía de ser el cabo Pitraga, un promontorio al sur del golfo de Riga.

—Replique: «Pónganse a la capa y esperen al comodoro» —dijo Hornblower.

Si el tiempo no fuera tan caliginoso, la isla de Oesel estaría justamente a la vista hacia el norte desde el calcés. Estaban cruzando los umbrales de una nueva aventura. Unas setenta millas a proa, al fondo del golfo, estaba Riga, probablemente asaltada en aquel momento por los ejércitos de Bonaparte. Con ese simulacro de viento, tardaría aún dos días en llegar. El hecho de internarse por segunda vez en aguas rusas no ocasionaba la menor alteración en la plácida superficie de la vida en el navío. Todo continuaba como de costumbre, y sin embargo Hornblower sintió en sus huesos que muchos de los hombres que ahora entraban en el golfo no saldrían de él, si es que alguno lograba escapar. Aun con aquel sol de fuego y aquel cielo resplandeciente, Hornblower experimentó un escalofrío agorero difícil de reprimir. Sería curioso que su cadáver fuese a reposar precisamente en tierra rusa.

Alguien (los rusos, los suecos o los finlandeses) habían balizado hábilmente el canal, que serpenteaba a través de los traidores bajíos del golfo de Riga. Aunque la escuadra tuvo que quedar al ancla durante la noche, un ligero aumento y cambio del viento les permitió remontar todo el golfo la tarde siguiente. Tomaron un piloto a mediodía, un individuo barbudo con botas de mar y un grueso chaquetón, a pesar del bochorno. Resultó ser un inglés, Carker de nombre, que llevaba veinticuatro años sin ver su tierra natal. Se quedó mirando a Hornblower con los ojos entornados mientras éste comenzaba a hacerle preguntas respecto a la marcha de la guerra. Sí, se habían visto avanzar hacia Riga algunas patrullas de caballería de los franceses y de los prusianos. Las últimas noticias de la campaña principal se referían a una desesperada lucha en torno a Smolensko, y todo el mundo esperaba que Bonaparte fuese derrotado allí. La ciudad se estaba preparando para un asedio, según creía; al menos había allí muchos soldados, cuando salió el día anterior en su cúter, y había proclamas requiriendo al pueblo para que luchase hasta el final; pero nadie podía imaginar que los franceses emprendieran un ataque serio contra la ciudad.

Hornblower terminó por volverle la espalda lleno de impaciencia, juzgándole un típico ejemplo de paisano sin uniforme, ignorante de todo e incapaz de apreciar la gravedad de la situación. Livonia, que había sido durante siglos el campo de batalla de Europa septentrional, llevaba tres generaciones sin ver a un solo enemigo, y había

olvidado hasta el recuerdo de las invasiones. Hornblower no pensaba ni mucho menos internar su escuadra en el río Dvina (¡qué nombres más raros los rusos!), si advertía la más mínima posibilidad de que le cortaran la retirada, y examinó con su catalejo la verde línea de la ribera, cuando pudo alcanzarla a ver desde el puente. Casi en línea recta a popa de la escuadra el sol se iba ocultando en el horizonte dentro de un fantástico lecho de nubes; pero quedaban aún dos horas de luz diurna y la *Nonsuch* avanzaba lentamente, pero sin tregua. Bush subió a verle y se llevó la mano al sombrero.

—Perdón, señor, ¿no oye nada? ¿Será fuego de cañón?

Hornblower aguzó el oído.

—¡Sí, es artillería, por el amor de Dios! —exclamó.

Era un rumor sumamente sordo y débil, que el viento traía de la orilla distante.

—Los ranas han llegado antes que nosotros, señor —dijo Bush.

—Preparados para echar el ancla —ordenó Hornblower.

La *Nonsuch* continuó avanzando resueltamente, a tres o cuatro nudos; el agua en torno a ella aparecía de un gris amarillento, a causa del fango arrastrando por el caudaloso río. La desembocadura del Dvina estaba sólo a una o dos millas a proa, y con las lluvias de primavera y la fusión de las nieves el río debía de llevar mucha agua. Las boyas de un bajío a medio fondo permitieron a Hornblower fijar su posición. Estaba llegando a tiro largo de cañón de aquellas verdes riberas. Como si saliese del agua amarilla, se distinguía una iglesia por la amura de estribor, con una cúpula parecida a un bulbo, rematada por una cruz que reflejaba hacia su antejo, aun a aquella distancia, el bermejo resplandor del sol poniente. Aquello era seguramente la aldea de Daugavgriva, en la margen izquierda. Si estaba en poder de los franceses, la entrada al río iba a resultar difícil, tal vez imposible, tan pronto como allí instalaran cañones pesados. Tal vez los tuviesen ya.

—Capitán Bush —dijo Hornblower—, eche el ancla, por favor.

El cable resbaló con enorme estrépito por el escobén, y la *Nonsuch* borneó hacia el viento cuando los hombres, maniobrando con presteza, acortaron las velas. El resto de la escuadra se acercó y echó anclas en el momento justo en que Hornblower empezaba a pensar que se había precipitado, o al menos, a lamentarse vivamente de que la noche se le hubiera venido encima sin haber podido ponerse en comunicación con tierra.

—Haga que preparen mi falúa —ordenó—. Capitán Bush, voy a trasladarme a la *Harvey*. Tomará usted el mando de la escuadra durante mi ausencia.

Encontró a Mound en la borda, esperando para saludarle, y saltó a la cubierta.

—Bracee en cuadro, señor Mound. Nos acercaremos a la orilla en dirección a aquella iglesia. Ponga a uno de sus mejores hombres a la sonda.

La bombardera, con el ancla en la serviola, preparada para largarla, se deslizó sobre las aguas tranquilas. Había aún bastante luz, pues a 57° de latitud norte y a pocos días del solsticio, el sol no estaba muy bajo al otro lado del horizonte.

—La luna saldrá dentro de una hora, señor —dijo Mound—; llena, tres cuartos.

Era una tarde maravillosa, fresca y estimulante. Apenas se sentía el rumor del agua al abrirse ante la proa de la bombardera, que resbalaba sobre la plateada superficie. Hornblower pensó que únicamente faltaban unas mujeres bonitas a bordo y alguien rasgueando una guitarra para convertir aquello en una excursión. En la orilla divisó algo que atrajo su atención y enfocó el catalejo en el momento mismo en que Mound hacía otro tanto.

—Hay luces en la ribera —dijo Mound.

—Son fuegos de campamento —replicó Hornblower.

Ya había visto antes fuegos de aquel tipo: los del ejército del Supremo, en América Central, y los de las fuerzas de desembarco en Rosas. Despedían chispas rojizas en la media luz, formando líneas más o menos regulares. Describiendo un arco, Hornblower distinguió otros grupos de luces. Había un espacio oscuro entre un grupo y otro, y así lo indicó a Mound.

—Será la tierra de nadie entre las dos fuerzas —dijo—. Los rusos tendrán acaso el pueblo como obra exterior en la margen izquierda del río.

—¿No podrían ser franceses todos esos fuegos, señor? —preguntó Mound—, ¿o rusos tal vez?

—No —respondió Hornblower—. Los soldados no vivaquean si pueden alojarse en pueblos con tejados sobre sus cabezas. Si no hubiera dos ejércitos frente a frente, todos estarían durmiendo cómodamente en las camas y los pajares de los aldeanos.

Pasó un buen rato mientras Mound se hacía cargo de aquello.

—Dos brazas, señor —dijo por último—. Quisiera virar en redondo, si es posible.

—Muy bien. Hágalo. Manténgase lo más cerca de la orilla que crea prudente.

La *Harvey* viró de bordo con el viento por el través, mientras media docena de hombres tiraban enérgicamente de la escota. La luna se elevaba, redonda y rojiza, sobre la tierra; la cúpula de la iglesia se recortaba sobre su luz. Un grito agudo llegó del vigía de proa.

—¡Bote por avante! Por la amura de babor, señor. Viene bogando.

—Capture ese bote si puede, señor Mound —dijo Hornblower.

—Sí, señor. ¡Dos puntos a estribor! Bote el esquife. ¡Lista la dotación!

Se podía ver la borrosa forma del bote no muy lejos, y aun distinguir el chapoteo de los remos. Se le ocurrió a Hornblower que los remeros no debían de ser gente de gran pericia, y quien los mandaba tampoco parecía ser muy perspicaz. Tenían que haberse dirigido en el acto hacia los bajíos si no querían ser capturados, mientras que, si se empeñaba en afrontar con remos las velas, no tenía ninguna probabilidad de lograrlo, aunque la brisa fuese muy ligera. Pasaron varios minutos antes de que virasen hacia la orilla, y entretanto su ventaja se había reducido considerablemente.

—¡A orza todo! —gritó Mound—. ¡Bajen el bote!

La *Harvey* orzó, y, al perder impulso, el esquife cayó en el agua, seguido de su dotación.

—¡Quiero prisioneros! —gritó Hornblower a los del bote.

—Sí, señor —contestaron, mientras los remos hendían el agua.

A impulsos de los diestros remeros, el esquife adelantaba rápidamente al bote desconocido; se podía ver disminuir la distancia cuando las dos embarcaciones desaparecieron en la semioscuridad. Luego distinguieron los fogonazos anaranjados de media docena de disparos de pistola, y las detonaciones llegaron a sus oídos sobre el agua pocos segundos después.

—Esperemos que no sean rusos, señor —dijo Mound.

También Hornblower había pensado en tal posibilidad y estaba nervioso e incómodo; pero habló con desparpajo:

—Los rusos no habrían huido. No podrían pensar en tropezar con franceses del lado del mar.

Pronto reaparecieron los dos botes, remando despacio y dejando atrás las tinieblas.

—Los hemos cogido a todos, señor —dijo una voz en respuesta a la llamada de Mound.

Subieron a cinco prisioneros a la cubierta de la *Harvey*; uno de ellos gemía a consecuencia de una bala que le había atravesado el brazo. Alguien trajo una linterna y la enfocó sobre ellos, y Hornblower dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio que la cruz que brillaba en el pecho del jefe era la Legión de Honor.

—Desearía saber el nombre y el grado de *monsieur* —dijo cortésmente en francés.

—Jussey, jefe del batallón de ingenieros de los ejércitos del emperador.

Un comandante de ingenieros; era una captura importante. Hornblower se inclinó al presentarse, mientras cavilaba a toda marcha cómo podía inducir al comandante a decir todo cuanto sabía.

—Siento mucho verme en la necesidad de hacer prisionero a *monsieur* el jefe de batallón —dijo—. Especialmente al iniciarse una campaña tan prometedora. Pero la buena fortuna puede darme la oportunidad de hacer un canje de prisioneros pronto. Me figuro que *monsieur* el jefe de batallón tendrá en el ejército francés a quienes desearían ser informados de lo ocurrido. Aprovecharé la primera bandera de tregua para hacerlo así.

—El mariscal duque de Tarento se alegraría de saberlo —dijo Jussey, animándose un poco—. Soy de su Estado Mayor.

El mariscal duque de Tarento era MacDonald, el comandante en jefe local del ejército francés (hijo de un emigrado escocés que había huido después de la rebelión del joven pretendiente), de modo que, al parecer, Jussey era el ingeniero jefe, una presa mucho mejor de lo que Hornblower podía esperar.

—Ha sido mala suerte para usted caer en nuestras manos —dijo Hornblower—. No tenía motivos para suponer la presencia de una escuadra inglesa maniobrando en la bahía.

—En absoluto. Nuestra información era totalmente distinta. Estos livonios...

Así pues, el Estado Mayor francés estaba recibiendo informaciones de traidores livonios; Hornblower lo había sospechado, pero ahora tenía la certeza de ello.

—Desde luego son unos inútiles, como todos los rusos —convino Hornblower, en tono conciliador—. Supongo que su emperador habrá encontrado poca oposición, ¿verdad?

—Smolensko es nuestro, y el emperador marcha sobre Moscú. Nuestra misión es ocupar San Petersburgo.

—Pero tal vez sea difícil atravesar el Dvina.

Jussey se encogió de hombros a la luz de la linterna.

—No lo espero. Una incursión decidida a través de la desembocadura, y los rusos se retirarán en cuanto se vean desbordados.

Eso era lo que estaba haciendo Jussey, por lo visto: explorando el terreno para desembarcar fuerzas francesas en un sitio conveniente, en la orilla rusa de la desembocadura del río.

—Una operación atrevida, señor, digna de las grandes tradiciones del ejército francés. Pero sin duda cuenta con embarcaciones suficientes para transportar la tropa...

—Unas docenas de barcasas. Las cogimos en Mitau antes de que los rusos las destruyeran.

Jussey se interrumpió de pronto, visiblemente turbado al darse cuenta de todo lo que había contado ya.

—Los rusos son siempre incompetentes —dijo Hornblower, en un tono de absoluta conformidad—. Un ataque brusco por su parte sin darles tiempo a reaccionar es sin duda su mejor plan de operaciones. Pero me tendría que perdonar, señor, que atienda a mis deberes.

No había modo de sacarle una palabra más a Jussey por el momento. Sin embargo, había conseguido la información vital de que los franceses se habían apoderado de una flotilla de barcasas que los rusos se olvidaron o fueron incapaces de destruir, y que proyectaban un ataque directo a través de la desembocadura del río. Fingiendo una indiferencia total, pensó Hornblower que más tarde podría inducir a Jussey a sincerarse de nuevo. Jussey inclinó la cabeza y Hornblower se volvió a Mound.

—Regresemos a la escuadra.

Mound dio órdenes de ceñirse al viento por la amura de estribor. Los prisioneros franceses se agacharon apresuradamente cuando la botavara de la gran vela osciló sobre sus cabezas, y los marineros tropezaron con ellos al correr hacia la escota. Mientras Jussey y Hornblower habían estado hablando, dos de los prisioneros cortaron la manga del herido y le vendaron el brazo. Luego, todos se agazaparon junto a los imbornales, fuera del paso, mientras la *Harvey* regresaba al sitio donde la *Nonsuch* había echado el ancla.

CAPÍTULO XVIII



—Remos —dijo Brown, y la tripulación de la falúa dejó de bogar—. Proa adentro.

El remero de proa embarcó el remo y agarró el bichero, y Brown atracó limpiamente la barca junto al muelle, mientras la corriente del Dvina remolineaba a su alrededor. Una curiosa multitud de gente de Riga presenciaba la operación mirando impasibles a Hornblower al subir éste por los escalones de piedra hasta el nivel del camino, con las charreteras, la cruz y la espada relucientes bajo el sol abrasador. Más allá de la línea de los almacenes que bordeaban el muelle divisó vagamente una amplia plaza encuadrada por edificios medievales de piedra, con tejados puntiagudos, pero no podía perder tiempo en aquella primera visita a Riga. Le esperaba para rendirle honores la acostumbrada guardia, con un oficial al frente, y junto a ella, la corpulenta figura del gobernador, general Essen.

—Bienvenido a la ciudad, señor —dijo Essen. Era un germano báltico, descendiente de aquellos Caballeros de la Espada que arrebataron Livonia a los paganos siglos antes, y el francés que hablaba tenía algo del acento explosivo que le imprimen los alsacianos.

Un carruaje descubierto, con dos fogosos caballos que piafaban sin descanso, los esperaba, y el gobernador invitó a Hornblower a subir primero, haciéndolo él a continuación.

—Es muy cerca —explicó—, pero aprovecharemos la ocasión para que la gente nos vea.

El coche iba dando bandazos y saltos atroces por las calles empedradas. Hornblower tuvo que enderezarse dos veces el bicornio, que se le ladeaba en la cabeza, pero trató de sentarse erguido e impasible al pasar velozmente por calles estrechas atestadas de gente que los miraba con interés. No había ningún daño en que los habitantes de una ciudad sitiada tuvieran la oportunidad de ver a un oficial de la Marina británica con uniforme de gala. Su presencia sería una prueba de que Riga no estaba sola en su hora de dificultad.

—La Ritterhaus —explicó Essen cuando el cochero frenó los caballos frente a un hermoso edificio antiguo, ante el cual se hallaban apostados varios centinelas en línea.

La recepción les esperaba. Había oficiales de uniforme, unos paisanos de negro y muchas, muchísimas damas con vestidos de ceremonia. Algunos de los oficiales eran de los que Hornblower había conocido en la conferencia celebrada aquella mañana en Dvina Maude. Essen comenzó a presentarle a los más importantes del resto de los presentes.

—Su excelencia el intendente de Livonia —dijo Essen—, y la condesa...

—Ya he tenido el alto honor de ser presentado a la condesa —interrumpió Hornblower.

—El comodoro fue mi acompañante en la cena en el Peterhof —recordó la dama.

Estaba tan hermosa y vivaracha como siempre; tal vez, por apoyar entonces la mano en el brazo de su marido, su mirada no era tan incendiaria. Hizo a Hornblower una reverencia con cortés frialdad. Su marido era alto, huesudo y de avanzada edad, con un delgado bigote en el labio superior y ojos de miope que ayudaba con un monóculo. Hornblower se inclinó ante él, tratando de actuar como si aquella fuese una presentación corriente, como las demás. Era ridículo sentirse turbado por aquel encuentro, pero lo estaba y tenía que esforzarse por disimularlo. Por su parte, el narigudo intendente de Livonia le miró con más indiferencia aún que su mujer. La mayoría de las otras personas que le fueron presentadas parecían encantadas de conocer al oficial de la Armada británica, pero el intendente no hacía el menor esfuerzo por ocultar que para él, representante directo del zar y habituado de los palacios imperiales, aquella recepción provinciana era fastidiosa y aburrida, y el huésped de honor, alguien sin importancia.

Hornblower había aprendido la lección en cuanto a la etiqueta de una comida rusa de protocolo. La mesas de entremeses eran un simple aperitivo, bien lo sabía. Probó otra vez el caviar y el vodka, y aquella combinación de sabores, muy agradable, evocó en su interior un repentino tropel de recuerdos. Sin poderlo evitar, dirigió una mirada a la condesa, a través de la estancia, y ella se la devolvió mientras charlaba con media docena de graves señores de uniforme. Fue sólo un momento, pero bastó. La mirada de ella parecía decirle que también su memoria estaba despierta. Hornblower notó que la cabeza le daba vueltas y decidió no beber más aquella noche. Se dio la vuelta y se puso a conversar apresuradamente con el gobernador.

—¡Qué bien se complementan el vodka y el caviar! —exclamó—. Pueden equipararse a esas otras combinaciones de viandas descubiertas por los precursores del arte gastronómico. Huevos y tocino, perdiz y borgoña, espinacas y... y...

Rebuscó una palabra francesa para *jamón*, y el gobernador se la proporcionó, con los ojuelos chispeantes de interés en su rubicunda y ancha faz.

—¿Es usted un gourmet, señor? —preguntó.

El resto del tiempo hasta la comida transcurrió fácilmente, y Hornblower tuvo ocasión de discutir de cocina con alguien a quien le interesaba mucho el tema. Hornblower apeló a su imaginación para describir las exquisiteces de las Indias Occidentales y de Centroamérica; afortunadamente, durante su último período de licencia se había movido en los opulentos círculos londinenses con su mujer, y había comido en afamadas mesas, incluyendo la de Mansion House, que le dio una sólida base de experiencia europea con la que nutrir su fantasía. El gobernador había aprovechado las campañas en las que había intervenido para estudiar los manjares de los diferentes países. Viena y Praga le habían alimentado durante la de Austerlitz; había bebido vino resinado en las Islas Jónicas; ponía los ojos en blanco al recordar

los *frutti di mare* consumidos en Livorno cuando sirvió en Italia a las órdenes de Suvarov. Cerveza bávara, *schnapps* suecos, *goldwasser* de Danzig; de todo había bebido, lo mismo que comió jamón de Westfalia, papahígos italianos y delicias turcas. Escuchó con éxtasis a Hornblower cuando éste le habló del pez volador a la parrilla y del ají de Trinidad, y con gran sentimiento se separó del comodoro para ocupar su sitio a la cabecera de la mesa. Aún insistió desde allí llamando la atención de Hornblower sobre los platos que se servían, inclinándose hacia delante para hablarle por encima de dos damas y del intendente de Livonia, sentados entre ambos, y cuando terminó el banquete se excusó ante Hornblower por la súbita conclusión de la cena, lamentándose amargamente de haber tenido que beberse de un trago el último vaso de *brandy* porque ya llegaban casi con una hora de retraso a la función de gala de *ballet* a la que tenían que asistir a continuación.

Subió pesadamente los escalones de piedra del teatro, haciendo tintinear las espuelas y resonar el sable, que arrastraba tras él. Dos acomodadores abrían la marcha, y detrás de Hornblower y de Essen iba el resto del limitado séquito: la condesa y su marido y otros dos funcionarios con sus esposas. Los acomodadores abrieron la puerta del palco y Hornblower esperó en el umbral a que entrasen las señoras.

—El comodoro primero —dijo Essen, y Hornblower pasó. El teatro estaba profusamente iluminado, y el patio y la galería atestados de espectadores. Al ver a Hornblower estalló una cerrada ovación, que le atronó los oídos y por un momento le paralizó por completo. Un afortunado instinto le movió a inclinarse, primero hacia un lado y luego hacia el opuesto como si fuese un actor, según él mismo se decía. Luego, alguien le deslizó una silla por detrás y se sentó, con los demás del grupo en torno suyo. Los acomodadores comenzaron en seguida a apagar las luces y la orquesta atacó la obertura. Se alzó el telón, descubriendo una escena silvestre, y comenzó el *ballet*.

—Una criatura muy graciosa, esta *madame* Nicolás —dijo el gobernador con penetrante bisbiseo—. Dígame si le gusta, y se la enviaré cuando termine la representación, si lo desea.

—Gracias —murmuró Hornblower, sintiéndose ridículamente encogido. La condesa estaba muy cerca, al otro lado, y notaba demasiado su calor para encontrarse cómodo.

La música aceleró el compás, y en el dorado resplandor de las candilejas, el *ballet* se desenvolvía como un laberinto desconcertante, un confuso vuelo de faldas sobre el trezado de los pies. Sería impropio decir que la música no significaba nada para Hornblower; la pulsación monótona de su ritmo, cuando se veía obligado a escucharlo durante largo rato, conmovía algo en su interior, aunque su dulzura le atormentase los oídos como un tormento chino. Cinco minutos de música le dejaban embotado e impasible; quince minutos le inquietaban, y una hora le ocasionaba una verdadera agonía. Hizo cuanto pudo por seguir quieto en su asiento durante aquella

larga prueba, aunque con gusto hubiese cambiado su silla del palco por la toldilla de un barco en la batalla más enconada y desesperada imaginable. Trató de cerrar los oídos a aquel ruido insidioso y persistente, de distraerse concentrando su atención en las bailarinas o en *madame* Nicolás, que describía piruetas a través del escenario con su resplandeciente traje blanco, y en las otras, mientras apoyaban en un dedo la barbilla y con la otra mano se sujetaba el codo que avanzaban de puntillas en una línea sugestiva. Pero de nada le servía, y su malestar aumentaba sin cesar.

Tampoco estaba muy tranquila a su lado la condesa. Hornblower, por telepatía, adivinaba en qué estaba pensando. La literatura de todos los tiempos, desde el *Ars amatoria* a *Les Liaisons Dangereuses*, le hablaba teóricamente del efecto de la música y de los espectáculos sobre la mente femenina, y, en revulsión violenta, odiaba a la condesa tanto como aborrecía la música. El único movimiento que hizo mientras continuaba estoicamente sentado soportando todas las torturas de los condenados en aras del deber, fue retirar el pie fuera del alcance del de ella. Estaba seguro hasta la médula de que ella trataría de tocarle, mientras su narigudo marido contemplaba el *ballet* sentado allí detrás, a través de su monóculo. El entreacto no fue más que un mísero respiro, pero al menos cesó la música; pudo al fin ponerse de pie, parpadeando levemente al pasar por la puerta abierta del palco un rayo de luz, y se inclinó cortésmente cuando el gobernador le presentó a varios rezagados que acudían a ofrecer sus respetos al visitante británico. Pero le pareció que sólo había pasado un instante cuando tuvo que sentarse de nuevo, la orquesta reanudó su enloquecedor estrépito y el telón puso al descubierto un nuevo decorado.

Entonces algo logró distraerle. Hornblower no estaba seguro del momento en que lo oyó por primera vez; pudo haber pasado por alto los primeros disparos preventivos en su decidido esfuerzo por encerrarse dentro de sí mismo. Emergió de su pesadilla, consciente de una nueva tensión en la gente que le rodeaba. El estruendo de artillería pesada se percibía ahora muy bien; hasta parecía como si el mismo teatro vibrara suavemente por efecto de los fuertes estampidos. Mantuvo firmes la cabeza y el cuello, y con el rabillo del ojo miró al gobernador, sentado junto a él, pero el gobernador parecía seguir aún absorto contemplando a *madame* Nicolás. Sin embargo, el fuego era bastante nutrido. En algún lugar no muy lejano disparaban cañones con rapidez y en abundancia. Ante todo pensó en sus barcos; pero sabía que estaban a salvo, anclados en la embocadura del Dvina, y si el viento seguía soplando en la misma dirección que cuando llegó al teatro, Bush podía alejarlos de todo riesgo en cualquier circunstancia, aunque Riga fuese tomada por asalto en aquel preciso momento.

El auditorio imitaba con su conducta la del gobernador, y como éste no se daba por enterado de los disparos, todos hacían denodados esfuerzos por permanecer impertérritos. Pero todos los del palco sintieron al fin sus nervios en tensión cuando unos rápidos pasos en el enlosado pasillo, acompañados del tintineo de espuelas, anunciaron la llegada de un ordenanza, que entró y comenzó a cuchichear algo

apresuradamente al gobernador. Essen le despidió con breves palabras y, al cabo de un minuto que a todos pareció una hora, se inclinó hacia Hornblower con las noticias.

—Los franceses han intentado tomar Daugavgriva mediante un golpe de mano —explicó—. No hay peligro de que lo consigan.

Aquél era el pueblo de la orilla izquierda del Dvina, en el ángulo entre el mar y el río, el primer objetivo natural para un ejército sitiador deseoso de aislar la ciudad de toda esperanza de socorro por el lado del mar. Era casi una isla, con el golfo de Riga cubriéndole un flanco y el Dvina, de una milla de anchura, a la retaguardia, mientras el resto se hallaba rodeado por marismas y fosos y protegido por parapetos, levantados por campesinos traídos de varias millas a la redonda. Los franceses intentarían probablemente un asalto directo a la plaza, pues si triunfaban se ahorrarían semanas enteras de tediosas operaciones de sitio, y no sabían aún si los rusos se hallaban dispuestos a oponer una resistencia eficaz y contaban con fuerzas para ello. Esta era la primera vez que MacDonald encontraba alguna oposición seria desde que inició su avance a través de Lituania; los principales ejércitos rusos estaban disputando el camino de Moscú a los franceses en las cercanías de Smolensko. Hornblower había examinado las obras de defensa aquella misma mañana, observando la capacidad de resistencia de la plaza y el aspecto duro de los granaderos rusos que la guarnecían, y había llegado a la conclusión de que podía hacer frente a cualquier situación excepto a un sitio sistemático. Pero hubiese querido estar tan absolutamente seguro de ello como parecía estarlo el gobernador.

Por otra parte, ya se había hecho cuanto era posible. Si el pueblo caía, no representaba más que la pérdida de unas obras accesorias. Si el ataque era rechazado, no cabía pensar en aprovecharse del éxito, mientras MacDonald dispusiera de sesenta mil hombres y los rusos sólo de quince mil. Naturalmente, el mariscal francés estaba obligado a intentar un golpe de mano contra Daugavgriva. Era interesante especular a propósito de cuál sería su próxima tentativa, si fallaba aquel asalto. Tal vez marchase río arriba y tratara de abrirse paso más allá de la población, aunque para ello tuviera que internarse en un laberinto cenagoso, sin caminos, y tuviera que cruzar el río por un sitio donde no encontraría barcas. O también podría intentar el otro plan, utilizando las lanchas que habían caído en su poder en Mitau para pasar un contingente a través de la embocadura del río, dejando Daugavgriva sin tomar y forzando a los rusos de Riga a elegir entre salir de la ciudad y oponerse a las fuerzas de desembarco, retirarse hacia San Petersburgo o quedar completamente cercados en la ciudad. Era difícil adivinar lo que decidiría. Era cierto que MacDonald había encargado a Jussey que reconociera la embocadura del río, y, aunque hubiese perdido a su jefe de ingenieros en el intento, todavía podía tentarle la perspectiva de seguir sin demora su avance hacia San Petersburgo.

Hornblower salió de su letargo encantado al comprobar que, en su abstracción, se había perdido una considerable parte del espectáculo. No sabía cuánto pudo durar aquella distracción, pero estaba seguro de que no fue poco. El cañoneo había cesado;

o el asalto había fracasado o había tenido un éxito rotundo.

En aquel mismo momento se abrió la puerta y dio paso a otro mensajero, que habló al gobernador en un discreto bisbiseo.

—El ataque ha sido rechazado —informó Essen a Hornblower—. Yakoulev dice que sus hombres han sufrido poco, y que el frente de la plaza está cubierto de cadáveres franceses y alemanes.

Esto era de esperar, habiendo salido mal el intento. Las pérdidas tenían que ser enormes en un ataque rechazado. MacDonald había apostado, arriesgando un par de miles de vidas contra un rápido final del sitio, y había perdido. Pero un ejército imperial estaría exasperado más que deprimido por tal revés inicial. Se podían esperar nuevos ataques, y más vigorosos, en cualquier momento.

Era asombroso comprobar que se las había arreglado para permanecer allí sentado durante otro *ballet* entero sin darse cuenta. Hubo otro entreacto, las luces iluminaron el palco y tuvo oportunidad de volver a levantarse y estirar las piernas. Le resultó incluso placentero poder intercambiar corteses banalidades en francés teñido con los acentos de media Europa. Cuando el intermedio concluyó, Hornblower se sentía bastante resignado y se dispuso a resistir estoicamente un *ballet* más, pero apenas se alzó el telón cuando sintió en el muslo un vigoroso empujón de Essen, que se levantó y salió del palco, seguido de Hornblower.

—Será mejor que vayamos a ver —dijo Essen, tan pronto se cerró la puerta tras ellos—. No hubiera estado bien levantarse y salir cuando comenzó el fuego. Ahora la gente no pensará que hemos salido con prisa.

Fuera del teatro, un escuadrón de húsares esperaban a caballo, y dos ordenanzas sujetaban las riendas de otros dos, lo que significaba que Hornblower se iba a ver obligado a montar con su uniforme de gala. Pero aquello ya no era tan catastrófico como en otros tiempos, y pensó con placer en la docena de pares de medias de seda de reserva que tenía guardadas en la *Nonsuch*. Essen se encaramó sobre su caballo y el comodoro siguió su ejemplo. La luna llena iluminaba enteramente la plaza y, con la escolta detrás, trotaron ruidosamente por los guijarros. Dos revueltas y una pendiente suave los condujeron al gran puente flotante que salvaba el Dvina. La pista, por encima de los pontones, resonó a hueco bajo las herraduras. Al otro lado del río, una carretera seguía la arista de un dique levantado junto a la orilla. Más allá, el terreno aparecía cortado y hendido por fosos y embalses, en torno a los cuales chispeaban innumerables hogueras, y allí se detuvo Essen, dando una orden que hizo galopar al oficial y media escolta de húsares delante de ellos.

—No tengo ganas de que me disparen los míos —explicó Essen—. Los centinelas estarán nerviosos, y entrar a caballo en un pueblo que acaba de sufrir un ataque nocturno es tan peligroso como asaltar una batería.

Hornblower estaba demasiado preocupado para pensar en aquello. La espada, la condecoración y el bicornio aumentaban aún más su habitual dificultad para mantenerse en la silla, en la que iba rebotando sin gracia, sudando copiosamente

aunque la noche era fría, y llevándose espasmódicamente una mano a las diferentes prendas de su indumentaria tan pronto podía separarla de las riendas. Les dieron el alto varias veces durante el camino, pero, a pesar de los sombríos pronósticos de Essen, ningún centinela atolondrado disparó contra ellos. Finalmente, en respuesta a otro quién vive, se detuvieron en un punto donde la cúpula de la iglesia de Daugavgriva destacaba en negro contra el cielo pálido. Al cesar el ruido de las herraduras, otro nuevo llamó la atención de Hornblower: un clamor de lamentos, puntuado con alaridos de agonía; todo un coro de gemidos y gritos. El centinela los dejó pasar y continuaron internándose en el pueblo. Entonces se explicaron los quejidos y las exclamaciones, pues dejaban a su izquierda el campo, alumbrado con antorchas, donde atendían a los heridos. Hornblower tuvo un atisbo de un cuerpo desnudo que se retorció sobre una mesa, mientras los cirujanos se inclinaban sobre él, al resplandor de las antorchas, como los inquisidores, mientras en todo el contorno se veían cuerpos lacerados, retorciéndose y gimiendo. Y aquello no era más que una simple escaramuza, una insignificancia con unos pocos centenares de bajas por una y otra parte.

Echaron pie a tierra a la puerta de la iglesia y Essen entró delante, contestando al saludo de los barbudos granaderos que guardaban la puerta. Unas bujías formaban dentro un brillante círculo de luz en medio de las tinieblas, y junto a una mesa se hallaban sentados varios oficiales bebiendo té de un samovar que silbaba cerca de ellos. Todos se levantaron al ver al gobernador, y Essen hizo las presentaciones.

—General Diebitch, coronel von Clausewitz... comodoro *sir* Hornblower.

Diebitch era polaco y Clausewitz alemán: el renegado prusiano de quien ya había oído hablar, un soldado intelectual que había decidido que el verdadero patriotismo consistía en combatir a Bonaparte sin tener en cuenta el partido que nominalmente había adoptado su patria. Dieron su parte en francés; el enemigo había intentado, al salir la luna, asaltar el pueblo sin preparación, y se le había rechazado con sangrientas pérdidas. Hicieron prisioneros; algunos habían tomado una casita apartada y les pudieron cortar la salida al contraatacar, y también se contaban varios prisioneros sueltos de diversas unidades, que habían caído en manos de los rusos en otros puntos del perímetro de pueblo.

—Se les ha interrogado ya, señor —dijo Diebitch. Hornblower tuvo la sensación de que no sería un trance agradable verse sometido a un interrogatorio por el general Diebitch.

—Sus declaraciones han sido útiles —añadió Clausewitz, presentando un pliego de anotaciones. Se había preguntado a cada prisionero cuál era su batallón, cuántos hombres lo formaban y cuántos batallones tenía el regimiento, a qué brigada pertenecían, así como la división y el cuerpo de ejército. Clausewitz estaba ahora en los mejores términos para reconstituir toda la organización de la parte francesa del ejército atacante, y calcular sus fuerzas con bastante precisión.

—Ya sabemos cómo está compuesto el cuerpo prusiano —dijo Essen, y hubo un

momento algo incómodo mientras todos trataban de evitar la mirada de Clausewitz, pues era él quien había procurado aquella información.

—Falta sólo media hora para amanecer, señor —intervino Diebitch, con más tacto del que podía esperarse por su catadura—. ¿Quiere subir a la cúpula y observar usted mismo?

El cielo estaba aún más claro cuando terminaron de subir la estrecha escalera de piedra abierta en el espesor del muro de la iglesia y salieron a la galería abierta que la rodeaba. Todo el país llano y pantanoso aparecía ante sus miradas, con fosos y lagunas, y el riachuelo de Mitau serpenteando desde la lejanía, para atravesar el pueblo casi debajo de la iglesia y perderse en el mismo rincón en que el ancho Dvina entraba en la bahía. La línea de parapetos levantada por la guarnición para defender la margen izquierda del Dvina estaba perfectamente trazada, y al otro lado se distinguían las obras ligeras que los invasores se habían molestado en construir hasta el momento. El humo de un millar de fogatas flotaba por encima del paisaje.

—En mi opinión, señor —dijo Clausewitz, deferente—, si el enemigo se decidiese a iniciar un cerco regular, comenzaría por trazar su primera paralela «allí», entre el río y aquel pinar, avanzando con su zapa hacia el pueblo, y montando sus baterías en «aquél» collado. Después de tres semanas de trabajo, puede confiar en traer sus baterías hasta la explanada y emprender un asalto. Tiene que reducir este pueblo antes de atacar la ciudad.

—Tal vez —dijo Essen.

Hornblower no podía imaginarse un ejército napoleónico de sesenta mil hombres en pleno avance hacia San Petersburgo resignándose a perder tres semanas en operaciones de sitio contra una obra exterior, sin intentar antes cualquier método extemporáneo, como el brusco asalto de la noche pasada. Tomó un catalejo de uno de los hombres del Estado Mayor y se dedicó a examinar el laberinto de corrientes y lagunas que se extendía ante él, y luego, andando en torno a la cúpula por la galería, dirigió el instrumento hacia Riga, con sus agujas, al otro lado del ancho río. Allá a lo lejos, mucho más abajo, apenas se divisaban los mástiles de su propia escuadra, fondeada en el lugar donde el río mezclaba sus aguas con las del golfo. Unos barquitos como diminutas manchas, insignificantes en aquel entorno, pero de enorme importancia en la historia del mundo.

CAPÍTULO XIX



Hornblower dormía en su camarote de la *Nonsuch* cuando dieron la alarma. Aun estando dormido (o a lo mejor resulta que despertó casualmente sin saberlo), su mente subconsciente había estado tomando notas de la situación. Al menos, cuando se despabiló por completo ya tenía una idea vaga de los cambios que se habían producido durante la noche. Su cerebro dormido o en duermevela estuvo anotando el giro del viento que había hecho virar a la *Nonsuch* en torno al ancla, y los breves y bruscos turbiones que habían fustigado la cubierta. Ciertamente, le despertó el agudo grito de la guardia del puente, y había oído los pasos del guardiamarina de cuarto que venía por encima de él a traerle noticias. Y estaba bien despierto cuando aquél llamó a la puerta y se precipitó dentro.

—Cohete de la *Raven*, señor.

—Muy bien —dijo Hornblower, echando las piernas fuera del catre.

Brown, el buen criado, estaba ya en el camarote (sólo Dios sabe cómo se las había arreglado para acudir a tiempo), con una linterna encendida para colgar del bao del techo y con los pantalones y la casaca del comodoro para que se los pusiera encima del camisón. Hornblower subió corriendo a la oscura toldilla, tropezando con otra figura igualmente apresurada.

—¡Maldita sea tu estampa! —exclamó la figura, con la voz de Bush, y luego—: Perdón, señor.

El barco estaba en pleno ajetreo con el pitido de los silbatos que impulsaban a los hombres a saltar de sus coyos, y la cubierta principal resonaba con el redoble de los pies desnudos. Montgomery, oficial de guardia, estaba en el pasamanos de estribor.

—La *Raven* ha disparado un cohete, señor, hace dos minutos. Situación sur cuarta al sudeste.

—El viento sopla de oeste cuarta al noroeste —decidió Bush, mirando a la leve luz de la bitácora.

Un viento del oeste y una noche oscura y tormentosa; condiciones ideales para que MacDonald intentase pasar fuerzas a través de la boca del río. Contaba con veinte lanchones fluviales, en los que podía hacinar cinco mil hombres y unos cuantos cañones. Si conseguía trasladar tanta gente a la otra orilla, la posición rusa quedaría rodeada sin remedio. En cambio, si perdían un contingente de tal consideración (cinco mil hombres muertos, ahogados o prisioneros), el golpe sería terrible, y les obligaría a una tregua que para los rusos sería un buen respiro. Una posición fortificada, en último análisis, no era más que un medio de ganar tiempo. Hornblower confiaba ansiosamente en que Cole hubiera dejado a la flotilla francesa meterse bien en la trampa antes de dar la alarma desde la *Raven*.

Un grito desde el calcés llamó su atención.

—¡Fuego de cañón a barlovento, señor!

Desde el puente apenas podían distinguir una leve llamarada que punteaba la oscuridad muy hacia el oeste, seguido de otra.

—Eso es demasiado al oeste —dijo Hornblower a Bush.

—Eso temo, señor.

Fondeada al mismo borde de los bajíos en aquella dirección estaba la *Raven*; su ligero calado había dictado que se fijara allí su posición. Vickery, en la *Lotus*, vigilaba la otra margen del río, mientras que la *Nonsuch* tenía que permanecer anclada en el canalizo. Todos los botes armados de la escuadra mantenían la guardia a remo en la boca del río; un cúter de marina, con una pieza de tres libras, podía habérselas contra una barcaza de río, aunque ésta llevase trescientos soldados. Pero, a juzgar por la dirección del cañoneo, parecía que Vickery había dado la alarma antes de tiempo. Otro cañonazo relampagueó a sotavento, sin que la detonación llegara a sus oídos.

—Avisen a mi falúa —ordenó Hornblower. No podía seguir allí esperando inútilmente.

Botaron al agua la lancha, y los hombres tiraron de los remos para que cogiera viento. Brown, en la oscuridad, al lado de Hornblower, percibía su excitación y ansiedad.

—¡Bogad, idiotas! —gritó a los remeros. La falúa cogió impulso sobre las aguas revueltas, mientras Brown se mantenía de pie en la cámara con la mano en la barra.

—Otro cañonazo, señor. Derecho a proa —dijo a Hornblower.

Siguió un tedioso cuarto de hora mientras el bote arfaba y guiñaba sobre las crespas y breves olas, y los marineros se afanaba con los remos. El chapaleo del agua sobre la borda y el crujido de los remos en los escálamos formaban un monótono acompañamiento para los desbocados pensamientos de Hornblower.

—Ahora disparan muchos cañones juntos, señor —informó Brown.

—Ya los veo —replicó Hornblower.

La oscuridad dejaba pasar un relámpago tras otro; era evidente que los botes de vigilancia se agrupaban en torno a una sola víctima.

—Ahí está la *Raven*, señor. ¿Vamos hacia ella?

—No. Rumbo al fuego.

La oscura silueta del buque se distinguía apenas a proa; Brown desvió el timón un poco para arrumbar la falúa de modo que pasara a un cable de distancia de la corbeta, en dirección al fuego de artillería. Ya habían pasado por el través de la *Raven* cuando del costado de ésta partió un fogonazo seguido de un estampido, y un proyectil pasó zumbando a poca distancia por encima de la falúa.

—¡Jesús! —dijo Brown—. ¿Pero es que no tienen ojos en la cara?

Por lo visto, la corbeta había pedido santo y seña al pasar el bote, y al no recibir respuesta porque no les habían oído con el viento, disparaba sin más ni más. Otro disparo partió de la *Raven*, y alguien en la falúa chilló aterrado. Era desmoralizador

que te disparasen los de tu propio bando.

—Virad hacia el buque —ordenó Hornblower—. Encended una bengala.

De un momento a otro, la corbeta podía disparar una andanada entera, con gran probabilidad de hacer saltar la falúa en el aire. Hornblower empuñó la caña, mientras Brown se debatía, jurando entre dientes, con la mecha, la piedra y el eslabón. El primer remero le dijo algo, metiéndole prisa.

—¡Cierra el pico! —gritó Hornblower.

Estaban en un aprieto, y los hombres lo sabían. Brown pudo prender la yesca con una chispa, aplicó a ella la mecha de la bengala, y ésta se encendió; un momento después, el artefacto despidió un fantástico resplandor, iluminando el bote y todos sus contornos, y Hornblower se puso en pie para que desde la corbeta pudieran ver su figura y su uniforme. Era una pobre venganza imaginar la consternación que reinaría en la *Raven* al comprobar que habían estado disparando a su propio comodoro. Hornblower subió por el flanco de la corbeta lleno de sorda rabia. Cole le estaba esperando, naturalmente.

—¿Bien, señor Cole?

—Lamento haber hecho fuego contra usted, señor, pero nadie contestó a mi pregunta.

—¿No se le ocurrió que con este viento era imposible que le oyese?

—Sí, señor. Pero sabemos que los franceses han salido a la mar. Los botes los han atacado hace una hora, y la mitad de mi tripulación va en ellos. Y pensando en que pudieran abordarme doscientos franceses, señor, no podía arriesgarme.

No tenía objeto discutir con un hombre tan impresionable y nervioso como indudablemente era Cole.

—¿Lanzó usted el cohete de alarma?

—Sí, señor. Tenía que advertirle de que las barcasas estaban en la bahía.

—¿Lo hizo tan pronto como se supo?

—Sí, señor. Naturalmente.

—¿No se le ocurrió que alarmaría también a los franceses?

—Creí que ese era su deseo, señor.

Hornblower dio media vuelta, contrariado. Aquel hombre, en su nerviosismo, había olvidado todas las órdenes que le había dado.

—Se aproxima un bote por barlovento, señor —dijo alguien cuya blanca camisa apenas se percibía en la semioscuridad. Cole se adelantó corriendo, muy alterado, y Hornblower le siguió, alcanzándole en el guardabauprés, donde se había quedado mirando al bote.

—¡Ah, del bote! —gritó Cole con la bocina.

—Sí, señor —vino la respuesta en alas del viento. Aquella era la respuesta adecuada cuando se acercaba un bote con oficiales a bordo. Era un cúter del barco, con la vela al tercio inclinada. Mientras Hornblower observaba, recogieron la vela con gran torpeza y enfilaron hacia la corbeta a remo. A la altura de la proa viró,

también pesadamente, y se dispuso a atracar al costado. Hornblower pudo ver que la barca iba atestada de gente.

—¡Soldados! —exclamó de pronto Cole, apuntando al bote con el índice tembloroso—. ¡A los cañones! ¡Vosotros virad!

Hornblower pudo distinguir morriones y tahalíes; aquélla era sin duda la visión que había estado asaltando a Cole durante toda la noche. Una voz en inglés explicó la situación desde la barca.

—¡Basta! Éste es el cúter de la *Lotus*, con prisioneros.

Era la voz de Purvis, sin la menor duda. Hornblower se aproximó al combés y miró hacia abajo. En la proa vio a Purvis y a varios marineros ingleses, con camisas a cuadros, empuñando los remos; pero todo el espacio disponible iba lleno de soldados, sentados en actitud de temor o desánimo. En los ojos del bote, en torno al cañón, cuatro marineros de casaca roja tenían sus mosquetes preparados; así lo había dispuesto Purvis para frustrar cualquier intento de los prisioneros de recobrar su libertad.

—Hágalos subir —ordenó Hornblower.

Treparon todos por la banda, saludados por los marineros con un gesto burlón al poner el pie en el puente y mirando en torno a la luz creciente del día. Purvis saltó la amurada y saludó a Hornblower llevándose la mano al sombrero.

—Son todos holandeses, creo, señor. No ranas. Los sacamos de la gabarra que apresamos. Tuvimos que hacerles bastante fuego, hasta reducirles la barca a pedazos, nosotros y los demás. Vienen detrás ahora, con los demás prisioneros.

—¿Sólo habéis capturado una lancha?

—Sí, señor. Las otras huyeron hacia tierra en cuanto oyeron el cohete. Pero hemos hecho doscientos prisioneros, me parece, y nos vimos obligados a matar a otros cien hombres.

¡Una simple barcaza capturada, con doscientos hombres, cuando Hornblower había confiado en apresar una docena y tres mil hombres por lo menos! Pero Purvis, en su ingenuidad, estaba visiblemente encantado de su presa.

—Aquí está uno de sus oficiales, señor.

Hornblower se volvió a un individuo de casaca azul que saltaba trabajosamente por la borda.

—¿Quién es usted, señor? —preguntó en francés, y, tras un momento de vacilación, el oficial respondió con alguna dificultad en el mismo idioma.

—Teniente von Bulow, del Cincuenta y cinco de Infantería.

—¿Infantería francesa?

—Del rey de Prusia —dijo el oficial, gravemente, pronunciando con marcado acento teutónico la palabra «Prusia» y mostrando así su contrariedad al pensar que se le tomaba por francés.

De modo que MacDonald no había expuesto vidas francesas en aquella peligrosa aventura. Era de esperar, naturalmente. Bonaparte había hecho la guerra en gran parte

a costa de sus aliados durante los últimos diez años.

—Procuraré que les den un refrigerio —dijo, cortés—. Por favor, ordene a sus hombres que se sienten aquí, junto la baranda.

El oficial dio la orden. Resultaba curioso ver cómo, a la voz preventiva *achtung*, los abatidos hombres se pusieron firmes al punto, tiesos como un huso. La mayoría de ellos estaban mojados y sucios, probablemente por haber permanecido en el agua antes de rendirse. Hornblower ordenó que les diesen de comer, mientras los otros botes fueron acercándose por barlovento, cada uno con su tanda de prisioneros. En las abarrotadas cubiertas de la *Rayen*, los doscientos prisioneros producían mucho efecto. Cole hizo traer los dos cañones de caza de proa y apuntarlos hacia ellos, con sendas cargas de metralla, y los artilleros con mechas encendidas, preparados para hacer fuego. Unos marineros, sonriendo todavía, recorrían las filas tendiéndoles pan y cerveza.

—¡Mire cómo comen, señor! —dijo Purvis—. ¡Mire a aquél, cómo muerde su bizcocho, igual que haría un lobo con un hueso! ¡Demonios, ya se lo ha zampado! Es verdad lo que dicen, señor, que Boney nunca da bien de comer a sus hombres.

El ejército imperial debía obtener su sustento de las comarcas por donde pasaba; MacDonald había tenido estacionados a sus sesenta mil hombres durante más de dos semanas, en un país poco poblado. Seguro que andaban escasos de provisiones. Cada día que se prolongara el cerco de Riga costaría muchas vidas a Bonaparte, y, aunque solía ser pródigo en ellas, llegaría al fin el momento en que no le quedarán más, ni siquiera italianas o prusianas. Tanto más de lamentar era, pues, que no hubiese caído entera la división que intentó pasar el río. Hornblower se recriminó el fracaso como propio.

No debió confiar una parte vital de la operación a una vieja nerviosa como Cole. Él mismo tenía que haber estado a bordo de la *Raven*. Pero no podía estar seguro de ello. El otro extremo de la línea, encomendado a Vickery con la *Lotus*, tenía la misma importancia, y era conveniente que él permaneciese con la *Nonsuch* en el centro para coordinar la actividad de las dos alas. Si Vickery y Cole hubiesen intercambiado sus posiciones (como habría debido hacerse), aunque podía tener la seguridad de que Vickery no hubiera hecho saltar la trampa antes de tiempo, ¿habría conseguido Cole mantenerla bien cerrada? Tal vez hubiese ahora cinco mil prusianos en la otra orilla del Dvina, si hubiera dejado a Cole encargado de hacerles frente. A Hornblower le habría gustado saber exactamente qué noche intentaría MacDonald dar el golpe, pero sabía que era como desear la luna.

—Señor Cole —dijo Hornblower—, haga una señal a la *Nonsuch*. «Comodoro a capitán. Voy a Riga con prisioneros». Luego, los botes de vigilancia pueden volver a sus respectivos barcos y, si tiene la bondad de levar anclas, zarparemos.

CAPÍTULO XX



Hornblower estaba otra vez en la galería que circundaba la cúpula de la iglesia de Daugavgriva.

—¿Ve ahora lo que le estaba diciendo, señor? —dijo Clausewitz, señalando con la mano.

Al otro lado de las obras rusas se extendía una larga línea, ocre sobre verde: el parapeto de la trinchera que los franceses habían abierto durante la noche. MacDonald debía de ser un general enérgico, pues simultáneamente con aquel trabajo había lanzado a los prusianos a la arriesgada tentativa de cruzar el río; de modo que, aunque había fallado la empresa, tenía ahora en su favor una sólida ventaja, por haber aprovechado la noche oscura y lluviosa para realizar aquel atrincheramiento sin ser observado.

—Ésa es su primera paralela, señor, y en su centro está la batería que ahora construyen. Y ¿ve allí, señor? Es donde avanzan con la zapa.

Hornblower miró con auxilio del catalejo. En un punto situado hacia el extremo de la primera paralela podía ver algo que semejaba una pared levantada con haces de madera. Los cañones de las posiciones rusas de allá abajo tiraban ahora contra ella; se distinguía la polvareda que levantaban los proyectiles al caer en sus cercanías. Al final de la pared de maderos había algo que parecía extraño; una especie de escudo sobre ruedas. Estaba examinándolo cuando lo vio moverse de repente, dejando un estrecho hueco entre él y el extremo de la pared, y a través de ella vio por un instante a un par de individuos con uniforme azul. Fue sólo un instante, porque en seguida quedó cubierta la rendija por un nuevo haz de maderas. Por encima de éste pudo distinguir las hojas de las palas, que asomaban y desaparecían alternativamente; al parecer, el haz de maderos era hueco, en forma de barril, y tan pronto como quedaba colocado, los hombres cobijados detrás comenzaban a rellenarlo con tierra que excavaban de detrás. Hornblower se dio cuenta de que estaba presenciando el método clásico de zapar en dirección al enemigo con gaviones y fajinas. Aquel enorme cesto de leños era un gavión que estaban ahora rellenando de tierra. Más atrás, ocultos por la línea de gaviones llenos, los sitiadores revestían su parapeto con fajinas, haces de maderos de seis pies, y detrás de ellos consolidaban todo el sistema con tierra extraída de una zanja o trinchera oculta por el parapeto. Conforme estaba observando, el escudo avanzó otra vara más, y un nuevo gavión ocupó su posición. Los franceses se hallaban tres pies más cerca de los terraplenes que defendían Daugavgriva. No, no una vara, sino algo menos, pues la zapa no apuntaba derecha a su objetivo, sino a uno de sus flancos, para que no la enfilaran. Pronto cambiaría de dirección, dirigiéndose hacia el otro flanco, a fin de aproximarse a la fortaleza en zigzag, sin piedad. De todas las operaciones de guerra, un sitio científico era la más segura, de no acudir

socorros desde el exterior.

—¡Mire allí, señor! —exclamó de pronto Clausewitz.

Desde detrás de un alto ribazo había surgido de repente una larga hilera de caballos, que parecían hormigas a aquella distancia, pero los calzones blancos de los jinetes se distinguían claramente a la luz del sol. Los caballos arrastraban un cañón, una pesada pieza de artillería, si se comparaba su tamaño aparente con el de los animales. Avanzaba hacia la batería situada en el centro de la primera paralela, donde esperaba una multitud de individuos con calzón blanco. El alto parapeto de la primera paralela ocultaba la operación a la vista de los artilleros rusos, y la protegía de su fuego. Una vez colocadas todas las piezas en batería, Hornblower estaba seguro de que no tardarían en aparecer troneras en el parapeto, por donde las piezas abrirían el fuego contra el pueblo, acallando la respuesta de la defensa y abriendo una brecha. Entre tanto, la zapa se ampliaría en una ancha zanja, la «segunda paralela», desde la cual, o, en caso necesario, desde una «tercera paralela», se precipitarían los asaltantes para ganar la brecha abierta.

—Tendrán armada esa batería mañana —dijo Clausewitz—. Y allí han colocado ya otro gavión.

Las operaciones de sitio tenían la implacable y fría inevitabilidad de una serpiente que se acerca a un pájaro paralizado de horror.

—¿Por qué no detienen los trabajos de zapa sus cañones? —preguntó Hornblower.

—Lo están intentando, como ve. Pero un solo gavión no es objetivo fácil a esa distancia, y sólo el del extremo es vulnerable. Y cuando la zapa se aproxime a tiro de cañón, el fuego de sus piezas reducirá las nuestras a silencio.

Otro cañón de sitio hizo su aparición por detrás del terraplén, conducido hacia la batería. Su predecesor quedaba en aquel momento colocado en posición tras el parapeto.

—¿No puede acercar sus barcos, señor? —preguntó Clausewitz—. Mire qué cerca está el agua de sus obras por allí. Podría hacerlos pedazos con sus grandes cañones.

Hornblower meneó la cabeza; ya se le había ocurrido aquello, pues el largo brazo rutilante del golfo de Riga que entraba en tierra por aquel lado era tentador. Pero no tenía más que una braza de agua, y hasta las bombardas calaban nueve pies; siete como mínimo si las aligeraban de todos sus repuestos, salvo los necesarios para la acción.

—Lo haría si pudiese —dijo Hornblower—; pero en este momento no veo el modo de acercar mis cañones a tiro.

Clausewitz le miró fríamente, y Hornblower se percató de que la buena voluntad entre aliados es algo frágil. Aquella mañana temprano, británicos y rusos habían sido los mejores amigos; Essen y Clausewitz se sentían muy satisfechos del fracaso de MacDonald en su intento de pasar el río y (como los irreflexivos oficiales jóvenes de

la escuadra) tomaron el aniquilamiento de medio batallón de prusianos por un éxito notable, ignorantes del plan, mucho más ambicioso, que había forjado Hornblower y que el nerviosismo de Cole redujo casi a la nada. Cuando las cosas iban bien, los aliados eran los mejores amigos; pero, en la adversidad, cada cual tendía a hacer reproches al otro. Ahora que los *aproches* franceses avanzaban hacia Daugavgriva, Hornblower preguntaba por qué no los detenían los cañones rusos, y los rusos, a su vez, querían saber por qué no hacían otro tanto las piezas de su escuadra.

Hornblower explicó las razones lo más detalladamente que pudo; pero Clausewitz le oyó con displicencia, y otro tanto hizo Essen cuando el asunto se discutió al despedirse de él nuestro héroe. Era una actuación muy pobre para una Marina que se jactaba de no conocer lo imposible. Hornblower estaba arisco y malhumorado cuando volvió por la tarde a la *Nonsuch*, y no contestó a Bush cuando éste se acercó presuroso a la borda para saludarle. El camarote apareció frío e inhóspito a sus desazonados ojos cuando entró en él, y era día de descanso a bordo, y los hombres bromeaban ruidosamente en cubierta, con lo que, si subía a pasear a la toldilla, interrumpirían sus pensamientos una y otra vez. Acarició por un momento la idea de ordenar a Bush que cambiara las órdenes y encargara a los hombres alguna tarea sosegada. Todo el mundo sabría que era porque el comodoro quería pasear en paz por el alcázar, y aquello les daría una exacta idea de su importancia; pero en ningún momento estuvo decidido a hacerlo. No quería privar a los hombres de su día de asueto, y la idea de exagerar su importancia a sus ojos fue para él un decidido argumento en contra.

En lugar de eso, salió a la galería de popa y, encorvado para no tropezar en la baja bovedilla, trató de pasear arriba y abajo, dando zancadas, por los escasos cuatro metros de pasillo. En efecto, era una lástima no poder atacar los trabajos de sitio con sus cañones. Unas piezas pesadas haciendo fuego a corta distancia ocasionarían enormes destrozos en los parapetos franceses. Y detrás del alto ribazo de donde había visto sacar los cañones tenía que estar el parque y el tren de los franceses... Algunas granadas de las bombardas producirían allí un verdadero desastre, y, si podía hacerles remontar la bahía, no sería difícil lanzar unas bombas por encima del terraplén. Pero por aquel lado las aguas sólo cubrían tres o cuatro pies, y en ninguna parte más de siete. Era imposible, y lo mejor sería olvidarlo. Para distraerse, saltó por la barandilla a la otra galería de popa, y se asomó al camarote de Bush por la ventana de atrás. Bush dormía en su litera, de espaldas, con la boca abierta y las manos extendidas a los costados, mientras la pierna de palo descansaba en unas vinateras contra el mamparo. Hornblower sintió una punzada de fastidio al ver a su capitán durmiendo tan pacíficamente mientras él soportaba tantas preocupaciones sobre sus hombros. Estuvo en un tris de mandar un recado a Bush e interrumpirle la siesta. Pero sabía que jamás podría hacer aquello tampoco. No estaba dispuesto a abusar por capricho de su autoridad.

Volvió a su propia galería y, al hacerlo, mientras levantaba un pie en el aire

oyendo rechinar levemente las hembras del timón en sus machos a efectos de la corriente que pasaba por debajo, le vino de pronto la inspiración, y así permaneció un rato, con la pierna en alto. Luego la posó de nuevo, se metió en su camarote y llamó a un mensajero.

—Mis saludos al oficial de guardia, y que tenga la bondad de hacer señales a la *Harvey* para que venga el señor Mound a bordo en seguida.

Mound acudió al camarote, joven y expectante, disimulando su ansiedad en lo posible bajo una afectada indiferencia. De pronto, Hornblower tuvo la impresión de que aquel aire de lánguido descuido de Mound obedecía a su deseo de imitarle. Hornblower se dio cuenta de que era una especie de héroe (más bien un héroe auténtico) a los ojos del joven teniente que le rendía el sincero homenaje de su imitación. Sonrió para sí, mientras invitaba a Mound a sentarse, y luego se olvidó, al sumergirse en la explicación detallada de su plan.

—Señor Mound, ¿sabe que los franceses hacen progresos en sus trabajos de sitio?

—No, señor.

—Entonces, mire conmigo esta carta. Tienen una línea de trincheras aquí, con una batería en este lugar. Su flanco principal y sus almacenes están detrás de un terraplén, por aquí. Si pudiéramos acercarnos a la ribera nuestras bombardas, sería posible hacerles saltar de ambos sitios.

—Hay poco fondo, señor —informó Mound, con acento pesaroso.

—Sí —dijo Hornblower, y no pudo evitar la tentación de hacer una pausa dramática antes de pronunciar la palabra decisiva—. Pero con camellos podríamos reducir el calado de las bombardas.

—¡Camellos! —exclamó Mound; y al darse cuenta de lo que esto significaba, se iluminó su rostro—. ¡Por San Jorge, señor, tiene razón!

Se llaman camellos unos artefactos utilizados para reducir el calado de una embarcación; mecanismos flotantes sólidamente trincados por ambos flancos y vaciados luego, para levantar sobre el agua el buque sujeto en el centro. Mound estaba ya maquinando los pormenores.

—Hay gabarros y barcazas en Riga, señor. Nos darán algunas, seguro. Tenemos mucha arena para lastrarlas, o podemos llenarlas de agua y extraerla luego con bombas. Con dos lanchones grandes podría reducir el calado de la *Harvey* cinco pies, por lo menos, y hasta sacarla fuera del agua, si hace falta. Estas barcazas tienen doscientas toneladas, y no calan más de dos pies sin carga.

Mientras Mound hablaba, Hornblower pensó en una dificultad que había pasado por alto.

—Pero ¿cómo va a gobernarlas? —preguntó—. No habrá modo de darles dirección.

—Montando un timón del Danubio, señor —respondió Mound sin titubear. Si es bastante grande, con él se puede gobernar cualquier barco.

—Dadme una palanca y moveré el mundo —comentó Hornblower.

—Exactamente, señor. Y haré agujeros en las lanchas para colocar unos remos de espadilla. No habrá más tendencia a barloventear que en una balsa. Podría poner a los hombres a ello ahora mismo si me autoriza, señor.

Mound parecía más un chiquillo de diez años que un muchacho de veinte, a juzgar por la ansiedad de su voz. Se había olvidado por completo de su languidez habitual.

—Mandaré una nota al gobernador —dijo Hornblower—, pidiéndole prestados cuatro lanchones. Le pediré seis, para prevenir accidentes. Tenga dispuestos sus planes para dentro de una hora. Puede contar con este buque y con las corbetas para el material y el personal que sean necesarios.

—Sí, señor.

Había que darse prisa, pues aquella misma tarde cruzó la bahía el sordo estruendo de los disparos de piezas pesadas. No el aullido agudo, más estridente, de las piezas de campaña que habían estado oyendo, sino el grave retumbo de la artillería del sitio. El enemigo ensayaba unos cuantos disparos con el primero de los grandes cañones emplazados en su batería. Ya la mañana siguiente, en el momento en que Hornblower salía a la toldilla, se oyó un súbito estruendo en la costa, como un trueno, que anunciaba la primera descarga del enemigo. Aún no se habían extinguido sus ecos cuando se oyó otra descarga, más desgarradora aún, y luego otra mayor; y así continuó hasta que el aire se vio atormentado sin tregua por las fuertes detonaciones, como bajo una furiosa tempestad que hacía anhelar continuamente a los oídos un alivio que no llegaba. El vigía del calcés dio cuenta de una prolongada nube de humo que la brisa arrastraba por encima del paisaje, desde la batería enemiga.

—Avisen a mi falúa —ordenó Hornblower.

Junto a los botalones de la *Nonsuch* se veían ya diversos botes de la escuadra, abarrotados con materiales que se habían sacado de las dos bombardas. La falúa fue bailando sobre las aguas, en el luminoso amanecer, hacia donde las dos naves estaban ancladas, cada una con sendos lanchones a los lados. Duncan, el capitán de la *Moth*, iba recorriendo en círculo el grupo, en un esquife. Al acercarse la falúa, se tocó el sombrero con la mano.

—Buenos días, señor —dijo, y al momento volvió a la faena, llevándose el megáfono a los labios—. ¡Demasiado a proa! ¡Recoged del cable delantero un diente más!

Hornblower se hizo conducir a remo a la *Harvey* y saltó de su falúa al lanchón de estribor (no era mucha distancia, pues estaba sumergido por el lastre) sin molestar a los oficiales ni a los marineros, dándoles ocasión de saludar. Mound se hallaba en su pequeña toldilla, probando con el pie la tensión del calabrote (uno de la *Nonsuch*) con el que aseguraban su propio buque y las dos barcasas, con dos vueltas a proa y a popa.

—¡Más a babor! —gritó.

En cada uno de los lanchones había una cuadrilla de hombres provistos de palas,

en su mayor parte hechas de madera para el caso. A la orden de Mound, los del lanchón de babor reanudaron vigorosamente la tarea de descargar la arena por encima de la borda. Nubes de arena flotaban a popa en la ventolina. Mound probó de nuevo la tensión.

—¡Más a estribor! —volvió a gritar; y luego, al advertir que el comodoro se acercaba, hizo el ademán de saludo.

—Buenos días, señor Mound —dijo Hornblower.

—Buenos días, señor. Tenemos que hacer esta parte poco a poco, ya lo ve, señor. Tenemos tan ligera la vieja bombardas, que daría la vuelta en los cables si la dejamos.

—Comprendo, señor Mound.

—Los rusos se dieron prisa a enviarnos las gabarras, señor.

—¿Le extraña? —replicó Hornblower—. ¿No oye cómo trabaja la batería francesa?

Mound escuchó, y al parecer la oyó por vez primera. Absorto en su trabajo, no puso atención en ella hasta ahora; estaba sin afeitarse y tenía la cara gris de cansancio, pues no había cesado de trajinar desde que recibió el encargo de Hornblower la tarde anterior. En aquel intervalo habían descargado las bombardas, halado y trasbordado los cables, y recibido y atracado las barcas a oscuras, formando con cada grupo de tres embarcaciones una sola masa, con los cables en tensión por medio de los cabrestantes.

—Perdone señor —dijo Mound, corriendo hacia proa para examinar el cable de aquel sector.

Con la descarga de la arena, vertida por la borda a impulsos de un centenar de vigorosos pares de manos, los lanchones iban subiendo en el agua, elevando la bombardas entre ellos mientras crujían los cables y el maderamen. Era necesario mantener los cables tensos a medida que los lanchones, al subir, los aflojaban. Hornblower se dirigió hacia popa a fin de presenciar lo que allí hacía otra cuadrilla de marineros. Un enorme barril, medio lleno de agua, flotaba por fuera de la popa, con un cabo a cada aleta, conducido por sendas guías hasta un improvisado molinete fijo en el puente. Largando o cobrando los cabos se regulaba la tracción del barril con la bombardas en marcha, a uno u otro lado, ejerciendo así un poderoso efecto de palanca. Es decir, que el barril haría las veces de timón, ya que éste quedaba tan fuera del agua que resultaba inútil.

—Es sólo un truco, señor —dijo Mound, que había regresado a proa—. Había pensado, como le dije, en armar un timón danubiano. Pero Wilson me propuso esto otro... Me permito recomendarle, señor. Esto va a ser mucho más eficaz, estoy seguro.

Wilson alzó la vista de su tarea, con una sonrisa desdentada.

—¿Qué puesto ocupa? —preguntó Hornblower.

—Ayudante de carpintero, señor.

—El mejor que he conocido, señor —intervino Mound.

—¿Qué servicios ha prestado?

—Dos comisiones en la vieja *Superb*, señor; otra en la *Arethusa*, y ahora ésta, señor.

—Le extenderé una licencia de carpintero —dijo Hornblower.

—Gracias, señor, gracias.

Mound podía haberse adjudicado todo el mérito de aquel timón de fortuna, si hubiese querido. A Hornblower le gustó mucho que no lo hiciera. Era conveniente para la disciplina y la moral de los hombres recompensar pronto y bien un trabajo bien hecho.

—Muy bien, señor Mound. Continúe.

Hornblower regresó a su falúa y se hizo conducir a remo hasta la *Moth*. Allí el trabajo había adelantado más aún; quedaba tan poca arena en las barcasas que los hombres tenían que esforzarse para verter sus paletadas por encima de la borda, a la altura del hombro. Ya se distinguía una ancha faja del forro de cobre de la bombardita, tanto había subido el casco.

—Vigile la estiba, señor Duncan —indicó Hornblower—. Está dando algo hacia babor.

—Sí, señor.

Requirió un complicado ajuste de los cables, arriando y luego halando, adrizar de nuevo la *Moth*.

—No calará más de dos pies cuando terminemos con ella, señor —dijo Duncan, muy satisfecho.

—Magnífico —replicó Hornblower.

Duncan decidió poner más hombres a la obra en las barcasas, para trasladar la arena de dentro afuera y facilitar el trabajo de los que la echaban al agua.

—Dos horas más y estarán francas, señor —informó Duncan—. Luego bastará abrir los costados para las espadillas.

Alzó la vista hacia el sol, que aún estaba a poca altura sobre el horizonte.

—Podremos empezar media hora antes de mediodía, señor —añadió.

—Ponga enseguida a la obra a los carpinteros —dijo Hornblower—. Así descansarán sus hombres y podrán desayunar. Cuando reanuden su tarea, podrán verter arena por las portas y trabajarán más deprisa.

—Sí, señor.

Media hora antes de mediodía no le parecía un cálculo descabellado con aquel avance sobre el programa, pero aunque la faena no estuviera terminada hasta las dos, quedarían muchas horas de luz diurna para descargar el golpe. Mientras perforaban los costados de las barcas, Hornblower llamó a Duncan y a Mound y les dio sus últimas órdenes.

—Estaré en la iglesia con el destacamento de señales —dijo por último—. Procuraré que tengan buena protección. ¡Buena suerte!

—Gracias, señor —contestaron al unísono. La impaciencia y la expectación

encubrían su cansancio.

Hornblower se hizo conducir a remo hasta el pueblo, donde un diminuto espigón les permitió desembarcar sin necesidad de chapotear entre los bajíos. El estruendo del bombardeo y del fuego de contrabatería aumentaba por momentos al aproximarse. Diebitch y Clausewitz vinieron a su encuentro al verlos llegar, y les encaminaron hacia la iglesia. Al bordear los terraplenes que circundaban el pueblo por la parte de tierra, Hornblower alzó la vista y vio a los soldados rusos disparando sus cañones, soldados barbudos, desnudos hasta la cintura bajo el sol abrasador. Un oficial iba de pieza en pieza, apuntándolas en sucesión.

—Hay pocos hombres en nuestra artillería a quienes pueda confiarse esa misión —explicó Clausewitz.

El pueblo estaba ya bastante destrozado, con grandes agujeros en paredes y tejados de las endeble casuchas que lo componían. Al acercarse a la iglesia, una bala rebotada dio en el muro, desprendiendo una nube de lascas y quedando empotrada en los ladrillos, como una ciruela en una tarta. Un momento después, Hornblower se volvió al oír de pronto un ruido extraño, y vio a sus guardiamarinas contemplando inmóviles el cuerpo inanimado de un marinero que poco antes iba pisándole los talones. Una bala que traspuso los terraplenes le había destrozado la cabeza, arrojando el cuerpo hacia ellos. Somers miraba con aire de repugnancia la sangre y sesos que salpicaban sus blancos pantalones.

—Sigamos —ordenó Hornblower.

En la galería de la base de la cúpula pudieron examinar la situación en el campo adversario. La trinchera de aproche en zigzag había adelantado casi hasta medio camino de las defensas, con la vanguardia casi borrada por la tierra que levantaba el furioso cañoneo de los rusos. Pero el reducto central que guardaba la entrada al pueblo se hallaba en mal estado, con sus parapetos reducidos a poco más que montículos y un cañón casi enterrado junto a su destrozada cureña, mientras servían el otro un grupito de bravos artilleros. Todas las líneas francesas aparecían oscurecidas por el delgado velo de humo que se extendía desde las piezas de sitio, pero el humo no era tan denso como para ocultar una columna de infantería que se acercaba a la primera paralela desde retaguardia.

—Relevan a la gente de las trincheras a las doce —explicó Clausewitz—. ¿Dónde están esos barcos suyos, señor?

—Ahí vienen —exclamó Hornblower.

Iban deslizándose sobre las plateadas aguas, con un aspecto fantástico, las bombardas con sus velas aferradas y el feo bulto de las barcasas a los flancos. Los largos y torpes remos de espadilla, una docena por cada lado, parecían las patas de una chinche de agua en un estanque, pero mucho más lentos, a medida que los esforzados remeros tiraban de ellos en el curso de cada interminable boga.

—¡Somers! ¡Gérard! —dijo Hornblower ásperamente—. ¿Cómo van esos aparatos de señales? Trincad esos motones a la cornisa, aquí. Vamos, no debemos

perder todo el día en preparativos.

Los guardiamarinas y los marineros se dedicaron a la tarea de montar una estación de señales en la galería. Los motones quedaron sujetos a la cornisa, y las drizas pasaban por ellos, mientras el Estado Mayor ruso observaba la operación con interés. Entretanto, las bombardas remontaban lentamente la bahía a impulsos de sus espadillas, avanzando medio de lado por efecto de la suave brisa que incidía en su proa y que las desviaba perceptiblemente hacia sotavento, según pudo apreciar Hornblower desde arriba. En el campo enemigo nadie parecía dedicarles la menor atención; los ejércitos de Bonaparte, dueños de Europa desde Madrid a Smolensko, habían tenido pocas ocasiones de tratar con bombardas. El fuego de la batería pesada continuaba implacable, castigando cruelmente los terraplenes rusos, que se desmoronaban, mientras los artilleros de la defensa contestaban con desesperada energía.

La *Harvey* y la *Moth* fueron acercándose hasta quedar muy próximas a la orilla; Hornblower creyó distinguir a través de su catalejo unas diminutas figuras que se movían en las amuras, y conjeturó que estaban echando el ancla. Los remos de espadilla se movían espasmódicamente, primero a un lado y luego a otro. En lo alto de la galería, con el corazón desbocado, Hornblower se imaginaba a Mound y a Duncan en sus toldillas dando a gritos sus órdenes a los remeros, mientras éstos maniobraban como escarabajos clavados en un cartón. Se estaban arriando y colocando en posición para lanzar otras anclas por la popa, a fin de que, halando, se pudieran apuntar los morteros en cualquier sentido dentro de un amplio arco. Clausewitz y sus ayudantes miraban sin comprender el sentido de aquellas maniobras. Hornblower vio echar al agua las anclas de popa y pudo distinguir pequeños grupos de hombres inclinados en torno a los cabrestantes. Las bombardas bornearon casi imperceptiblemente, primero en un sentido y luego en el opuesto, conforme los cabrestantes las hacían girar con ayuda de unas guías plantadas en la orilla.

—Ya sube la bandera de «Listos» en la *Harvey* —dijo Hornblower, con el catalejo apuntado.

La polea del motón montado por encima de su cabeza rechinó con estrépito al deslizarse por ella la driza con la señal de recibo. Una gran bocanada de humo se desprendió desde la proa de la *Harvey*, Hornblower, a aquella distancia, no pudo distinguir el menor rastro del proyectil, y esperó, nervioso, explorando todo el terreno en torno a la batería enemiga para cerciorarse de que veía la explosión. Y no vio nada, absolutamente nada. A regañadientes, dio orden de izar el cono negro de «inadvertido», y la *Harvey* hizo fuego nuevamente. Esta vez pudo ver la explosión, un pequeño volcán de humo y fragmentos, algo más allá de la batería.

—Pasó por encima, señor —dijo Somers.

—Sí. Comuníquelo a la *Harvey*.

Duncan había fondeado entretanto la *Moth*, y enarbolaba la señal de «listos». La

bomba siguiente de la *Harvey* cayó en el mismo centro de la batería, y lo mismo ocurrió con el primer disparo de la *Moth*. Al momento, la dos bombardas iniciaron un sistemático fuego de mortero sobre la batería, haciendo caer sobre ellas las granadas en constante sucesión, de modo que no pasaba un momento sin que apareciera un surtidor de humo y tierra dentro de sus terraplenes. Era una estructura rectangular plana, sin transversas ni divisiones interiores, y no tenía refugios para los hombres, ahora que el enemigo había hallado el medio de salvar sus protecciones. Sólo mantuvieron el fuego unos segundos, y luego Hornblower pudo verlos alejarse corriendo de las piezas. El interior de la batería parecía un hormiguero en plena conmoción. Uno de los enormes proyectiles de trece pulgadas cayó de lleno en el parapeto, y al disiparse el humo permitió ver todo el lienzo arrasado, dejando al descubierto el interior de la obra a los del pueblo, y por el hueco se distinguía la boca de un cañón de sitio desmontado, apuntando al cielo e inútil ya, para gran contento de la defensa. Aquello fue sólo el principio. En los terraplenes fueron abriéndose un hueco tras otro; todo el interior de la batería estaba sembrado de metralla. En cierto momento se oyó una explosión mucho mayor, y Hornblower se imaginó que habría volado un polvorín de batería (el pequeño repuesto de pólvora que se renovaba continuamente desde retaguardia). Debajo, los defensores se habían recuperado y todas las piezas del amenazado frente abrieron de nuevo fuego. Un disparo hecho desde el pueblo, al parecer, hirió la boca del cañón desmontado y lo derribó hacia atrás.

Hornblower dio una orden:

—Señal de «alto el fuego».

Las bombas de trece pulgadas no eran munición fácilmente sustituible en el Báltico, y no tenía sentido derrocharlas sobre un objetivo ya reducido al silencio e inutilizado, al menos por el momento. Y luego vino la réplica por parte de los atacantes, como había esperado. Se acercaba una batería de campaña por la distante ladera: seis cañones, diminutos a aquella distancia, brincando y balanceándose tras los armones. El terreno estaba aún encharcado, pues el tiempo veraniego aún no había secado bien los campos, y la artillería, metida hasta los ejes en el fango, avanzaba con dificultad.

—Señal de cambio de objetivo —ordenó Hornblower.

No había medio de observar la caída de las bombas sobre el nuevo objetivo, pues las bombardas las disparaban hacia el otro lado del alto ribazo. Era cuestión de suerte que ocasionaran daño, pero Hornblower se imaginaba que el parque y los depósitos de un ejército de sesenta mil hombres, que había puesto sitio en toda regla a la ciudad, tenían que ser grandes y estar abarrotados. Unas cuantas granadas dirigidas allí tal vez causaran algún estropicio. La primera batería de campaña se aproximaba al borde del agua, y los caballos daban la vuelta para dejar los cañones apuntados hacia las bombardas a intervalos regulares.

—La *Harvey* señala que está cambiando el objetivo, señor —informó Gerard.

—Muy bien.

La *Harvey* disparaba ya contra la batería de campaña; le llevó algún tiempo fijar la distancia, y las piezas ligeras, separadas unas de otras y formando una línea larga y delgada, no eran un buen blanco para morteros, aunque estuviese ahora bajo la observación la caída de los proyectiles. Y otra batería llegaba en aquel momento a emplazarse en el flanco de la primera; además (como Hornblower podía apreciar con su catalejo) por el estrecho límite de la bahía se aceraban más cañones con el propósito de someter las bombardas a un fuego cruzado. Una de las granadas de la *Harvey* reventó junto a una de las piezas, matando, al parecer, a todos sus servidores, pero dejando por casualidad el cañón indemne sobre sus ruedas. Los otros cañones disparaban ya, y el humo se remontaba perezosamente de sus bocas. Al otro lado de la bahía, las demás baterías entraban en acción, aunque la distancia era excesiva para piezas de su alcance. No había necesidad de exponer las bombardas al fuego de tierra. MacDonald contaba con doscientas piezas de campaña, y sólo había dos bombardas.

—Señalen «retirada» —ordenó Hornblower.

Ahora que había dado la orden, le parecía haber esperado demasiado. Hasta que las bombardas levaron anclas creyó que transcurrían siglos, y, mientras esperaba ansiosamente, pudo ver reventar en torno de ambas los proyectiles disparados desde la orilla. Distinguió los remos de espadilla que salían de las barcasas y batían el agua haciendo dar la vuelta a los barcos, y luego las velas blancas pendientes de los palos, hasta que las dos bombardas se alejaron, quedando fuera de tiro al alejarse oblicuamente de su rumbo. Hornblower se volvió aliviado y vio clavada en él la mirada del gobernador, que hasta entonces había estado en silencio presenciando toda la operación, con ayuda de un enorme catalejo apoyado en el hombro de un paciente ordenanza, a quien la violenta postura habría valido seguramente un fuerte dolor de espalda.

—Muy bien, señor —dijo el gobernador—. Le doy las gracias en nombre del zar. Rusia le está reconocida, señor, y también la ciudad de Riga.

—Gracias, excelencia —respondió Hornblower.

Diebitch y Clausewitz aguardaban a que se fijara en ellos. Tenían grandes deseos de discutir con él futuras operaciones, y había que escucharlos. Despidió a los guardiamarinas y a la sección de señales, confiando en que Somers sería lo bastante sagaz para interpretar la mirada que le dirigió como prevención, en el sentido de que no dejara a sus hombres trabar relaciones con los licores de Letonia mientras se hallaran en tierra. Luego reanudó la conversación, que se interrumpía constantemente por el ir y venir de ordenanzas con despachos y órdenes apresuradas transmitidas en lenguas que no podía entender. Pero los resultados de aquellas órdenes no se hicieron esperar. Dos regimientos de infantería aparecieron en el pueblo, marchando en fila, con la bayoneta calada, se alinearon en los terraplenes y luego saltaron al otro lado del glacis con un alarido unánime. Los pesados cañones de la batería que hubieran podido despedazarlos con metralla estaban silenciosos. Hornblower vio cómo

llegaban a la trinchera de *aproche* casi sin oposición; los hombres saltaron a ella por encima de los parapetos y con gran presteza comenzaron a desgarrar los sacos de arena y los gaviones con los que estaban contruidos, mientras en la destrozada batería desembocaba un destacamento de infantería francesa, demasiado tarde para detenerlos, aun en el caso de que se lo consintiera el fuego artillero de los sitiados. Al cabo de una hora la tarea había terminado, y la trinchera de *aproche* quedó arrasada en grandes trechos, desprovista de útiles, y los gaviones de reserva amontonados e incendiados.

—Gracias a usted, señor —dijo Clausewitz—, los trabajos de sitio se han retrasado cuatro días por lo menos.

Cuatro días; y los franceses disponían del resto del año para seguir machacando las defensas. Era deber suyo y de los rusos mantenerlas todo el tiempo posible. Había algo deprimente en la perspectiva de tratar de conservar aquel apoyo exterior mientras Bonaparte avanzaba irresistiblemente hacia el corazón de Rusia. Pero la partida se debía jugar hasta el fin. Se despidió de sus huéspedes fatigado y desconsolado, con una oscura sombra pendiente sobre toda satisfacción que pudiera sentir por el éxito (aquel éxito que les daba un respiro de cuatro días) de su ataque contra los franceses. Los silbatos dejaron escapar sus pitidos cuando saltó por la borda de la *Nonsuch*. El capitán Bush, con el primer teniente y el oficial de guardia, le esperaban en el alcázar.

—Buenas tardes, capitán Bush. ¿Quiere tener la amabilidad de indicar al señor Duncan y al señor Mound que vengan a bordo inmediatamente?

—Sí, señor. —Bush no volvió a decir palabra durante un par de segundos, pero no se apartó a cumplir la orden—. Sí, señor. Han matado a Mound.

—¿Pero qué dice?

—Uno de los últimos disparos de la playa le partió en dos, señor.

Bush hacía esfuerzos por conservar su dura expresión de siempre, pero era evidente que estaba conmovido. Y él no había tomado a Mound tanto afecto como Hornblower. En aquel momento se abatió sobre éste todo el torrente de pesadumbre y dudas que había estado tanto tiempo presintiendo.

¡Si hubiera hecho retirar antes las bombardas! ¿Había comprometido caprichosamente vidas humanas manteniéndolas en acción después de responder al fuego las baterías de campaña? Mound era uno de los oficiales jóvenes de más mérito que había tenido la fortuna de mandar. Inglaterra acababa de sufrir una gran pérdida con su muerte, y él también. Pero su sentimiento de dolor personal era más agudo todavía, y la idea de la finalidad de la muerte le sofocaba. La ola de congoja le oprimía aún cuando Bush habló de nuevo.

—¿Debo señalar que vengan Duncan y el primer teniente de la *Harvey* señor?

—Sí, hágalo, por favor, capitán Bush.

CAPÍTULO XXI



Hornblower estaba tratando de escribir una nota en francés al gobernador; un ejercicio fatigoso. A veces había palabras y hasta frases enteras que no acertaba a expresar bien, y cada interrupción le obligaba a retroceder y empezar de nuevo.

Se proponía decir lo siguiente: Según despachos que acababa de recibir de Inglaterra, los ejércitos de su majestad el rey de Gran Bretaña e Irlanda habían logrado la victoria en una gran batalla librada el 14 del mes anterior en Salamanca. El mariscal Marmont, duque de Ragusa, estaba herido, y los prisioneros franceses ascendían a unos diez mil. El general británico, marqués de Wellington, se encaminaba, según los despachos, a Madrid, que caería seguramente en sus manos. Las consecuencias de aquella batalla no eran fáciles de calcular.

Hornblower dejó escapar un juramento para sí; no le correspondía a él decirle al gobernador lo que debía hacer respecto a aquellas noticias. Pero el hecho de que uno de los ejércitos de Bonaparte hubiese sido seriamente derrotado, en una batalla reñida entre fuerzas iguales en gran escala, era de la máxima importancia. Si él fuese el gobernador, haría disparar salvas de regocijo, fijar proclamas, y todo lo que pudiera contribuir a levantar la moral de soldados y paisanos en su fatigosa tarea de defender Riga contra el ejército francés. Y qué podía significar aquello para el grueso del ejército ruso, que se dirigía por entonces al sur para defender Moscú en una lucha desesperada, no era posible calcularlo.

Firmó y selló la nota, llamó a Brown y se la entregó para que la llevara inmediatamente a tierra. En la mesa, junto a los despachos oficiales que acababan de llegar, había una pila de quince cartas dirigidas a él, todas con la letra de Bárbara, que le había escrito semanalmente desde su partida, y que se habían ido acumulando en el Almirantazgo en espera del regreso de la *Clam* con despachos. Había abierto la última para cerciorarse de que todo iba bien en su casa, y ahora la cogió de nuevo para volver a leerla.

Querido esposo, esta semana, las noticias domésticas quedan ensombrecidas por la gran noticia que llega de España. Arthur ha batido a Marmont, y todo el gobierno usurpador de aquel país está tambaleándose. Van a hacerle marqués. ¿Era en mi primera carta o en la segunda donde te decía que le habían dado el título de conde? Esperemos que pronto te escriba que le han hecho duque, no porque desee que mi hermano lo sea, sino porque eso significará una nueva victoria. Toda Inglaterra habla de Arthur esta semana, lo mismo que hace dos semanas hablaba del comodoro Hornblower y de sus proezas en el Báltico.

Todos en nuestra casa de Smallbridge están tan emocionados con tales noticias

que ha faltado poco para que nuestro más importante acontecimiento pasara inadvertido. Me refiero al atavío de Richard Arthur. Ya lleva calzones cortos, y ha dejado las enaguas para siempre. Es aún joven para tal transformación, y la Ramsbottom se deshacía en lágrimas al verle tan cambiado; pero si pudieras contemplarle creo que convendrías en que está mucho mejor con sus nuevas prendas, al menos hasta que pueda escapar a la vigilancia y dedicarse a su entretenimiento favorito de cavar hoyos en el suelo entre los arbustos. Física y moralmente hace gala de un entusiasmo por la tierra que parece extraño en el hijo de un marino tan distinguido. Cuando termine esta carta llamaré para que le traigan y ponga su marca, y estoy segura de que añadirá unas huellas digitales tan sucias que contribuirán a identificar su firma.

Hornblower dio la vuelta a la página y allí estaban las susodichas huellas, junto a la insegura X que Richard Arthur había garabateado por debajo de la firma de su madrastra. Hornblower sintió un desesperado anhelo de ver a su hijito en aquel instante, feliz y lleno de barro excavando en su agujero entre los arbustos, muy absorto en su tarea del momento, con la sublime concentración de propósito que es característica de los chiquitines. Por encima de la X leyó los últimos renglones trazados por Bárbara.

Como siempre, es mi sueño constante que mi querido esposo vuelva pronto triunfador, y entonces me esforzaré por aumentar su dicha, en vez de rezar por él como hago ahora.

Hornblower no consintió en permitirse sentimentalismos, y sofocó brutalmente toda la emoción que experimentaba. Así pues, tenía ahora dos cuñados que eran marqueses y uno de ellos gran general, mientras él seguía siendo simplemente caballero de Bath y, a menos que se diese una extraña mortandad entre sus predecesores en antigüedad, continuaría igual hasta que dentro de otros ocho años ascendiera a contraalmirante, si alcanzaba a vivirlos y no se interponía alguna medida disciplinaria que lo impidiese. Tomó el despacho que había abierto en primer lugar y leyó de nuevo el pasaje que consideraba más importante en aquellos momentos.

Sus señorías desean que le llame especialmente la atención sobre el hecho de que el gobierno considera de máxima importancia mantener la defensa de Riga todo lo posible. También me indican que consideran la seguridad de la escuadra que manda de segundo orden en comparación con la prolongación del sitio, y le encargan, a su riesgo, que haga cuanto pueda por detener el avance del enemigo hacia San Petersburgo.

En otras palabras, pensó Hornblower, Riga tenía que ser defendida hasta el último hombre y el último buque, y le fusilarían en el caso de no hacer todo cuanto pudiera. Dio una voz para que le preparasen la falúa, cerró el escritorio, cogió el sombrero y, después de un momento de vacilación, las pistolas, y ordenó que le llevasen de nuevo a Daugavgriva.

El pueblo ya no era más que un montón de ruinas, con excepción de la iglesia, cuyos sólidos muros habían resistido el incendio que destruyó el lugar y el continuo aluvión de tiros de rebote procedentes del bombardeo de los baluartes. Todo el lugar hedía a muerte, pues había habido muchas bajas y escaseaba la tierra que los cubría. Se habían abierto trincheras entre las bodegas de las casas demolidas para poder atravesar con relativa seguridad el pueblo, y de este modo se encaminó a la iglesia. Desde la galería, la vista era imponente. Los sitiadores habían terminado su segunda paralela, a no más de doscientas varas de las defensas, y los *aproches* continuaban su implacable progreso hacia la trinchera. El fuego de las baterías pesadas era incesante y escasa la respuesta desde las murallas; habían sucumbido demasiados artilleros, muchos cañones ya no eran más que chatarra, escaseaban piezas y quienes las manejaran, y era preferible conservar los que quedaban para rechazar el asalto cuando éste sobreviniera. A la orilla del mar, por el lado de los sitiadores, una batería bien construida dejaba ver los cañones dispuestos a barrer la zona en que las bombardas habían anclado. No había posibilidad de repetir el bombardeo por sorpresa de la batería de sitio, prolongando así éste otros cuatro días, como se había logrado una vez, a costa de la vida de Mound.

Clausewitz comentó fríamente la situación, mientras Hornblower y él recorrían el campo con sus catalejos. Para un soldado teórico, un sitio era un ejercicio intelectual. Era matemáticamente posible calcular el ritmo de progreso de los *aproches* y el efecto destructivo de las baterías, predecir cualquier movimiento y contrarrestarlo de antemano y pronosticar con un margen de precisión de una hora el momento del asalto definitivo. Había llegado ya, ahora que no podía mantenerse el fuego contra la cabeza de la zapa, la ocasión de intentar el avance de los sitiadores mediante una salida.

—Pero —argumentaba Hornblower—, si los franceses saben que se impone una salida, ¿no tomarán oportunamente sus precauciones?

—Sí —dijo Clausewitz, con sus ojos grises impassibles y fríos.

—¿No sería mejor sorprenderles?

—Sí; pero en un asedio, ¿cómo podríamos hacerlo?

—Ya los sorprendimos con las bombardas.

—Cierto; pero ahora...

Clausewitz señalaba la batería que les cerraba la extremidad de la bahía.

—Sin embargo... —comenzó a decir Hornblower, y luego se interrumpió, mordiéndose los labios. No tenía objeto hacer una crítica sin aportar al mismo tiempo una sugerencia útil. Concentró otra vez su atención en los trabajos de sitio, en busca de inspiración, mientras tronaban los cañones debajo de él. También retumbaban más lejos, río arriba, donde los franceses habían abierto otro frente de ataque sobre el barrio de Mitau, situado justo al otro lado del puente, frente a Riga. Los recursos de las defensas tuvieron que extenderse demasiado. MacDonald había apretado las mandíbulas como un perro de presa, y sería ya difícil zafarse de él. De Prusia

llegaban todos los elementos disponibles para abastecer al ejército sitiador, y el mariscal había dado ya muestras de que nada le distraería de su objetivo, ni siquiera el hecho de que los campesinos letones, livonios y lituanos se hubiesen alzado en su retaguardia, poniendo en conmoción tras él a todo el país.

—Los muertos comienzan a venir río abajo —dijo Clausewitz. Tenía los dientes grandes y blancos, y los enseñaba a la menor provocación. Hornblower le miró sin comprender.

—De los combates de hace quince días —explicó Clausewitz—, en Kitebsk y Smolensko, a doscientas millas al sur. Algunos cadáveres han conseguido hacer el viaje; muchos son rusos, pero también los hay franceses, bávaros y westfalianos, y muchos italianos. Dejó de ser una gran batalla.

—Muy interesante —dijo Hornblower, revisando una vez más los trabajos de cerco. En el centro de la segunda paralela se veía una nueva batería, cuyos fuegos servirían para detener en seco a toda fuerza que atacase de frente con el propósito de destruir las obras. Sería mucho exigir de la tropa que cruzase doscientas varas de glacis desnudo, desafiando aquel fuego, y asaltase después el foso y el parapeto. Los flancos estaban seguros también, uno guardado por el riachuelo y el otro replegado hacia la bahía. ¡La bahía! Los cañones franceses acaso pudieran barrerla con eficacia suficiente para que las bombardas no anclasen en ella durante el día; pero no podrían detener un ataque de infantería desencadenado desde botes en plena noche. Entonces se podría atacar la paralela desde el flanco al rayar el día. Hornblower se volvió a Clausewitz y le planteó su idea, y el prusiano la aceptó en el acto. Los soldados continentales estaban siempre dispuestos a olvidarse del mar al hacer sus planes; pero Clausewitz, aunque prusiano, era un hombre de suficiente flexibilidad mental para apreciar las ventajas de un plan basado en el dominio del mar.

No había tiempo que perder si se trataba de adelantarse al ataque sobre Daugavgriva. Era necesario desarrollar inmediatamente la idea. Se prepararon horarios, se convinieron señales, se designaron tropas para el desembarco, encaminándolas al punto en que Hornblower podía tener ya preparadas dotaciones de lanchas para tripular las barcasas de río que habrían de trasladar las tropas al punto señalado para desembarcar. Hornblower tuvo que dar instrucciones detalladas a las tripulaciones y a los oficiales, redactar sus órdenes y asegurarse de que eran comprendidas. Montgomery y Duncan, Purvis y Carlin debían acudir por mandato suyo, subir a la galería de la cúpula y examinar los objetivos del ataque. Hornblower se impacientó caminando por la galería mientras los esperaba. Los mensajeros partieron a todo galope y trajeron a la galería a un trío de coroneles rusos, cuyos regimientos habían sido elegidos para efectuar el desembarco. Hornblower les dio sus explicaciones en francés, y luego a sus oficiales en inglés. Tuvo que responder también a las preguntas que cada cual juzgó necesario hacerle. Media docena de subalternos rusos, acuclillados en el suelo de la galería, con unas tablillas en las que había sujetas varias hojas de papel, escribían las órdenes que Clausewitz les dictaba.

Essen se presentó en medio de todo el barullo; había dado su consentimiento verbal inmediato al ataque propuesto, y cuando al llegar encontró los preparativos tan adelantados, como persona sensata dejó la elaboración de los detalles a quienes habían ideado el proyecto. Todo ello se desarrollaba mientras seguía incesante el bombardeo, formando un sordo acompañamiento a toda conversación, y las murallas rusas se desmoronaban lentamente bajo la granizada de metralla, a la vez que las trincheras de *aproche* iban avanzando sin tregua.

Hornblower había sugerido a Clausewitz la operación antes del mediodía. A las ocho de la noche, después de ponerse el sol, aún no estaba todo dispuesto, y Hornblower había ido en lancha a la desembocadura del Dvina para inspeccionar las embarcaciones disponibles y echar un vistazo a los granaderos rusos que se dirigían a ellas para embarcar.

—¿Entiende sus órdenes, Duncan? —preguntó Hornblower.

—Sí, señor.

—Veamos su reloj. Póngalo en hora con el mío.

—Sí, señor.

—Señor Montgomery, señor Purvis, recuerden lo que les he dicho de mantener unidas las fuerzas de desembarco. Hay que caer sobre ellos de golpe, no desembarcar en grupitos. Asegúrense de que los soldados sepan hacia dónde avanzar cuando toquen tierra.

—Sí, señor.

—Buena suerte, pues.

—Gracias, señor.

Era noche cerrada cuando Hornblower atracó de nuevo en el pequeño malecón de Daugavgriva, y soplaba un vientecillo helado. Tanto había corrido el año desde que anclaron por vez primera en la bahía de Riga. Ya había pasado casi el verano, y el otoño se acercaba. Tuvo que tantear el camino por las trincheras hasta la iglesia, y casi no le quedaban fuerzas en las piernas para remontar los interminables y oscuros escalones que llevaban a la galería. Apenas se había sentado desde la mañana, y estaba sin comer. La cabeza le daba vueltas de cansancio y hambre. Clausewitz seguía de guardia en lo alto de la iglesia, a la clara luz de las estrellas, que deslumbraron a Hornblower al salir de la negra oscuridad de las escaleras.

—Los franceses parecen extrañamente activos esta noche —le informó Clausewitz a modo de saludo—. Al oscurecer relevaron a la gente de sus trincheras.

Una hilera de vivas llamas anaranjadas se alzó súbitamente de las líneas francesas, y el estruendo de una descarga llegó a sus oídos.

—Riegan a intervalos el foso con metralla —explicó Clausewitz— para ahuyentar a nuestras patrullas de reparaciones. Siempre se hace lo mismo, pero al cabo de una docena de descargas se pierde la dirección y el alcance.

Si la guerra de sitio era un asunto tan mecánico, si cada uno de sus pasos era evidente y podía preverse, siempre existía la probabilidad de que un general

ingenioso quebrantase tales reglas. En un par de días, las brechas y los *aproches* estarían en condiciones para un asalto. ¿Qué podría impedir a un atacante adelantarse y coger al defensor desprevenido? Hornblower se lo planteó así a Clausewitz.

—Siempre es posible —respondió éste en tono sentencioso—. Pero nuestras guardias son mucho más fuertes esta noche, a causa de la salida de mañana al amanecer.

Hornblower fue tanteando en las tinieblas y encontró uno de los haces de paja que habían subido a la galería a fin de hacer algo más cómodo aquel puesto de mando avanzado. Se sentó aliviado, pues le temblaban literalmente las piernas de cansancio. Se acurrucó en el capote para defenderse del frío de la noche, y la idea de dormir le atrajo de un modo indescriptible. Se estiró sobre la crujiente paja y luego se incorporó sobre el codo para prepararse con ella una especie de almohada.

—Descansaré un rato —dijo. Y, echado de espaldas, cerró los ojos.

Había algo más que simple fatiga en aquel deseo de dormir. Si lograba conciliar el sueño, quedaría libre del sitio, de sus hedores, peligros y amarguras; quedaría libre de su responsabilidad; no le consumirían los interminables informes sobre la marcha imparable de Bonaparte hacia el corazón de Rusia; ni le atormentaría ya la sensación de estar librando una batalla desesperada y fatal contra un enemigo que, por su fuerza colosal, se hallaba destinado a triunfar en último extremo. Le aguardaba el olvido si podía dormir, el olvido consolador. Esa noche ansiaba sumirse en el sueño como quien siente el deseo de arrojarse en brazos de una amante. Sus nervios estaban singularmente firmes, a pesar del esfuerzo de las últimas semanas, o tal vez (así era de contradictoria su naturaleza) por eso mismo. Se acomodó en la paja, y hasta los sueños tumultuosos que le asaltaron no fueron tan serios ni mucho menos como los pensamientos que le hubieran martirizado de estar despierto; o, al menos, así le parecía de algún modo.

Abrió los ojos al sentir el brazo de Clausewitz en su hombro, y poco a poco volvió a ser el Hornblower que estaba ayudando a defender Riga, como quien trata de recomponer un rompecabezas.

—Falta una hora para que amanezca —anunció Clausewitz, una sombra vaga aún en la acechante oscuridad.

Hornblower se sentó; estaba envarado y se había quedado frío bajo el insuficiente abrigo de su capote. Las fuerzas de desembarco, si todo había ido bien, estarían remontando la bahía a aquella hora. Era todavía muy de noche para distinguir nada al mirar por encima del parapeto de la galería. Otra sombra se aproximó a él y le puso en la mano algo muy caliente: un vaso de té. Lo tomó a sorbos, sintiendo cómo penetraba en lo íntimo de su organismo un agradable calorcillo. El débil estampido de un tiro suelto de mosquete llegó a sus oídos, y Clausewitz inició una observación que se vio bruscamente interrumpida por un violento tiroteo en la tierra de nadie entre las dos líneas de trincheras. En la oscuridad se distinguían líneas de fuego.

—Tal vez algunas patrullas algo nerviosas —dijo Clausewitz, pero el tiroteo no

llevaba trazas de apagarse, sino que, por el contrario, se hizo más intenso. Se distinguió una gran llamarada allá abajo, apuntando hacia una masa irregular de destellos, donde al parecer una columna tropezaba con la línea enemiga. Los destellos se extinguieron con algunas descargas desiguales; pronto se asociaron al tumulto los cañones, con sus lenguas anaranjadas, e inmediatamente después aumentó la iluminación al arrojar desde los parapetos unas granadas incendiarias, tanto los atacantes como los defensores, con objeto de ver mejor a sus respectivos enemigos. Desde la bahía se elevó una franja curva de fuego amarillo, que estalló en el firmamento deshaciéndose en multitud de estrellas rojas.

—¡Gracias a Dios! —dijo Hornblower, pero se guardó la exclamación para sí.

La fuerza de desembarco había llegado a su destino un poco antes de tiempo, y alguien, inglés o ruso, decidió emprender en el acto el ataque de flanco al ver que en tierra se luchaba ya. Clausewitz se volvió y gritó una orden que hizo bajar precipitadamente las escaleras a un edecán. Casi al mismo tiempo, subió corriendo un mensajero y dijo algo en ruso, tan deprisa que Clausewitz, con su limitado dominio del idioma, tuvo que hacérselo repetir más despacio. Al terminar se volvió hacia Hornblower.

—El enemigo está muy reforzado, y al parecer se prepara a atacar por sorpresa. Puede ahorrarse dos días si le sale bien.

Un nuevo tumulto estalló abajo. El destacamento de desembarco había tropezado con su primer obstáculo, y el invisible paisaje cercano a la orilla estaba moteado con nuevos fogonazos. Se había entablado una lucha desesperada, y tanto el ataque como el contraataque y la embestida de flanco eran simultáneos. Comenzaba a insinuarse una débil claridad, bastante para distinguir a Clausewitz, sin afeitar y con el uniforme cubierto de briznas de paja, en contraste con su habitual aspecto atildado. Pero aún no podía apreciarse nada de la pugna, salvo las vagas humaredas que flotaban en la semioscuridad. El comodoro se acordó de los versos de Campbell en «Hohenlinden», cuando habla del sol naciente al alba, impotente para penetrar las sombrías nubes de guerra. El crepitar de la fusilería y el estrépito de los cañones daban testimonio de una batalla enconada, y en una ocasión Hornblower percibió el sordo clamor de muchas gargantas, contestado por un salvaje alarido. Aquello hacía pensar en el encuentro de un ataque y un contraataque. Poco a poco, el paisaje fue haciéndose visible, y empezaron a llegar mensajeros.

—Shevstov ha asaltado la batería que guardaba la orilla —dijo Clausewitz, entusiasmado.

Shevstov era el general que mandaba las fuerzas de desembarco. Si había tomado por asalto la batería, las tripulaciones de los barcos podrían retirarse sin ser molestadas, y la llegada de un mensajero del general a Daugavgriva era prueba de que estaba en pleno contacto con los defensores, y que sus fuerzas, conforme a sus órdenes, habían caído sobre el flanco de la posición francesa. El fuego parecía calmarse, aunque la humareda continuaba mezclada con la neblina baja del otoño y lo

ocultaba todo.

—Kladov ha llegado a los *aproches* —siguió diciendo Clausewitz—. Sus zapadores están echando abajo los parapetos.

El tiroteo arreció de nuevo, aunque ahora había tanta luz que no se distinguían los fogonazos. Al parecer, continuaba una lucha terrible y mortal, tan desesperada que al presentarse el gobernador en la galería apenas le hizo caso nadie del grupo que se esforzaba por ver algo a través de la niebla y del humo.

Essen se enteró de lo que ocurría mediante unas preguntas rápidas a Clausewitz, y luego se volvió a Hornblower.

—Habría llegado hace una hora —dijo—, pero me detuvo la llegada de despachos.

La corpulenta figura de Essen delataba contrariedad. Tomó a Hornblower del brazo y se lo llevó lejos de los oídos de los jóvenes oficiales del Estado Mayor.

—¿Malas noticias? —preguntó Hornblower.

—Sí, las peores. Hemos sido vencidos en una gran batalla a las puertas de Moscú, y Bonaparte ha entrado en la ciudad.

En efecto, eran pésimas noticias. Hornblower podía imaginar un tiempo futuro en el que aquella batalla figurase al lado de las de Marengo, Austerlitz y Jena como una victoria que abatía una nación, y la entrada en Moscú se compararía con la ocupación de Viena y Berlín. Un par de semanas más y Rusia pediría la paz (si no había iniciado ya gestiones en tal sentido), e Inglaterra se quedaría sola, con todo el mundo en armas contra ella. ¿Había algo en el mundo que pudiera resistir contra la pericia y el poder de Napoleón? ¿Ni la Armada británica? Hornblower hizo cuanto pudo por encajar el golpe impasible, y se esforzó por borrar de su rostro todo signo de abatimiento.

—Tenemos que luchar aquí hasta el fin —sentenció.

—Sí —dijo Essen—, mis hombres lucharán hasta morir, y también mis oficiales.

Casi había una mueca en su semblante al indicar con la cabeza a Clausewitz. Si algún hombre estaba perdido era aquél, que luchaba contra su propia patria. Hornblower recordó la insinuación de Wellesley de que su escuadra podría servir de refugio a la corte rusa. Sus barcos se iban a ver atestados de fugitivos de Rusia, último país continental en armas contra Bonaparte.

La niebla y el humo se iban disipando, y se distinguían ya fragmentos del campo de batalla. Hornblower y Essen pusieron su atención en la empresa emprendida, como tratando de sustraerse al pensamiento del futuro.

—¡Ah! —exclamó Essen, señalando.

Se veían perfectamente trechos de las líneas de *aproche*, con los parapetos arrasados a intervalos.

—Kladov ha ejecutado las órdenes, señor —informó Clausewitz.

Mientras no se repararan aquellos destrozos, uno por uno, comenzando por la abertura más próxima a la primera paralela, nadie podría llegar al final de la zapa y, desde luego, ningún destacamento nutrido se aventuraría en los *aproches*. Habían

ganado otros dos días, pensó Hornblower, estimando a simple vista la destrucción ocasionada. La experiencia le había suministrado ya cierta facilidad para apreciar las operaciones de sitio. Todavía continuaba un fuego nutrido, con el que la retaguardia cubría la retirada de las fuerzas atacantes a los baluartes. Essen hizo oscilar su enorme catalejo sobre el hombro de su edecán y lo apuntó hacia el paisaje. Hornblower miraba a través del suyo; las barcazas que habían acarreado a las tropas de desembarco flotaban abandonadas en la bahía, y las barcas que restituían a sus puestos las dotaciones que las habían tripulado se hallaban ya fuera del alcance de la artillería enemiga. Essen le hizo volverse, poniéndole una mano en el hombro.

—¡Mire allá, comodoro! —dijo.

Hornblower dirigió su catalejo hacia el sitio indicado, y al momento descubrió lo que Essen quería darle a entender. Soldados de infantería aislados del ejército sitiador recorrían la tierra de nadie en su camino de vuelta hacia sus propias trincheras, y (Hornblower lo pudo comprobar) remataban a bayonetazos a los heridos rusos que yacían amontonados a su paso. Tal vez era natural esperar, en aquel sitio prolongado y sangriento, que el encono y la ferocidad se desarrollaran en una escala tan brutal, especialmente entre las hordas de Bonaparte, que habían recorrido toda Europa años enteros, desde que eran muchachos, viviendo de lo que podían quitar a los campesinos, con el fusil y la bayoneta como único tribunal de apelación. Essen estaba blanco de furia, y Hornblower trataba de compartir su indignación, pero no pudo conseguirlo. Ya esperaba aquel tipo de atrocidades. Se sentía perfectamente preparado para seguir exterminando a soldados y marineros de Bonaparte, pero no podría jactarse de hacer justicia si mataba a un hombre porque otro hombre hubiese rematado a sus aliados heridos.

Abajo, en los destrozados restos del pueblo, al recorrer las trincheras, los heridos que habían tenido la suerte de poder arrastrarse hasta ellas eran objeto de asistencia. Estremecido, Hornblower se dijo que tal vez los asesinados en la tierra de nadie fueran los más afortunados. Se abrió paso entre filas de soldados rusos andrajosos y negros de humo, que hablaban con el bullicioso abandono de hombres que acaban de salir de una victoria duramente ganada.

CAPÍTULO XXII



Entre el montón de correo de Inglaterra, muy retrasado, había grandes paquetes de folletos impresos en francés y en alemán, y algunos también en holandés y en danés. En ellos se invitaba a las fuerzas de Bonaparte a desertar de sus banderas, pero no iban dirigidos a la masa, sino al soldado individual, diciéndole que podía estar seguro de una buena acogida si se pasaba al otro bando. Se negaban las afirmaciones que Bonaparte hacía constantemente en sus proclamas, pretendiendo que Inglaterra encerraba a sus prisioneros en infernales pontones flotantes, y que los desertores eran obligados, mediante malos tratos, a servir en regimientos mercenarios de Inglaterra. Ofrecían una vida de desahogo y seguridad, con la honrosa alternativa, sólo si era solicitada, de alistarse en las fuerzas británicas a cuantos desearan contribuir a aplastar al tirano. El folleto francés estaba indudablemente bien redactado, y era de presumir que sucediera igual con los otros; es posible que Canning, o aquel hombre (¿cómo se llamaba?). Hookham Frere, hubiera intervenido en ello.

La carta que acompañaba a los folletos, encargándole de hacer lo posible para que llegaran a manos de los soldados de Bonaparte, llevaba un anexo interesante: la copia de una carta del corso a Marmont, interceptada por lo visto en algún punto de España, y en la que el emperador bramaba contra esta nueva prueba de la falsedad y perfidia británicas. Había visto algunos de los primeros folletos, al parecer, y su contenido le había llegado a lo más hondo. A juzgar por el texto de su carta, estaba completamente frenético por aquella tentativa de sustraer a sus súbditos de la obediencia que le debían. A juzgar por la violencia de la reacción imperial, no se podía negar la eficacia de aquel método de hacer la guerra. Los prusianos, normalmente bien alimentados y atendidos, padecían escasez ahora, bajo MacDonald, después de haber quedado el país esquilado por los depredadores; la oferta de una vida de holgura, combinada con un llamamiento a su patriotismo, tal vez produjera gran número de desertores. Hornblower preparó mentalmente una carta oficial al gobernador proponiéndole enviar al campo francés a unos cuantos buhoneros aparentemente a vender chucherías, pero en realidad a distribuir aquellos folletos. Allí donde los hombres de Bonaparte estaban sufriendo calamidades y pocos éxitos, la proposición podía tener más consecuencias que en el ejército principal de Bonaparte, ahora en Moscú. Hornblower se sentía inclinado a desconfiar del extravagante boletín ruso relativo al incendio de Moscú, y de la ardorosa declaración pública de Alejandro en el sentido de que jamás haría la paz mientras quedara en suelo ruso un solo soldado francés. En opinión de Hornblower, la moral francesa probablemente era bastante elevada aún, y la fuerza de Bonaparte todavía lo bastante grande para imponer a Rusia la paz a punta de bayoneta en su propia capital, por grave que hubiera sido la destrucción de Moscú y aunque lo fuese tanto como decían.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —gritó Hornblower, irritado por la interrupción, pues se había propuesto dedicar todo el día a ponerse al corriente en sus tareas burocráticas.

—Una carta de tierra, señor —dijo el guardiamarina de servicio.

Era una breve nota del gobernador, con su finalidad resumida en una sola frase: «Han llegado a la ciudad algunas personas que creo que le interesarán, si dispone de tiempo para una visita».

Hornblower dejó escapar un suspiro; su informe a Londres no se acabaría nunca, al parecer, pero no podía desdeñar aquella invitación.

—Dispongan mi falúa —dijo al guardiamarina; y se volvió a cerrar su pupitre.

Dios sabía qué personas serían aquellas. Los rusos se mostraban en ocasiones exageradamente misteriosos por bobadas. Podía tratarse de una tontería, pero era su deber enterarse de lo que hubiese de nuevo antes de expedir su despacho a Inglaterra. Mientras la falúa se balanceaba sobre las aguas, dirigió la vista a las líneas del ejército sitiador; los cañones de sitio seguían su obra demoledora (se había acostumbrado de tal modo a aquel estruendo que sólo se percataba de él al poner atención), y sobre la llanura flotaba el largo dosel de humo de costumbre.

La falúa enfiló la entrada del río, y las ruinas de Daugavgriva quedaron ocultas, salvo la cúpula de la iglesia donde tan a menudo había estado. Se acercaban gradualmente a Riga, y tuvieron que mantenerse muy cerca de la orilla para no verse arrastrados por la rápida corriente del Dvina, hasta que, por último, los remos se detuvieron y la falúa se acercó a las gradas del malecón. En lo alto de la escalinata esperaba el gobernador con su séquito y un caballo de reserva para Hornblower.

—Es una cabalgada corta —dijo Essen—, y creo que le parecerá que vale la pena.

Hornblower montó a caballo, haciendo un gesto para dar las gracias al caballero, y la comitiva emprendió rápidamente la marcha por las calles empedradas. Abrieron para ellos una poterna en las fortificaciones del lado este (hasta entonces ni un solo enemigo se había dejado ver por la orilla oriental del Dvina), y siguieron su camino pasando un puente levadizo que salvaba el foso. En el glacis, al otro lado del foso, había una numerosa fuerza de soldados, unos sentados y otros echados en filas. Tan pronto como apareció la comitiva, se pusieron en pie, alineándose, y luego, respondiendo a un estridente coro de cornetas, presentaron armas, con la bandera regimental ondeando a la ligera brisa. Essen contuvo su caballo, devolviendo el saludo.

—Bien, ¿qué piensa de ellos, señor? —preguntó a Hornblower, riendo entre dientes.

Los soldados iban andrajosos, y asomaba la piel a través de los agujeros y desgarros de sus uniformes azules o de un gris sucio. Además, parecían torpes, poco marciales; cualquier tropa que hubiera afrontado duras pruebas podría ir desastrada, pero Hornblower, examinando a las filas, tuvo la sensación de suciedad y desorden voluntarios. Essen seguía sonriendo maliciosamente, y Hornblower puso mayor

ahínco en descubrir la causa de aquel regocijo. Essen no le hubiera llevado hasta allí sólo para mostrarle a unos soldados harapientos. Ya había visto bastantes en los tres meses últimos para el resto de su vida. Había allí varios miles de hombres, una brigada nutrida o una división mermada. Hornblower miró los estandartes regimentales para averiguar el número de unidades presentes, y entonces estuvo a punto de caer de su precario asiento, tal fue su sorpresa. Aquellas enseñas eran rojo y gualda, los colores nacionales de España, y cuando se dio cuenta de ello comprendió que los uniformes destrozados eran los restos del blanco y azul de los Borbones que tanto había llegado a odiar diez años antes, durante su cautiverio en El Ferrol. Además, a la izquierda de la línea se alzaba un estandarte plata y azul, la bandera portuguesa, enarbolada ante un solo y mutilado batallón de esperpentos.

—Estaba seguro de que se sorprendería, señor —dijo Essen, sin dejar de sonreír.

—¿Quiénes son estos hombres? —preguntó Hornblower.

—Algunos de los aliados «voluntarios» de Bonaparte —replicó Essen irónico—. Estaban en el cuerpo de Saint Cyr, en Polotsk. Un día se encontraron en el mismo borde de la línea avanzada y huyeron río abajo en nuestra busca. Venga y hablará con su general.

Espoleó a su caballo y, a galope corto, se acercaron a un oficial vestido con un deteriorado uniforme, montado en un macilento caballo blanco, a la cabeza de un Estado Mayor sobre cabalgaduras igualmente escuálidas.

—Tengo el honor de presentarle —dijo Essen solemnemente— a su excelencia el conde de los Altos... Su excelencia el comodoro *sir* Horatio Hornblower.

El conde saludó. Hornblower se esforzó unos momentos por pensar en español; la última vez que había usado aquel idioma fue durante el ataque frustrado a Rosas, dos años antes.

—Es para mí un gran placer conocer a vucencia —dijo.

El rostro del conde expresó la agradable sorpresa que le producía oír que le hablaban en su propia lengua, y replicó rápidamente:

—¿Es el almirante inglés, señor?

Hornblower no creyó oportuno entrar en explicaciones sobre la diferencia entre un almirante y un comodoro. Se limitó a asentir con el gesto.

—He solicitado que mis tropas y las portuguesas sean repatriadas por mar, para luchar en nuestro propio suelo contra Bonaparte. Me dicen que para ello es necesario su consentimiento. ¿Lo dará, señor, no es cierto?

Aquello era pedir mucho. Cinco mil hombres, a cuatro toneladas marinas por cabeza, significaban veinte mil toneladas para embarcar, esto es, un largo convoy. Estaba más allá de su alcance solicitar de su gobierno que facilitara veinte mil toneladas marinas de barcos para trasladar a los españoles desde Riga a España. Nunca había buques suficientes. Y, además, quedaba la cuestión del efecto moral que produciría sobre la guarnición de Riga el embarque casi instantáneo de aquel oportuno refuerzo que les había llovido del cielo. Por otra parte, existía la posibilidad

de que Rusia firmara la paz con Bonaparte, y, en tal caso, cuanto antes salieran los españoles de la garras de ambas potencias, tanto mejor. Cinco mil hombres supondrían un ejército considerable en España (donde los españoles lucharían con el máximo ahínco), y no representaban gran cosa en aquella guerra continental de millones. Pero nada tenía tanta importancia como el aspecto moral. ¿Qué efecto produciría sobre los otros aliados forzosos de Bonaparte, prusianos y bávaros, austríacos e italianos, oír no sólo que un contingente nacional se había pasado a los aliados, sino que éstos lo recibían con los brazos abiertos, lo festejaban y honraban, y finalmente lo devolvían embarcado a su país natal lo antes posible? Hornblower se prometía una tremenda revulsión entre los satélites del corso, especialmente si los rusos se mantenían firmes en su decisión de luchar durante el invierno. Aquello podía ser el comienzo del derrumbe del imperio de Napoleón.

—Me complacerá mucho enviarle con sus hombres a España tan pronto como pueda —prometió—. Hoy mismo daré órdenes para concentrar las embarcaciones necesarias.

El conde se explayó en frases de gratitud, pero Hornblower tenía algo que añadir.

—Debo pedirle algo a cambio —dijo, y el rostro del conde perdió parte de su entusiasmo.

—¿Qué es ello, señor? —preguntó. La amarga sospecha nacida de años enteros de verse víctima de maquinaciones internacionales, mentiras, engaños y amenazas (desde los lastimosos subterfugios de Godoy, hasta las brutales coerciones de Bonaparte) se dibujó un momento en su semblante.

—Su firma en una proclama, eso es todo. Intentaré poner en circulación entre los otros aliados forzosos de Napoleón la noticia de su adhesión a la causa de la libertad, y quisiera que atestiguase su veracidad.

El conde dirigió a Hornblower una mirada aún más penetrante, antes de aceptar.

—La firmaré —dijo.

Aquel consentimiento inmediato era un cumplido primero a la evidente honradez de los propósitos de Hornblower, y luego a la reputación que la Armada había adquirido de cumplir siempre sus compromisos.

—No hay nada más que decir, entonces —dijo Hornblower—. Debemos redactar la proclama y encontrar barcos para vuestras fuerzas.

Essen se agitaba inquieto en su silla junto a ellos, mientras conversaban en español. No conocía una sola palabra de este idioma, y por eso estaba nervioso. Hornblower disfrutaba observándole, pues durante los últimos meses había tenido el papel de oyente ignorante, de gran número de conversaciones en ruso y en alemán.

—¿Le ha hablado de la situación en el ejército de Bonaparte? —preguntó Essen—. ¿Ha dicho algo de hambre y enfermedades?

—Todavía no —respondió Hornblower.

La explicación salió pronto de los labios del conde, a impulsos de las explosivas preguntas de Essen. El ejército de Napoleón había caminado dejando tras de sí un

reguero de muertos mucho antes de llegar a Moscú; el hambre y las enfermedades habían mermado sus filas, mientras Bonaparte lo empujaba a marchas forzadas a través de la desolada estepa.

—Los caballos han muerto ya casi todos. Sólo había centeno verde para darles — explicó el conde.

Si no tenían caballos, sería imposible abastecer al grueso del ejército; éste debería dispersarse o perecer, y como los rusos contaban con fuerzas militares de alguna importancia, tal dispersión sería imposible. Mientras Alejandro se mantuviera firme y prosiguiera la lucha, no había que perder la esperanza. Empezaba a parecer cierto que el ejército de Bonaparte en Moscú había consumido su fuerza, y que el único modo de presionar a Alejandro en lo sucesivo consistía en avanzar sobre San Petersburgo con el ejército que ahora cercaba Riga. Por eso era más imperativo aún aguantar allí. Hornblower abrigaba bastantes dudas respecto a la constancia de Alejandro si perdía ambas capitales.

La destrozada infantería española había estado presentando armas durante aquella larga conversación, y Hornblower se sintió incómodo al advertirlo. Hizo recaer como de pasada la vista sobre ellos, para recordar al conde lo que debía hacer. Éste dio una orden a sus ayudantes y los coroneles la repitieron; los regimientos se cuadraron torpemente y quedaron en posición de descanso, con gran soltura esto último.

—Su excelencia me dice —observó el conde— que sirvió usted recientemente en España. ¿Qué noticias tiene de mi país?

No era fácil hacer un resumen de la complicada historia de la península en los últimos cuatro años a un español que había estado aislado totalmente de su patria durante ese tiempo. Hornblower hizo lo que pudo, quitando importancia a las innumerables derrotas de los guerrilleros, y terminó con una nota de esperanza al darle cuenta de la reciente captura de Madrid por Wellington. Los jefes y oficiales españoles estrechaban cada vez más el cerco en torno suyo. Durante cuatro largos años, desde el momento mismo en que el pueblo español había declarado su voluntad de no continuar siendo un dócil aliado y se convirtió en el más enconado enemigo del imperio, Bonaparte había procurado que aquellas tropas españolas a su servicio, a tres mil millas de la patria, no tuvieran la menor noticia que les revelara la verdadera situación de España. Sólo contaban con los embustes de los boletines imperiales para apoyar sus vagas teorías. Era una experiencia curiosa hablar con aquellos desterrados; Hornblower sintió una extraña conmoción al recordar cómo se había enterado del cambio de frente de los españoles. Fue en la cubierta de la *Lydia*, en el Pacífico tropical que no registran las cartas. Durante unos segundos, su mente se vio invadida por los recuerdos. El azul y oro del Pacífico, el calor y las tormentas, la lucha en aquellas aguas, el Supremo y el gobernador de Panamá... Y tuvo que ahuyentar tales evocaciones para volver de nuevo a aquel campo de maniobras de las orillas del Báltico.

Un ordenanza se acercaba a ellos a galope tendido, levantando nubes de polvo

con las herraduras de su caballo. Tiró de las riendas delante de Essen y le saludó, y soltó su mensaje antes de retirar la mano de la frente. Una palabra del gobernador hizo que se alejara apresuradamente por donde había venido, y Essen se volvió hacia Hornblower.

—El enemigo se concentra en las trincheras —informó—. Se prepara para asaltar Daugavgriva.

Essen comenzó a dar órdenes en voz alta a su estado mayor; los caballos giraron entre cabriolas al sentirse espoleados, y los duros bocados refrenaron su cabeceo. En un momento, media docena de oficiales salió galopando en diferentes direcciones con los mensajes que se les habían confiado en rápidas palabras.

—Voy allá —dijo Essen.

—Yo también iré —dijo Hornblower.

Hornblower encontró difícil mantenerse en la silla al girar vivamente su montura junto a la del gobernador. Tuvo que sujetarse, con la mano en el pomo, y enganchar de nuevo el pie en el estribo mientras galopaban. Essen volvió la cabeza y vociferó otra orden a uno de los pocos ayudantes que todavía les acompañaban, y luego espoleó a su caballo. Al avanzar el bruto con renovado impulso, el sordo rumor del bombardeo aumentó en intensidad. Pasaron con estrépito por las calles de Riga, y el piso de madera del puente de barcas retumbó bajo las herraduras de los corceles. El sudor corría por el semblante de Hornblower al sol resplandeciente de otoño, la espada le golpeaba el muslo y, de vez en cuando, el bicornio se le ladeaba en la frente, y conseguía retenerlo en el último momento. Hornblower percibió las aguas turbulentas del Dvina al cruzar el puente y luego, a su derecha, la tierra, mientras galopaban siguiendo los muelles. El estruendo de los cañones se hacía cada vez más fuerte, y luego se extinguió de pronto.

—¡Es el momento del asalto! —bramó Essen, encorvando su corpachón a fin de aumentar la velocidad de su fatigado caballo.

Ahora estaban en el mismo pueblo, entre las ruinas de las casuchas, y allí encontraron tropas desordenadas que retrocedían, vacilantes y revueltas, uniformes azules cubiertos de polvo y oficiales tratando de reunirlos entre juramentos, y golpeando a los hombres estupefactos con las espadas de plano. De nuevo se oyó la voz de Essen, como una trompeta destemplada. Blandía el sable sobre su cabeza, y, espoleando al caballo, se abalanzó hacia el tumulto. Al verle, los soldados comenzaron a rehacerse y se enfrentaron de nuevo al enemigo, cerrando instintivamente sus filas.

A través de la ruinas se acercaba una columna dispersa del enemigo que sin duda acababa de franquear la brecha como un torbellino. En aquel momento era más una turbamulta que una columna. Los oficiales iban corcoveando a la cabeza de sus hombres y agitando los sombreros y los sables. Un estandarte ondeaba sobre ellos. La aparición de una línea formada les hizo vacilar un momento, y de ambos lados surgió un fuego irregular. Hornblower vio caer muerto a uno de los oficiales enemigos

mientras arengaba a su gente. Miró hacia Essen, y vio que seguía descollando entre el humo. Hornblower desvió su caballo hacia el flanco; su cerebro trabajaba con la velocidad arrebatada de la excitación, las balas zumbaban junto a sus oídos, y comprendió que aquél era el momento decisivo del asalto. Si se detiene una columna atacante por un momento, cualquier pequeñez puede inclinar la balanza, haciéndola retroceder tan deprisa como ha avanzado. Llegó a la puerta de la iglesia en el momento en que un aluvión de hombres salía de ella. La guarnición del edificio se apresuraba a asegurar su retirada antes de que los dejaran aislados. Hornblower desenvainó la espada, sosteniéndose en la silla por verdadero milagro.

—¡Adelante! —gritó, blandiendo el arma.

Los soldados no comprendían sus palabras y guiñaban los ojos al mirar aquella figura azul y oro que tenían delante, pero sí podían interpretar sus ademanes. A retaguardia del grupo, Hornblower divisó un momento a Clausewitz y Diebitch, que habrían debido asumir el mando, pero no había tiempo para discusiones, y por la mente de Hornblower pasó veloz la convicción de que por muy científicos que pudieran ser, resultaban completamente inútiles en una barahúnda como aquella.

—¡Adelante! —volvió a gritar, apuntando con la espada al flanco de la columna asaltante.

Los soldados se dispusieron a seguirle; nadie habría podido resistir la inspiración de su ejemplo y su actitud. La columna y la línea de defensa seguían cambiando descargas desiguales, y la primera continuaba ganando terreno paso a paso, mientras los defensores vacilaban y retrocedían.

—¡Alineaos! —vociferó Hornblower, volviéndose en la silla e indicando a los rusos con los brazos abiertos y gesticulando con los puños lo que les pedía—. ¡Cargad los fusiles!

Y los soldados se alinearon, marchando tras él, mientras manipulaban las baquetas. Eran doscientos hombres a lo sumo, tropezando unos con otros al avanzar a trapiés por las ruinas de las casuchas. Ahora estaban justamente en el costado de la columna. Hornblower vio que algunos rostros se volvían hacia ellos. Y estaba lo bastante cerca para leer la sorpresa y el desaliento en las actitudes de los hombres que se veían de pronto atacados de flanco por un nuevo enemigo.

—¡Fuego! —gritó Hornblower, y algo parecido a una descarga surgió como un trallazo de las irregulares filas que le seguían.

Vio salir disparadas dos baquetas en arco ascendente de los fusiles de unos soldados a quienes su orden había sorprendido en el acto de cargar, y que sin darse cuenta se habían llevado al hombro las culatas, oprimiendo los gatillos. Una baqueta se enterró como una flecha en el cuerpo de un francés. La columna vaciló y retrocedió. Nadie había contado con aquel ataque de flanco, pues toda su atención se concentraba en la línea de Essen que le hacía frente.

—¡A la carga! —rugió Hornblower, blandiendo su espada y espoleando al caballo.

Los rusos le siguieron dando gritos; toda la columna enemiga titubeaba ahora y se confundía, desmoronándose las desordenadas filas. Los franceses volvían la espalda, y por la excitada mente de Hornblower cruzó como una exhalación algo que había oído decir: que las mochilas del enemigo eran la visión más agradable para un soldado. Luego vio que uno de los enemigos se volvía y le apuntaba con su fusil. Al brotar el humo del cañón, su caballo dio un salto convulso, hincó el hocico en tierra y dio una vuelta de campana. Durante un momento Hornblower se sintió flotando en el aire. Estaba demasiado enardecido y exaltado para tener miedo, de manera que el choque contra el suelo le produjo una inesperada sorpresa. Pero, aunque quedó sin aliento y la caída le zarandeó todos los huesos, su incansable imaginación seguía funcionando con claridad, y oía y percibía el ataque de flanco que él había ordenado y que continuaba entre vítores por encima de él. Sólo cuando se puso en pie notó de pronto que estaba magullado y débil, y que apenas se sostenía sobre las piernas, que vacilaban al inclinarse a recoger su espada, brillante en el suelo polvoriento entre dos cadáveres.

Se sintió solo de pronto, pero la sensación apenas tuvo tiempo de apoderarse de él, pues inmediatamente le rodeó una oleada de humanidad. Essen y sus ayudantes vociferaban, exaltados y contentos. Allí estaba, molido y deshecho, con la espada en la mano, mientras los otros le abrumaban con felicitaciones que no entendía. Uno de los oficiales saltó de su caballo y entre varios izaron a Hornblower hasta dejarle sentado en la silla, y los caballos siguieron su camino entre muertos y heridos, sin tocarlos, pisando la tierra atormentada, hacia los baluartes. Los últimos restos de las fuerzas asaltantes eran empujados a través de la brecha, batidos por un fuego disperso de fusil. Al acercarse a las fortificaciones, las piezas de los maltrechos sitiadores abrieron de nuevo el fuego, y un par de proyectiles pasaron silbando por encima. Essen detuvo el caballo, como persona sensata, y luego lo hizo salir de la línea de fuego.

—Ha sido algo inolvidable —dijo, mirando hacia el lugar en que se había desarrollado el conflicto.

Hornblower seguía pensando con claridad. Comprendía que aquel descalabro iba a ser un terrible golpe para los sitiadores. Después de la primera y feroz embestida, habían estado zapando hasta las murallas, y abriendo brecha en ellas, se habían lanzado a un asalto que debía valerles la fortaleza, para verse rechazados cuando la brecha estaba ya en su poder. Sabía que MacDonald no encontraría fácil convencer a sus hombres para que atacaran de nuevo. Aquel sangriento revés les haría más cautos y temerosos. Tendría que dejar correr un tiempo considerable y persistir en su continuo machaqueo varios días más, multiplicando sus *aproches* y paralelas antes de arriesgarse a intentar otro asalto. Es posible que la ciudad resistiera, o que aquel asalto fuese el último. Hornblower se sentía profético, inspirado. Recordaba cómo se enteró de la noticia de la retirada de Massena después de levantar el sitio de Lisboa. Aquello había sido el comienzo del reflujó del imperio en el sur, y ahora Wellington

se hallaba en Madrid y amenazaba a Francia. Tal vez aquella penetración por la brecha se recordaría como el punto más al norte que los soldados de Bonaparte pudieron alcanzar jamás. Si era así (rumiaba con el pulso acelerado), el ataque de flanco que había emprendido, aquella carga imprevista de un par de centenares de hombres reunidos apresuradamente en medio del tumulto, bien pudiera ser el golpe que desbaratara los planes que Bonaparte había forjado para conquistar el mundo. Eso era lo que él había hecho. Y no sería nada desagradable leer en *The Times* que «el comodoro sir Horado Hornblower, caballero de Bath, había perdido el caballo mandando una carga». Bárbara se sentiría muy complacida.

Aquel entusiasmo y aquella inspiración acabaron bruscamente, y Hornblower se sintió de pronto débil y enfermo. Se dio cuenta de que si no desmontaba en seguida se caería de la silla. Se aferró al pomo y sacó del estribo el pie derecho, balanceó la pierna sobre la montura, y, al tocar con los pies el suelo, éste vino a su encuentro. Recobró el conocimiento unos minutos después, y se encontró sentado en el suelo, con el corbatín suelto y la cara cubierta de sudor frío y pegajoso. Essen estaba inclinado sobre él, muy inquieto, y a su lado, de rodillas, había alguien; al parecer, un cirujano. Tenía la manga recogida por encima del codo, y el cirujano, con la lanceta, se disponía a sangrarle. Hornblower retiró el brazo de pronto porque no quería que le tocaran con aquel objeto ni con unas manos negras de la sangre de otros hombres.

Los oficiales que le rodeaban levantaron la voz en son de protesta, pero Hornblower hizo caso omiso de ellos, con la sublime abstracción de un enfermo. Luego apareció Brown, con el machete al costado y las pistolas en el cinto, seguido por otros marineros de la falúa. Al parecer, había visto a su capitán pasar a caballo por el puente, y, como buen subordinado, remontó el río para acudir en su busca. Tenía el semblante alterado por la ansiedad, y se arrodilló también junto a Hornblower.

—¿Está herido, señor? ¿Dónde? ¿Puedo...?

—No, no, no —se resistió Hornblower con enojo, empujando a Brown y poniéndose en pie vacilante—. No es nada.

Era como para volverse loco ver aquella mirada de admiración en el rostro de Brown. Cualquiera podía creer que se comportaba heroicamente, y no de un modo sensato, nada más. No lejos de allí, al pie de la brecha, según le pareció, una trompeta dejaba oír breves notas de llamada, y aquello sirvió para distraer a los presentes de su solicitud. Todos miraron en dirección al sonido, y en aquel momento se les acercó un grupo de oficiales rusos, conduciendo a una figura con los ojos vendados y con el uniforme azul ornado de astracán gris del Estado Mayor imperial. A una orden de Essen le quitaron la venda y el oficial, que lucía grises bigotes de húsar, saludó con dignidad.

—Jefe de escuadrón Verrier —se presentó—, edecán del mariscal duque de Tarento. El mariscal me encarga que proponga una tregua de dos horas. La brecha está cubierta de heridos de ambas partes, y sería humano retirarlos de allí. Cada

bando se cuidará de los suyos.

—Hay más heridos franceses y alemanes que rusos, estoy seguro —dijo Essen, en su detestable francés.

—Franceses o rusos, señor —replicó el parlamentario—, morirán si no se les atiende en seguida.

Hornblower estaba nuevamente sumido en cavilaciones. Las ideas subían a la superficie como los restos de un buque náufrago. Su mirada se cruzó con la de Essen, y asintió con la cabeza. Essen, como buen diplomático, no dejó traslucir que hubiera captado la seña y se volvió nuevamente a Verrier.

—Acepto su proposición, señor —dijo—, en nombre de la humanidad.

—Y yo doy las gracias a vuestra excelencia en nombre de la humanidad —dijo Verrier, saludando y mirando a su alrededor en espera de que le vendasen otra vez para volverle a llevar a través de la brecha.

Tan pronto como se alejó, Hornblower se volvió hacia Brown.

—Llévese otra vez la falúa al barco —ordenó—. Deprisa. Mis saludos al capitán Bush, y tráigame al teniente von Bulow, por favor. Deberá acompañarle un oficial de su mismo grado. ¡Rápido!

—Sí, señor.

Con aquello bastaba, tratándose de Brown o de Bush, gracias a Dios. Una orden provocaba una sencilla y a la vez inteligente obediencia. Hornblower saludó a Essen.

—¿Sería posible, Excelencia —preguntó— traer a las tropas españolas a esta margen del río? Tengo un prisionero alemán a quien voy a devolver al enemigo, y me gustaría que viese antes a los españoles con sus propios ojos.

Essen sonrió.

—Hago cuanto puedo no sólo por satisfacer sus deseos, señor, sino por anticiparme a ellos. La última orden que di en la otra orilla fue la de trasladar a los españoles a ésta; eran las tropas que tenía más cerca y me proponía emplearlas como guarnición en los almacenes del muelle. Seguramente están allí. ¿Quiere que vengan hacia aquí?

—Si no tiene inconveniente, señor.

Hornblower se hallaba en el malecón como por azar cuando atracó el bote, y el teniente von Bulow, del Cincuenta y cinco Regimiento de Infantería prusiana, saltó a tierra escoltado por el señor Tooth, Brown y sus hombres.

—¡Ah, teniente! —dijo Hornblower.

Bulow le saludó rígido, francamente sorprendido del nuevo giro de los acontecimientos, que le arrancaba de su encierro en el barco y le traía de repente al pueblo en ruinas.

—Hay un armisticio en este momento —explicó Hornblower— entre su ejército y el nuestro. No, no es la paz; se trata sólo de retirar los heridos de la brecha. Pero me propongo aprovechar la ocasión para devolverle con sus amigos.

Bulow le miró interrogante.

—Con ello evitaremos muchas formalidades, documentos y banderas de tregua — explicó Hornblower—. En este momento no tiene más que atravesar la brecha y unirse a los hombres de su propio ejército. Naturalmente, no ha sido usted canjeado de la forma habitual; pero, si quiere, me puede dar su palabra de no servir contra su majestad británica ni contra su majestad imperial rusa hasta que se haya efectuado el canje correspondiente.

—Le doy mi palabra —dijo Bulow, después de reflexionar un momento.

—¡Magnífico! Entonces, ¿puedo tener el placer de acompañarle hasta la brecha?

Cuando dejaron el embarcadero y emprendieron el breve camino a través de las ruinas del pueblo, Bulow dirigía en torno suyo las miradas propias de un soldado profesional; tenía perfecto derecho, con arreglo a cualquier código militar, de aprovecharse de cualquier descuido por parte de sus enemigos. De todos modos, su curiosidad profesional le habría impulsado a enterarse de lo que pudiera. Hornblower le iba dando cortés conversación entre tanto.

—Su asalto de esta mañana (supongo que habrá oído el escándalo desde el barco) estuvo a cargo de granaderos escogidos, según pude juzgar por los uniformes. Excelentes tropas; es una lástima que tuvieran tantas bajas. Espero que cuando esté con sus amigos les dé testimonio de mi profunda condolencia. Pero no tuvieron suerte, desde luego.

Al pie de la torre de la iglesia había un regimiento español, con los hombres echados en el suelo. Al ver a Hornblower, el coronel hizo levantar a sus hombres y saludó. El comodoro le devolvió el saludo, dándose cuenta de que Bulow, a su lado, había cambiado el paso. Le miró de soslayo y le vio marcar gravemente el paso de la oca mientras se cambiaban saludos. Pero se advertía bien que, aunque la preparación militar de Bulow le forzaba a marchar de aquel modo en un momento de cortesía castrense, no por eso había dejado de notar la presencia de aquellas tropas. Los ojos se le salían de curiosidad.

—Son tropas españolas —dijo Hornblower, con tono indiferente—. Una división de españoles y portugueses del ejército de Bonaparte se pasó a nuestro bando hace poco. Luchan bien; en realidad, ellos rechazaron definitivamente el último asalto. Es interesante comprobar cómo los incautos a quienes Bonaparte ha engañado se separan de él al descubrir lo vano de su poder.

La réplica del asombrado Bulow debió de ser inarticulada o expresarse en alemán, pues Hornblower no la pudo captar; pero por el tono comprendió cuál era su significado.

—No hace falta decir —continuó Hornblower de forma despreocupada— que me gustaría ver al magnífico ejército prusiano formando también entre los enemigos de Bonaparte y aliados a Inglaterra. Pero, naturalmente, su rey sabe mejor lo que le conviene.

A menos que, rodeado como está de hombres de Bonaparte, no tenga libertad para decidir.

Bulow le miró desconcertado. Hornblower estaba expresando un criterio totalmente nuevo para él, pero hablaba con despreocupación, como si se limitara a mantener una conversación educada.

—Pero eso es alta política —exclamó con una sonrisa y haciendo un gesto con la mano—. Aunque a lo mejor, en el futuro, al recordar esta conversación, vemos que fue profética. ¡Cualquiera sabe! Si alguna vez nos encontramos como plenipotenciarios, es posible que le recuerde lo que ahora le digo. Bien, ya estamos en la brecha. Me contraría decirle adiós, pero a la vez me complace devolverle a sus amigos. Mis más cordiales deseos de fortuna, señor.

Bulow saludó otra vez rígidamente, y luego, al ver que Hornblower le tendía la mano, se la estrechó. Para el prusiano resultaba singular que un comodoro condescendiera a cambiar un apretón de manos con un simple subalterno. Y se alejó de la brecha tanteando con los pies aquel torturado terreno donde aún pululaban los camilleros como hormigas asustadas, recogiendo a los heridos. Hornblower le siguió con la vista hasta que llegó a los suyos, y luego se volvió. Estaba tremendamente cansado, agotado de fatiga y furioso consigo mismo por su flaqueza. Lo único que pudo hacer fue volver con dignidad al embarcadero, aunque vaciló al sentarse en la cámara de su falúa.

—¿Está bien, señor? —preguntó Brown solícito.

—Claro que sí —exclamó Hornblower, asombrado de la impertinencia del hombre.

Aquella pregunta le irritaba, y en su contrariedad subió por el costado del buque lo más deprisa que pudo, contestando fríamente a los saludos que le hicieron en el alcázar. Una vez dentro de su camarote, su enojo persistió y le impidió seguir su primer impulso de tenderse en la litera y descansar. Paseó unos momentos arriba y abajo. Por hacer algo se miró en el espejo. Después de todo, las necias preguntas de Brown tenían fundamento. La cara que allí contemplaba estaba negra de polvo y sudor, y en una mejilla manaba sangre de un ligero arañazo. Su uniforme estaba hecho un asco, y con una charretera torcida. Su aspecto era el de alguien que acaba de escapar del furor de una contienda con la muerte. Se examinó más despacio. Tenía el semblante arrugado y exhausto y los ojos orlados de rojo. De pronto sintió deseos de contemplarse mejor, y ladeó la cabeza. En las sienes le blanqueaba el cabello. No solamente parecía salir de una batalla, sino haber sufrido duras pruebas durante largo tiempo. Y así era, en efecto, se dijo, medio asombrado de sí mismo. Ya llevaba varios meses soportando la carga de aquel horrible asedio. Nunca se le había ocurrido que su cara, la cara de Hornblower, pudiera revelar su interior, como las de otras personas. Toda la vida se había esforzado por evitar que en sus rasgos se adivinaran sus sentimientos. Resultaba irónico e interesante no poder evitar que el pelo se le volviera gris, o que los surcos se hicieran más hondos en torno a la boca.

Oscilaba la cubierta bajo sus pies, como si el barco navegara por alta mar, y hasta sus veteranas piernas de marino se negaban a sostenerle de pie, así que tuvo que

agarrarse a la repisa que tenía delante. Con gran esfuerzo se pudo ir soltando y llegó hasta la litera, donde se dejó caer de bruces, atravesado.

CAPÍTULO XXIII



El nuevo problema que preocupaba a Hornblower durante su paseo por la toldilla, mientras la *Nonsuch* se mecía en su fondeadero de la bahía de Riga, era cosa prevista ya hacía mucho tiempo, pero no por eso dejaba de ser urgente. Se aproximaba el invierno; habían caído grandes heladas por las noches, y los dos últimos días hubo también neviscas que blanquearon el paisaje y pintaron con albos rayos la cara septentrional de los diques. Los días eran cada vez más cortos y más largas las noches, y el agua salada de la bahía estaba cubierta por una delgada capa de hielo. Si se quedaba más tiempo, los barcos quedarían aprisionados. Essen le había asegurado que durante un par de semanas más podría salir por un camino que abrirían, aserrando el hielo, unos obreros que él le podía proporcionar; pero Hornblower no estaba tan seguro. Una borrasca del norte, que podía estallar de un momento a otro, bastaría para tenerle detenido por los vientos contrarios, y al mismo tiempo lo helaría todo, obstruyendo la angosta salida a la bahía entre Oesel y tierra firme, con bloques de hielo acumulado contra los cuales serían inútiles las sierras y aun los explosivos. Una escuadra apresada por los hielos era una escuadra inútil hasta la primavera; y además, estaría condenada a caer en manos de los franceses si caía Riga. Veinte años antes, una escuadra holandesa había sido capturada por húsares franceses que cargaron contra ella sobre el hielo. ¡Qué triunfante boletín haría publicar Bonaparte si una escuadra británica, mandada por el famoso comodoro Hornblower, cayese en su poder por iguales medios! Hornblower volvió sobre sus pasos una vara antes de llegar al límite de su paseo. La prudencia dictaba una retirada inmediata.

La culata de aquella carronada estaba rozada. Cuando Bush lo viera, alguien iba a pasar un mal rato... Y, sin embargo, no podía retirarse. Cuando apuntó la posibilidad de hacerlo, Essen había mostrado verdadero espanto. Si sus gentes veían partir los buques británicos, nadie podría persuadirles de que la plaza no estaba irremisiblemente condenada. Se desanimarían por completo. El oficial de la Armada británica que había mandado la carga final en Daugavgriva se había convertido para ellos en un hombre legendario, en un ídolo, en un símbolo de buena fortuna. Si los dejaba, para ellos sería una prueba de que había perdido toda esperanza. No, no era posible retirarse. Tal vez cabría un término medio: dar salida a la mayor parte de la escuadra y retener sólo una corbeta y una cañonera, o podía enviar fuera todos los buques y quedarse él solo. Pero separarse de las fuerzas a sus órdenes consistía una violación directa del Código Militar.

Delante de él se plantó un estúpido guardiamarina titubeando, como para distraerle de sus reflexiones. Lo mandaría al calcés. ¡Por Dios bendito, ya llevaban bastante tiempo de servicio para que todo el mundo a bordo supiera que no había que

distraer al comodoro mientras paseaba por la cubierta de popa!

—¿Qué demonios...? —vociferó al acobardado guardiamarina.

—Se... se acerca un bote, señor —balbuceó el muchacho—. El se... señor Hurst me mandó que se lo dijera. Cree que viene a bordo el gobernador.

—¿Por qué no me lo han dicho antes? —preguntó Hornblower—. ¿Ha avisado al capitán Bush, señor Hurst? ¡Llamad a la guardia!

—Sí, señor —dijo Hurst, y Hornblower vio aparecer en la toldilla a Bush coincidiendo con la última sílaba de aquél, mientras la guardia de soldados de marina formaba a popa del palo de mesana.

Naturalmente, Hurst había hecho todo aquello sin esperar órdenes; sustraído bruscamente de sus cavilaciones, Hornblower no se daba cuenta de ello. Se adelantó hacia la amurada. El gobernador se acercaba en un gran bote de remos que se dirigía hacia el buque, siguiendo el canal que mantenían aún abierto entre la capa de delgado hielo los últimos remolinos del Dvina, antes de ir a perderse en la bahía. Al ver a Hornblower, el gobernador saltó a la cámara agitando su bicornio, y hasta hizo un torpe ademán de bailar, con las manos extendidas sobre su cabeza, con riesgo inminente de caer al agua.

—Algo ocurre, señor —informó Bush, al lado del comodoro.

—Parece que hay buenas noticias —dijo Hornblower.

El gobernador llegó a la toldilla con el sombrero todavía en la mano. Echó a Hornblower las manos a la espalda y le abrazó, levantando su esbelto cuerpo en el aire. Hornblower podía imaginarse las risitas que estarían cambiando los circundantes al verle patalear como un bebé, suspendido de aquel modo. El gobernador le dejó de pie, se encasquetó el sombrero y luego estrechó la mano, primero al comodoro y a continuación a Bush, intentando bailar una especie de danza en corro con los dos ingleses. Tan difícil era contenerle como si se tratara de un oso.

—¿Qué ocurre, excelencia? —preguntó Hornblower. La presión de la manaza de Essen le hacía daño.

—¡Oh! —exclamó Essen, soltando las manos de los ingleses para poder abrir de nuevo los brazos—. Bonaparte ha emprendido la retirada.

—¿Es posible? —dijo Hornblower.

—¿Qué dice, señor? —preguntó Bush, incapaz de comprender el francés chapurreado del gobernador. Pero Hornblower no podía hacerle caso porque el otro estaba soltando sus noticias como un torrente de voces guturales tomadas de los vocabularios de media Europa, de suerte que hasta para el mismo Hornblower era muy difícil entenderle.

—Ha salido de Moscú hace cinco días —tronaba Essen—. Le hemos batido en Malo-Jaroslavetz, después de una enconada batalla, y ahora retrocede lo más deprisa posible hacia Smolensko y Varsovia. ¡Y no llegará allí antes de las nieves! Mucha suerte tendrá si consigue llegar siquiera. Chichagov avanza a toda marcha para cortarle la retirada en el Beresina. Está perdido. ¡Cada noche se le mueren los

hombres a millares! ¡No tienen nada que comer, y el invierno está encima!

Essen pateaba grotescamente sobre la cubierta, más parecido que nunca a un oso danzante.

—Por favor, señor, ¿qué está diciendo? —imploró Bush.

Hornblower tradujo las noticias lo mejor que pudo, y los demás oficiales de la toldilla alargaron el cuello sin disimulo. Cuando se percataron de lo asombroso de las noticias, comenzaron a lanzar exclamaciones de júbilo; abajo, en la cubierta principal, se contagiaron, y los hombres gritaban por todo el buque, lanzando los sombreros al aire, aun sin saber apenas el motivo de no ser por la única frase que corría de boca en boca: «¡Boney derrotado!».

—Podemos salir de esta bahía antes de que vengan los hielos. ¡Gracias a Dios! —dijo Bush, castañeteando los dedos. Sin duda, de no tener una pierna de madera se hubiera puesto a bailar él también.

Hornblower miró hacia la costa.

—MacDonald no ha dado muestras de retirarse todavía —dijo—. Si así fuese, el gobernador lo hubiera dicho.

—¿Pero no cree que se verá obligado a hacerlo, señor? —preguntó Bush, con ansiedad ahora en el rostro en lugar de alegría. Un momento antes era posible todo lo mejor: salir de la bahía de Riga, escapar de aquel Báltico rodeado de tierra, tal vez regresar a casa, pero ahora Bush volvía a pensar en la fría realidad de que el sitio de Riga seguía su curso.

—Tal vez tenga que irse —concedió Hornblower—; pero, entre tanto, deseamos continuar, si no hay órdenes en sentido contrario.

Essen advirtió su seriedad y se dirigió otra vez hacia ellos. Dio a Bush tal palmada en la espalda que le hizo trastabillar; chasqueó los dedos en la mismísima nariz de Hornblower, y trazó unas piruetas con la desenvoltura de una foca de circo. Era absurdo que en medio de todo aquello, mientras Bush hacía preguntas sobre el porvenir, y Essen se comportaba como un chiflado, y todo el buque se olvidaba de la disciplina entre atronadores vítores, la mente de Hornblower continuase haciendo proyectos y planes, con aquella ágil claridad y febril rapidez que ahora sabía presagio de algo imprevisto. Bonaparte en retirada, Bonaparte batido, significaba una enorme revulsión de sentimientos en toda Europa. Todo el mundo sabía que Wellington amenazaba a Francia desde el sur, y ahora el imperio estaba en peligro por el este. No era empresa fácil para el destrozado ejército de Bonaparte sostenerse en Polonia, una vez emprendida la retirada. La próxima campaña habría de ver a los aliados en las fronteras de Prusia y Austria, y era muy probable que esas dos naciones cambiaran de bando con gran complacencia. El rey de Prusia era en realidad un prisionero de los franceses, pero el ejército prusiano (la mayor parte de las fuerzas que ahora asediaban Riga) podía actuar por su cuenta si quería. La desertión de los españoles había señalado el camino a sus jefes, y los folletos que había hecho imprimir en Riga y distribuir entre las fuerzas sitiadoras por medio de buhoneros rusos no dejarían que

olvidaran la lección. Bulow podría dar testimonio de la certeza de sus asertos. Hornblower se alegraba de haberle dejado libre.

—Voy a ordenar a Diebitch que haga una salida contra las líneas enemigas —decía Essen—. Quiero ver cómo les ha sentado la noticia. ¿No quiere acompañarme, señor?

—Desde luego —repuso Hornblower, bajando de pronto de las nubes. Con el cansancio (siempre estaba rendido), sus cavilaciones y la excitación, aún se notaba algo aturdido, «espeso», como solían decir de los borrachos en su pueblo cuando era un muchacho. Anunció a Bush que se iba.

—Está muy cansado, señor —protestó Bush—. No es más que una sombra. Envíe a otro... a mí, a Duncan. Ya ha hecho todo lo necesario, señor.

—Todavía no —dijo Hornblower; pero condescendió a arriesgarse a un retraso por ofrecer a Essen un refrigerio, proponiéndole un brindis para celebrar aquellas estupendas noticias.

—No, gracias —se excusó Essen, con gran alivio de Hornblower—. Diebitch atacará al ponerse el sol, y los días son cortos ahora.

—Se llevará la falúa, ¿verdad, señor? —Persistía Bush—, y Brown irá con usted.

Bush estaba como un padre solícito con un hijo atrevido, como una gallina con su único polluelo. Siempre se quedaba nervioso viendo a su estimado Hornblower entre aquellos rusos impredecibles. El comodoro sonrió burlón al verle tan preocupado.

—Todo lo que quiera, si eso le hace feliz —aseguró.

La falúa de Hornblower siguió al bote de remos del gobernador por el canal, a través del hielo. Hornblower iba sentado junto a Essen a popa del bote ruso. Soplaba un viento frío, y el cielo estaba plumizo.

—Va a nevar más —predijo Essen, mirando a las nubes—. Dios ayude a los franceses.

A falta de luz solar, un escalofrío mortal flotaba en el aire. Hornblower pensó en los franceses marchando por las áridas estepas de Rusia y sintió compasión por ellos. En efecto, la nieve llegó aquella tarde, cubrió el río y el poblado y convirtió los lacerados parapetos en inocuos ribazos blancos, y extendió una inmensa sábana por encima de los destrozados cañones y de las tumbas esparcidas por todo el pueblo. Ya se abatía la oscuridad prematura sobre el paisaje cuando los sufridos granaderos rusos se alinearon en las trincheras y se lanzaron sobre las posiciones enemigas. No habían recorrido la mitad de la tierra de nadie cuando los cañones comenzaron a tirar contra ellos, perforando los copos de nieve con sus brillantes fogonazos anaranjados.

—No hay signos de retirada por aquí —fue el comentario de Clausewitz al observar la furiosa contienda desde la galería de la iglesia, junto a Essen y a Hornblower.

Y, en confirmación de sus palabras, las fuerzas atacantes volvieron a aparecer, retrocediendo en la oscuridad, diezmadas. Los sitiadores habían hecho frente a la salida con buen espíritu; tenían dispuestas patrullas en la tierra de nadie, y las

trincheras estaban bien guardadas. En respuesta, los sitiadores abrieron fuego con sus baterías pesadas, la tierra tembló con el estruendo de las descargas y las lenguas de fuego perforaron otra vez la negra noche. Era imposible apuntar y fijar bien el alza en la oscuridad. No tardaron mucho los proyectiles en salir al azar, muy por encima del pueblo, con lo que hasta los defensores de las orillas del Dvina hubieron de refugiarse en sus trincheras. También se oían silbar granadas, describiendo elevadas parábolas desde las baterías de morteros que los sitiadores habían instalado en la segunda paralela. Estallaban aquí y allá, por todas partes, cada dos o tres minutos, deshaciéndose en surtidores de metralla y llamas, salvo cuando por casualidad se enterraban en la nieve, que apagaba las mechas.

—Tienen mucha munición para derrochar —refunfuñó Essen, estremeciéndose dentro de su capote.

—Tal vez se propongan contraatacar en la oscuridad —dijo Clausewitz—. He ordenado mantener bien guardadas las trincheras, por si acaso.

Justo debajo de la vista de Hornblower había una batería de cuatro piezas de sitio, que disparaba descargas regulares con breves intervalos. Percibió los cuatro fogonazos una y otra vez, de modo que, al pasar un intervalo más largo, le sorprendió primero la falta de sonido y después la reanudación inesperada del cañoneo. Los fogonazos persistieron un momento como de costumbre, y luego fueron sustituidos por la noche. Pero Hornblower no acertaba a explicarse aquella diferencia entre la última descarga y las precedentes. Un fogonazo, el de la derecha, no había sido tan claro como los otros tres, más largos e intensos. Algún error de carga, tal vez. Luego vino otra descarga más, con sólo tres fogonazos. El cañón de la derecha no había disparado. Quizás estaba desguarnecido por haber reventado el fogón, como a veces sucedía. Otro largo intervalo y luego otra descarga: dos fogonazos breves, y otro más persistente. A la descarga siguiente, sólo dos piezas dispararon, y Hornblower advirtió lo que pasaba. Dio un tirón de la manga de Essen.

—Están destruyendo sus cañones —dijo—. Nos hacen algunos disparos, y a cada descarga tiran contra los muñones de una de sus piezas. Había allí cuatro cañones, excelencia. Mire, ahora sólo quedan dos.

—Es posible —admitió Essen, clavando la mirada en la oscuridad.

—El fuego va cediendo —convino Clausewitz— pero a lo mejor es que se cansan de derrochar municiones.

La vez siguiente sólo vieron un fogonazo, y aún les pareció advertir en él algo irregular.

—El último cañón de la batería —comentó Essen—. Probablemente lo han reventado por exceso de carga.

Trató de perforar las tinieblas con su catalejo.

—Mire allá lejos, a sus campamentos —añadió—. Fíjese en aquellos fuegos. Parecen agrandarse y brillar, pero...

Hornblower miró en dirección a las lejanas hileras de fogatas, que esparcían un

leve chisporroteo en la densa noche. Recorrió en ambos sentidos una de las hileras, tratando de mantener el rastro de todas. Le pareció observar que uno de los fuegos vacilaba y se extinguía, pero no estaba seguro. Le lloraban los ojos de frío y del esfuerzo, y cuando se detuvo a frotárselos, Essen cerró su catalejo de golpe.

—Se están apagando —dijo—. Estoy seguro. No hay tropa que deje que se extingan sus fuegos en una noche como ésta. Clausewitz, prepare sus hombres para atacar otra vez. Diebitch...

El gobernador empezó a ladrar órdenes. Hornblower experimentó un fugaz sentimiento de compasión por los soldados rusos, acurrucados en sus gélidas trincheras, desanimados por el reciente revés y las pérdidas sufridas, y obligados a salir de nuevo hacia lo que seguramente imaginaban un desastre en la noche. El viento se abatió de pronto sobre ellos con un aullido, traspasándole hasta los huesos, a pesar del capote que ceñía en torno a su cuerpo.

—Aquí tiene, señor —oyó de pronto la voz de Brown—, le he traído una manta. Se la ajustaré al cuerpo, debajo del capote. Y también puede ponerse los guantes, señor.

Con suma destreza, a oscuras, le envolvió Brown en la manta, de modo que el capote la sujetaba por encima de los hombros. Debía de parecer algo estrafalario a la luz del día, pero, por fortuna, aún era de noche cerrada. Estaba tiritando y golpeaba el suelo con los pies helados, tratando de calentárselos.

—¿Es que no van a atacar «nunca» sus hombres, Clausewitz? —gruñó Essen—, ¿qué hora es? ¿La una? Envíe un recado a su brigadier, y dígame que le degradaré si no reúne inmediatamente las fuerzas para avanzar en el acto.

Pasó un intervalo largo y helado, antes de que la oscuridad que se extendía ante ellos se viera perforada por unos diminutos puntos, como alfilerazos de llama: disparos de fusil en la segunda paralela.

—¡Ah! —exclamó Essen.

Pasó otro largo rato antes de que llegara la respuesta. La fuerza que había salido encontró las trincheras abandonadas, excepto algunos centinelas. Ahora avanzaban a través de la nieve y la oscuridad hacia el campamento principal.

—Se marchan, pues —dijo Essen—. Disponga la caballería para revista dos horas antes de que amanezca. Alcanzaré su retaguardia de día. Todas las tropas deberán haber pasado el río para entonces. Y ahora un vaso de té, por el amor de Dios.

Calentándose en el fuego encendido en las losas del templo, y bebiendo té a través de los dientes que le castañeaban, Hornblower recorrió con la mirada a aquellos hombres de hierro, al parecer insensibles a la fatiga y casi también al frío. Por su parte, se notaba congelado y excesivamente cansado para aprovechar aquella ocasión de descansar unas horas en las yacijas de paja extendidas junto al altar mayor, pero Essen se echó a roncar estruendosamente hasta que su edecán le sacudió para despertarle. Fuera seguía siendo de noche, y hacía más frío que nunca cuando acercaron los caballos a la puerta de la iglesia para que montaran.

—Será mejor que le acompañe, señor —dijo Brown—. Me he procurado un caballo.

Hornblower no podía explicarse cómo lo había conseguido, dadas las dificultades del idioma. Supuso que Brown habría aprendido a montar en aquellos días, increíblemente lejanos, de Smallbridge. La cabalgata avanzó lentamente entre tinieblas hacia el barrio de Mitau, resbalando y tropezando los caballos en la nieve. Hornblower hubiera querido conservar la manta puesta, ya que tiritaba más que nunca en aquella media luz. De repente, a gran distancia por delante de ellos, se oyó un sordo y seco estampido; luego otro, y otro más. Piezas de campaña haciendo fuego muy lejos.

—Diebitch ha alcanzado su retaguardia —dijo Essen—. ¡Bien!

Ahora había bastante luz para apreciar la desolación de los alrededores al aproximarse a las obras de sitio abandonadas. Contemplaron las trincheras llenas de basura; allí estaban las baterías, con los destrozados cañones de sitio ladeados como borrachos en las troneras, y a unos pasos yacía un caballo muerto, de espaldas, con la panza cubierta por un sudario de nieve, del que sobresalían las patas apuntando rígidas al cielo gris. Más allá estaba el campamento principal, hileras y más hileras de pequeñas chozas, la mayoría de sólo dos o tres pies de altura, con las muertas cenizas de las hogueras ya sepultadas en la nieve. Junto a una cabaña algo mayor que las otras se hallaba tendido un soldado envuelto en el capote gris del ejército francés. Estaba boca abajo, y vivía aún, pues le vieron mover los pies.

—¿Habrán estado luchando aquí? —Conjeturó Essen, perplejo. No había indicio alguno de sangre.

Alguien echó pie a tierra y le dio la vuelta. Tenía el rostro moteado de manchitas moradas, y sus ojos abiertos no venían.

—¡Apartaos! —gritó de pronto uno de los edecanes—. ¡Es la peste!

Todos se apartaron del moribundo, y entonces se dieron cuenta de que la peste los rodeaba por todas partes. Una de las cabañas estaba llena de muertos, y otra de agonizantes. Essen puso su caballo al trote y el grupo se alejó a toda prisa.

—Ya está en nuestras filas —dijo Essen a Hornblower—. Kladov tuvo diez casos en su división hace dos días.

Aquella marcha, la primera retirada del ejército invasor, iba seleccionando a los más débiles. Encontraron muertos, enfermos y moribundos por toda la ruta que seguían, a pesar de no advertirse huellas de combate. Diebitch, a la cabeza de las tropas de persecución, marchaba por la carretera de Mitau, hacia el ala izquierda, donde aún se oían de vez en cuando cañonazos. Cuando al fin llegaron al punto en que la pista se confundía con la carretera general, comenzaron a descubrir indicios de verdadera lucha: soldados muertos y heridos, rusos, franceses y alemanes, donde la vanguardia rusa había chocado con la retaguardia de los fugitivos. Luego alcanzaron a las columnas rusas, avanzando tenazmente carretera adelante, y recorrieron al trote la interminable procesión, una división tras otra. Los hombres marchaban en silencio,

atentos a avanzar cuanto les permitieran sus piernas, bajo el peso de sus mochilas, y aquellas diez millas de marcha apresurada habían cambiado mucho el primer júbilo de la persecución.

—MacDonald ha hecho una buena retirada —dijo Clausewitz—, a costa de dejar atrás a sus heridos y de perder la artillería. No sé cuánto tiempo podrá mantener este paso.

Hornblower no se molestó en entrar en discusiones. La molestia de la silla le tenía abstraído, aparte de la fatiga y de una sensación general de malestar. Pero tenía que estar en condiciones de informar a su gobierno que había seguido al ejército en retirada por lo menos durante una jornada en dirección a Alemania; sería mejor resistir dos o tres jornadas. Además, quería alcanzar a los prusianos, aunque fuera lo último que hiciera, y era singular que pensase en aquello como lo último que debía hacer. La cabeza le daba vueltas, y le complacía pensar que Brown iba allí detrás, con los ordenanzas montados.

Un mensajero trajo noticias de la vanguardia, y Hornblower oyó como en sueños la explicación de Clausewitz.

—Los prusianos se resisten en la bifurcación de las carreteras —dijo—. Están cubriendo la retirada, mientras los otros dos cuerpos de ejército siguen las dos direcciones.

Qué extraño que aquello fuese precisamente lo que estaba esperando, como si le contaran de nuevo una historia ya conocida.

—¡Los prusianos! —exclamó. Y sin darse cuenta oprimió con las piernas los flancos de su cabalgadura, para hacerle apresurar el paso hacia donde las sordas detonaciones de la artillería indicaban que los prusianos mantenían a raya a la vanguardia rusa. El cuartel general se había adelantado ya al grueso del ejército, trotando por la carretera surcada por profundas rodaduras y bordeada por un tupido bosque de coníferas. Al otro lado de los árboles el páramo se abría, dejando ver una loma por donde el camino subía delante de ellos. A cada lado del camino se encontraba estacionada una brigada de la vanguardia rusa, y una batería intervenía en la acción, y en lo alto de la loma se divisaban las columnas de la infantería rusa. Arriba, a la derecha, una columna rusa con uniformes grises avanzaba a campo traviesa para envolver la posición, mientras, entre las dos fuerzas, jinetes rusos, cosacos, trotaban sueltos o en parejas sobre sus potros peludos, con sus largas lanzas verticales al costado. Un sol débil atravesó las nubes en aquel momento, como para acentuar simplemente la lobreguez del paisaje. Un general se acercó a saludar a Essen, pero Hornblower no quería escuchar lo que le decía. Quería continuar adelante, acercarse a los prusianos, y como los caballos de la escolta siguieron su ejemplo, iban ganando terreno, sin que el gobernador se percatara bien de los movimientos de su montura mientras escuchaba el informe del general. Le devolvió a la realidad el zumbido de una bala de cañón que se hundió junto a la carretera, a poca distancia, despidiendo nieve y tierra en todas direcciones.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó—. Nos van a disparar de un momento a otro.

Hornblower miraba fijamente al ejército prusiano, el centelleo de las bayonetas y las banderas, negras sobre el blanco fondo de la nieve.

—Quiero subir hasta donde se encuentran los prusianos —dijo.

La descarga de la batería inmediata ahogó las palabras de Essen, pero se adivinaba fácilmente lo que quiso decir.

—Quiero ir —insistió Hornblower, obstinado. Miró en torno suyo y su mirada se cruzó con la de Clausewitz—. ¿Viene usted también, coronel?

—Pues claro que no —repuso Essen—, no puede exponerse a que le prendan.

Como renegado que peleaba contra su propio país, Clausewitz corría el riesgo de que le ahorcaran los prusianos, si caía en su poder.

—Sería mejor que viniese —dijo Hornblower, inexpresivo. Notaba una extraña sensación de clarividencia y malestar simultáneos.

—Iré con el comodoro —dijo Clausewitz de pronto, adoptando tal vez la decisión más valiente de su vida. Acaso le arrastró la temeridad de autómatas de Hornblower.

Essen se encogió de hombros, convencido de que ambos se habían vuelto locos.

—Vayan, pues —dijo—. Tal vez podamos capturar bastantes generales para rescatarlos mediante canje.

Los dos se alejaron trotando carretera arriba. Hornblower oyó a Essen ordenar a gritos al jefe de la batería que interrumpiera el fuego. Miró hacia atrás; Brown los seguía al trote, guardando cinco cuerpos de respeto. Pasaron junto a algunos cosacos de la caballería ligera, que los miraron con curiosidad, y luego se internaron a través de los franco tiradores prusianos, que desde el abrigo de matorrales y desniveles de terreno disparaban a distancia contra los cosacos. Nadie lo disparó mientras cabalgaban atrevidamente hacia la posición. Un capitán prusiano los saludó, y Clausewitz devolvió el saludo. Justamente detrás de la línea de tiradores se hallaba la primera infantería de línea, un regimiento prusiano en columnas de batallón por compañías, dos a un lado de la carretera y el tercero al otro lado. El coronel y su Estado Mayor estaban en la carretera, mirando al singular trío que se aproximaba: el oficial de la Armada británica con su uniforme azul y oro, Clausewitz ataviado con el uniforme ruso con una hilera de medallas, y el marinero inglés con machete y pistolas al cinto. El coronel les hizo una pregunta en tono rudo cuando pudieron oírle, y Clausewitz le contestó, refrenando su caballo.

—Dígale que queremos ver al general —dijo Hornblower en francés a Clausewitz.

Hubo un rápido intercambio de frases entre Clausewitz y el coronel, que terminó llamando a dos o tres oficiales montados (su ayudante y los jefes de batallón, quizá), para que acompañaran carretera adelante a los recién llegados. A su paso vieron una fuerza considerable de infantería formada, y una fila de cañones, así como un grupo a caballo, que por las plumas, los galones y medallas anunciaba la presencia de un

Estado Mayor. Aquél debía de ser el general, Yorck, creía recordar Hornblower. Éste reconoció a Clausewitz en el acto, y se dirigió a él bruscamente en alemán. Unas palabras por ambas partes más bien contribuyeron a agravar la tensión, y se produjo una breve pausa.

—Habla francés —dijo Clausewitz a Hornblower, y los dos prusianos se volvieron a esperar que el inglés hablara.

—General... —empezó Hornblower. Estaba como dormido, pero entre sueños se obligó a hablar—. Represento al rey de Inglaterra, y el coronel Clausewitz al emperador de Rusia. Luchamos para librar a Europa de Bonaparte. ¿Lucha usted para mantenerlo como tirano?

Era una pregunta retórica, sin respuesta posible. Silencioso por fuerza, Yorck no podía hacer más que esperar a que terminase Hornblower.

—Bonaparte está derrotado. Se retira de Moscú, y, de todo su ejército, no más de diez mil hombres llegarán a Alemania. Los españoles le han abandonado, como sabe, y también los portugueses. Toda Europa se vuelve en su contra, convencida de la falsedad de sus promesas. Ya sabe cómo ha tratado a Alemania, no es necesario que yo se lo diga. Si lucha por él, podrá sostenerle en su vacilante trono unos días más. Podrá alargar la agonía de Alemania otro tanto. Pero su deber le llama hacia su país sojuzgado, hacia su rey prisionero. Podrá devolverles la libertad, y terminar con la inútil sangría de sus hombres en este preciso momento.

Yorck desvió la mirada, y la paseó por los campos yermos y por el ejército ruso, que se desplegaba lentamente. Y luego preguntó:

—¿Qué me sugiere usted?

Era todo cuanto Hornblower necesitaba oír. Si Yorck se prestaba a hacer preguntas, en vez de hacerlos prisioneros en el acto, el asunto podía considerarse arreglado. Sería mejor dejar la discusión a Clausewitz y entregarse al agotamiento que le invadía como una marea. Introdujo a Clausewitz en la conversación con una mirada.

—Un armisticio —dijo Clausewitz—, una suspensión inmediata de hostilidades. Los términos definitivos pueden fijarse más tarde a conveniencia de todos.

Yorck titubeó un instante. Hornblower, a pesar de su agotamiento y malestar, le estudió con una nueva y fluctuante llamarada de interés; el duro semblante, bronceado como la caoba, el pelo y el bigote blancos, en raro contraste. Yorck se hallaba en el momento crítico de su destino. Era un súbdito leal al rey de Prusia, un general relativamente oscuro. Bastaba que dijera dos palabras para que le tuviesen por traidor ahora y acaso por un personaje histórico en el futuro. La defección de Prusia (en todo caso, la defección del ejército prusiano) revelaría la vaciedad del imperio napoleónico mejor que cualquier otra medida. Y todo dependía de Yorck.

—Estoy de acuerdo —dijo Yorck.

Era todo cuanto Hornblower deseaba oír. Ahora podía entregarse a su sueño (su pesadilla) y dejar el resto de la discusión a los otros. Cuando Clausewitz emprendió la

marcha carretera abajo, el caballo de Hornblower siguió al del general sin que Hornblower le guiara. Apareció Brown, o mejor, el semblante de Brown; el comodoro no pudo distinguir otra cosa.

—¿Está bien, señor?

—Claro que sí —dijo Hornblower, automáticamente.

La tierra que Hornblower pisaba en sueños era blanda, como si marchara sobre lechos de plumas o por encima de una banda estirada de lona. Acaso fuera mejor echarse. Y Hornblower tuvo de repente la impresión de que la música tenía algo de hermoso, después de todo. Toda su vida había creído que se trataba sólo de una mezcla irritante de ruidos; pero por fin llegaba a él la revelación. Era adorable, arrobadora aquella música que oía, en inagotable sucesión, grandes melodías sublimes. Tuvo que alzar la voz para asociarse a ellas, cantar, cantar, cantar... Y luego la música terminaba en un estruendoso coro final, dejando tras de sí un silencio en el que su voz sonaba ronca, como la de una corneja. Se detuvo, sintiéndose algo perplejo. Era preferible que otro cualquiera siquiera cantando. El batelero cantaba mientras iba bogando con sus espadillas. «Remad, remad, remad juntos hacia Hampton Court...». Una deliciosa voz de tenor; en atención a ella Hornblower se sentía dispuesto a excusar al barquero por su impertinencia al cantar mientras remaba corriente arriba. «Remando en un día sereno...».

Bárbara, a su lado, reía deliciosamente. El sol lucía espléndido, y daba gusto ver el verde césped en las orillas del río. También él tuvo que reír, reír, reír... Y allí estaba el pequeño Richard, encaramándose a sus rodillas. ¿Qué diablos hacía Brown, mirándole de aquel modo?



C. S. FORESTER (El Cairo, 1899 - Fullerton, California, 1966). Escritor inglés cuyo nombre completo era Cecil Scott Forester. Pese a esto, su verdadero nombre era otro, Cecil Louis Troughton Smith, y lo de Forester era todo un alias. Nació en El Cairo, Egipto donde su padre se encontraba destinado como funcionario del Gobierno británico, cursó estudios de Medicina que dejó inacabados.

Su primera novela *Payment Deferred* (1926), fue llevada al cine, al igual que varios de sus principales títulos posteriores, tales como *Orgullo y pasión* (1933) y *La Reina de África* (1935), clásico de la novela de aventuras contemporánea y estupendo temple narrativo que narra la peripecia de una vieja lancha a través de los rápidos de un río africano, cuando en Europa ha estallado una contienda remota cuya resonancia hermanará, extraña y conmovedoramente, los destinos de dos seres dispares en apariencia y secretamente fraternos y complementarios en lo esencial. Pero C. S. Forester es principalmente conocido por su saga protagonizada por el capitán Horatio Hornblower (1937-1957), un ciclo narrativo escrito a partir del epistolario que se conserva en el National Maritime Museum.

C. S. Forester, cuyas novelas emanaban brío, emotividad y tierna ironía, formó junto a Patrick O'Brian y Alexander Kent, el grupo de autores más reconocido de novela histórica marinera.

Notas

[1] Mote aplicado por los ingleses a Napoleón Bonaparte. (*N. de la T.*). <<

[2] Así es como los ingleses se referían a los franceses, probablemente debido a sus peculiaridades gastronómicas. (N. de *la T.*) <<